

En los días del cometa

PRÓLOGO

EL HOMBRE QUE ESCRIBÍA EN LA TORRE

Era un hombre de pelo entrecano, de aspecto robusto, sentado ante su mesa, escribiendo.

Parecía estar en una habitación de una torre a mucha altura, de modo que a través de la alta ventana que había a su izquierda sólo se percibían distancias, un remoto horizonte marino, un promontorio y aquella neblina y el centelleo que, a la luz del sol poniente, señala la existencia de una ciudad a muchas millas de distancia. Todos los detalles de la habitación aparecían graciosos y ordenados, y por alguna circunstancia sutil, en ésta o en aquella pequeña diferencia, me parecían nuevos y extraños. No eran de ningún estilo preciso que yo pueda describir, y el sencillo traje que llevaba el individuo no indicaba ningún período ni país determinado. Pensé que podría tratarse del Futuro Feliz, o de la Utopía, o del País de los Ensueños Sencillos. Una brizna errante de recuerdo, la frase y el relato de *El Gran Sitio Bueno*, de Henry James, centelleó por mi mente, pasó y no dejó ningún rastro de luz.

El individuo que vi escribía con un objeto parecido a una pluma estilográfica, detalle moderno que impedía cualquier retrospectiva histórica, y, al acabar cada hoja de papel escrita ágilmente, la dejaba sobre un montón que había encima de una graciosa mesita al lado de la ventana. Las hojas recién terminadas yacían sueltas cubriendo en parte las demás que iban sujetas en fascículos.

Era evidente que no se daba cuenta de mi presencia, y yo permanecí quieto, esperando que su pluma hiciese una pausa. Viejo como ciertamente era, escribía, sin embargo, con mano muy firme...

Descubrí que un espejo cóncavo pendía de través encima de su cabeza. Un gesto suyo llamó poderosamente mi atención, y al mirar hacia arriba vi, deformada y fantástica, pero brillante y bellamente coloreada, la amplificadora, reflejada y evasiva imagen de un palacio, de una terraza, de la perspectiva de una gran calzada con mucha gente, una gente exagerada, de aspecto imposible a causa de la curvatura del espejo, que iba y venía. Volví la cabeza con rapidez para poder ver más claramente por la ventana que había a mi espalda, pero se hallaba a demasiada altura para que yo pudiera contemplar directamente aquella escena tan próxima, y después de una pausa momentánea volví de nuevo a mirar con curiosidad al espejo deformador.

El escritor estaba apoyado en el respaldo de su sillón. Dejó la pluma a un lado y exhaló un suspiro resentido a medias. —«¡Oh, trabajo! ¡Cómo me satisfaces y me cansas!»— del hombre que ha estado escribiendo a su entera satisfacción.

—¿Qué lugar es éste? —pregunté—. ¿Y quién es usted?

Él miró a su alrededor con una expresión de viva sorpresa.

—¿Qué lugar es éste? —repetí—. ¿Dónde estoy?

Me miró fijamente un instante frunciendo aún más sus arrugadas cejas, y después su expresión se dulcificó en una sonrisa. Me señaló un sillón al lado de la mesa y dijo:

—Estoy escribiendo.

—¿Sobre todo?

—Sobre el Cambio.

Yo me senté. Era un sillón muy cómodo y bien situado bajo la luz.

—Si usted quisiera leerlo... —dijo.

—¿Esto lo explica? —le pregunté indicando el manuscrito.

—Esto lo explica —me contestó.

Atrajo una nueva hoja de papel hacia sí, mientras me miraba.

Yo abarqué con una mirada la habitación, y después miré la mesita. Un fascículo marcado claramente «1» llamó mi atención y lo cogí. Devolví la sonrisa a sus ojos amistosos.

—Muy bien —dije sintiéndome de repente a mis anchas.

Él hizo con la cabeza un gesto de asentimiento y siguió escribiendo, y yo, en un estado de ánimo intermedio entre la confianza y la curiosidad, me puse a leer.

Ésta es la historia que aquel feliz anciano, de aspecto activo y robusto, había escrito en aquel lugar tan placentero y agradable.

LIBRO PRIMERO

EL COMETA

CAPÍTULO PRIMERO

POLVO EN LAS SOMBRAS

1

Me he puesto a escribir la Historia del Gran Cambio en lo que ha afectado a mi propia vida y a las vidas de una o dos personas estrechamente relacionadas conmigo, sobre todo para complacerme a mí mismo.

Hace ya mucho tiempo, en mi cruda y desdichada juventud, concebí el deseo de escribir un libro. Escribir algo en secreto y ensimismarme luego en ensueños de gloria literaria fue uno de mis principales alivios. Leía con una envidia llena de simpatía cualquier recorte que me viniera a las manos referente al mundo de la literatura y a las vidas de los literatos. Es algo muy agradable, aun en medio de la felicidad actual, tener el tiempo y la ocasión de poder recoger y realizar parcialmente esos viejos sueños sin esperanza. Pero si fuera esto sólo, en un mundo en el que tantas cosas de interés creciente y palpitante hay aún por hacer, incluso para un viejo como yo, no creo que bastara para ponerme a escribir en mi mesa. Siento que una recapitulación de mi pasado, tal como la presente narración lleva implícita, se hace necesaria para asegurar mi propia continuidad mental. El transcurso de los años lleva al hombre finalmente a la retrospección. A los setenta y dos años la propia juventud es muchísimo más importante de lo que lo era a los cuarenta. Y he perdido ya el contacto con mi juventud. La antigua vida parece tan separada de la nueva, tan extraña, tan irracional, que a veces encuentro que raya en lo increíble. Los datos han desaparecido, así como los edificios y los lugares. Me quedé parado de repente el otro día, durante mi paseo de la tarde por el marjal, donde en otro tiempo los tristes suburbios de Swathinglea se perdían hacia Leet, y me pregunté: «¿Era aquí, de veras, donde yo antes me agazapaba entre los hierbajos, los escombros y la basura y cargaba mi revólver, a punto de asesinar? ¿Ha ocurrido nunca cosa semejante en mi vida? ¿Era posible que yo me hallara en semejante estado de espíritu, que yo tuviera semejantes pensamientos e intenciones? ¿No será más bien que algún raro duende de las pesadillas, salido del país de los sueños, habrá deslizado un pseudorecuerdo entre las imágenes de mi desaparecida vida?». Debe de haber muchas personas, todavía vivas, sujetas a las mismas perplejidades. Y creo también que aquellos que se encuentran ahora en pleno crecimiento para ocupar luego nuestros sitios en esta gran empresa de la Humanidad entera, necesitarán muchas narraciones como la mía para

tener un concepto, aun el más parcial, del viejo mundo de sombras que hubo antes del advenimiento de nuestros días. Además, da la casualidad de que mi caso es un caso típico del Cambio. Me cogió a mitad de camino en una ráfaga de pasión, y cierto curioso accidente me situó durante algún tiempo en el mismo núcleo del nuevo orden...

Mis recuerdos me retrotraen, a través de un intervalo de cincuenta años, a un cuartucho mal iluminado, con una pequeña ventana abierta al cielo estrellado, e instantáneamente vuelve a mis sentidos el característico olor de aquel cuarto, el olor penetrante de una mal despabilada lámpara quemando parafina barata. El alumbrado eléctrico hacía quince años que, ya perfeccionado, se hallaba en uso, pero la mayor parte de los habitantes del mundo utilizaban aún aquel tipo de lámparas. Esta primera escena se desarrolla, al menos en mi mente, con aquel acompañamiento olfatorio. Aquél era el olor de la noche en el cuarto. De día se olía una más sutil fragancia, un cierto olor a reclusión y a poca ventilación, un olor peculiar, levemente acre, que asocio, no sé por qué, con el polvo.

Permitidme que os describa este cuarto detalladamente. Tendría aproximadamente una extensión de unos dos metros por dos metros y medio, y una altura de algo más que eso. El techo era de escayola, con grietas en varios sitios, agrisado por el hollín de la lámpara, y coloreado en un rincón con todo un sistema de manchas amarillas y verde-oliva producidas por el filtraje de la humedad del piso de arriba. Las paredes estaban cubiertas de un papel castaño oscuro, sobre el que se había impreso en oblicua reiteración un diseño carmín, algo así como una rizada pluma de avestruz, o una flor de acanto, que en sus puntos menos ajados ofrecía una cochambrosa jovialidad. Veíanse algunas heridas grandes, bordeadas de escayola producidas por los fallidos intentos de Parload de clavar clavos en la pared a fin de poder colgar sus cuadros. Uno de los clavos había dado en un intersticio entre dos ladrillos y había quedado firmemente sujeto, y de aquel clavo pendía, sostenida con muy poca seguridad por una gastada y anudada cuerda de persiana, la estantería colgante de Parload, consistente en unas tablas de madera pintadas con una pintura al esmalte de color azul dulzón y decoradas además con una franja de tela americana más o menos rosada, fijada precariamente con tachuelas. Debajo había una mesilla que se comportaba con un espíritu de venganza propio de una mula contra todas las rodillas que se metían debajo de ella impremeditadamente. Estaba cubierta con una tela, cuyo dibujo rojinegro había perdido monotonía gracias a los accidentes producidos por la versatilidad del tintero de Parload, y encima de ella, como *leit motiv* del conjunto, imperaba la pestilente lámpara. Esta lámpara debía de estar fabricada con algún material blancuzco y transparente que no era porcelana ni vidrio, tenía una pantalla hecha del mismo material, que, desde luego, no protegía ni poco ni mucho la vista del lector, y que parecía hallarse admirablemente adaptada para poner en lastimosa evidencia el hecho de que, después de haber despabilado la lámpara dichosa, el polvo y el petróleo habían untado generosamente toda su parte exterior.

Los tablones irregulares de madera que constituían el suelo de la habitación estaban cubiertos de un esmalte gastado y raído, de un tono achocolatado, sobre el cual un pequeño islote representado por una manoseada alfombra florecía vagamente entre el polvo y las sombras.

Había en el hogar una minúscula parrilla hecha de hierro fundido, de una sola pieza, y pintada de color pardo claro, y un guardafuegos todavía más pequeño y mal ajustado que ponía de relieve la piedra gris del hogar. No había fuego en la chimenea. Únicamente unos cuantos papelotes arrugados y hechos trizas y el hornillo de una pipa de tusa eran visibles tras los barrotes, y en un rincón, como si la hubieran tirado allí expresamente, una carbonera angular barnizada, con las bisagras de la tapadera rotas. En aquella época era costumbre calentar cada habitación por separado, por medio de un hogar también separado, más prolífico en suciedad que en calor, y a la raquítica ventana, la diminuta chimenea y la mal ajustada puerta se las suponía que organizarían la ventilación del cuarto por sí mismas, sin otra dirección.

El *truckle-bed* de Parload ocultaba sus grises sábanas bajo un viejo cubrecama hecho de retazos; ocupaba uno de los lados de la habitación y cubría unas cajas y otros objetos diversos. En los dos ángulos de la ventana había una rinconera y un aguamanil sobre los cuales veíanse distribuidos los enseres del aseo personal.

El aguamanil estaba sobre un mueble que había sido construido, sin duda alguna, por alguien que llevaba mucha prisa y que había prodigado con exceso las aplicaciones de tornería para intentar distraer la atención de las bastas economías de trabajo real a base de una barroca ornamentación de bulbos y burbujas en las juntas y en las patas del mueble. Al parecer, aquella pieza había sido después puesta en las manos de alguna persona que disponía de mucho tiempo que perder y que se hallaba equipada con un pote de cierta pintura ocre, con otro de barniz y con un juego de pinceles flexibles. Aquella persona había empezado por pintar el armatoste; luego, me imagino, debió de darle una capa de barniz, y por fin se pondría calmosamente a trabajar con los pinceles, rayando y peinando el barniz hasta hacer con él una fantástica imitación del grano de alguna madera de pesadilla. El lavabo así construido había tenido, evidentemente, una existencia larga y violenta. Había sido descantillado, pataleado, astillado, horadado, manchado, quemado, martilleado, desecado, mojado y ensuciado; había vivido, en fin, toda clase de aventuras posibles, excepto una conflagración o un lavado, hasta que había llegado a aquel elevado refugio, al ático de Parload, para cubrir los sencillos requerimientos del aseo personal del susodicho Parload. Había allí una palangana y un jarro de agua y un cubo de estaño para el agua sucia, y más allá un trozo de jabón amarillo en una jabonera, un cepillo de dientes, una brocha de afeitar de cola de rata, una toalla de alemanisco y dos o tres objetos más de menor importancia. En aquellos días sólo las personas muy ricas poseían más equipaje, y hay que hacer notar que cada gota de agua que empleaba Parload tenía que ser acarreada por una pobre criada, la «friegaplatos», como la llamaba Parload, desde los sótanos hasta lo más alto de la casa, y luego otra

vez a los sótanos. Ya empezamos a olvidarnos de lo moderna que es la invención del aseo personal. Es un hecho que Parload nunca se había desnudado para echarse a nadar, nunca había podido disfrutar de un baño simultáneo por todo su cuerpo desde su infancia. Y esto era lo que ocurría con una persona de cada cincuenta en la época a que me estoy refiriendo.

Una cómoda, también singularmente veteada, que tenía dos cajones grandes y otros dos pequeños, contenía la ropa de Parload, y unas perchas sujetas a la puerta, sus dos sombreros, completaban el inventario de la «salita-dormitorio», tal como yo las conocí antes del Cambio. Pero me había olvidado de que también había una silla con un cojín en el asiento, que parecía pedir excusas por los defectos que había en la rejilla. Me olvidé de anotarla en el momento de hacer el inventario, porque precisamente estaba sentado en ella en la ocasión en que empieza esta historia.

He descrito el cuarto de Parload con tantos detalles porque así podréis comprender el tono en que están escritos mis primeros capítulos, pero no debéis imaginaros que aquel equipo singular o el hedor de la lámpara atraieron mi atención en absoluto en aquellas circunstancias. Yo tomaba toda aquella pingosa asquerosidad como si fuese el escenario más natural y adecuado de la existencia humana. Aquello era el mundo para mí, aquello era lo que yo conocía del mundo. Mi mente se hallaba ocupada por entero en cuestiones más graves y más intensas, y sólo es ahora, a través de la distancia, cuando veo estos detalles del ambiente bajo una luz que lo hace destacables, como cosas significativas, como las evidentes manifestaciones externas del antiguo desorden mundial que hallaba eco en nuestros corazones.

2

Parload hallábase ante la ventana abierta, con los prismáticos en la mano, buscando y encontrando, y no muy seguro de haber vuelto a encontrar, y perdiéndolo de vista otra vez, el nuevo cometa.

No creí entonces que el cometa fuera otra cosa que un estorbo, porque yo quería hablar de otras cosas. Pero Parload no pensaba más que en el cometa. Yo me sentía con la frente que me abrasaba, febril, con una serie de amarguras y preocupaciones entrelazándose en mi mente. Quería abrirle mi corazón, quería, al menos, aliviar mi corazón con una explicación romántica de mis cuitas, y prestaba muy poca atención a las cosas que él me decía. Fue aquélla la primera vez que oí hablar de la nueva motita entre las incontables motitas del firmamento, y no me hubiera importado lo más mínimo no volver a oír hablar de aquel asunto.

Éramos dos jóvenes de una edad semejante. Parload tenía veintidós años, ocho meses más que yo. Era el copista de los documentos de un abogadillo de Overcastle, mientras que yo era el tercer empleado del despacho de Rawdon, en Clayton. Nos

habíamos encontrado por primera vez en el «parlamento» de la Asociación Cristiana de Jóvenes, de Swathinglea, y habíamos descubierto que asistíamos a unas clases simultáneas en Overcastle, pues él estudiaba ciencias y yo taquigrafía. Habíamos adquirido la costumbre de irnos a casa juntos, al salir de clase, y de este modo empezó nuestra amistad. Swathinglea, Clayton y Overcastle, eran pueblos contiguos, en la gran zona industrial de los Midlands. Nos habíamos confiado nuestras secretas dudas sobre materia religiosa, nos habíamos confesado mutuamente nuestro interés por el socialismo. Él había venido dos veces a mi casa, a cenar conmigo, y con mi madre, otras tantas noches de domingo, y yo tenía entrada libre en su cuarto. Él era entonces un joven de pelo rubio claro, alto, desgarbado, con un desarrollo desproporcionado del cuello y de las muñecas, y capaz de reaccionar ante ciertas cosas con demostraciones de gran entusiasmo. Durante dos noches por semana se dedicaba a atender las clases nocturnas de la Escuela de Ciencias que se había organizado en Overcastle, siendo la fisiografía su tema favorito, y a través de esta insidiosa abertura practicada en su mente las maravillas del espacio infinito habían llegado a tomar verdaderamente posesión de su alma. Había requisado unos viejos prismáticos de su tío, granjero de Leet, más allá del marjal, había adquirido un planisferio de papel y el *Whitaker's Almanack*, y durante algún tiempo la luz diurna y la lunar no constituyeron para él más que vacuas interrupciones a la única satisfactoria realidad de su vida: mirar las estrellas. Eran las profundidades lo que le sobrecogía, las inmensidades y las misteriosas posibilidades que podían flotar entre las tinieblas de aquel insondable abismo. Con infinito trabajo y con la ayuda de un artículo muy preciso en *The Heavens*, pequeña revista mensual, que informaba a los que se hallaban bajo aquella obsesión, había, por fin, conseguido enfocar sus prismáticos sobre un nuevo visitante de nuestro sistema, procedente del espacio infinito. En aquel momento estaba mirando con una especie de éxtasis aquella trémula y diminuta centella de luz, casi perdida entre otros puntitos relucientes, y no se cansaba de mirar. Mis cuitas tenían que esperar que él estuviese listo.

—¡Maravilloso! —exclamó.

Y en seguida, como si su primera exclamación no le satisficiera, repitió:

—¡Maravilloso!

Después, volviéndose hacia mí, añadió:

—¿No te gustaría verlo?

Tuve que mirar y luego tuve que escuchar. Aquel intruso, difícilmente visible, iba a ser inmediatamente uno de los mayores cometas que el mundo hubiera visto nunca, y su trayectoria lo situaría a una distancia de unas decenas de millones de kilómetros de la Tierra... a un simple paso, según parecía creer Parload por su modo de hablar. También tuve que oír que el espectroscopio ya estaba sondeando sus secretos químicos, lleno de perplejidades por la presencia de una franja sin precedentes en el verde, y cómo en aquellos instantes estaba siendo fotografiado en el mismo acto de desenroscar, en una dirección excepcional, su cola dirigiéndola hacia el Sol, y que en

seguida volvería a enroscarla. Durante todas estas explicaciones, que se producían como una especie de resaca, estaba yo pensando en primer lugar en Nettie Stuart y en la carta que acababa de escribirme, y luego en la detestable faz del viejo Rawdon tal como la había visto aquella misma tarde. Tan pronto me encontraba planeando la respuesta adecuada para Nettie como pensaba en las tardías réplicas a mi patrono, y luego, de nuevo Nettie brillaba con toda la extensión en el fondo de mis pensamientos...

Nettie Stuart era la hija del jardinero principal de la viuda del rico Verrall, y ella y yo nos habíamos besado y nos considerábamos novios desde antes de los dieciocho años. Mi madre y la suya eran primas segundas y antiguas compañeras de colegio, y cuando mi madre se había quedado viuda muy joven a causa de un accidente ferroviario, no había tenido más remedio que tomar realquilados. Era el ama de llaves del cura de Clayton, y su posición se estimaba como muy inferior a la de *Mrs.* Stuart. La amable costumbre de ir a hacer una visita de vez en cuando a la quinta del jardinero en Checkshill Towers todavía mantenía a las dos amigas en contacto. Generalmente yo iba allí con ella. Y recuerdo que fue en el crepúsculo de un claro día de julio, uno de esos prolongados atardeceres dorados que menos que dar entrada a la noche parece que admitan por fin, por pura cortesía, a la luna con un escogido cortejo de estrellas, fue en uno de esos atardeceres, pues, como digo, que Nettie y yo, en el estanque de las carpas doradas, donde convergen las avenidas bordeadas de tejos, hicimos nuestras tímidas promesas de principiantes. Recuerdo todavía, y algo se remueve en mis entrañas con este recuerdo, la trémula emoción de aquella aventura. Nettie iba vestida de blanco, con el pelo cayéndole en ondas de suave negrura por encima de sus oscuros ojos brillantes, y llevaba un pequeño collar de perlas alrededor del cuello dulcemente modelado, con una pequeña moneda de oro colgante que anidaba en el hoyo de su garganta. Besé sus remisos labios, y durante los tres años siguientes de mi vida... (¡oh, hasta creo que durante todo el resto de mi vida y de la suya...!) me parece que habría podido ofrecerme a morir por ella.

Hay que hacerse cargo, y cada año que pase se hará más difícil comprenderlo, de lo enteramente distinto que era el mundo de entonces del de ahora. Era un mundo de tinieblas, lleno de desorden evitable, de enfermedades evitables, de dolores evitables, de asperezas, de rigorismos, de estúpidas crueldades impremeditadas, pero así y todo, y pudiera muy bien ser que fuera en virtud de la general tiniebla, había también momentos de una rara belleza que ya no me parecen posibles en mi experiencia. El gran Cambio ha venido para siempre, la dicha y la belleza forman parte de nuestra atmósfera, hay paz en la tierra y buena voluntad en todos los hombres. Nadie quisiera ni tan sólo soñar con volver a las aflicciones e infortunios de nuestros antiguos tiempos, y, no obstante, toda aquella miseria y todas aquellas desdichas eran, de vez en cuando, traspasadas; la cortina gris de todo aquel cúmulo de infelicidades quedaba apuñalada de vez en cuando por gozos y alegrías de una intensidad tal, por percepciones de una agudeza tal, que me parecen ahora haber desaparecido por

completo de nuestra vida actual. ¿Será el Cambio lo que ha robado a la vida sus extremos, o será tal vez únicamente que la juventud me ha abandonado (hasta la fuerza de la edad madura me está ya abandonando) llevándome sólo, sus desesperaciones y sus éxtasis, dejándome solo, acaso, con el raciocinio, la compasión y el recuerdo?

No podría decirlo. Tendría que ser joven ahora, después de haber sido joven entonces, para resolver este problema imposible.

Tal vez un observador imparcial, incluso en los viejos tiempos, habría encontrado muy poca belleza en nuestra agrupación. Tengo dos retratos nuestros, a mano, en esta misma mesa donde escribo y en ellos me veo como un jovencito desgarbado, metido en un traje de confección que no me sienta bien, y Nettie... En realidad, Nettie va muy mal vestida, y su actitud resulta algo más que un poco tiesa. Pero a través de este retrato la vuelvo a ver con su brillante vivacidad y algo de aquel misterioso encanto que poseía para mí. Su rostro ha triunfado del fotógrafo. De otro modo ya haría tiempo que hubiera tirado esta fotografía.

La realidad de la belleza no puede expresarse con palabras. Quisiera poseer el arte de poder dibujar algo que sobrepasa toda descripción. Había una especie de gravedad en sus ojos. Había algo, algo que se reducía sólo a una sutilísima diferencia entre su labio superior y los de las demás muchachas, que hacía que su boca se cerrase tan dulcemente y se abriese más dulcemente aún en una sonrisa. ¡Oh, aquella sonrisa suya tan grave y tan dulce!

Después de habernos besado y haber decidido no decir a nuestros respectivos padres durante algún tiempo la irrevocable elección que habíamos hecho, llegó el momento de separarnos tímidamente y ante los demás, y mi madre y yo regresamos a través del parque iluminado por la luz de la luna, mientras los helechos crepitaban al rozar sus hojas los asustados ciervos, hasta la estación ferroviaria de Checkshill, y de allí a nuestro mugriento sótano de Clayton; y ya no vi más a Nettie, exceptuando lo que vi de ella en mis pensamientos, durante cerca de un año. Pero a nuestro próximo encuentro decidimos que teníamos que escribirnos, y así empezamos nuestra correspondencia con gran secreto porque Nettie no quería que nadie en su casa, ni siquiera su hermana única, supiera nada de nuestro mutuo afecto. Así es que tuve que enviar mis preciosos documentos, cerrados y sellados, por medio de una amiga del colegio, confidente de ella, que vivía cerca de Londres... Podría todavía escribir la dirección, a pesar de que tanto la casa, como la calle, como el suburbio han desaparecido más allá de toda nueva indagación humana.

Nuestra correspondencia dio lugar a nuestro desvío, ya que por primera vez entramos en una clase de contacto que era algo más que sensual, y nuestras mentes buscaban trabajosamente la manera de expresarse.

Pero hay que tener presente que el mundo de las ideas estaba, en aquellos días, en el estado más extraño que cabe imaginarse. Sofocado por un cúmulo de fórmulas anticuadas e inadecuadas, era un mundo tortuoso, casi un verdadero laberinto, con

mecanismos, tretas y adaptaciones secundarias, supresiones, convenciones y subterfugios. Viles contigüidades violaban la verdad en los labios de todos los hombres. Yo fui educado por mi madre en la fe, una fe extraña, anticuada y estrecha, en ciertas fórmulas religiosas, ciertas reglas de conducta, ciertos conceptos sobre el orden social y político, que tenían tanto que ver con las realidades y necesidades de la vida cotidiana contemporánea como la ropa limpia que se guarda en un cajón de la cómoda, perfumada con lavanda. Verdaderamente su religión olía a lavanda; todos los domingos mi madre dejaba de lado todas las cosas de la realidad, las ropas y hasta los enseres y avíos de todos los días, ocultaba sus manos nudosas, a veces agrietadas de tanto fregar, con unos guantes negros, cuidadosamente remendados, se ponía su viejo traje de seda negra y su gorrito, y me llevaba, también limpio y atildado de un modo que :o era natural, a la iglesia. Allí cantábamos y hacíamos reverencias y oíamos como recitaban unas preces sonoras y nosotros nos uníamos a ellas con unas respuestas aún más sonoras, y nos levantábamos con un congregacional suspiro de alivio cuando la doxología, con su introito «Ahora Dios el Padre, Dios el Hijo», daba por terminado con una breve reverencia el breve y manso sermón. Había un infierno en aquella religión de mi madre, un infierno rojo de encrespadas llamas que en otro tiempo había sido muy terrible; había también un diablo que era, de oficio, el enemigo del rey de Inglaterra, y había, asimismo, muchísimas denuncias de la inicua lujuria de la carne. Se daba por sentado que creíamos que la mayoría de los habitantes de nuestro desdichado mundo tenían que hacer penitencia por todos los desórdenes y enredos de este planeta, sufriendo exquisitos tormentos por los siglos de los siglos. Amén. Pero, en realidad, aquellas llamas encrespadas eran más bien bonitas y alegres. Todo aquello se había dulcificado y se iba desvaneciendo en una amable irrealidad ya desde mucho antes de mi tiempo. Si me había producido algún terror en mi infancia, lo había ya olvidado, y para mí no era tan terrible como el gigante al que mató un tallo de judía. Y ahora lo veo todo como si fuese un escenario para la cansada y pálida faz de mi pobre madre, y hasta casi como si formara parte amorosamente de ella misma. Y *Mr. Gabbitas*, nuestro pequeño y rechoncho realquilado, extrañamente transformado en sus vestiduras y elevando su voz con distintiva hombría al nivel de aquellas plegarias isabelinas, parecía, creo yo, darle un especial y peculiar interés en Dios. Ella irradiaba su trémula amabilidad hacia Él, y Le redimía de todas las deducciones de los vengativos teólogos; ella era, en realidad, sólo con que yo hubiese podido percibirlo, la respuesta efectiva de todo lo que ella misma habría querido enseñarme.

Así lo veo ahora, pero hay algo duro y desagradable en la vivaz intensidad de la juventud, y habiéndome tomado al principio todas estas cosas seriamente, el ardiente infierno y el ansia de venganza de Dios ante cualquier negligencia, como si fueran tan reales y coetáneas como la fundición de hierro de Bladden o el Banco de Rawdon, las eché luego de mi mente con la misma seriedad.

Mr. Gabbitas, algunas veces, tal como se dice, «hacía caso» de mí, y me había

inducido a que continuara dedicándome a la lectura después de haber dejado el colegio, y con las mejores intenciones del mundo y para anticipar y prevenir el daño que podía hacer la ponzoña de los tiempos, me había dejado el *Escepticismo contestado*, de Burble, y había llamado mi atención sobre la biblioteca del Instituto, en Clayton.

El excelente Burble me produjo un grandísimo sobresalto. Parecía evidente, según se colegía de sus respuestas a los escépticos, que los argumentos en favor de la ortodoxia doctrinaria y de todo aquel porvenir vago y de ninguna manera tan terrible como se pretendía, que yo había aceptado hasta entonces igual que había aceptado la existencia del sol, eran muy pobres, y para remacharme esta idea el primer libro que saqué del Instituto resultó ser una edición americana de las obras completas de Shelley, tanto su prosa gaseosa como su verso atmosférico. Muy pronto me sentí maduro para aceptar una patente irreligiosidad. Y al poco tiempo, en la Asociación de Jóvenes Cristianos, trabé conocimiento con Parload, el cual me dijo, bajo la promesa del más siniestro secreto, que él era «un socialista a rajatabla». Me prestó varios ejemplares de un periódico que llevaba el título estridente de *El Clarín*, el cual estaba precisamente emprendiendo una cruzada contra la religión establecida y generalmente aceptada. Los años de adolescencia de los jóvenes medianamente inteligentes se hallan abiertos, y siempre se hallarán sanamente abiertos al contagio de las dudas filosóficas, de los más diversos desprecios y de todas las ideas nuevas, y debo confesar que yo estaba gravemente atacado de la fiebre propia de esta fase. Digo dudas, pero más que dudas, lo cual son cosas muy complejas, eran negaciones bruscas y absolutas. «¡Que yo haya podido creer esto!». Y también, hay que recordarlo, estaba yo entonces empezando mi correspondencia amorosa con Nettie.

Vivimos ahora, en los días actuales, cuando el Gran Cambio se ha cumplido en la mayoría de las cosas, en un tiempo en que todo el mundo está educado en una especie de amabilidad intelectual, en una amabilidad que no disminuye en nada nuestro vigor, y resulta difícil ahora comprender la sofocante y combativa manera cómo los jóvenes de mi generación ordenaban sus pensamientos. El mero hecho de pensar en ciertas cosas ya constituía un acto de rebelión que le colocaba a uno en una posición oscilante, entre furtiva y retadora. La gente empieza a encontrar a Shelley, a pesar de toda su melodía, escandaloso y mal adaptado ahora, porque sus anarquistas se han desvanecido, y, no obstante, hubo un tiempo en que el pensamiento, entonces moderno, *tenía* que bailar al tono de la rotura de cristales. Se hace un poco difícil poder imaginar el fermentativo estado de la mente, la disposición a denostar la autoridad constituida, a sostener una persistente nota provocativa, como la que nosotros, jóvenes bárbaros, nos complacemos en sostener. Empecé a leer con avidez escritos como los que Carlyle, Browning y Heine nos han dejado para mayor perplejidad de la posteridad, y no sólo me quedé en leer y admirar, sino que llegué hasta a imitar. Mis cartas a Nettie, después de uno o dos alardes sinceros de superfervorosa ternura, se desviaron hacia la teología la sociología o el cosmos, en

ampulosas y sobrecogedoras expresiones. No hay duda de que debieron sorprenderla en grado sumo.

Guardo la mayor simpatía y algo inexplicablemente cercano a la envidia por mi perdida juventud, pero ahora me sería difícil mantener mi posición contra cualquiera que intentara condenarme sin atenuantes por haber sido un necio, presumido y emotivo gaznápiro, en realidad muy semejante al de mi descolorido retrato. Y cuando intento recordar cuáles deben de haber sido exactamente la calidad y el tenor de mis más arduos y sostenidos esfuerzos para escribir cartas memorables a mi novia, confieso que siento escalofríos... Y, no obstante, desearía que todo aquello no hubiese quedado destruido por completo.

Las cartas que ella me dirigía eran muy sencillas; estaban escritas con una caligrafía redondeada y uniforme, y muy mal fraseadas. Sus dos o tres primeras cartas denotaban cierto tímido placer en el uso de la palabra «querido», y me acuerdo que al principio dio lugar a un delicioso sentimiento de placer. Pero al empezar a mostrarse las pruebas de mi fermentación mental, sus respuestas dejaron de ser tan felices como al principio.

No quiero importunaros explicándoos cómo reñimos a nuestra tontísima manera juvenil, y cómo fui el domingo siguiente, y sin que mediara invitación alguna, Checkshill, y todavía estropeé más las cosas, y cómo después escribí una carta que ella consideró «simpatiquísima» y que arregló el asunto. Tampoco quiero hablaros de nuestras ulteriores fluctuaciones de comprensión y de nuestros malentendidos. Siempre era o el culpable y el penitente final hasta la próxima vez, y, entretanto, pudimos disfrutar de algunos momentos de grandes ternuras. Yo llegué a quererla mucho. Pero siempre me ocurría la desdicha siguiente: mientras estaba en la oscuridad y a solas, pensaba en ella con gran intensidad, pensaba en sus ojos, en su contacto, en su dulce y deliciosa presencia, pero cuando me ponía a escribirle pensaba en Shelley, en Bums, en mí mismo y en otras cuestiones de tan poca importancia como éstas. Cuando uno está enamorado, de este modo fermentativo, resulta más difícil hacer el amor que cuando no se está enamorado. Y en cuanto a Nettie, ya sé que en realidad no me amaba a mí, sino a esos amables misterios. No era mi voz lo que podía elevar sus sueños al nivel de la pasión... Así es que nuestras cartas siguieron resultando descentradas. Después, de pronto, ella me escribió una en la que decía abrigar sus dudas sobre si podía seguir sintiendo interés por alguien que se decía socialista y que no creía en la Iglesia, y casi inmediatamente a esta carta siguió otra con inesperadas novedades. Ella decía que creía que no estábamos hechos el uno para el otro, ya que diferíamos tanto en gustos y en ideas, y que, en fin, hacía ya mucho tiempo que ella estaba pensando en devolverme mi palabra de matrimonio y dejarme libre. En realidad, aunque no me di cuenta cabal de ello en el primer momento, me había despedido. Encontré la carta al llegar a casa, después de haber recibido la no muy cortés negativa de Rawdon a la propuesta que le hice de aumentarme el salario. Aquella noche precisamente tuve que pasar por un estado de

febril adaptación a dos nuevos y asombrosos hechos, dos hechos casi diría abrumadores, o sea, que ya no era indispensable ni para Nettie ni para Rawdon. ¡Y venirme ahora con cometas!

¿Dónde estaba?

Me había acostumbrado tanto a considerar a Nettie como indiscutiblemente mía (la entera tradición del «verdadero amor» me lo indicaba así), que el hecho de que ella cambiara de frente con aquellas preciosas frasecitas que implicaban la ruptura y el abandono, después de habernos besado y de haber cuchicheado y de haber llegado a un punto tan íntimo en las pequeñas familiaridades aventuradas de la juventud, me escandalizó profundamente. ¡Y Rawdon tampoco me consideraba indispensable! Sentí como si hubiese sido súbitamente repudiado por el universo y amenazado de eliminación; sentí que debía inmediatamente afianzarme en mí mismo de algún modo positivo y categórico. No había ningún bálsamo, en la religión que yo había aprendido ni en la irreligión que había adoptado, para el amor propio herido.

¿Y si abandonara la oficina de Rawdon de una vez para siempre, y luego, de algún modo rapidísimo y extraordinario, hiciera prosperar la fábrica de cerámica cercana, y gran competidora, de Frobisher?

La primera parte del programa, al menos, sería de fácil realización: ir a Rawdon y decirle: «Adiós, buenas tardes, y si te he visto no me acuerdo», pero por lo que atañe al resto me podía fallar lo de Frobisher. Esto, sin embargo, era un asunto secundario. La cuestión predominante era la de Nettie. Me encontré la mente acribillada con voladeros fragmentos de retórica que podrían serme de mucha utilidad en la carta que le escribiría. Desprecio, ironía, ternura... ¿qué iba a ser?

—¡Vaya! —exclamó Parload súbitamente.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Que han encendido los hornos en la fundición de Bladden, y el humo se eleva exactamente por mi pedazo de cielo.

La interrupción se produjo en el preciso momento en que yo estaba a punto de confiarle mis pensamientos.

—Parload —dije—, es muy probable que tenga que dejar todo esto. El viejo Rawdon no quiere aumentarme el sueldo, y después de habérselo pedido no creo que pueda permanecer en su casa en las mismas condiciones que antes. ¿Ves? Es posible que tenga que marcharme de Clayton para siempre.

3

Esto hizo que Parload dejara a un lado los prismáticos y se quedara mirándome.
—Es muy mala época ahora para cambiar —dijo después de una pequeña pausa.

Rawdon había dicho lo mismo en un tono mucho menos agradable.

Pero con Parload yo me sentía siempre en disposición a hacer sonar la nota heroica.

—Estoy cansado —dije— de trabajar por cuenta de otros. Tan mala resulta el hambre del cuerpo como la del alma.

—No sé, no sé, realmente... —murmuró Parload lentamente.

Y de este modo iniciamos una de nuestras interminables conversaciones, una de esas largas y vagas, intensamente generalizadas y difusas charlas personales que serán siempre muy apreciadas por los jóvenes inteligentes hasta el fin del mundo. El Cambio no ha abolido nada de esto.

Sería una hazaña increíble de la memoria si ahora pudiera recordar toda la tortuosa maraña de palabrería empleada en aquella ocasión. En realidad, casi no puedo acordarme de nada de ello, aunque las circunstancias ambientales y la atmósfera prevaleciente cuando fueron pronunciadas destacan, como una clara y concisa imagen, en mi mente. Yo adopté una actitud a mi manera y me comporté como un mentecato, sin ningún género de duda. Me comporté como un perfecto egoísta, zaherido y mordaz, y Parload hizo su papel de filósofo preocupado con las profundidades del espacio.

Me acuerdo de que en seguida nos encontramos los dos andando por la calle en la cálida noche de verano, y hablando, tal vez a causa de eso, con entera libertad. Pero de una cosa que dije me acuerdo perfectamente.

—A veces desearía —dije haciendo un gesto hacia el firmamento— que ese cometa tuyo o algo parecido chocara de veras contra este mundo... y nos mandara a todos a paseo... Así se acabarían las huelgas, las guerras, los tumultos, los amores, los celos, las envidias y todas las miserias y las vilezas de la vida...

—¡Ah! —exclamó Parload.

Y aquel pensamiento pareció quedarse revoloteando a su alrededor.

—Esto no sería más que otra de las muchas desdichas de esta vida —añadió, como sin darle importancia, cuando yo ya me hallaba enfrascado en otra cosa.

—¿A qué te refieres?

—A la colisión con un cometa. Únicamente haría retroceder las cosas. Haría que lo que quedara de la vida fuese aún más salvaje de lo que es ahora.

—Pero, ¿por qué tendría que quedar *algo* de la vida? —pregunté.

Éste era nuestro estilo. Mientras tanto seguíamos andando por la angosta calle y luego por los caminos que conducen a Clayton Crest y a la carretera.

Pero mis recuerdos me retrotraen tan eficazmente a aquellos días anteriores al Cambio que hasta me olvido de que actualmente aquellos lugares han quedado alterados más allá de todo reconocimiento, que la angosta calle y tos caminitos y la vista desde Clayton Crest y, en fin, el mundo entero donde yo nací, me crié y me hice hombre, ha desaparecido totalmente, fuera del espacio y del tiempo, y casi fuera de la imaginación de todos aquellos que pertenecen a la generación siguiente a la mía.

Vosotros no podéis ver, como yo, la calle vacía y oscura que quedaba entre dos hileras de casas mezquinas, la oscura y desierta vía iluminada por una macilenta lámpara de gas en la esquina, no podéis sentir el duro pavimento mal adoquinado bajo las botas, no podéis contemplar las ventanas vagamente iluminadas, ni las sombras proyectadas sobre las feas, remendadas y mal sujetas cortinillas, de las personas hacinadas en las casas. Ni podéis pasar por delante de la cervecería con su brillante luz de gas y sus extrañas ventanas semicerradas, ni podéis sentir un vaho maloliente y un lenguaje más maloliente aún desde la puerta, ni ver la silueta encogida y furtiva de algún bribonzuelo escurriéndose a nuestro lado, escaleras abajo.

Cruzamos una calle más larga, por la que subía un desvencijado tranvía de vapor, vomitando humo y chispas y haciendo sonar todo su repertorio de estrépitos metálicos. Hacia abajo se veía el grasiento brillo de los escaparates de las tiendas y las luces de las carretillas de los buhoneros tachonando la oscuridad de puntos de fuego. Un nebuloso movimiento de gente serpenteaba a lo largo de la calle, y pudimos oír la voz de un predicador ambulante que pronunciaba un sermón en un solar, entre dos casas. Vosotros no podéis ver estas cosas como yo las puedo ver, ni os podéis imaginar, a menos de que conozcáis los cuadros que aquel gran artista llamado Hyde legó al mundo, el efecto de la gran valla ante la que pasamos, iluminada por debajo por un mechero de gas y elevándose por encima de él hasta terminar abruptamente, como un filo negro recortado contra el pálido cielo.

¡Aquellas vallas donde se fijaban anuncios y carteles! Eran las cosas de colores más brillantes que había en aquel mundo ya desaparecido. Allí, en capas sucesivas de engrudo y papel, todas las empresas comerciales más o menos escabrosas de aquellos días se reunían en cromática discordia. Píldoras y sermones, teatros y tómbolas benéficas, maravillosos jabones y succulentas conservas, máquinas de escribir y máquinas de coser, todo mezclado en una especie de clamor visualizado. Y después de esto venía un cenagoso camino lleno de escorias, sin una sola luz, un camino que utilizaba sus muchas charcas para pedir de prestado una estrella al cielo, de vez en cuando. Anduvimos chapoteando por aquel camino, sin damos cuenta, mientras seguíamos hablando.

Luego atravesamos los *allotments*, por entre una verdadera selva de coles y cobertizos de mal aspecto, pasamos por delante de una destartalada fábrica abandonada y llegamos a la carretera. La carretera subía, haciendo una curva, por delante de unas cuantas casas y de una cervecería, dando la vuelta hasta dominar todo el valle en el que yacían cuatro ciudades industriales atestadas de gente, en muy poco espacio.

Quiero admitir que, con el crepúsculo, sobrevino un período de fantástica magnificencia sobre toda aquella extensión de tierra, a la que cobijó hasta el amanecer. La horrible mezquindad de sus detalles quedó velada, las conejeras que eran los hogares, las erizadas multitudes de chimeneas, las feísimas matas de reacia vegetación entre las improvisadas vallas de duelas y alambres, las mohosas heridas

que enmarcaban dos lomas opuestas de donde se sacaba el mineral de hierro y las yermas montañas de escoria procedente de los altos hornos, quedaban veladas; el vapor, el humo hirviente y el polvo de las fundiciones, de las fábricas de cerámica y de los altos hornos quedaban transfigurados y asimilados por la noche. La atmósfera, cargada de polvo, que durante el día no era sino una opresión grisácea, durante el crepúsculo se transformaba en un misterio de profundas coloraciones translúcidas, de azules y violetas, de rojos sombríos y rutilantes, de una extraña claridad reluciente de verdes y amarillos a través de un cielo ensombrecido. Cada uno de aquellos hornos advenedizos, al hundirse en el horizonte su monarca el sol, se coronaba de llamaradas y los oscuros montones de escorias empezaban a brillar con centelleantes fuegos, y cada fábrica de cerámica se recortaba, rebelde, bajo una volcánica cimera de luz. El imperio del día se disgregaba en un millar de baronías feudales de ardientes ascuas. Las calles secundarias se destacaban en el valle por sus lámparas de gas de color amarillo desvaído, que adquirían más brillo al entremezclarse en las plazas y cruces principales con la palidez blanquecina de los manguitos incandescentes y el frío brillo de los altos arcos voltaicos. Los entrelazados rieles del ferrocarril hacían surgir brillantes casetas de señales en sus intersecciones, señales que eran estrellas verdes y rojas en constelaciones rectangulares. Los trenes se transformaban en negras serpientes articuladas que corrían vomitando fuego...

Además, allá, en lo alto, como un objeto puesto allí ex profeso fuera de nuestro alcance y casi olvidado, Parload había descubierto un reino que no estaba gobernado ni por el sol ni por los hornos: el universo de las estrellas.

Éste era el escenario de muchas conversaciones que habíamos tenido nosotros dos. Y si, bajo la luz del día, subíamos a la cima y dirigíamos nuestras miradas hacia poniente, podíamos divisar una gran extensión de tierra arable, con parques y grandes mansiones señoriales y la torre de una catedral distante. Algunas veces, cuando el día se presentaba lluvioso, las cumbres de las remotas montañas se veían claramente como suspendidas del cielo. Más allá de lo que alcanzaba la vista, bastante más allá, había Checkshill, y la sensación de su presencia invisible en la distancia era siempre más imperiosa de noche que de día. ¡Checkshill y Nettie!

A nosotros dos, jóvenes como éramos entonces, mientras andábamos por aquel camino lleno de carbonilla y de cenizas, paralelo a la carretera, y discutíamos con calor nuestras perplejidades, nos parecía que aquella cima nos daba, compendiada, una vista general del mundo.

Allí, a un lado, en la hacinada oscuridad, alrededor de las fábricas y de los talleres, los trabajadores, agrupados en manadas, como rebaños, mal vestidos, mal alimentados, mal instruidos, servidos mal y costosamente en todas las ocasiones de su vida, preocupados por la incertidumbre hasta de su insuficiente subsistencia un día y otro, las capillas y las iglesias creciendo e hipertrofiándose en medio de los miserables hogares, igual que saprofitos en medio de la corrupción general; y por otro lado, tanto en espacio, como en libertad y dignidad completamente opuestos a los

superhacinados hogares donde los obreros se pudrían, las pocas quintas pintorescas y elegantes donde vivían los grandes propietarios, y los dueños de fábricas de cerámica, fundiciones, granjas y minas. Más lejos, distantes, bonitas, vulgares, destacándose entre un pequeño grupo de puestos de libros de segunda mano, las residencias eclesiásticas, las tabernas, fondas y demás edificios propios de un mercado comarcal en decadencia, la catedral de Lowchester apuntaba con una hermosa y sencilla aguja a los vagos cielos increíbles. Así nos parecía a nosotros que estaba planeado el mundo entero bajo el impacto de estas primeras impresiones juveniles.

Lo veíamos todo con una gran simplicidad, tal como suelen verse las cosas en la juventud. Teníamos nuestras soluciones, enconadas y llenas de confianza, y cualquiera que se atreviese a criticarlas era amigo de los ladrones. Era un caso patente de latrocinio, según nosotros, un caso de los más evidentes. En aquellas grandes mansiones acechaban el propietario y el capitalista, con su truhán el abogado, y su estafador, el cura, y nosotros, los demás, éramos las víctimas de sus deliberadas villanías. No había duda alguna de que guiñaban los ojos y se reían detrás de sus copas llenas de vinos raros y exquisitos, al lado de sus mujeres vestidas de un modo deslumbrador y perverso, planeando explotar aún más a los pobres.

Y en medio de toda la miseria del otro lado, entre brutalidades, ignorancia y embriaguez, sufría multitudinariamente su inocente víctima, el trabajador.

Y nosotros dos, casi a la primera mirada lo habíamos descubierto todo. Únicamente tenía que ser afirmado todo aquello con suficiente retórica y vehemencia para cambiar la faz del mundo entero. El trabajador se levantaría (en forma del Partido Laborista, y con jóvenes como Parload y yo mismo para representarle) y entraría en posesión de lo que le pertenecía, y entonces...

Entonces los ladrones se escamarían y montarían en cólera, y todo sería extremadamente satisfactorio.

A menos que mi memoria me esté jugando una mala pasada, esto que he dicho no haría injusticia al orden de ideas y de acción que Parload y yo considerábamos como el resultado final de la sabiduría humana. Lo creíamos con gran calor y rechazábamos con el mismo calor la evidente objeción de su rudeza. A veces, durante nuestras grandes conversaciones, nos sentíamos henchidos de impetuosas esperanzas en el triunfo próximo de nuestra doctrina, pero con más frecuencia nuestra actitud era de ardiente resentimiento contra la maldad y la estupidez que retrasaban un plan tan sencillo de reconstrucción del orden del mundo. Después nos volvimos malignos, y empezamos a pensar en barricadas y en violencias concretas. Yo me acuerdo muy bien de que me sentía amargado aquella noche precisa de que os estoy hablando, y la única faz que se mostraba en la hidra del Capitalismo y del Monopolio, la única faz que yo podía percibir claramente, sonreía exactamente tal como había sonreído el viejo Rawdon cuando se negó a darme más de los despreciables veinte chelines semanales que me daba.

Deseaba intensamente salvaguardar el respeto que me tenía a mí mismo por

medio de alguna venganza efectuada en él, y tenía la sensación de que si esto podía hacerse matando a la hidra, podría arrastrar los despojos a los pies de Nettie, y así solventar mi otro gran problema. «Y ahora, ¿qué piensas de mí, Nettie?».

Esto se acerca bastante a la calidad de mis ideas de por entonces, y ya podéis imaginaros cómo gesticulé y declamé aquella noche ante Parload. Podéis imaginaros cómo unas pequeñas siluetas negras, insignificantes, situadas en medio de aquella desoladora noche de flamígero industrialismo, y mi vocecilla con cierto acento retórico, protestando, denunciando...

Consideraréis estas ideas de mi juventud muy pobres, necias y violentas, y particularmente si pertenecéis a la generación joven, a la nacida después del Cambio, compartiréis esta opinión. Hoy el mundo entero piensa claramente, piensa reflexivamente, en certidumbres lúcidas, de tal modo que hallaréis imposible poder imaginar siquiera que otra clase de pensamientos haya sido posible. Dejadme que os explique, pues, cómo podéis situaros mentalmente en un estado parecido al que nosotros disfrutábamos anteriormente. En primer lugar, tenéis que echar a perder vuestra salud con una mala alimentación y exceso en la bebida, tenéis que dar al traste con vuestro estado físico mediante una constante negligencia del ejercicio muscular, y una vez obtenido esto, tenéis que hacer lo posible para estar siempre preocupados, a fin de sentirnos angustiados e incómodos, y después tenéis que poneros a trabajar durante cuatro o cinco días seguidos, durante muchas horas cada día, en algo demasiado mezquino para ser interesante, en algo demasiado complejo para poder hacerlo maquinalmente, y que, en resumidas cuentas, carezca del menor significado personal para vosotros. Una vez hecho esto, id directamente a un cuartucho sin ventilación, lleno de una atmósfera viciada, y allí poneos a pensar en algún problema complicado. Al cabo de muy poco tiempo os encontraréis en un estado de gran confusión intelectual, molestos, impacientes, agarrándoos a todo lo sencillo, eligiendo y rechazando soluciones y conclusiones a tontas y a locas. Intentad jugar una partida de ajedrez en estas condiciones y veréis como jugaréis de un modo estúpido, perdiendo, a fin de cuentas, la partida y los estribos. Intentad hacer algo que sea propio de un buen funcionamiento del cerebro o del temperamento, y fracasaréis.

Bueno, pues resulta que el mundo, antes del Cambio, estaba tan enfermo y febril como os he descrito; se hallaba preocupado, fatigado de tanto trabajar y perplejo ante problemas que no podían formularse con sencillez, problemas que cambiaban y eludían la solución, y todo ello en una atmósfera que se había espesado y corrompido hasta hacerse irrespirable. No había nadie en el mundo capaz de pensar con sangre fría. Nada había en la mente del mundo sino medias verdades, juicios temerarios, alucinaciones y mucha emoción. Nada...

Ya sé que parece increíble que algunos elementos de la joven generación empiecen a concebir dudas respecto a la grandeza del Cambio que ha sufrido nuestro mundo, pero leed..., leed los periódicos de aquella época. Todas las edades se mitigan y se ennoblecen a medida que van desvaneciéndose en el pasado. Y

corresponde a aquellos que, como yo, tenemos una historia de aquel tiempo para relatar, proporcionar por medio de un escrupuloso realismo espiritual, algún antídoto para aquella falsa magnificencia.

4

Siempre que Parload y yo estábamos juntos era yo quien llevaba la voz cantante. Ahora, según creo, puedo considerarme a mí mismo retrospectivamente con una imparcialidad casi perfecta. Las cosas han cambiado de tal modo que ahora soy, en realidad, otra persona que no tiene nada de común con aquel jovencito jactancioso y necio cuyas confusiones e inquietudes traigo a colación. Ahora lo veo vulgarmente teatral, egoísta, insincero, y en realidad no me gusta nada, pero le guardo aquella instintiva simpatía material que es el fruto de una intimidad incesante. Precisamente porque se trata de mí mismo, podré sentir y escribir con conocimiento de causa sobre ciertas cosas que le enajenarán la simpatía de casi todos los lectores, pero, ¿por qué tendría yo que paliar o defender su carácter?

Siempre era yo, como digo, quien llevaba la voz cantante, y habría quedado atónito si alguien me hubiera dicho que no era la mía la inteligencia más preclara en estos torneos de palabrería. Parload era muy quieto, algo tieso y reprimido en todo, mientras que yo poseía el don, supremo para los jóvenes y las democracias, de la expresión copiosa. En lo más recóndito de mi corazón diagnosticaba que Parload era un poco lerdo; creía yo que Parload adoptaba aquella actitud de grave sosiego porque se hallaba obsesionado con la idea congenial de la «precaución científica». No me fijé en que mientras mis manos eran útiles principalmente para la gesticulación o para sostener una pluma, las de Parload podían hacer toda clase de cosas, y, por consiguiente, no creí que hubiese unas fibras que partiendo de aquellos dedos se remontaran a algo que debía de haber en su cerebro. Y a pesar de mis constantes alardes y jactancias de mi taquigrafía, de mi literatura, de mi indispensable participación en el negocio de Rawdon, nunca hizo Parload hincapié en la cronometría y en el cálculo que «empollaba» en aquella Escuela de Ciencias tan bien organizada. Actualmente Parload es famoso, es una figura de una gran época, y su obra sobre la intersección de las radiaciones ha ensanchado el horizonte intelectual de la humanidad para siempre, mientras que yo, que soy, todo lo más, un desbastador de la madera intelectual, un bebedor del agua de la vida, no puedo hacer sino sonreír, como él puede hacerlo a su vez, al pensar cómo le molesté, cómo adopté actitudes y cómo le cansé a fuerza de disparates y divagaciones en la oscuridad de aquellos días primitivos.

Aquella noche me sentía estrepitoso y elocuentísimo. Rawdon era, naturalmente, el eje alrededor del cual yo giraba... Rawdon y el patrono rawdonesco, la injusticia

de los «salarios de esclavitud», y todas las condiciones ambientales inmediatas de aquel callejón industrial sin salida, donde parecía que nuestras vidas habían sido arrojadas. Pero, de vez en cuando, dirigía miradas de soslayo a otras cosas. Nettie se hallaba siempre en el fondo de mi mente, mirándome enigmáticamente. Aquello de que yo tuviera un asunto romántico en algún lugar distante, más allá de la esfera de nuestras relaciones, formaba parte de mi actitud con Parload, y aquella nota daba una resonancia byroniana a muchas de las sandeces que yo iba produciendo y exhibiendo ininterrumpidamente para su mayor asombro y pasmo.

No quiero cansaros con una relación excesivamente detallada de la conversación de un tontuelo que además se hallaba acongojado y se sentía infeliz y cuya voz era un bálsamo para las humillaciones que le hacían escocer los ojos. En realidad, ahora, en muchos aspectos, no puedo desenredar esta arenga a que me refiero de las muchas otras cosas que puedo haber dicho en otras conversaciones con Parload. Por ejemplo, no me acuerdo si fue entonces o antes o después cuando, como por accidente, dije algo que podía ser tornado como una confesión de ser toxicómano.

—No debes hacer esto —repuso Parload, disgustado—. No tienes que emponzoñarte el cerebro con eso.

Mi cerebro, mi elocuencia, tenían que ser unos factores importantísimos en la revolución que se acercaba...

Pero hay una cosa que pertenece claramente a esta conversación que estoy rememorando. Al principio tenía firmemente decidido no dejar el empleo en la oficina de Rawdon. Yo quería simplemente quejarme y burlarme de mi patrono ante Parload. Pero me puse a hablar de un sinfín de cosas que no guardaban la menor relación con los motivos convincentes que yo podía tener para permanecer en mi empleo, con el resultado de que me volví a mi casa aquella noche irrevocablemente decidido a mantener una actitud fogosa y viril, por no decir retadora, con mi patrono.

—No puedo aguantar más a Rawdon —dije a Parload, a modo de rúbrica.

—Se acercan tiempos difíciles —murmuró Parload.

—El próximo invierno...

—Antes. Los americanos han estado produciendo con exceso y van al *dumping*. En la industria del hierro habrá convulsiones.

—No me importa. Las fábricas de cerámica están muy firmes.

—¿Con lo del acaparamiento del bórax? No... He oído decir...

—¿Qué has oído decir? Vamos a ver.

—Secretos de oficina. Pero no es ningún secreto que se presentarán malos tiempos para los cacharreros. Ha habido mucho préstamo y mucha especulación. Los amos ya no se limitan a preocuparse de un solo negocio, de una sola industria, eso es lo que quiero decir. La mitad del valle puede que se encuentre «jugando» antes de haber transcurrido dos meses.

Parload soltó este discurso, excepcionalmente largo, del modo más expresivo y grave.

«Jugar» era nuestro eufemismo local con el que pretendíamos expresar un período en el que no hubiera ni trabajo ni dinero, una época de estancamiento, de hambre y de ociosidad. Esta clase de intermedios parecían ser, aquellos días, la consecuencia necesaria de la organización industrial.

—Será mejor que te quedes con Rawdon —me aconsejó Parload.

—¡Uf! —exclamé, afectando un noble desagrado.

—Habrás jaleo —dijo Parload.

—¿Y qué más da...? Bueno, pues que haya jaleo... y cuanto más, mejor. Este sistema debe terminar, más tarde o más temprano. Esos capitalistas, con sus especulaciones, sus acaparamientos y sus *trusts* hacen que las cosas vayan de mal en peor. ¿Por qué razón tendría yo que agacharme en el despacho de Rawdon, como si fuera un perro atemorizado, mientras el hambre campea por las calles? El hambre provoca la revolución. Cuando llegue, debemos salir a darle la bienvenida. Sea como sea, lo voy a hacer ahora mismo.

—Muy bien... —empezó a decir Parload.

—Ya estoy cansado —dije—. Quiero enfrentarme de hombre a hombre con todos esos Rawdon. Me parece que si me sintiera hambriento y salvaje, podría hablar a los hombres hambrientos...

—Piensa en tu madre —dijo Parload, con su manera de hablar lenta y juiciosa.

Aquello sí que era una dificultad.

Vencí aquel obstáculo con un ardid retórico.

—Pero, ¿sería justo sacrificar el futuro del mundo, sacrificar hasta el propio porvenir sólo por el mero hecho de que la madre de uno se halle totalmente desprovista de imaginación?

5

Ya era tarde cuando me despedí de Parload y regresé a mi casa.

Nuestra casa se hallaba en una plazoleta de un barrio muy respetable, cerca de la iglesia parroquial de Clayton. *Mr. Gabbitas*, el vicario, vivía en la planta baja. En el primer piso vivía una anciana señorita, *Miss Holroyd*, que pintaba flores sobre porcelana y mantenía a su hermana ciega. Mi madre y yo vivíamos en el sótano y dormíamos en la buhardilla. La fachada de la casa quedaba velada por una parra ornamental que, desafiando la atmósfera de Clayton, se arracimaba en sucias matas colgantes sobre el porche de madera.

Al subir los peldaños de la entrada vi a *Mr. Gabbitas* en su habitación sacando copias de sus fotografías a la luz de una vela. El mayor placer de su insignificante vida consistía en irse al extranjero durante las vacaciones con un pequeño aparato fotográfico de rarísima hechura, para volver con una gran cantidad de nebulosos y

siniestros negativos que había tomado en diversos lugares hermosos e interesantes. Estos negativos los mandaba a la tienda de fotografía donde se los revelaban a buen precio, y luego el bueno de Gabbitas se pasaba todas las tardes del año sacando copias para infligírselas a sus amigos inocentes. En la Escuela Nacional de Clayton había un gran cuadro, en forma de tira alargada, inscrito con caracteres ingleses antiguos, que decía: «Vistas de Italia, por el reverendo E. B. Gabbitas». Parecía que sólo vivía y viajaba para esto. Era su única alegría verdadera. Bajo la luz recortada por la pantalla pude divisar su corta nariz afilada, sus ojuelos pálidos tras las gafas, su boca fruncida por la atención que prestaba a su trabajo...

—¡Grandísimo embustero a sueldo! —murmuré sordamente.

¿No formaba también él parte del sistema? ¿No formaba parte del plan de latrocinio que nos había hecho esclavos de un salario a Parload y a mí? Aunque había que reconocer, de todos modos, que su participación en el procedimiento era ciertamente muy pequeña.

—¡Grandísimo embustero a sueldo! —repetí, bajo el cobijo de la oscuridad, por fuera de su leve resplandor de cultura turística...

Mi madre abrió la puerta y se quedó mirándome silenciosamente, porque comprendió en seguida que había algo que no andaba bien y que sería inútil que me lo preguntara.

—Buenas noches, mamá —dije besándola bruscamente.

Encendí mi vela y me fui escalera arriba hacia mi cuarto, con la intención de acostarme en seguida, sin volverme para mirarla.

—Te he guardado un poco de cena, querido.

—No quiero cenar.

—Pero, hijo...

—Buenas noches, madre.

Seguí escalera arriba y cerré de un portazo casi en sus narices. Apagué la luz de un soplo y me tendí en la cama. Permanecí allí un buen rato antes de volverme a levantar para desnudarme.

Había ocasiones en que aquella muda mirada implorante en el rostro de mi madre me irritaba en extremo. Y así ocurrió aquella noche. Sentí que tenía que luchar contra aquello, que yo dejaría de existir si accedía a las sugerencias de aquella imploración, y sentí que la resistencia contra aquello me zahería y dividía mi propio yo, más allá de lo que se pudiera tolerar. Era evidente que tenía que buscar por mí mismo la solución de los problemas religiosos, de los problemas sociales, de las cuestiones de conducta y moral, de las cuestiones de oportunidad, con las que sus pobres creencias simplicísimas no podrían ayudarme en modo alguno... ¡Y ella no lo comprendía! Su religión era la oficial, sus únicas ideas sociales consistían en la ciega sumisión al orden establecido: a las leyes, a los médicos, a los curas, a los abogados, a los maestros y a todas las personas respetables que ostentan algún rango o autoridad por encima de nosotros. Para ella, creer equivalía a temer. Sabía bien, por centenares de

pequeños indicios, que, a pesar de que a veces yo asistía a los servicios religiosos con ella, estaba perdiendo contacto con todas aquellas pequeñas cosas que regulaban su vida, para hundirme en algo desconocido y terrible. Por ciertas palabras mías, ella comprendió lo que yo torpemente ocultaba. Ella intuía mi socialismo, intuía mi espíritu de rebeldía contra el orden establecido, intuía los impotentes resentimientos que me llenaban de acritud contra todo lo que para ella era sagrado. Y, no obstante, no era a sus dioses a quien ella intentaba proteger, sino a mí. Parecía que siempre estuviese a punto de decirme: «Hijo mío, ya sé que la vida es dura... pero la rebelión lo es todavía más. No le hagas la guerra a todo esto, hijo mío... ¡No lo hagas! No hagas nada para que puedan sentirse ofendidos. Estoy segura de que resultarás perjudicado si lo haces... Será mucho peor para ti».

A mi madre la habían intimidado hasta dejarla sin voluntad, lo mismo que había ocurrido con tantas y tantas mujeres de aquella época, por la mera brutalidad de la aceptación del hecho consumado. El orden establecido la dominaba, obligándola a la adoración de ceremonias y prácticas abyectas. Aquello la había hecho encorvarse, la había envejecido prematuramente, le había robado la fuerza visual, de modo que a los cincuenta y cinco años me miraba a través de unos lentes baratos para verme solo vagamente, le había infligido un estado habitual de ansiedad y había casi paralizado sus manos..., ¡sus pobres manos queridas! En el mundo entero no podría encontrarse una mujer con unas manos tan tiznadas, tan endurecidas por el trabajo, tan gastadas y deformadas por el trabajo doméstico, tan agrietadas y bastas, tan mal cuidadas... Al menos puedo decir esto en defensa propia: que mi acritud contra el mundo y mi animosidad contra la fortuna eran tanto por causa de ella como por causa mía.

Y, no obstante, aquella noche pasé por su lado con cierta rudeza. Contesté brevemente a sus preguntas, la dejé preocupada y perpleja en el pasillo y le cerré la puerta en las narices.

Durante un buen rato estuve profiriendo denuestos y maldiciones contra la rudeza y la maldad de la vida, contra la avaricia de Rawdon y contra la frialdad de la carta de Nettie, contra mi debilidad y mi insignificancia, contra un sinfín de cosas para mí intolerables y contra otro sinfín de cosas que yo no podía enmendar. Dando vueltas y más vueltas iban mis pobres sesos, fatigados en extremo e incapaces de pararse en el molino de rueda de escalones de mis desgracias. Nettie. Rawdon. Mi madre, Gabbitas. Nettie... Y la rueda giraba sin cesar.

De repente me sobrevino un agotamiento emocional total. Un reloj daba las doce de la noche. Después de todo, yo era aún joven y tenía estas transiciones rápidas. Me acuerdo muy claramente de que me incorporé bruscamente, me desnudé con rapidez y a oscuras, y apenas puse la cabeza sobre la almohada me quedé dormido.

Lo que no sé es cómo durmió mi madre aquella noche.

Por extraño que parezca, no me acuso de haberme comportado de ese modo con mi madre, a pesar de que mi conciencia me acusa con fuerza de mi arrogancia con Parload. Lamento mucho mi comportamiento para con mi madre en los días

anteriores al Cambio. Constituye una fea cicatriz en mis recuerdos, que siempre me será dolorosa, hasta el fin de mis días, pero no veo la manera como hechos de esta naturaleza podían ser evitados en las condiciones entonces imperantes. En aquella época de confusión y de oscurantismo los hombres se hallaban sobrecogidos por sus necesidades, por sus esfuerzos y por sus ardientes pasiones antes de que pudieran aprovecharse de la ocasión de tener un año por lo menos para poder pensar diáfananamente. Se aplicaban intensa y esforzadamente en alguna obligación parcial, pero inmediata, y el desarrollo del pensamiento cesaba en ellos. Se adaptaban en estrechos cauces mentales y se endurecían en ellos. Muy pocas mujeres eran capaces de aceptar una idea nueva después de los veinticinco años, y muy pocos hombres después de los treinta y uno o treinta y dos. El descontento de las cosas existentes se consideraba inmoral y constituía ciertamente un problema para todos, y la única protesta contra todo ello, el único esfuerzo contra la tendencia universal en todas las instituciones humanas a embotarse y entorpecerse, a trabajar poco y mal, a enmohecerse y debilitarse camino de la catástrofe, venía de la juventud, de la cruda e implacable juventud. Les parecía, en aquellos tiempos, a los pensadores, que la dura ley de nuestra existencia consistía en someternos a nuestros mayores y dejar que nos ahogáramos en una viciada atmósfera o en no hacer el menor caso de ellos, desobedeciéndolos, apartándolos, y dando un pequeño paso hacia el progreso antes de que nosotros también nos anquilosáramos y fuéramos un obstáculo como ellos.

Aquel gesto de apartar a mi madre para pasar, mi huida sin respuesta satisfactoria hacia mis silenciosas meditaciones, fue (y ahora me doy cuenta de ello) una imagen de la dificultad que había en las relaciones normales entre los padres y los hijos de aquellos tiempos. No había otro camino; aquella tragedia perpetuamente repetida formaba, según parecía, parte integrante de la misma naturaleza del progreso del mundo. Entonces no nos imaginábamos que hubiera mentalidades que pudiesen madurar sin volverse rígidas ni que los hijos pudieran honrar a sus padres y al mismo tiempo pensar por sí mismos. Nos sentíamos coléricos y premiosos porque nos sentíamos sofocados en la oscuridad, en una atmósfera viciada y envenenada. Esta deliberada animación de la inteligencia que actualmente es una cualidad universal, ese vigor con consideración, ese raciocinio acoplado a un confiado espíritu emprendedor que ahora brillan por todos los ámbitos de nuestro mundo, eran cosas desintegradas y desconocidas en la corruptora atmósfera de nuestro anterior estado.

(Aquí terminaba el primer fascículo. Lo dejé a un lado y busqué el segundo).

—Bueno, ¿qué? —preguntó el hombre que escribía.

—¿Es una novela esto?

—Es mi historia.

—Pero usted... En medio de todas estas bellezas... Usted no puede ser ese mismo muchacho mal preparado y escuálido de quien se trata en lo que acabo de leer...

Él sonrió.

—Es que ahora interviene en el asunto cierto Cambio. ¿No lo he insinuado? Yo

vacilé y no supe qué objetar. (Entonces vi el segundo fascículo al alcance de mi mano, y lo cogí).

CAPÍTULO II

NETTIE

1

No puedo recordar —*proseguía la historia*— qué lapso de tiempo separaba aquella noche en la que Parload me enseñó por primera vez el cometa, y que sólo hice como si lo viera, y aquella tarde de domingo que pasé en Checkshill.

Entre estas dos fechas hubo tiempo suficiente para notificarle a Rawdon que me iba de su casa, para buscar un nuevo empleo con un esfuerzo tan denodado como vano, para pensar y decir muchas cosas injustas y violentas a mi madre y a Parload y para pasar por diversas fases de una miseria cada vez más acentuada. Debió de haber mediado una apasionada correspondencia con Nettie, pero toda la emoción y la fuerza de aquello se ha desvanecido de mi recuerdo. Lo único que queda claro en mi memoria es que escribí una magnífica carta de despedida a Nettie, quitándomela de delante para siempre, y que recibí como contestación una repulida y almidonada notita suya, en la que me decía que aunque hubiera que dar nuestras relaciones por terminadas no había motivo para escribir las cosas que yo le había escrito. Me parece que yo volví a escribirle en un tono que consideré satírico. A esto ella no respondió. Este intervalo fue, por lo menos, de tres semanas, y más probablemente de cuatro, ya que el cometa que la primera vez que lo vi era sólo un puntito dudoso perdido en el firmamento, visible únicamente si se miraba a través de unos prismáticos, al final de dicho período era ya una gran presencia blancuzca, más brillante que Júpiter, que proyectaba sombras por su propia cuenta. Se había presentado activamente en el mundo del pensamiento humano. Todo el mundo hablaba de él, todo el mundo se apresuraba a contemplar su creciente esplendor apenas se ponía el Sol... Los periódicos, los *music-halls*, los anuncios inclusive, se servían de él o le prestaban eco.

Sí, el cometa se presentaba como una entidad dominante antes de que yo hubiera vuelto a insistir para aclarar las cosas a Nettie. Y Parload se había gastado dos libras esterlinas de sus ahorros para comprarse un espectroscopio a fin de poder ver con sus propios ojos, noche tras noche, aquella misteriosa, aquella línea estimulante..., la línea desconocida en el verde. ¿Cuántas veces, me pregunto ahora, dirigí mis miradas al símbolo titilante de lo desconocido que se nos venía encima a través de la inhumana vacuidad de los espacios siderales, antes de rebelarme? Pero, al fin, no pude aguantar más, y le reproché a Parload muy acerbamente que perdiera el tiempo en aquel «diletantismo astronómico».

—Ahora, aquí —dije—, estamos al borde del mayor *lock-out* que haya habido en

la historia de este país. Hay miseria y hambre a la vista, hay todo el sistema competidor capitalista como una gran herida inflamada, y te pasas las horas con la boca abierta contemplando como un tonto ese maldito puntito de nada en el cielo...

Parload se quedó mirándome.

—Sí, es cierto lo que dices —repuso lentamente, como si aquello fuese una idea nueva—. ¿Verdad que sí...? No sé por qué será.

—Yo quiero que empiecen las reuniones de última hora de la tarde en Howden's Waste.

—¿Crees que te escuchará alguien?

—¡Ya lo creo...! Ahora, sí.

—Pero antes no lo hicieron —repuso Parload mirando con su instrumento preferido.

—El domingo hubo una manifestación de obreros parados en Swathinglea. Y la cosa acabó a pedradas.

Parload permaneció un buen rato sin decir nada, mientras yo iba diciendo todo lo que se me ocurría. Parecía como si estuviera considerando algo.

—Pero, después de todo —dijo por fin, con un torpe movimiento hacia su espectroscopio—, eso significa algo.

—¿El cometa?

—Sí.

—Pero, ¿qué puede significar? No querrás que yo crea en astrología. ¿Qué importa lo que arda en el cielo... cuando la gente se está muriendo de hambre en la Tierra?

—Esto es... es la ciencia.

—¡La ciencia! Lo que nos interesa es socialismo y no ciencia.

Aun así Parload parecía reacio a abandonar su cometa.

—El socialismo está muy bien —dijo—, pero si eso que hay ahí arriba llegara a chocar con la Tierra, tendría mucha importancia.

—Nada importa fuera del hambre.

—Bueno, pues figúrate que matara a todos los hombres.

—¡Oh! —exclamé—. Esto es un disparate.

—No sé —dijo Parload, espantosamente incierto entre sus dos lealtades.

Volvió a mirar el cometa. Estuvo a punto de repetir su creciente información sobre la proximidad de las órbitas de la Tierra y del cometa y de las consecuencias que de ello se derivarían, pero yo lo interrumpí con algo que había leído de un escritor hoy olvidado, Ruskin, un verdadero volcán de sugerencias idiotas que impresionó muchísimo a los jóvenes excitables y elocuentes de aquellos días. Era algo sobre la insignificancia de la ciencia y la importancia suprema de la Vida. Parload se quedó escuchando, vuelto a medias hacia el firmamento, con las puntas de los dedos sobre el espectroscopio. Pareció llegar a una repentina decisión.

—No. No estoy de acuerdo contigo, Leadford —dijo—. No sabes nada de lo que

es la ciencia.

Parload discutía muy raramente con aquella brusquedad. Yo estaba tan acostumbrado a disfrutar de la entera posesión de nuestras conversaciones que aquello fue como si me hubieran dado un golpe.

—¿No estás de acuerdo conmigo? —pregunté.

—No —dijo Parload.

—Pero, ¿cómo es posible?

—Creo que la ciencia tiene más importancia que el socialismo —insistió—. El socialismo es una teoría. La ciencia... la ciencia es algo más.

Y aquello fue todo lo que pareció capaz de decir.

Nos enfrascamos en una de esas extrañas discusiones que los jóvenes analfabetos suelen siempre encontrar profundas e interesantes. ¿Ciencia o socialismo? Era, naturalmente, como empeñarse en discutir el origen del bien, la razón de ser zurdo o el gusto de las cebollas; era una polémica totalmente imposible. Pero la amplitud de mi retórica me permitió, al menos, conseguir que Parload se exasperase, y como la mera oposición a mis conclusiones fue suficiente para exasperarme a mí, acabamos en el tono de una verdadera querrela.

—¡Ah, muy bien! —exclamé—. ¡Ahora ya sé dónde estamos!

Cerré de un portazo, como si quisiera hacer saltar la casa, y salí echando pestes a la calle. Sin embargo, tuve la impresión de que él ya estaba otra vez en la ventana, contemplando su bendita línea en el verde, antes de que yo tuviese tiempo de doblar la esquina.

Tuve que seguir andando durante una o dos horas a fin de refrescarme lo suficiente para poder volver a casa.

¡Y precisamente era Parload quien me había iniciado en el socialismo!

¡Renegado!

Durante aquellos días de desasosiego me pasaron por la cabeza las ideas más extraordinarias. Confieso que aquella noche mi mente corría persistentemente :ras una serie de revoluciones de acuerdo con el más acreditado modelo francés, y yo ya me veía sentado en un Comité de Salud Pública, juzgando a los apóstatas y renegados. Parload estaba allí, entre los prisioneros, dándose cuenta demasiado tarde del error de sus opiniones. Tenía las manos atadas a la espalda, a punto de salir para el matadero. A través de las puertas abiertas se oía la voz de la justicia, la ruda justicia del pueblo. Yo, aun sintiéndolo mucho, tenía que cumplir con mi deber.

—Sí castigamos a aquellos que quieren traicionarnos para entregarnos a los reyes —decía yo, con triste determinación—, con mucha más razón debemos castigar a aquellos que quieren posponer el Estado a la búsqueda de conocimientos inútiles.

Y dicho esto, con siniestra satisfacción, lo enviaba a la guillotina.

—¡Ah, Parload! ¡Parload! ¡Si me hubieras escuchado antes, Parload...!

A pesar de todo, aquella disputa me disgustó profundamente. Me sentí hasta desdichado. Parload era mi único confidente, y me costaba mucho vivir separado de

él, sin nadie que me escuchara, día tras día.

Aquella época fue muy triste para mí, incluso desde antes de mi última visita a Checkshill. Las largas horas de ociosidad pesaban mucho en mis manos. Estaba fuera de casa todo el día, en parte para dar visos de realidad a la ficción de que iba buscando diligentemente otro empleo, y en parte para escapar de la persistente pregunta que veía en los ojos de mi madre. «¿Por qué te peleaste con *Mr. Rawdon*? ¿Por qué?». Pasaba la mayor parte de las mañanas en el departamento de los periódicos de la Biblioteca Pública, redactando imposibles solicitudes para empleos imposibles... Me acuerdo de que, entre otras, envié una ofreciendo mis servicios a una firma de detectives privados, siniestro hatajo de traficantes en bajas envidias y en innobles celos ya felizmente desaparecidos de este mundo, y escribí también, a propósito de un anuncio pidiendo «estibadores», diciendo que ignoraba cuáles eran las obligaciones de un estibador, pero que estaba dispuesto a aprenderlas. Durante las tardes y al anochecer vagaba por entre las extrañas luces y las sombras de mi valle natal maldiciendo todas las cosas creadas. Mis vagabundeos cesaron cuando descubrí que estaba gastando rápidamente las suelas de las botas.

¡La estancada e inconcluyente malaria de aquella época!

Me doy perfecta cuenta de que yo era un jovenzuelo lleno de mal humor y de malas disposiciones, con una gran capacidad de aborrecimiento, *pero...*

Había una excusa para el odio.

Lo que estaba mal en mí era odiar a los individuos y comportarme groseramente con tal o cual persona, con dureza y espíritu vengativo, pero lo cierto es que hubiera estado igualmente mal aceptar sin resentimiento alguno el ofrecimiento que me hacía la vida. Ahora veo con toda la claridad y toda la calma lo que entonces sólo podía sentir oscuramente y con una intensidad desequilibrada, o sea, que mis condiciones de vida eran intolerables. Mi trabajo era aburridísimo y fatigoso y me cogía una proporción muy poco razonable de mi tiempo. Andaba mal vestido, mal alimentado, mal acondicionado, mal instruido y mal preparado, mi voluntad había quedado suprimida y se hallaba entumecida hasta constituir una verdadera tortura. No tenía amor propio ni me sentía orgulloso de mí mismo, ni podía contar con tener la ocasión de enderezar ningún entuerto. Era una vida que casi no valía la pena de ser vivida. El hecho de que una gran proporción de gente que vivía a mi alrededor no disfrutara de mejor suerte y que muchos la tuvieran aún peor, no invalida estos hechos. Era una vida en la cual la satisfacción y la alegría hubiesen sido manifestaciones vergonzosas. Si alguien se sentía contento y resignado, peor para los demás. No cabe duda que aquello de echar por la borda mi empleo fue una acción irreflexiva y necia, pero era todo tan evidentemente necio y sin objetivo en nuestra organización social que aún ahora no estoy dispuesto a aceptar la culpa de ello, excepto que fui la causa de las penas y ansiedades de mi madre.

¡Pensad en el hecho, que ya lo abarca todo, del *lockout*!

Aquel año fue francamente malo, un año de desorganización económica

universal. A causa de una falta de dirección inteligente el gran *trust* de los «reyes del hierro» americanos, una pandilla de propietarios de altos hornos, enérgicos y de una increíble bajeza de miras, habían fundido muchísimo más hierro del que podían colocar en el mundo entero. (En aquellos días no había medio de poder estimar de antemano ningún requerimiento de este género). Los reyes del hierro americanos habían hecho aquello incluso sin contar con los otros grandes industriales metalúrgicos de los demás países. Durante su período de actividad habían atraído a sus industrias gran cantidad de obreros y habían construido una serie de fábricas y fundiciones enormes. Es evidentemente justo que la gente que hace cosas tan estúpidas tenga que padecer por ello, pero en otro tiempo era posible, y hasta era costumbre en estos casos, que los verdaderos incapaces, los culpables de los desastres pudieran evitarse tener que cargar con las consecuencias de su incapacidad. Nadie creía que estuviera mal que un «capitán de industria» de escaso cacumen, después de haber conducido a sus gentes a la sobreproducción y a la manufactura desproporcionada de algún determinado artículo, los abandonara, los despidiera, como tampoco había nada que pudiera evitar la súbita y frenética venta a bajo precio de algún producto, a fin de sorprender y destruir el negocio similar de un rival, asegurarse clientes para las necesidades cada vez más distendidas de la propia industria y traspasarle una buena parte del castigo que hubiera debido recibir el autor de la sobreproducción. Esta operación era conocida con el nombre de *dumping*. Los reyes del hierro norteamericanos estaban entonces haciendo el *dumping* al mercado británico. Los patronos británicos, como es natural, hacían recaer las consecuencias de las pérdidas hasta donde era posible sobre sus propios trabajadores, pero además provocaban una gran agitación a fin de que se promulgara la legislación pertinente para prevenir, no el estúpido exceso relativo de la producción, sino el *dumping*; es decir, no la enfermedad, sino las consecuencias de la enfermedad. El conocimiento necesario para evitar tanto el *dumping* como sus causas, la producción independiente de los diversos artículos eran cosas inexistentes, pero esto no les hacía la menor mella, y como respuesta a sus demandas había surgido un curioso partido de proteccionistas, partidarios de represalias, los cuales combinaban ciertas vagas propuestas en favor de respuestas espasmódicas a estos ataques convulsivos procedentes de fabricantes extranjeros con la evidentísima intención de sacar un gran provecho a las aventuras financieras consiguientes. Los elementos deshonestos y temerarios eran tan evidentes en este movimiento, que contribuían en gran manera a enrarecer más la atmósfera general de desconfianza y de inseguridad, y en el retroceso registrado ante la perspectiva de que el poder fiscal pasara a manos de la clase de hombres conocidos como los «nuevos financieros», se podía oír a viejos hombres de Estado atemorizados, afirmando apasionadamente que el *dumping* no existía o que era una cosa muy agradable y encantadora. Nadie quería enfrentarse ni tener nada que ver con la intrincada verdad del asunto. El efecto obtenido sobre la mente de un observador imparcial era el de una bandada de mentalidades

insustanciales y disparatadas dejándose llevar a la deriva por una serie de cataclismos económicos irracionales, con los precios y el trabajo echados por los suelos de cualquier modo, como unas torres después de un terremoto. Y en medio de las movedizas masas derrumbadas seguía el pueblo trabajador pasando la vida como podía, sufriendo, perplejo, desorganizado, y para todo lo que no fueran protestas violentas e infructuosas, completamente impotente. Ahora no es posible que podáis comprender la absoluta necesidad de un ajuste en el viejo orden de las cosas. Al mismo tiempo había gente que se moría materialmente de hambre en la India, mientras, por otra parte, había quien se dedicaba a quemar el trigo invendible en América. Eso parece una fantasía, más propio de una pesadilla de locos que de la realidad, ¿no? Era una pesadilla, una pesadilla de la que nadie en la tierra esperaba despertar.

A nosotros, los jóvenes, con la certidumbre y el racionalismo de la juventud, nos parecía que las huelgas y los *lock-outs*, la sobreproducción y la miseria no era posible que fueran simplemente el resultado de la ignorancia y de la falta de ideas y de sentimientos. Necesitábamos otros factores más dramáticos que estas nieblas mentales, que estos diablos meramente atmosféricos. Nos escapamos, por lo tanto, hacia el refugio ordinario del ignorante desdichado, hacia la convicción de la existencia de unas conspiraciones crueles e insensatas (nosotros las llamábamos «conspiraciones») contra el pobre.

Podéis ver aún cómo nos las figurábamos si vais a cualquier museo y miráis las caricaturas del capital y del trabajo que se publicaban en los periódicos socialistas alemanes y americanos de antaño.

2

Me había desprendido de Nettie con una epístola elocuente, me había imaginado que el asunto estaba liquidado de una vez para siempre («Ya ha terminado con las mujeres» le había dicho a Parload), y entonces hubo un silencio total durante una semana.

Antes de que hubiera acabado de transcurrir aquella semana me preguntaba con creciente emoción qué sería lo que iba a ocurrir entre nosotros.

Me pasaba la vida pensando en Nettie, recordándola (a veces con firme satisfacción, y otras veces con pesaroso remordimiento), lamentándome, condoliéndome, dándome cuenta de aquel final absoluto que se había interpuesto entre los dos. Desde el fondo de mi corazón no podía creer que todo hubiera terminado entre nosotros, igual que no podía creer que hubiese llegado el fin del mundo. ¿No nos habíamos besado? ¿No habíamos conseguido una atmósfera de susurrante proximidad? ¿No habíamos echado un puente entre nuestra mutua timidez

virgen? Claro que yo era suyo, claro que ella era mía, y las separaciones y las querellas finales y los malhumores y las distancias no eran más que adornos del hecho eterno. Así sentía yo que iba el asunto, fuera cual fuese la forma que diese a mis pensamientos.

Siempre que mi imaginación se ponía a trabajar, al llegar al final de aquella semana, se me aparecía la imagen de Nettie del modo más natural del mundo. Pensaba en ella repetidamente de día, y soñaba con ella de noche. La noche del sábado soñé con ella de una manera muy vivida. Tenía la cara colorada y húmeda de lágrimas, el cabello en desorden, y cuando yo le dirigí la palabra, dio media vuelta y se fue. De un modo algo vago, este sueño me dejó con cierto sentimiento de desesperación y de ansiedad. La mañana siguiente tenía un ansia rabiosa de verla.

Aquel domingo mi madre deseó con mucho ahínco que fuera a la iglesia. Tenía un doble motivo. Creía que aquello ejercería una influencia favorable en mi busca de empleo durante la semana siguiente, y, además, *Mr. Gabbitas*, con cierto misterio tras sus antiparras, me había prometido que vería si podía hacer algo por mí, y mi madre quería coaccionarle a fin de que no se arrepintiera de su promesa. Yo consentí a medias, y después un vivo deseo de Nettie se apoderó de mí. Le dije a mi madre que no iría a la iglesia y a las once emprendí camino a pie de los veintisiete kilómetros que me separaban de Checkshill.

Intensificó grandemente la fatiga de esta larga expedición el hecho de que la suela de mi bota se rompiera al nivel de los dedos, y después que hube podido cortar el colgajo de suela un clavo empezó a insinuarse en la planta de los pies atormentándome de lo lindo. Sin embargo, la bota tenía un aspecto normal después de la escisión del colgajo de suela y no ofrecía ninguna indicación visible de mi incomodidad. Comí un poco de pan con queso en una pequeña posada, a mitad de camino, y me encontré en el parque de Checkshill a eso de las cuatro. Me abstuve de ir por la carretera que iba directamente a la casa pasando por los jardines, y en vez de ello me fui por el atajo atravesando la loma de más allá de la casita del segundo guarda, por un caminito que Nettie solía llamar suyo. Era una simple senda de ciervos que conducía a un pequeño valle y a una bonita hondonada donde solíamos encontrarnos. De allí se pasaba, a través de unos acebos, a lo largo de un angosto sendero que seguía el muro que cercaba el plantío de árboles, a los jardines.

En mis recuerdos, este paseo por el parque antes de encontrarme con Nettie se destaca con gran viveza. La larguísima expedición antes de llegar a él queda reducida en mi memoria a un simple efecto combinado de carretera polvorienta y botas dolorosas, pero el valle aquél cubierto de helechos y el súbito tumulto de dudas e inusitadas esperanzas que me sobrecogió resalta en mi memoria como algo muy significativo, algo inolvidable, algo esencial para el significado de todo lo que siguió. ¿Dónde la encontraría? ¿Qué diría? ¿Qué me diría? Me había hecho estas preguntas antes sin encontrar respuesta. Ahora volvían otra vez, con una rémora de complicaciones nuevas, y no hallaba respuesta en absoluto para ellas. A medida que

me iba acercando a Nettie, ésta dejaba de ser el mero término de mi autoproyección egoísta, el custodio de mi vanidad sexual, y replegándose sobre sí misma se transformaba, por encima de todo esto, en una personalidad propia, una personalidad y un misterio, una esfinge que yo había intentado evitar únicamente para encontrármela de nuevo.

Hallo ciertas dificultades para poder describir las características del juego amoroso de antaño de un modo que ahora pueda ser comprendido.

Nosotros, los jóvenes, no teníamos prácticamente ninguna preparación para la excitación y las emociones de la adolescencia. Con los jóvenes mantenía el mundo una conspiración de silencios estimulantes, no había iniciación alguna. Había libros, había historias de un carácter curiosamente convencional que insistían en ciertas particularidades constantes en los asuntos amorosos e intensificaban grandemente nuestro deseo hacia ellos: confianza perfecta, lealtad perfecta, devoción eterna. Muchos de los complejísimos factores esenciales del amor eran ocultados totalmente. Se leían aquellas descripciones y se obtenían algunos conocimientos accidentales de esto o de aquello, que le dejaban a uno de momento algo perplejo para olvidarlo todo en seguida. Y así íbamos creciendo. Luego experimentábamos unas extrañas emociones, unos nuevos deseos muy alarmantes, unos sueños extrañamente cargados de sentimiento, y un inexplicable impulso al abandono empezaba a infiltrarse extrañamente entre las cosas familiares, puramente egoístas y materialistas de la segunda o tercera infancia. Éramos como viajeros desorientados que hubiesen acampado en el desecado lecho de un río tropical. De pronto, nos veíamos con el agua hasta las rodillas y hasta el cuello, en medio de la inundación. Nuestro ser se nos escapaba de improviso de nosotros mismos para ir a la búsqueda de otros seres... sin que nosotros supiéramos el motivo. Este nuevo y fortísimo deseo de entregarnos a alguien del otro sexo, nos apartaba de todo lo demás y hasta de nosotros mismos y nos llevaba muy lejos. Nos sentíamos llenos de vergüenza y de deseo. Nos absteníamos de decírselo a nadie, como si fuese un secreto, y estábamos resueltos a satisfacer nuestro deseo aun en contra de todo el mundo. En este estado íbamos a la deriva del modo más accidental que concebirse pueda hasta dar contra otra criatura tan ciega y tan perdida como nosotros mismos, y con ella enlazábamos los nacientes átomos.

Estábamos obsesionados por los libros que habíamos leído, por todo lo que habíamos oído decir referente a que tan pronto estuviéramos unidos, aquella unión había de ser para toda la vida. Después, más adelante, descubríamos que nuestra pareja era también producto del egoísmo, un ser imbuido de unas ideas y unos impulsos que no sabían compaginarse con los nuestros.

Esto era lo que sucedía con los jóvenes de mi calle y con la mayoría de los jóvenes del mundo. Así que, pues, cómo aquella tarde de domingo que yo buscaba a Nettie me encontré de manos a boca precisamente con ella, con una Nettie de cuerpo ágil, esbeltamente femenina, de ojos color de avellana, con su carita dulce, suave y

juvenil medio oculta bajo el .la de su sombrerito de paja. Era la hermosa Venus que yo había resuelto apropiarme en exclusiva.

Allí, sin haberse dado todavía cuenta de mi presencia, estaba ella, mi esencial razón de vivir, la personificación de lo más íntimo y sagrado de la vida para mí... Y, además, era un ser humano, un ser humano como yo.

Llevaba en la mano un libro abierto, como si lo estuviese leyendo mientras paseaba. Ésta era una de sus actitudes preferidas, pero en aquella ocasión estaba de pie, inmóvil, contemplando el verde muro cubierto de líquenes que cercaba el plantío y, según me parece ahora, escuchando algo. Tenía los labios entreabiertos, curvados en una leve y dulcísima sombra de sonrisa.

3

Recuerdo con absoluta precisión su raro sobresalto al oír el leve ruido que hicieron mis pies al acercarse, su sorpresa, sus ojos casi de consternación y espanto ante mi presencia. Puedo acordarme de cada una de las significativas palabras que pronunció durante nuestro encuentro y de la mayoría de las que yo le dije. Al menos así me lo parece, aunque pudiera estar equivocado. Pero no intentaré comprobarlo ahora. Los dos teníamos una educación lo bastante deficiente para que pudiéramos explicarnos con claridad, y, por lo tanto, tuvimos que expresar nuestros sentimientos con torpes frases estereotipadas. Vosotros, que habéis recibido una instrucción muy superior, no hubierais comprendido nuestra intención. Os hubiera producido una impresión de vesania. Pero puedo reproducir aquí nuestras primeras palabras, porque si al principio no significaron gran cosa para mí, después significaron muchísimo.

—¿Tú aquí, Willie? —preguntó ella.

—He venido —dije olvidando en un momento todas las frases bonitas que me había propuesto decir— porque pensé que te daría una sorpresa...

—¿Una sorpresa?

—Sí.

Quedose contemplándome fijamente durante un momento. Puedo imaginarme otra vez su bonita cara al mirarme... su querida cara impenetrable. Se echó a reír con una risilla extraña, se le fueron los colores de la cara durante un momento, y, tan pronto como hubo hablado, volvió a aparecerle el color.

—¿Por qué una sorpresa? —preguntó elevando el tono de la voz.

Yo estaba demasiado atento a hilvanar mi explicación para poder detenerme a pensar lo que aquello podía implicar.

—Quería decirte —dije— que no tenía la intención de escribir... las cosas que te puse en mi carta.

Cuando Nettie y yo teníamos dieciséis años habíamos sido parecidos en todo. Ahora que éramos poco menos de dos años más viejos, su metamorfosis era completa, mientras que yo me encontraba únicamente al comienzo de la prolongada adolescencia masculina.

En un instante ella se dio cuenta de la situación. Los ocultos motivos de su recién madurada mente de pajarito se dispararon en forma de un intuitivo plan de acción. Me trató con aquella neta comprensión con que una mujer trata a un muchacho.

—Pero, ¿cómo has venido? —preguntó.

Le dije que andando.

—¡Andando!

Me condujo al jardín. Yo *debía* de estar cansado. Tenía que volver a casa con ella y sentarme un buen rato. Precisamente era cerca de la hora del té. Los Stuart tomaban el té a la anticuada hora de las cinco. Todos se mostrarían sorprendidos al verme. ¡Vaya! ¡Qué ocurrencia esa de venir andando! ¡Qué ocurrencia! Pero ella ya suponía que veintisiete kilómetros no eran nada para un hombre. ¿A qué hora me habría puesto en marcha?

Y, mientras tanto, me mantenía a distancia, sin ni tan sólo tocarme con la mano.

—¡Pero, Nettie! ¡He venido ex profeso para hablarte!

—Amigo mío, vamos a tomar primero el té, si te parece. Y, además... ¿no estamos hablando ya?

El «amigo mío» era una frase nueva, que sonaba extrañamente a mis oídos.

Ella apresuró el paso un poquito.

—Yo quería explicar... —empecé a decir.

Sea lo que fuera lo que yo quisiese explicar, no tuve la menor ocasión de hacerlo. Dije unas cuantas cosas deshilvanadas que Nettie contestó más con la entonación que con las palabras.

Cuando hubimos pasado el plantío, ella acortó un poco el paso, y así llegamos al jardín. Mientras andábamos ella no apartaba su brillante y clara mirada de mí. Me pareció entonces que mantenía los ojos fijos en mí, pero ahora ya sé, mucho mejor de lo que hubiera podido saberlo entonces, que, de vez en cuando, miraba por encima de mí, hacia el plantío. Y durante todo el tiempo, y a través de su rápida, desalentadora e incongruente charla, estaba afanosamente pensando en algo.

Su peinado y modo de vestir señalaba el final de la transición.

¿Podré acordarme?

Sí, pero no podré explicarlo, mucho me lo temo, en los términos que emplearía una mujer. Su brillante cabellera castaña, que en otro tiempo flotaba por su espalda en forma de alegre trenza atada con un trozo de cinta escarlata, había sido recogida en una complicación de bonitas curvas, rizos y mechones por encima de su diminuta

oreja y alrededor de la mejilla, y a lo largo de las suaves y alargadas líneas del cuello. Su traje blanco había descendido hasta los pies y su esbelto talle, que poco tiempo antes era una simple expresión geográfica, una línea imaginaria como el ecuador, era ahora de una gran belleza flexible. Un año antes, ella no había sido más que una niña bonita destacándose de un trajecito insignificante del que salían un par de piernas con unas medias pardas, activísimas y eficientísimas. Y ahora aparecía un cuerpo nuevo, desconocido, que se balanceaba al andar con una insistencia sinuosa. Cada movimiento, y particularmente la caída de la mano y del brazo para recoger la desacostumbrada falda larga, y la graciosa inclinación hacia delante que había aprendido a hacer, atraían mis miradas. Un chal muy fino (supongo que aquello debía de llamarse chal) de color verde, que algún nuevo instinto, recientemente despertado en ella, le había inducido a echarse sobre los hombros, se adaptaba estrechamente a las suaves curvas de su cuerpo, para caer ondeando en largas líneas sinuosas al menor soplo de la brisa, y venir por fin, como un tímido tentáculo independiente que tuviese algún secreto que confiar, a posarse momentáneamente sobre mi brazo.

Ella se recogió el chal.

Atravesamos el verde portal abierto en el alto muro del jardín. Yo mantuve abierto el batiente para que pasara ella, porque ésta era una de las envaradas cortesías por mis restringidas existencias en esta clase de artículo, y entonces, durante un segundo, ella estuvo casi a punto de rozarme. Así llegamos a la bien arreglada formación de macizos de flores, cerca de la casita del jardinero principal, y con la larga perspectiva de los cristales del invernáculo a nuestra izquierda. Anduvimos por entre el invernadero y los cuadros de begonias, hasta llegar bajo la sombra de un seto de tejos, a veinte metros de distancia de aquel mismo estanque de las carpas doradas a cuyo borde habíamos hecho nuestros votos y nos habíamos jurado fidelidad y amor, y de allí nos dirigimos al porche, leño de wistarias.

La puerta estaba abierta de par en par, y ella me precedió.

—¡Adivinad quién ha venido a vernos! —gritó.

Su padre contestó desde la salita, y se oyó el ligero chasquido de una silla al levantarse alguien. Me pareció que le habíamos estropeado la siesta.

—¡Madre! —llamó con su clara voz juvenil—. ¡Puss!

Puss era su hermana.

Explicó a todos, como maravillándose, que yo había venido andando desde Clayton, y todos prorrumpieron en repetidas exclamaciones de sorpresa.

—Valdrá más que te sientes, Willie —dijo el padre—, y que descanses un poco. ¿Cómo está tu madre?

Me miraba lleno de curiosidad mientras hablaba.

Iba vestido con su traje dominguero, una especie de *tweed* pardusco, pero llevaba el chaleco desabrochado para estar más cómodo durante la siesta. Era un hombre rubicundo, de ojos castaños, y aún recuerdo el efecto que me producían sus pelos dorado-rojizos al nacer en sus mejillas para fluir hasta su magnífica barba. Era de

baja estatura, pero muy robusto, y la barba y el bigote eran las dos cosas de mayor tamaño que se veían en su persona. Nettie tenía de él todas las posibilidades de belleza que poseía; su claro cutis y sus brillantes ojos castaños, y había amalgamado estas características con cierta vivacidad que le provenía de su madre. A la madre la recuerdo como una mujer de mirada de lince y provista de una gran actividad. Ahora me parece como si se hubiera pasado la vida trayendo y llevando comida de una parte a otra, o haciendo alguna faena parecida. Conmigo, tanto por el afecto que sentía por mi madre como por mí mismo, siempre se mostraba amable y solícita.

Puss era una chiquilla de unos catorce años, cuya mirada dura y brillante y su pálida tez, igual que la de su madre, es lo que más recuerdo.

Todas estas personas se mostraban muy amables conmigo, y entre ellas había un reconocimiento común, que muchas veces se exteriorizaba, muy agradablemente por cierto, en la expresión, de que yo era «muy listo». En aquella ocasión todos permanecieron a mi alrededor como si no supieran qué tenían que hacer o decir.

—¡Siéntate! —repitió el padre—. Acércale una silla. Puss.

Nos pusimos a hablar en un tono algo tenso y artificioso. Ellos, evidentemente, estaban extrañados de mi repentina aparición, cubierto de polvo, cansado, y blanco como el papel. Pero Nettie no se quedó para animar la conversación.

—¡Vaya! —exclamó súbitamente, como si se sintiera vejada por algo—. Os aseguro que...

Y salió corriendo de la habitación sin terminar la frase.

—¡Dios mío, qué muchacha...! —exclamó *Mrs. Stuart*—. ¡No sé lo que le pasa!

Transcurrió media hora antes de que Nettie volviera. A mí me pareció muchísimo tiempo, y, sin embargo, ella debía de haber andado un buen trecho, porque cuando volvió le faltaba el aliento. Mientras tanto yo había soltado, como por casualidad, que había dejado mi empleo en casa de Rawdon. «Puedo encontrar algo mejor», había dicho.

—Me había dejado olvidado mi libro en la hondonada —dijo Nettie jadeando—. ¿Está el té a punto?

Ésta fue toda su excusa.

No llegamos a ponernos en situación ni con la aparición del té con todos sus accesorios. El té, en la casita del jardinero, era algo muy serio, con un gran pastel acompañado de una serie de otros más pequeños, conservas y frutas diversas, en conjunto un bonito espectáculo, sobre la mesa. Yo estaba cabizbajo, torpe, preocupado y perplejo por aquella actitud inexplicable de Nettie. Hablaba muy poco y le dirigía miradas incendiarias por encima del enorme pastel. Toda la elocuencia que había estado concentrando durante las veinticuatro horas anteriores se había perdido miserablemente en los recovecos de mi mente. El padre de Nettie intentó hacerme hablar. Le gustaba mucho mi facilidad de palabra, porque a él le costaba mucho expresarse, y quedaba muy complacido y hasta asombrado de ver lo fácilmente que yo iba vertiendo mis opiniones. En realidad, estoy seguro de que con

él yo me sentía más parlanchín que con Parload, aunque para todo el mundo yo no era más que un joven muy tímido. «Tendrías que escribir todo eso en los periódicos — solía decirme el viejo—. Esto es lo que tendrías que hacer».

O bien: «Posees el don de la elocuencia, amigo. Tendríamos que haberte hecho abogado».

Pero aquella tarde ni a él acerté a agradar. Habiendo fracasado en los otros estímulos, el buen hombre volvió al tema de mi busca de empleo, pero ni eso logró hacerme salir de mi abstracción.

5

Durante mucho tiempo temí tener que volver a Clayton sin haber podido decirle nada a Nettie. Nettie parecía insensible a la necesidad que yo tenía de hablarle, y ya estaba yo pensando en hacerle una pregunta sobre lo nuestro allí, delante de todos. Fue gracias a una maniobra transparente de su madre, que había estado observándome y que nos envió, por fin, a los dos a hacer algo (ahora no recuerdo exactamente qué) en uno de los invernáculos. Cualquiera que hubiese sido teóricamente el pretexto de aquella misión, en realidad el más simple, el más inocente, cerrar una puerta o una ventana, no creo que lo llegáramos a realizar siquiera.

Nettie vaciló un poco y obedeció. Me condujo hacia uno de los invernáculos, que consistía en un pasadizo, bajo de techo, en medio de una atmósfera cargada y húmeda, con piso de ladrillo, y que transcurría entre unos andamiajes atiborrados de tiestos de helechos. Detrás de ellos, otras plantas de frondoso ramaje se extendían y entrelazaban, sujetas artificialmente, a fin de hacer una especie de techo impenetrable de hojas. En aquella sofocante intimidad de verdor, ella se detuvo, y, dando media vuelta, se enfrentó conmigo como un animal acosado.

—¿No te parece hermosa esta breña? —preguntó, mirándome con unos ojos que decían: «Vamos, empieza».

—Nettie —empecé a decirle—. Fui un solemne botarate al escribirte del modo que te escribí.

Me dejó sorprendido con la expresión de asentimiento que brilló en su rostro. Pero no dijo nada y se quedó esperando.

—Nettie —repetí, decidido a todo—, no puedo vivir sin ti. Te..., te quiero.

—Si fuera cierto que me quieres —repuso con mucha compostura, contemplándose los blancos dedos que había metido entre las verdes ramas de una selaginácea—, ¿podrías haber escrito las cosas que me escribiste?

—Es que no las escribí con mala intención —afirmé—. No las escribí con intención alguna.

Lo que yo pensaba entretanto era que aquellas cartas que le había escrito estaban precisamente muy bien redactadas, y que Nettie era una estúpida si no lo creía así, pero en aquel momento me daba clara cuenta de la imposibilidad en que me hallaba de hacérselo creer.

—Tú las escribiste.

—Pero después hago una excursión de veintisiete kilómetros para decirte que no lo hice con intención.

—Sí. Pero esto me cuesta mucho trabajo creerlo.

Me parece que entonces me vi perdido. Luego repliqué con voz insegura:

—No.

—Tú crees que me quieres. Pero no es verdad.

—Sí lo es. ¡Nettie! ¡Ya sabes que te quiero!

Por toda respuesta, ella denegó con la cabeza.

Entonces hice lo que creí que era una zambullida heroica.

—Nettie —dije—, prefiero quedarme contigo que... que con mis propias opiniones.

Ella estaba todavía ocupada con la selaginácea.

—Eso lo crees tú ahora —dijo.

Yo me deshice en protestas.

—No —cortó ella secamente—. Ahora es distinto.

—Pero, ¿por qué tienen que cambiar las cosas sólo dos cartas?

—No son sólo las cartas. Pero todo ha cambiado... Ha cambiado para siempre.

Se quedó algo parada después de aquella frase, buscando una expresión apropiada. Levantó los ojos y permaneció unos instantes mirándome fijamente. Después se movió levemente, casi nada, pero me demostró que creía que nuestra conversación debía darse por terminada.

Sin embargo, yo no tenía la menor intención de acabar de aquella manera.

—¿Para siempre? —balbucí—. ¡No! ¡Nettie! ¡Nettie! ¡Tú no dices eso en serio!

—Sí, lo digo en serio —afirmó deliberadamente, con sus ojos aún fijos en los míos y con una actitud que correspondía plenamente al sentido de sus palabras.

Parecía que estuviera haciendo acopio de valor para enfrentarse con la ruptura que tenía que producirse. Naturalmente, yo empecé a charlar por los codos, pero mi raudal de palabrería no consiguió conmoverla. Se había atrincherado y disparaba sus contradicciones como cañonazos en medio de mi elocuente y enfático ataque. Recuerdo que nuestra conversación adquirió el absurdo tono de una disputa sobre si yo podía amarla o no. Y allí estaba yo, con una gran desesperación en mi alma, una desesperación cada vez más profunda y más dilatada, al verla allí, a la defensiva, más hermosa y más atractiva que nunca, y por arte de magia inexplicable, separada de mí e inaccesible.

Y es que antes de esto nunca habíamos estado juntos sin que nos entregáramos a pequeños atrevimientos amorosos, sin que nos viéramos acosados por una excitación

teñida de un levísimo sentimiento de culpabilidad, pero, así y todo, deliciosísima.

Supliqué, me excusé, argüí. Intenté hasta demostrarle que mis cartas, tan acerbas y difíciles, provenían de mi deseo de volver a entrar completamente en contacto con ella. Hice unas afirmaciones, a todas luces exageradas, acerca de la añoranza que sentía cuando estaba alejado de ella, del doloroso asombro y de la tristeza de encontrarla tan fría y tan extraña. Ella me miró, sintiendo y acusando la emoción de mi discurso, pero aferrada a sus ideas. No me cabía la menor duda, por mucha que sea la pobreza que mis palabras, ahora escritas fríamente, pueden indicar, que en aquella ocasión estuve elocuente. Hablé con toda intención y con gran intensidad de expresión; en realidad estuve totalmente concentrado en lo que decía. Me dediqué especialmente a inculcar en su ánimo mis sentimientos y la distancia y la grandeza de mis deseos. Trabajé obstinadamente por llegar a ella, a través de una verdadera explosión de palabrería.

Su semblante fue cambiando paulatinamente, por gradaciones imperceptibles, como cuando, al amanecer, la luz de la aurora empieza a invadir un cielo claro y despejado. Yo sentía que, de algún modo, la había conmovido, que su dureza estaba deritiéndose y que su determinación se ablandaba adentrándose en la región de las vacilaciones. El hábito de una antigua familiaridad estaba al acecho en algún rincón de su ser. Pero no me dejó que llegara a alcanzarla.

—¡No! —gritó bruscamente, echando a andar.

Dejó reposar su mano sobre mi brazo. Un nuevo tono maravillosamente amistoso apareció en su voz.

—Es imposible, Willie. Todo es diferente ahora... todo. Hicimos un disparate. Nos equivocamos. Los dos, tontos de nosotros, nos equivocamos y todo es distinto ahora y para siempre. Sí, sí...

Y dio media vuelta.

—¡Nettie! —grité.

Salí en su persecución por el angosto pasadizo, entre los andamiajes, hacia la puerta del invernáculo. La perseguí igual que una acusación, y ella corrió precediéndome como si fuera culpable y se sintiese avergonzada. Así es como lo recuerdo ahora.

Después no permitió que volviera a hablarle.

No obstante, pude convencerme de que mi charla había abolido la tajante separación, la delimitada distancia que había entre nosotros al encontrarnos en el parque. Constantemente volvía a encontrarme con sus ojos color de avellana fijos en los míos. Aquellos ojos tenían una expresión de sorpresa, como si se diera cuenta de la inusitada relación que había entre nosotros dos, y también demostraban cierta lástima cargada de simpatía. Y, a pesar de todo, algo defensivo también.

Al volver a la casita, me puse a hablar con su padre, más libremente que antes, menos cohibido y con más desparpajo, sobre la nacionalización de los ferrocarriles, y mi ánimo y mi humor se habían reajustado tanto al darme cuenta de que todavía

podía producir cierto efecto en Nettie, que hasta estuve juguetón con Puss. *Mrs. Stuart* dedujo de todo ello que las cosas andaban por mejor camino que antes y empezó a prodigar sus anchas sonrisas.

Pero Nettie permaneció pensativa y habló muy poco. Estaba perdida en un abismo de perplejidades que yo no podía contrarrestar, y un momento después se escurrió silenciosamente de entre nosotros, y subió a su cuarto.

6

Naturalmente, me dolían demasiado los pies para poder volver andando a Clayton, pero en el bolsillo guardaba un chelín y un penique para el tren entre Checkshill y Two Mile Stone, y esta distancia me proponía hacerla en ferrocarril. Cuando estuve dispuesto a marcharme, Nettie me dejó estupefacto con una inesperada y considerable solicitud hacia mí. Dijo que debía ir por la carretera, pues era ya demasiado oscuro para pasar por el atajo hasta la entrada del parque.

Yo le indiqué que había luna llena.

—Y con el cometa —intervino el viejo Stuart.

—No —insistió ella—, tienes que irte por la carretera.

Yo todavía se lo discutí.

Ella estaba de pie a mi lado.

—Hazlo por mí —me instó en voz baja y con una mirada persuasiva que me dejó perplejo.

En aquel momento me pregunté por qué razón le gustaría tanto que yo fuera por la carretera.

Yo me hubiera dejado tal vez convencer si no hubiese sido por el argumento con que hizo seguir su ruego.

—Los agrifolios del plantío producen una oscuridad absoluta... Y, además, allí están los galgos.

—No tengo miedo a la oscuridad —dije—, ni a los galgos...

—¡Pero esos perros! ¿Y si hubiera uno suelto?

Aquello era un típico argumento de muchacha, de una muchacha que todavía no había comprendido que el miedo es un argumento exclusivo de su propio sexo. También pensé en aquellos terribles animales descarnados, tirando de las cadenas y ladrando de una manera indescriptible al oír en medio del silencio de la noche los pasos de algún viandante por el linde de Killing Wood, y aquel pensamiento borró mi deseo de complacerla. Lo mismo que la mayoría de las naturalezas imaginativas yo era fácilmente susceptible al miedo y propenso a una retirada, y me hallaba constantemente ocupado en su supresión y ocultación. Por lo tanto, rehusar a ir por el atajo cuando podía parecer que lo hacía por miedo a los perros con toda seguridad

encadenados, era algo totalmente imposible.

Así, pues, eché a andar por el atajo, a pesar de lo que ella me había aconsejado, sintiéndome muy valiente y muy contento de demostrar mi bravura de un modo tan fácil, pero, sin embargo, algo preocupado de que ella pudiera creer que yo quería llevarle la contraria.

Una leve nubecilla velaba la luna, y el camino, bajo las hayas, era oscuro y sinuoso. Yo no estaba tan preocupado con mis asuntos amorosos como para haberme olvidado de mi costumbre cuando atravesaba de noche aquel parque salvaje y solitario. Me hice una cachiporra sujetando un grueso guijarro a un extremo de mi retorcido pañuelo y fijando el otro extremo en el puño, y con esta arma en el bolsillo proseguí mi camino, confortado.

Y ocurrió que, al salir de los agrifolios, en uno de los ángulos del plantío, me quedé mudo de asombro al divisar inopinadamente a un joven vestido de *smoking* y fumando un cigarro.

Yo andaba sobre el césped, de modo que el ruido de mis pisadas era muy leve. Él estaba al descubierto, bajo la luz de la luna, con su cigarro brillando como una estrella de fuego, y no se me ocurrió en aquel momento que yo iba avanzando en su dirección, casi invisible bajo una sombra impenetrable.

—¡Hola! —exclamó, con una especie de amistoso desafío—. ¡He llegado yo primero!

Salí al claro de luna.

—¿Y a quién puede importarle eso? —dije.

Yo ya había dado una interpretación impremeditada a sus palabras. Sabía que existía una disputa intermitente sobre el uso de aquel atajo entre los habitantes de la casa señorial y los del pueblo, y no hay ni que decir de qué lado se inclinaban mis simpatías en aquella contienda.

—¿Eh? —exclamó el joven, sorprendido.

—Se figuraría que iba a echar a correr, supongo —dije yo, acercándome más hacia él.

Todo mi enorme odio hacia su clase se había reavivado a la vista de su traje y del imaginado reto que entrañaban sus palabras. Lo conocía. Era Edward Verrall, hijo del hombre a quien pertenecía no sólo aquella gran hacienda, sino más de la mitad de la fábrica de cerámica de Rawdon, y que tenía intereses y posesiones, minas de carbón y rentas, por todo el distrito de Four Towns. Edward Verrall era un galán, según decía todo el mundo, muy inteligente. A pesar de que era muy joven, ya se hablaba de presentarlo como diputado en las próximas elecciones. Había tenido grandes éxitos en la Universidad, y sus amigos lo iban popularizando asiduamente entre nosotros con vistas al Parlamento. Él se adueñaba, con una gran confianza y con una gran ligereza, de ciertas ventajas. Yo, para obtenerlas, hubiera sido capaz de exponerme al potro, pues estaba convencido de que era mucho mejor que él. Él era, mientras estaba allí de pie, la figura representativa de todo lo que me llenaba de rencor. Un día había

detenido su coche delante de nuestra casa, y todavía recuerdo el espasmo de rabia con que había observado la servil admiración de mi madre al mirarlo a través de la rendija de la persiana.

—Es el hijo de *Mr. Verrall* —había dicho ella—. Y dicen que es muy inteligente.

—¡Claro que lo dicen! —contesté—. ¡Al cuerno ellos y él...!

Pero esto es sólo un inciso.

Estaba evidentemente sorprendido de encontrarse cara a cara con un hombre, y el tono de su voz cambió.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó con irritado acento.

Mi réplica consistió en el fácil expediente de hacerle eco.

—¿Y quién demonios es usted?

—Conteste —dijo él.

—Yo voy por este sendero porque me da la gana, ¿sabe usted? Es un camino público..., igual que esto había sido terreno público. Usted nos ha robado esta tierra..., usted y los suyos, y ahora quiere usted robarnos el derecho al paso. Después nos pedirá que nos borremos de la faz de la tierra. Pero yo no pienso complacerle, ¡ea!

Yo era más bajo, y creo que un par de años más joven que él, pero tenía agarrada la cachiporra improvisada en mi bolsillo, a punto de usarla, y me habría peleado con él con una gran satisfacción. Pero retrocedió un paso al ver mi actitud.

—Socialista, supongo —dijo, alerta y tranquilo, y con un leve acento de chacota.

—Uno de tantos.

—Ahora todos somos socialistas... —repuso filosóficamente—, y no tengo la menor intención de disputarle a usted el derecho al paso.

—¿No?

—No.

—Bien.

Volvió a meterse el cigarro puro en la boca y hubo una breve pausa.

—¿Va usted a coger el tren? —preguntó.

Parecía absurdo no contestar.

—Sí.

Él dijo entonces que hacía una noche muy agradable para dar un paseo.

Yo me quedé suspenso un momento. Allí estaba el camino, abierto ante mí, y él entonces se hizo a un lado. Me pareció que no había otra cosa que hacer sino continuar mi ruta.

—Buenas noches —dijo él.

Yo le correspondí refunfuñando un áspero saludo.

Mientras iba andando silenciosamente me sentía como una bomba a punto de estallar. En aquel encuentro quien había salido más airoso era, indiscutiblemente, él.

Ahora acuden a mi memoria, en una rara mezcla de dos cosas enteramente divergentes, que se destacan como un recuerdo de intensa vivacidad.

Al cruzar el último campo abierto, siguiendo el atajo hacia la estación de Checkshill, me di cuenta de que tenía dos sombras.

Aquello produjo una fuerte sacudida en mi mente e hizo detener su turgente caudal de pensamientos durante un instante. Recuerdo el inteligente desprendimiento de mi súbito interés. Me volví rápidamente para mirar la lima y vi el gran cometa blanco que las nubes acababan de dejar al descubierto.

El cometa estaba tal vez a treinta grados de la Luna. ¡Qué cosa tan maravillosa era! Flotaba en el firmamento como una aparición de color verde pálido sobre el azul oscuro de los espacios siderales. Parecía más brillante que la Luna, porque era más pequeño, pero la sombra que proyectaba, aunque claramente delimitada, era mucho menos intensa que la de la Luna... Yo proseguí mi camino anotando mentalmente estos hechos, mientras observaba cómo mis dos sombras me precedían.

Soy totalmente incapaz de poder narrar ahora la secuencia de mis ideas en aquella ocasión. Pero, de repente, como si me hubiese hallado con este nuevo hecho de manos a boca al doblar una esquina, el cometa desapareció de mi mente y me encontré frente a una idea absolutamente nueva. A veces me pregunto si no fueron las dos sombras que proyectaba, una de ellas con una especie de femenina languidez respecto a la otra, y no tan alargada, lo que me sugirió la idea o la palabra de una cita en mi mente. Todo lo que sé, y muy claramente por cierto, con la certeza de la intuición, es que comprendí qué era lo que había hecho salir al hijo de Verrall vestido de *smoking*, de la oscuridad del plantío. ¡Claro! ¡Había ido a encontrarse con Nettie!

Una vez iniciado, aquel proceso mental se desarrolló en un tiempo infinitesimal. Aquel día tan lleno de perplejidades para mí, el misterioso fantasma que nos había mantenido apartados a Nettie y a mí, aquel inexplicable y extraño no sé qué que había en sus maneras, quedó completamente aclarado.

En un momento supe por qué había adoptado aquella actitud de persona culpable al aparecer yo, qué era lo que la había hecho salir tan precipitadamente aquella tarde, por qué había entrado apresuradamente en su casa, la naturaleza del libro que había salido a buscar, la razón por la que había deseado que yo me marchara por la carretera y por qué había dado muestras de sentir lástima de mí. Todo aquello quedó aclarado en un abrir y cerrar de ojos.

Hay que imaginarse en aquel momento como una figurita negra que se queda parada de repente, inmóvil, rígida y tensa, para reanudar en seguida la actividad con un gesto de impotencia, dejando oír un grito inarticulado y con dos pequeñas sombras burlándose de su desilusión. Y alrededor de aquella figura hay que imaginarse una gran extensión de pradera iluminada por la luz de la luna, limitada por la elevada

silueta indicadora de unos árboles distantes, unos árboles vagamente definidos y medio borrosos, y por encima, como una cúpula, la paz de aquella maravillosa noche iluminada.

Durante unos instantes la percepción de aquel hecho me dejó como atontado. Mis pensamientos se detuvieron, fijos en mi descubrimiento. Mientras tanto, mis pies me fueron llevando, a través de la cálida oscuridad, hasta la estación de Checkshill, con sus lucecitas, y una vez allí a la ventanilla de los billetes, y luego al tren.

Me acuerdo de aquello como si empezara a darme cuenta ahora de la realidad. Me hallaba solo en uno de los pringosos compartimientos de tercera clase de aquella época y estaba dominado por la súbita, casi frenética, insurrección de mi rabia. Me puse de pie dando un grito, como un animal furioso, y di un puñetazo con todas mis fuerzas al tabique del compartimiento...

Lo curioso del caso es que me he olvidado completamente de mi estado de ánimo después de aquel acto. Lo único que sé es que, más tarde, acaso durante un minuto, me quedé colgando fuera del vagón, con la puerta abierta, pensando en la posibilidad de saltar del tren en marcha. Tenía que ser un salto dramático, y me iría corriendo hacia ella y le armaría un escándalo. Permanecí un rato colgado del estribo, dispuesto a saltar. No recuerdo por qué renuncié a hacerlo, pero lo cierto es que, tras dudas y vacilaciones, al fin no lo hice.

Cuando el tren se detuvo en la estación siguiente, yo ya había abandonado mi idea de volver a Checkshill. Me hallaba sentado en un rincón del vagón, con la mano magullada a consecuencia del tremendo puñetazo, bien apretada bajo el brazo y todavía insensible al dolor, intentando elaborar claramente un plan de acción..., de una acción que expresara la monstruosa indignación que me poseía.

CAPÍTULO III

EL REVÓLVER

1

E se cometa va a chocar contra la Tierra!

Eso dijo uno de los dos individuos que subieron al tren durante la parada y se sentaron en mi compartimiento.

—¡Oh! —exclamó el otro.

—Dicen que está hecho de gas. Supongo que no vamos a estallar.

¿Y qué me importaba a mí todo aquello?

Estaba pensando en la venganza..., en la venganza contra las condiciones primarias de mi ser. Estaba pensando en Nettie y en su amante. Estaba firmemente dispuesto a que él no consiguiera a Nettie..., aunque para evitarlo tuviera que matarlos a los dos. No me importaba lo demás que ocurrir pudiera, si esta finalidad quedaba asegurada. Todas mis frustradas pasiones se habían transformado en rabia. Aquella noche habría aceptado los tormentos eternos del infierno con tal de tener la seguridad de la venganza. Un centenar de posibilidades de acción, un centenar de situaciones tempestuosas, un torbellino de planes violentos, se perseguían unos a otros a través de mi mente avergonzada y exasperada. La única perspectiva que podía tolerar era la de alguna vindicación gigantesca, inexorablemente cruel, de mi amor propio humillado.

¿Y Nettie? A Nettie la amaba todavía, pero con unos celos intensísimos, con el agudo odio inconmensurable del amor propio herido y del apasionado de seo burlado.

2

Mientras bajaba por la ladera de Clayton Crest, puesto que mi chelín y mi penique sólo me permitían viajar en tren hasta Two Mile Stone y de allí seguir a pie, atravesando el cerro de Clayton Crest, recuerdo haber visto un hombrecillo que, con una voz muy aguda, estaba predicando, bajo la luz de una lámpara de gas, respaldado por una pared llena de anuncios, a unos pocos ociosos domingueros. Era un hombre pequeñito, calvo, con una pequeña barba ensortijada, así como el poco pelo que le quedaba, y unos ojos azules lacrimosos. Cuando yo pasé por allí estaba diciendo que el fin del mundo se acercaba.

Me parece que fue ésta la primera vez que oí a alguien relacionar el cometa con el fin del mundo. Aquel buen hombre había escogido aquel tema mezclándolo con una serie de datos de política internacional y de profecías entresacadas nada menos que del Libro de Daniel.

Me detuve un momento para oírle. No creo que me hubiera detenido si no hubiese sido porque su auditorio me obstruía el paso, y la vista de su expresión estafalaria de loco de remate y de su gesto de señalar al cielo con el dedo, me llamaron la atención.

—¡Ahí está el final de todos vuestros pecados y locuras! —aullaba—. ¡Ahí! ¡Ahí está la estrella del Juicio Final, del Juicio del Altísimo! ¡Todos los hombres están destinados a morir...! ¡Todos están destinados a morir!

Y cambiando la voz, en una especie de canto gregoriano curiosísimo, añadió:

—¡Y después de la muerte, el Juicio Final! ¡El Juicio Final!

Dando unos empujones me abrí camino por entre los curiosos y seguí adelante, oyendo aquel sonsonete que me perseguía. Continué dominado por los mismos pensamientos que me habían estado agobiando: dónde podría comprar un revólver y cómo podría ejercitarme en su uso. Probablemente me habría olvidado de aquel individuo y de sus profecías si no hubiera sido uno de los actores del espantoso sueño que tuve el breve rato que me quedé dormido aquella noche. Porque la mayor parte de tiempo estuve despierto pensando en Nettie y su pretendiente.

Luego siguieron tres días muy extraños..., tres días que ahora parece como si hubieran estado enteramente concentrados en un solo asunto.

Este asunto dominante fue la compra de mi revólver. Me había aferrado resueltamente a la idea de que tenía que revalidarme a mí mismo con algún acto extraordinario de violencia a los ojos de Nettie, o tenía que matarla. No permitiría que aquella resolución se marchitara. Tenía la sensación de que si dejaba pasar aquello, los últimos jirones de mi amor propio y de mi honor pasarían y se desvanecerían a su vez, y que durante el resto de mi vida no merecería que nadie me tuviera el menor respeto y sería indigno del amor de otra mujer. El orgullo y el amor propio me mantuvieron en mi propósito entre ráfagas de pasión.

Y, sin embargo, no era cosa fácil comprar un revólver.

Me sentía especialmente tímido y reacio al pensar en el momento en que tendría que enténdermelas con el vendedor, y me sentía muy preocupado por tener una historia urdida y a punto para el caso en que el armero empezara a preguntarme por qué compraba el arma. Determiné decir que me iba a Texas, y que allí me sería de alguna utilidad. En aquella época, Texas tenía fama de ser un país salvaje, sin ley. Como yo no sabía nada de calibres ni de impactos, hubiera querido también ser capaz de preguntar, impertérrito, a qué distancia podía matarse a un hombre o a una mujer con aquel arma. Consideraba los aspectos prácticos de este asunto con una relativa sangre fría. Me fue bastante difícil encontrar un armero. En Clayton había algunas escopetas de caza de diversos tipos, en una tienda de bicicletas, pero los únicos revólveres que tenían en aquella tienda me habían dado la impresión de ser

demasiado pequeños, como de juguete, para mis propósitos. Fue en el escaparate de una casa de préstamos en la angosta calle Mayor, de Swathinglea, donde encontré lo que quería, un arma relativamente pesada y de aspecto muy serio, con una etiqueta que decía: «Tipo usado en el Ejército norteamericano».

Había sacado de la Caja de Ahorros mi capital entero, en conjunto algo más de dos libras esterlinas, para poder hacer esta compra, y por fin encontré que resultaba una transacción muy fácil. El prestamista me dijo dónde podía obtener municiones, y aquella noche regresé a mi casa con los bolsillos abultados y convertido en un hombre armado.

La adquisición del revólver fue, como digo, el principal asunto de aquellos días, pero no hay que pensar que estuviese tan enfrascado en ello como para ser insensible a los emocionantes acontecimientos que ocurrían en las calles por las que yo transitaba en busca de los medios para realizar mi propósito... Las calles estaban llenas de gente que murmuraba. La región entera de Four Towns, desde sus estrechas puertas, fruncía el ceño, enfurruñada. La ordinaria y sana afluencia de ciudadanos que iban a sus ocupaciones, los grupos de trabajadores encaminándose al trabajo, parecían congelados, petrificados. Había muchos hombres en grupos y corrillos por las calles, apiñados como se apiñan los crepúsculos sanguíneos en los capilares, en las primeras fases de la inflamación. Las mujeres tenían un aspecto adusto y preocupado. Los obreros metalúrgicos habían rechazado la proyectada reducción de sus salarios y el *lock-out* había dado principio. Todos estaban «en el ajo». La Junta de Conciliación hacía todo lo posible para evitar el rompimiento con los mineros y carboneros, pero el joven Lord Redcar, el propietario más importante de nuestras minas de carbón, y propietario, además, de todo Swathinglea y de la mitad de Clayton, había adoptado una actitud de intransigente superioridad que hacía la ruptura inevitable. Lord Redcar era un joven apuesto y valiente, y todo su orgullo se rebelaba ante la idea de que le diera órdenes «una pandilla de condenados mineros», y sostenía que iba a combatirles. El mundo le había tratado muy bien desde su más tierna infancia. El trabajo de cinco mil personas había producido el dinero suficiente para pagar su educación, y su mente, generosamente alimentada, estaba henchida de grandes ambiciones, románticas y dispendiosas. Se había distinguido precozmente en Oxford por su actitud desdeñosa e insolente hacia la democracia. Había algo atractivo en su refinado antagonismo contra la multitud. Por una parte, el joven y brillante noble, pintorescamente solitario, y, por otra parte, la muchedumbre fea e inexpresiva, vestida ordinariamente con trajes sucios, ajados y mal cortados, gentes ineducadas, mal nutridas, envidiosas, bajas, viles y poseídas de una invencible repugnancia a trabajar y de un maligno apetito para las buenas cosas que sólo raramente podían alcanzar. Para las intenciones corrientes, puramente imaginativas, se podía dejar aparte del cuadro al policía, al leal y fornido policía, protector de su señoría, y hasta se podía dejar ignorado el hecho de que, mientras Lord Redcar podía meter sus manos legal e inmediatamente en el hogar y el pan de obrero, el obrero apenas podía

llega; a rozarle la piel por medio de algún violento quebrantamiento de la ley.

Lord Redcar vivía en Lowchester House, ocho kilómetros más allá de Checkshill, pero en parte para demostrar el poquísimo caso que hacía de sus antagonistas, y en parte, sin duda, para poder estar personalmente en contacto con las negociaciones que todavía procedían, se le podía ver casi todos los días en los alrededores de los cuatro pueblos que componían el distrito, conduciendo aquel automóvil suyo que podía llevarle a una velocidad de noventa y cinco kilómetros por hora. Se podía haber pensado que la pasión inglesa por el juego limpio sería suficiente para quitarle a aquel procedimiento cualquier posibilidad de peligro, pero no podía evitar que tuviera que oírse frecuentemente insultado. En una ocasión cierta irlandesa borracha hasta llegó a amenazarle con el puño...

Una multitud oscura y quieta, cada día más numerosa, una multitud compuesta en su mayoría de mujeres, se cernía, como se cierne a veces permanentemente una nube sobre el pico de una alta montaña, en la plaza del Mercado, frente al edificio del Ayuntamiento donde se celebraba la conferencia.

Me consideré plenamente autorizado para contemplar el automóvil de Lord Redcar, que en aquel momento pasaba, con especial animosidad a causa de las goteras de nuestro techo.

Vivíamos en una casa que habíamos alquilado. El propietario era un hombrecillo ahorrador y mezquino llamado Pettigrew, que vivía en Overcastle, en una villa adornada con imágenes en yeso de perros y cabras, y a despecho de nuestro contrato específico, se negaba a hacer ninguna reparación en la casa. Descansaba en la seguridad que tenía de la timidez de mi madre. En una ocasión, hacía ya mucho tiempo, mi madre se había atrasado en el pago del alquiler, se había atrasado dos meses, y él le había concedido los días de gracia por un mes más. El temor, o, mejor dicho, la aprensión que tenía ella de que otro día pudiese verse obligada a tener que solicitar la misma gracia, la hacía su abyecta esclava. Hasta temía pedirle que hiciera reparar el techo, por miedo de que se ofendiese. Pero una noche que llovió a cántaros, cayó mucha agua en la cama y le produjo un fuerte resfriado, además de manchar y empapar el pobre cubrecama de retales. Entonces me pidió que redactara una carta excesivamente cortés para el viejo Pettigrew suplicándole como un favor que cumpliera sus obligaciones legales. Forma parte de la imbecilidad general de aquellos días el hecho de que la legislación parcialísima entonces en vigor constituyera un profundo misterio para el pueblo, sus disposiciones fuesen imposibles de determinar y su maquinaria imposible de poner en movimiento. En vez del Código claramente escrito, de las lúcidas declaraciones de reglas y principios que están ahora al servicio de todos en general y de cada uno en particular, la ley era entonces el confuso secreto de la profesión legal. Las pobres gentes, las gentes sobrecargadas de trabajo, tenían que someterse constantemente a pequeños desafueros a causa de la intolerable incertidumbre, no sólo de la ley, sino de lo que costaba hacerla cumplir y de las demandas sobre su tiempo y de la energía que los procedimientos podían requerir. En

realidad, no había justicia para nadie que fuera lo bastante pobre para no poder permitirse el lujo de alquilar la deferencia y la lealtad de un buen abogado; no había más que la brusca protección de la policía y los excéntricos consejos de los magistrados a la masa de la población. El Código civil, en particular, era un arma misteriosa para uso de la clase alta, y no puedo imaginar una injusticia que hubiera sido suficiente para inducir a mi madre a apelar a él.

Todo esto ya empieza a sonar como una cosa increíble. Lo único que puedo hacer es asegurarnos que realmente era así.

Pero yo, cuando supe que el viejo Pettigrew había ido a darle la lata a mi madre explicándole todas las vicisitudes de su maldito reumatismo para inspeccionar después el techo y alegar que allí no había que hacer nada, di rienda suelta a mi más frecuente emoción en aquellos días, o sea, a una ardiente indignación, y tomé la cuestión en mis propias manos. Le escribí instándole, con un deslucido tono de tecnicismo, a que se encargara de hacer reparar el techo de nuestra casa, «según contrato», y añadía que «si no se había efectuado en el término de una semana a partir del día de la fecha, nos veríamos obligados a tramitar el correspondiente expediente». Al principio, me abstuve de mencionar esta elevada línea de conducta a mi madre, y así fue cómo, cuando el viejo Pettigrew vino presa de gran agitación y blandiendo la carta que yo le había escrito, mi madre se sintió casi tan agitada como él.

—¿Cómo has podido escribir al viejo Pettigrew una carta como ésa? —me preguntó.

Yo le respondí que el viejo Pettigrew era un desvergonzado bribón, o algo parecido, y mucho me temo que me comporté de un modo impropio de un hijo obediente cuando ella me dijo que lo había arreglado todo con el viejo Pettigrew (aunque no me dijo cómo, yo pude adivinarlo muy bien), y que yo tenía que prometerle, pero prometerle de veras, que no me metería más en aquel asunto. No quise prometer nada.

No teniendo nada mejor que hacer, fui inmediatamente a ver al viejo Pettigrew a fin de exponerle el caso personalmente, desde lo que yo consideraba ser su verdadero aspecto. El viejo Pettigrew eludió mi intervención en el asunto. Me vio como subía los peldaños (todavía puedo ver su extraña narizota y la arrugada frente y ceñuda ceja y la greña de pelo gris que se veían por el ángulo que la cortina no cubría bien), y ordenó a su criada que echara la cadena cuando ella iba a abrir la puerta y me dijera que él no quería recibirme. Por consiguiente, tuve que volver a usar la pluma.

Entonces, como yo no tenía la menor idea de cómo se hacía esto de «tramitar el correspondiente expediente», se me ocurrió la brillante idea de apelar a Lord Redcar, nuestro señor feudal, indicándole que la seguridad de sus rentas iba decreciendo en manos del viejo Pettigrew. Añadí algunas observaciones generales sobre los arrendamientos, sobre los censos y sobre la propiedad privada de la tierra. Y Lord Redcar, cuyo espíritu se rebelaba al solo nombre de democracia, y que para demostrarlo cultivaba unos modales impertinentes y humillantes con sus inferiores, se

ganó mi más profundo aborrecimiento para siempre, al hacer que su secretario me saludara de su parte y me aconsejara que me ocupase de mis propios asuntos y le dejara a él ocuparse de los suyos. Esto me produjo una rabia tal que rompí su nota en innumerables pedazos diminutos y los tiré dramáticamente al suelo, esparciéndolos por todo el cuarto. Luego, para evitarle trabajo a mi madre, tuve que ir recogiendo laboriosamente los papeles.

Estaba todavía meditando una tremenda réplica, una acusación contra todos los que pertenecían a la clase de Lord Redcar, contra sus modales, su moralidad y sus crímenes económicos y políticos, cuando mi conflicto con Nettie se levantó de nuevo imponiéndose a mis otros conflictos menores. Pero no los borró tan completamente que pudiera yo ver impasible pasar zumbando por mi lado el automóvil de su excelencia mientras yo proseguía la larga y tortuosa búsqueda de un arma. Y al cabo de algún tiempo descubrí que mi madre se había producido una contusión en una rodilla y cojeaba. Temiendo irritarme al plantear de nuevo el problema delante de mí, ella se había dispuesto a cambiar su cama de sitio sin recabar mi ayuda, y entonces fue cuando se dio el golpe en la rodilla. Todos sus pobres muebles, según descubrí, habían sido arrinconados a las desconchadas paredes del dormitorio; se había producido una gran mancha en el techo, y el centro de la habitación lo ocupaba un balde...

Es necesario que explique todas estas cosas, que os dé el tono de las incomodidades y las dificultades con que se arreglaban las cosas, que evoque el ambiente agitado que se respiraba en las recalentadas calles aquel verano, la ansiedad sobre la huelga, los rumores e indignaciones, las reuniones y asambleas y mítines, la creciente expresión de gravedad en los rostros de los policías, los combativos titulares de los periódicos locales, los corrillos de piquetes que observaban a todos los que pasaban cerca de las silenciosas fundiciones, desprovistas de su penacho de humo. Pero en mi mente estas impresiones iban y venían irregularmente, a modo de telón de fondo movedizo, con cambiante sentido, ante el que se destacaba mi preocupación por aquel propósito que iba tomando forma oscuramente y para el que mi revólver era un imperativo elemento esencial.

A lo largo de las calles sumidas en la cambiante luz del anochecer, en medio de las ceñudas multitudes, el pensamiento de Nettie, de mi Nettie y de su caballero, iba manteniendo incólume aquel propósito en mi cerebro.

3

Fue tres días después de esto, o sea, el miércoles, cuando ocurrió el primero de aquellos siniestros ataques que terminaron en el sangriento incidente de Peacock Groxe y en la inundación de la línea entera de las minas de carbón de

Swathinglea. Fue el único de aquellos tumultos que el destino me hizo presenciar, y todo lo más se pudo considerar como un simple preliminar trivial de la lucha que siguió luego.

Los relatos que se han escrito de este suceso varían ampliamente. Al leerlos ahora me doy cuenta del extraordinario descuido de la verdad con que se deshonraba la Prensa de aquellos últimos días. En mi despacho tengo archivados muchos periódicos de aquel tiempo (en realidad, los colecciono), y he cogido al azar en este momento tres o cuatro de aquella época para darles un vistazo a fin de refrescar mis impresiones de lo que entonces vi. Los tengo delante de mí. Son unos papeles raros, arrugados, increíbles. Las hojas se han roto por los pliegues, la tinta se desvanece a su alrededor, y yo tengo que desdoblarlos con mucho cuidado mientras voy leyendo sus furibundos titulares. Mientras estoy sentado aquí, en este lugar sereno, toda su calidad, su compaginación, su tono, sus argumentos y exhortaciones, me producen la impresión de que procedían de hombres intoxicados o borrachos. Dan la sensación de un vocerío desmayado, de los gritos y chillidos que se pueden oír confusamente en un pequeño gramófono para niños... Únicamente en los periódicos del lunes encuentro, medio olvidada en la última página, después de las noticias de la guerra, alguna información de ciertos sucesos ocurridos en Clayton y en Swathinglea.

Lo que yo vi sucedió a última hora de la tarde. Yo había estado aprendiendo a disparar mi revólver. Había ido andando con él durante seis o siete kilómetros a través de un páramo hasta llegar a un pequeño bosquecillo, lleno de campanillas azules, situado a mitad de la carretera que va de Leet a Stafford. Allí había pasado las primeras horas de la tarde, experimentando el arma y ejercitándome con el tiro con cuidadosa premeditación y decidida persistencia. Había llevado conmigo la montura de caña de una birlocha, que podía doblarse y desdoblarse, y cada agujero que hacía con el revólver lo marcaba y numeraba para compararlo con mis otros empeños. Por fin me convencí de que podía hacer blanco en un naipe a treinta pasos de distancia, nueve veces de cada diez. La luz era demasiado escasa para que yo pudiera discernir la diana que había pintado con lápiz, y en aquel estado de quieta compostura que algunas veces aparece junto a la sensación de hambre en los hombres apasionados, me volví, por Swathinglea, a mi casa.

La carretera descendía orillada por dos hileras de casas de obreros de aspecto desolado, para convertirse en la calle Mayor de Swathinglea, allí donde, al lado del primer farol y el primer buzón, comenzaba el trayecto del tranvía de vapor. Hasta entonces aquella sucia carretera había permanecido quieta y solitaria, pero, pasada la esquina, allí donde había las primeras cervecerías, se animaba. Aún estaba quieto aquello, hasta los niños se hallaban menos inactivos que de Costumbre, pero había mucha gente dispersa en pequeños grupos y orientada hacia la entrada de la mina de carbón de Bantock Burden.

El lugar estaba tomado por los piquetes, aunque en aquel momento los mineros se hallaban todavía nominalmente trabajando y las conferencias entre patronos y obreros

continuaban en el Ayuntamiento de Clayton. Pero uno de los empleados de la mina de Bantock Burden, un tal Jack Briscoe, era socialista y se había distinguido por una violenta carta sobre la crisis, que había mandado al principal periódico socialista de Inglaterra, *The Clarion*, en el cual se había metido aventuradamente con los motivos que podían tener Lord Redcar. La publicación de aquella carta había ido seguida de su despido fulminante. He aquí lo que Lord Redcar escribió un día o dos más tarde en *The Times*, porque tengo en mi poder ese ejemplar de *The Times*, así como todos los demás periódicos londinenses del último mes del Cambio:

«A ese hombre se le pagó y se le despidió. Cualquier patrono que se respetara habría hecho lo mismo».

La cosa había ocurrido la noche anterior y los obreros no sabían de momento qué actitud debían tomar sobre un asunto que, después de todo, era muy intrincado y discutible. Pero, mientras tanto, declararon una especie de huelga semioficial de todas las minas de carbón de Lord Redcar, al otro lado del canal de Swathinglea. Fueron a la huelga sin previo aviso, cometiendo en este súbito paso un incumplimiento de contrato. Pero en las luchas sociales de antaño, los trabajadores se situaban siempre en el lado de la sinrazón a fuerza de cometer ilegalidades causadas por el irrefrenable deseo de demostrar su fuerza, característica propia de las mentalidades poco educadas.

No todos los hombres habían abandonado el trabajo en la mina de Bantock Burden. Allí había algo que no funcionaba bien, una indecisión o algo parecido. La mina estaba todavía en plena actividad y corría el rumor de que Lord Redcar había ido a contratar a otros mineros de Durham para tenerlos a punto en caso de huelga, y que los nuevos obreros se hallaban ya en la mina. Sin embargo, no es posible determinar con absoluta seguridad cómo estaban las cosas aquellos días. Los periódicos hablaban de esto, de aquello y de lo de más allá, pero nada de lo que decían era digno de crédito.

Creo que yo habría seguido alejado del tenebroso escenario de aquel conflicto social sin hacer ni una pregunta a nadie, si no hubiera sido porque, casualmente, Lord Redcar apareció en escena casi al mismo tiempo que yo, y en el acto se acabó mi abstención.

Lord Redcar había dicho que si los hombres quedan lucha, él estaba dispuesto a ofrecerles la mejor ocasión de luchar que pudieran haber soñado, y se había mostrado durante todo el día decidido a resolver sólo a medias la cuestión: preparando tan concienzudamente como le fue posible la concentración de los esquirolas que, según él decía y nosotros creíamos, tenían que remplazar a los huelguistas en los pozos de las minas.

Yo fui testigo presencial del incidente que ocurrió fuera del pozo de la mina de Bantock Burden, y... no sé lo que ocurrió.

Imaginad vosotros mismos cómo sucedió la cosa.

Yo iba bajando por una empinada callejuela, entre las altísimas aceras, a unos dos

metros de altura sobre el nivel de la calzada, en las que se abrían, en una serie monótona, las puertas de las interminables casitas. La perspectiva de los achaparrados tejados de pizarra azul y de los grupos de chimeneas se extendía hacia la explanada irregular que había ante la mina, cubierta de lodo carbonizo surcado por las rodadas, con un montón de escoria cubierto de hierbajos a la izquierda y las rejas de entrada a la mina a la derecha. Más allá, la calle Mayor volvía a formarse, con sus tiendas; y los rieles del tranvía de vapor, que empezaban a mis pies, y eran agudamente visibles gracias al brillo reflejado por la luz del cielo, se perdían allí entre sombras, para sólo distinguirse en un punto donde reflejaban la grasienta irradiación amarilla de un farol de gas recientemente encendido, desvaneciéndose definitivamente detrás de la curva. Más lejos se veía un oscuro grupo de casas, una infinidad de pequeñas chozas humeantes, entre las que surgían algunas iglesias, tabernas, escuelas y otros edificios rodeados de las dominantes chimeneas de Swathinglea. A la derecha, destacándose muy claramente, y en una situación relativamente elevada, la boca del pozo de la mina de Bantock Burden estaba marcada por un delgado enrejado de listoncillos llevando como insignia una gran rueda negra, muy perceptible bajo la luz del crepúsculo, y, más allá, formando una perspectiva irregular había otras, siguiendo la dirección de los yacimientos. El efecto, al bajar por la cuesta, era que allí había una serie de vidas oscuras y comprimidas bajo el altísimo, amplio y luminoso cielo del atardecer contra el que se destacaban las ruedas indicadoras de los pozos de mina. Y presidiendo la tranquila amplitud de aquel cielo había aquel gran cometa, entonces verdiblanco, maravilloso para todos aquellos que tuviesen ojos para ver.

La menguante claridad del ocaso levantó todos los contornos y siluetas de los tejados hacia el Oeste, y el cometa surgió a levante por entre el denso tumulto de humo de las fraguas de Bladden. La luna tenía aún que salir.

En aquellos momentos el cometa había empezado a adoptar la forma nebulosa que se nos había hecho familiar por medio de millares de fotografías y apuntes. Al principio no fue más que una mota telescópica; luego había adquirido brillo hasta alcanzar las dimensiones de la mayor estrella del firmamento; después había ido creciendo, hora por hora, en su increíblemente veloz, silenciosa e inevitable acometida contra la Tierra, hasta igualar y sobrepasar el tamaño de la Luna. En aquellos momentos era la cosa más espléndida que el cielo hubiera tenido nunca. En mi vida he visto una fotografía que pudiera dar una clara idea de ello. Nunca, en ningún momento, adoptó la convencional figura con rabo que se les supone a los cometas. Los astrónomos hablaban de su doble cola, una precediéndole y otra siguiéndole, pero éstas estaban tan escorzadas que quedaban reducidas a nada, de modo que la forma que en realidad tenía era la de una panzuda bocanada de humo luminoso con un núcleo mucho más brillante. Al salir por el horizonte aparecía de un color amarillo fuerte y sólo empezaba a mostrar su distintivo color verdoso al salir de las brumas de la tarde que velaban la lejanía.

Era un objeto que llamaba la atención durante un buen rato. A pesar de mis

preocupaciones terrenas, no tuve más remedio que permanecer mirándolo con la vaga premonición de que, después de todo, un objeto como aquél, tan extraño y tan glorioso, debía de tener algún significado y no podía de ningún modo ser motivo de absoluta indiferencia respecto a los planes y valores de mi vida.

Pero, ¿cómo?

Pensé en Parload. Pensé en el pánico y la aprensión que se estaba generalizando respecto a esta cuestión, y en las seguridades que daban los hombres de ciencia de que el cometa pesaba tan poco (todo lo más unos centenares de toneladas de gas y polvo muy difundido), que aunque viniera a chocar contra la Tierra, la cosa no tendría graves consecuencias. Y, después de todo, decía yo, ¿qué significado terrenal ha encontrado nadie nunca en las estrellas?

Luego, a medida que iba bajando hacia el pueblo, las casas y demás edificios seguían subiendo y se hacía más patente la presencia de aquellos vigilantes grupos de personas, la tensión de la situación, y uno se olvidaba del cielo.

Preocupado conmigo mismo y con mis tenebrosos ensueños sobre Nettie y mi honor, iba haciendo mi camino en medio de la paralizada amenaza de aquellos corros, y cuando toda la escena aquélla estalló en un drama me cogió de improviso...

La atención de todos se orientó con irresistible magnetismo hacia la calle Mayor, y me englobó, envolviéndome como la acometida de las aguas desbordadas pueden coger y envolver una brizna de hierba. Bruscamente, la muchedumbre por entero vibró con una sola y única nota. No era una palabra, era un sonido mezcla de amenaza y protesta, algo intermedio entre un prolongado «¡Ah!» y un «¡Uuuh...!».

Entonces, con una ronca intensidad furibunda se oyó un grave y poderoso abucheo, «¡Buuu...! ¡Buuu...! ¡Buuu!».

una nota estúpida expresiva de salvajismo animal. «¡Tuut-tuut!» hizo la bocina del automóvil de Lord Redcar como una réplica ridiculizante. «¡Tuut-tuut!» se le oyó zumbiar y vibrar al obligarle la muchedumbre a acortar la marcha.

Todos los manifestantes parecían moverse hacia las rejas de entrada de las minas de carbón, y yo también, con todos los demás.

Oí un grito. Por entre las oscuras siluetas que tenía delante vi como el automóvil se detenía para volver en seguida a emprender la marcha, y vi sólo un momento algo que se contorsionaba en el suelo...

Más tarde se afirmó que Lord Redcar conducía y que atropelló deliberadamente a un muchachito que no quería cederle el paso. Se aseveró, con la misma seguridad, que no era un muchachito, sino un hombre que intentó pasar por delante del automóvil al marchar éste lentamente por entre la multitud, y que aunque se escapó casi por milagro de ser cogido por el vehículo se cayó cuan largo era. Tengo estas dos informaciones publicadas, bajo estrepitosos titulares, en dos de estos ajados periódicos, ahí encima de mi mesa. Nadie pudo nunca saber la verdad. Y es que, en semejante tumulto ciego de pasión, ¿podía haber alguna verdad?

Hubo un movimiento de la masa hacia delante, la bocina del automóvil sonó de

nuevo, todo se inclinó violentamente hacia la derecha en un espacio de diez metros y se oyó un disparo como de pistola.

Durante unos momentos pareció que todo el mundo echaba a correr. Una mujer que llevaba en brazos un niño envuelto en un chal se me echó encima y me hizo retroceder tambaleándome. Todos creíamos que había sonado un disparo de arma de fuego, pero en realidad fue algo que le había ocurrido al motor; lo que en aquellos anticuados artilugios se llamaba un *backfire*. Una leve humareda azulada estaba suspendida en el aire, detrás del automóvil. La mayor parte de la gente volvió apresuradamente a sus casas, en gran desorden, dejando un buen espacio despejado en el sitio donde ocurrió el hecho, en el centro del cual permanecía el automóvil.

El hombre o muchacho que había caído estaba todavía tendido en el suelo, sin que hubiera nadie a su lado para socorrerle, hecho un negro guiñapo, con un brazo extendido y las piernas abiertas. El automóvil se había detenido y sus tres ocupantes se habían levantado. Seis o siete figuras negras rodearon el automóvil, y parecían haberse pegado a él con el intento de evitar que aquello volviera a reproducirse; una de aquellas figuras era Mitchell, un dirigente sindical muy conocido, y estaba discutiendo en fiero tono grave con Lord Redcar. No pude oír nada de lo que decían, pues no me hallaba cerca de ellos. A mis espaldas, las rejas de entrada de la mina estaban abiertas y había una corriente de ayuda hacia los ocupantes del automóvil, procedente de aquella dirección. Había un espacio cubierto de barro y nada más, en una distancia, tal vez de cincuenta metros, entre el automóvil y la reja, y allí al fondo las ruedas y la cabeza del pozo de la mina se destacaban, negras, contra el cielo. Yo era uno de los que componían aquel rudo semicírculo de personas que se mantenían, sin saber aún qué actitud adoptar, alrededor de aquella disputa.

Fue una cosa natural, no premeditada, que mis dedos se contrajeran sobre el revólver que tenía en el bolsillo.

Avancé unos pasos con las intenciones más vagas del mundo, pero no lo bastante de prisa que no me adelantaran algunos individuos que iban a reunirse con los del grupo que estaba cerca del automóvil.

Lord Redcar, dentro de su gran abrigo de pieles, sobresalía por encima del grupo que lo rodeaba; sus gestos eran fáciles y amenazadores, y hablaba en voz muy alta. Debo admitir que tenía una buena presencia. Era un joven alto, rubio, guapo, con una bonita voz de tenor y un instinto certero para dar un efecto de gallardía a sus actitudes. Al principio mis miradas se dirigieron exclusivamente a él. Parecía un símbolo, un símbolo triunfador de todo lo que reivindica la teoría de la aristocracia, de todo lo que me henchía el alma de resentimiento. Su chófer estaba sentado, acurrucado, mirando el grupo por debajo del brazo de su excelencia. Pero Mitchell tenía también muy buena presencia y su voz era alta y firme.

—Ha herido usted al muchacho —gritaba Mitchell—. Espere aquí hasta que veamos si está herido o no.

—Esperaré o no esperaré, según me plazca —decía Redcar.

Y dirigiéndose al chófer le ordenó:

—¡Anda! ¡Baja, y ve a ver!

—Vale más que no baje —replicó Mitchell.

El chófer se quedó como paralizado, medio doblado y vacilante, en el estribo.

El individuo que estaba en el asiento de detrás se levantó, e inclinándose hacia delante habló con Lord Redcar. Este nuevo hecho hizo que para mí todo lo demás quedase relegado al fondo del escenario. ¡Aquel hombre era el joven Verrall!

Era mi propósito que venía a encontrarme a mitad de camino.

Tenía que haber lucha. Parecía inevitable una pelea de un momento a otro, y he aquí que...

¿Qué iba a hacer yo? Lo pensé muy rápidamente. A menos de que mi memoria me falle ahora, creo que actué con rápida decisión. Mi mano oprimió el revólver y entonces me acordé de que estaba descargado. En un instante hube decidido el camino que debía seguir. Di media vuelta y me abrí paso entre la airada muchedumbre que volvía a surgir de todas partes dirigiéndose de nuevo hacia el automóvil.

Pensé que entre los montones de escoria que había al otro lado de la calle estaría tranquilo y no me vería nadie, y allí podría volver a cargar el revólver sin que nadie me observara...

Un alto muchachote, dando grandes zancadas, con los puños cerrados, se detuvo un segundo al verme.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Les tiene miedo o qué?

Yo lo miré fijamente y estuve a punto de enseñarle el revólver. La expresión de sus ojos cambió. Se quedó perplejo. Luego, profiriendo un gruñido, siguió adelante.

Oí que, detrás de mí, las voces se iban haciendo cada vez más fuertes, más agudas.

Vacilé un momento, me volví a medias del lado donde proseguía la disputa, y en seguida eché a correr hacia los montones de escoria. Mi instinto me aconsejó que evitara que me vieran cargando el arma. Tenía, por lo tanto, suficiente sangre fría para pensar en las consecuencias de lo que me proponía hacer.

Miré otra vez hacia atrás, hacia la oscilante discusión —¿no habría empezado ya la pelea?—, y me dejé caer en un hoyo, entre unos montones de escombros, y, arrodillado entre hierbajos, cargué el revólver con ágiles y temblorosos dedos. Cargué una recámara, me levanté y anduve una docena de pasos por donde había venido, pensé en una serie de posibilidades, vacilé, volví al sitio de partida y cargué las otras recámaras. Lo hice lentamente porque me sentía algo torpe, y al final vino el momento de la inspección. ¿Me habría olvidado de algo? Después, durante unos segundos, me quedé agazapado antes de levantarme, resistiendo la primera ráfaga de la reacción contra mi impulso. Me detuve a reflexionar, y durante un momento aquel gran meteoro verdiblanco que estaba encima de mi cabeza volvió a ocupar mi mente. Entonces por primera vez lo relacioné claramente con toda aquella absurda violencia

que se había producido en la vida humana. Uní aquellas consideraciones con el acto que intentaba llevar a cabo. Iba a matar al joven Verrall, como si dijéramos bajo la bendición de aquel verde resplandor...

Pero, y Nettie ¿qué?

Me fue imposible meditar sobre aquella complicación.

Volví a salir y franqueé el montón de basuras dirigiéndome lentamente otra vez hacia el lugar donde se desarrollaba el altercado.

Naturalmente, tenía que matar a Verrall...

Yo quisiera que me creyeráis si os digo que no sentía el menor deseo de asesinar al joven Verrall en aquella precisa ocasión. No me había imaginado unas circunstancias como aquéllas. Nunca había pensado en él en relación con Lord Redcar y nuestro negro mundo industrial. Verrall se hallaba en aquel otro mundo distante de Checkhill, el mundo de los parques y los jardines, el mundo de las cálidas emociones acariciadas por la luz del sol, el mundo de Nettie. Su aparición allí en aquellas circunstancias era desconcertante. Me había cogido de sorpresa. Yo estaba demasiado cansado y hambriento para poder pensar con claridad, y la dura complicación de nuestro antagonismo prevalecía en mí. En el tumulto de mis emociones pretéritas había pensado constantemente en conflictos, peleas, disputas, actos de violencia, y ahora el recuerdo de aquellas cosas tomaba posesión de mí como si fueran resoluciones irrevocables.

Se oyó una aguda exclamación, el chillido de una mujer, y la multitud retrocedió como la resaca. La lucha había empezado.

Lord Redcar, según creo, se había apeado de un salto de su automóvil y había derribado a Mitchell tirándole al suelo, y algunos individuos acudían, desde las puertas de la mina, en ayuda de su malparado compañero.

Tuve alguna dificultad en abrimme paso a través de la multitud. Me acuerdo claramente de que en una ocasión me quedé como aprisionado entre dos hombretones, de tal modo que los brazos se me pegaron a mis costados, pero todos los demás detalles han huido de mi memoria. Únicamente recuerdo que me sentí proyectado violentamente hacia el lugar donde se desarrollaba la refriega.

Choqué contra uno de los salientes del automóvil, y de pronto me encontré cara a cara con Verrall, que se apeaba del compartimiento trasero. Tenía la cara de un color anaranjado, procedente de la luz del automóvil, lo cual contrastaba con las sombras producidas por la luz del cometa, deformándole extrañamente las facciones. Aquel efecto sólo duró un instante, pero lo suficiente para desconcertarme. Entonces él dio un paso adelante y las rubicundas luces y la extrañeza se desvanecieron.

No creo que me reconociera, pero percibió inmediatamente que yo iba dispuesto a atacarle. Y en aquel momento me dio un puñetazo al azar, pero yo lo sentí en la mejilla.

Instintivamente solté el revólver, saqué la mano derecha de la faltriquera levantándola en una tardía parada y con la izquierda le aticé un puñetazo en el pecho.

Lo dejé tambaleándose, y mientras retrocedía con la violencia del golpe vi que me había reconocido. Con aquella impresión se mezclaba otra de asombro según note en la expresión de su cara.

—¡Me has conocido, cerdo! —le grité dándole otro puñetazo.

Luego tuve la sensación de que estaba dando vueltas sobre mí mismo. Tuve la impresión de que Lord Redcar, como una gran mole de pieles, dominaba el fragor de la lucha como un héroe homérico. Me desplomé a sus pies, lo cual me produjo la impresión de que era él quien se elevaba, y no hizo el menor caso de mí. Su clara voz, sin tonalidades, aconsejó a Verrall:

—¡Basta, Teddy! No conseguiremos nada. Los piquetes tienen barras de hierro...

A mi alrededor pasaban y traspasaban un sinfín de pies. Algún minero de botas claveteadas tropezó con mi tobillo y siguió dando traspies. Se oían gritos y maldiciones por doquier, y luego sentí que todo se había ido de mi lado. Levanté la cabeza con dificultad y vi al chófer, a Verrall y a Lord Redcar (este último recogiendo como una damisela las faldas de su abrigo de pieles de una manera en extremo grotesca), uno tras otro, en fila india, dirigiéndose a través de un espacio iluminado por el cometa hacia las abiertas rejas de entrada de la mina.

Yo intenté incorporarme apoyando las manos en el suelo.

¡Verrall!

No siquiera había sacado mi revólver... Me había olvidado. Me encontraba cubierto de lodo negruzco... las rodillas, los codos, los hombros, la espalda.

Quedé agobiado por un sentimiento de ridícula impotencia. Con un doloroso esfuerzo me puse en pie.

Vacilé un momento y luego intenté dirigirme hacia las rejas de entrada de la mina, pero, pensándolo mejor, me decidí por irme cojeando a casa, dolorido, confuso, avergonzado. No tuve ni el valor ni las ganas de ayudar a destrozar y quemar el automóvil de Lord Redcar.

4

Durante la noche, la fiebre, el dolor, la fatiga, y tal vez también la indigestión de mi cena a base de pan con queso, me despertaron de mi pesadilla de un mundo de brujas para ponerme cara a cara con la desesperación. Yo me sentía como un alma perdida en medio de la desolación y la vergüenza; me sentía deshonrado, irremisiblemente perdido.

Me enfurecí contra el Dios cuya existencia negaba, y lo maldije.

Y estaba en la misma naturaleza de mi fiebre, que consistía en realidad en fatiga sólo en una mitad, siendo la otra mitad el desorden de una juventud apasionada, que Nettie, una extraña Nettie deformada, se me apareciese durante los breves sueños que

tuve en el transcurso de aquella noche de agotamiento, para dominar sobre mi desdicha. Con exagerada nitidez me notaba muy sensible a la intensidad de sus encantos físicos, de toda su gracia y su hermosura; hacía vibrar en mí toda la gama del deseo y toda la gama del amor propio. Ella era, en una forma corpórea, mi honor perdido. No solamente era una pérdida, sino también una ignominia perderla. Ella representaba la vida y todo lo que se me negaba, y se burlaba de mí, entre fracasado y derrotado. Mi espíritu se levantaba hacia ella, y entonces la contusión de mi mandíbula parecía agravarse con un calorcillo y un dolorcillo sordos, y yo me sentía de nuevo revolviéndome en el lodo ante mis rivales.

Habla momentos en que parecía que iba a volverme loco, y entonces rechinaba los dientes y me hincaba las uñas en las palmas de las manos, y únicamente dejaba de maldecir y de gritar a causa de la insuficiencia de palabras. Y en una ocasión, cerca del amanecer, salté del lecho y fui a sentarme al lado del espejo, con el revólver cargado en la mano. Por fin me levanté, lo metí cuidadosamente en el cajón y cerré con llave... fuera del alcance de algún impulso súbito. Después, me dormí un ratito.

Noches como ésta no constituían nada raro ni extraño en el orden de cosas del viejo mundo. En ninguna ciudad, en ninguna noche del año dejaba de haber entre los durmientes, muchos que se despertaban inquietos, sondeando las profundidades de la ira y de la miseria. Había incontables millares de personas tan enfermas, tan desasosegadas, que se debatían en la misma línea fronteriza de la locura, cada una de ellas considerándose el centro de un universo de tinieblas y de perdición...

El día siguiente lo pasé sumido en una lúgubre y letárgica melancolía.

Había intentado volver a Checkshill aquel día, pero tenía el tobillo tan hinchado que la excursión no era posible. Me quedé en casa, en la mal iluminada cocina del sótano, con el pie vendado, leyendo y meditando tétricamente. Mi madre querida me cuidaba, observándome con sus ojos pardos, perpleja ante mi negro silencio y mis ceñudas preocupaciones. No le había explicado cómo fue que me contusioné el tobillo y me ensucié el traje. Me había cepillado la ropa por la mañana, antes de que me levantara.

¡Oh! A las madres no se las trata así ahora. Y esto debe consolarme. No sé hasta qué punto seréis capaces de imaginaros aquella habitación oscura, pringosa, desordenada, con su mesa de pino sin barnizar, con el papel de la pared hecho jirones, las cazuelas y la tetera en la angosta estantería, las cenizas en el hogar y el guardafuegos herrumbroso sobre el que descansaban mis vendados pies. No sé hasta qué punto podéis figuraros la ceñuda y pálida faz de adolescente que yo era entonces, sin afeitarse, sin cuello ni corbata, sentado en la silla Windsor, y la pequeña anciana, tímida, sucia y cariñosa, que no se movía de mi lado, mirándome amorosamente con sus ojos brillantes, entre sus fruncidos y arrugados párpados...

Cuando, a media mañana, mi madre salió para hacer la compra, también me compró un periódico de medio penique. Era uno como estos que ahora tengo encima de la mesa, sólo que el ejemplar que tenía yo entonces estaba todavía húmedo de tinta

fresca, y estos que tengo aquí ahora están tan viejos que se resquebrajan al tocarlos. Tengo aquí un ejemplar del mismo número que leí aquella mañana. Era un periódico titulado enfáticamente *New Paper*, pero todo el mundo lo compraba y lo conocía por el sobrenombre de «El Grito». Aquella mañana apareció lleno de noticias estupendas y de titulares todavía más estupendos, tan estupendos que durante un rato me distrajo de mis egoístas meditaciones. Porque, según parecía, Alemania e Inglaterra se hallaban al borde de la guerra.

De todos los fenómenos monstruosos e irracionales de antaño, la guerra era ciertamente el más sorprendentemente irracional. En realidad, la guerra era un hecho menos perjudicial que otras calamidades de índole más pacífica, tales como, por ejemplo, el general asentimiento a la propiedad privada de la tierra, pero sus calamitosas consecuencias se evidenciaban de un modo tan patente que hasta en aquellos días de sofocante confusión la gente se maravillaba de ello. La guerra moderna no tenía sentido alguno, por ningún concepto. Aparte de la mortandad y mutilación que producía en multitud de personas, de la destrucción de extensísimas cantidades de material y del desperdicio de innumerables unidades de energía, sus efectos eran nulos. La antigua guerra de las naciones bárbaras y salvajes al menos producía ciertos cambios en la Humanidad: una tribu cualquiera se creía superior en lo físico y en la disciplina, y lo demostraba prácticamente sobre sus tribus vecinas, y si salía victoriosa de la contienda se quedaba con sus tierras y sus mujeres y perpetuaba así, engrandeciéndola, además, su superioridad. La nueva guerra no produjo cambios más que en el color de los mapas, en los dibujos de los sellos de Correos y en las relaciones mutuas entre unos cuantos individuos notables o accidentalmente eminentes. En uno de los últimos ataques epilépticos internacionales de esta naturaleza, por ejemplo, los ingleses, con gran acopio de disentería y de malos versos y con unos cuantos centenares de muertos en el campo de batalla, vencieron a los boers del África del Sur y dominaron su territorio al precio enorme de unas tres mil libras por cabeza, sin tener en cuenta que podían haber comprado la totalidad de aquella absurda imitación de nación por la décima parte de este precio. Y exceptuando unas pocas sustituciones de personalidades, un grupo de funcionarios parcialmente corrompidos en vez de otro grupo de la misma índole, los cambios permanentes fueron del todo insignificantes. Sin embargo, un joven excitable que vivía en Austria se suicidó cuando el Transvaal dejó de ser una «nación». Muchas personas se trasladaron al teatro de esta guerra cuando se había acabado, para encontrar allí a la Humanidad igual que antes, aparte de un empobrecimiento general, y una enorme cantidad de latas de conserva vacías, alambradas y cartuchos también vacíos. La Humanidad no había cambiado nada y había vuelto a reemprender sus antiguas costumbres, hábitos y equívocos aunque con una ligera perplejidad; el negro, aún en su *kraal* de chozas mal ventiladas; el blanco, en su fea y mal arreglada cabaña...

Pero nosotros, en Inglaterra, vimos todas estas cosas o no las vimos, gracias al

espejismo del *New Paper* y a la luz de la locura. Toda mi adolescencia, desde los catorce a los diecisiete años, marchó al compás de la música de aquella monstruosa y resonante intimidad; los vivas, los aplausos, las ansiedades, las canciones y el ondear de banderas, los desaguizados del generoso Buller y el glorioso heroísmo de De Wet, que siempre conseguía escaparse, y ahí estaba toda su gracia y su heroísmo, y nunca se nos ocurrió a ninguno de nosotros que el total de la población contra la que luchábamos representaba menos de la mitad de los seres que vivían hacinados dentro de Four Towns.

Pero antes y después de este estúpido conflicto se iba formando un antagonismo mucho mayor, un antagonismo que lenta y quedamente se estaba definiendo como una cosa inevitable, apartándose de vez en cuando de la pública atención para reanudar la exhibición de su propia presencia más acusadamente que antes, brillando unas veces con aguda expresión definitiva, y otras veces invadiendo o insinuándose en alguna nueva región de las ideas. Este antagonismo era el de Alemania y la Gran Bretaña.

Cuando pienso en la creciente proporción de lectores que pertenecen por entero al nuevo orden de cosas, que están creciendo y desarrollándose sólo con unos vagos recuerdos primitivos del mundo de antaño, encuentro las mayores dificultades para explicar por escrito las ininteligibles confusiones que eran cosas corrientes y habituales para sus padres.

Aquí estábamos nosotros, los británicos, cuarenta y un millones de almas, en un estado tal de absurda confusión económica y moral, sin valor, energía, inteligencia ni nada para intentar mejorar nuestra situación, que hasta la mayoría de nosotros apenas temamos el valor suficiente para ponernos a pensar seriamente en este estado de cosas. Y por si esto fuera poco, teníamos todos nuestros asuntos irremediabilmente enmarañados con las confusiones, enteramente diferentes de las nuestras, de trescientos cincuenta millones de otras personas esparcidas por toda la superficie del Globo; y por otra parte también estaban los alemanes, cincuenta y seis millones de personas, todas contra nosotros, en un estado de confusión que no era ni un ápice menor que el nuestro; y, además, los escandalosos hombrecillos, directores de periódicos, y los que escribían libros y artículos y daban conferencias, y que por regla general, en aquella época de demencia universal, pretendían encarnar el verdadero espíritu nacional, gentes todas ellas activísimas en ambos países, exhortando, con una especie de infernal unanimidad, y no sólo exhortando, sino la mayoría de las veces persuadiendo, a ambos pueblos a dedicar el pequeño caudal común de energía material, moral e intelectual que poseían, al negocio puramente destructivo y ruinoso de hacer la guerra. Me veo obligado a contar todas estas cosas aunque no las creáis, porque son vitales para mi relato. No había un solo hombre sobre la tierra que os pudiera hablar de algún beneficio real y permanente, o de algo que pudiera neutralizar la evidente ruina y perjuicio que resultaría de una guerra entre Inglaterra y Alemania, tanto si Inglaterra aplastaba a Alemania, como si resultaba destruida y

subyugada por ella. Ni siquiera os podría hablar de lo que pudiese resultar de una conflagración tan horrible.

El hecho era, en realidad, que existía una enorme obsesión irracional; era, en el macrocosmo de nuestra nación, algo curiosamente paralelo a la ira y los celos que tanto influían en mi microcosmo individual. Daba la medida del exceso de la emoción común sobre la inteligencia común, el legado de pasiones desordenadas que hemos recibido del animal de que provenimos. Del mismo modo que yo me había convertido en el esclavo de mi propia sorpresa y de mi ira, y andaba de acá para allá con un revólver cargado, intentando y proyectando vagos crímenes fluctuantes, así esas dos naciones iban por la tierra, con las orejas calientes y la cabeza llena de confusión con marinas y ejércitos también cargados, como mi revólver, y terriblemente dispuestas a luchar. Sólo que en ellas no había siquiera una Nettie que pudiera justificar su estupidez. No había más que imaginarias frustraciones por ambas partes.

Y la Prensa diaria era el principal instrumento que orientaba a aquellas enormes multitudes excitándolas a la lucha.

La Prensa, esos periódicos que ahora nos parecen tan extraños como los *Empire*, las *Nations* y los *trusts* y otras empresas monstruosas de aquellos tiempos extraordinarios, era algo así como un accidente imprevisto. Había aparecido, como aparece la hierba en los jardines abandonados, porque en todo el mundo no había una clara voluntad que produjera algo mejor. Hacia el final, aquella «Prensa» se hallaba casi por entero bajo la dirección de jovencitos de aquel tipo vivaz y poco inteligente que nunca está un momento sin hacer nada y que, en cambio, está siempre persiguiendo algo con increíble celo. Y si queréis comprender realmente aquélla era de locura que terminó con el cometa, debéis tener presente que todas las frases que intervenían en la producción de estas raras antiguallas estaban empapadas de una recia energía sin sentido y sin propósito, y que estas frases aparecían en concentrada acometida.

Dejadme que os describa, brevemente, la jornada de un periódico.

Figuraos en primer lugar un edificio proyectado y construido de cualquier manera, en una sucia calle secundaria, sembrada de papeles, del viejo Londres, y unos cuantos hombres, bastantes, vestidos zarrapastrosamente, entrando y saliendo del edificio con la velocidad de un proyectil. Y dentro, unos obreros impresores, tensamente activos, con ágiles dedos, pues siempre se estaba dando prisa a los impresores, trabajando con ahínco en sus linotipias, amoldando y arreglando masas de metal en una especie de cocina infernal, encima de la cual, en una colmena de cuartitos brillantemente iluminados, unos hombres despeinados escribían sin cesar, o, mejor dicho, emborronaban cuartillas. Se oía una incesante vibración de timbres de teléfono y un continuo tintineo de agujas telegráficas, y se producía una carrera de mensajeros, unas idas y venidas continuas de unos hombres agitados que llevaban pruebas y ejemplares de un lado para otro. Luego empezaba el estrepitoso rugido de

la maquinaria, contagiada de aquella locura, trabajando cada vez a mayor velocidad, zumbando y detonando; mecánicos que desde el día que nacieron no habían tenido nunca tiempo para lavarse, corrían de un lado para otro, provistos de latas de aceite, mientras el papel se iba desprendiendo de sus rollos con un escalofrío de apresuramiento. Tenéis que imaginaros al propietario llegando explosivamente en su automóvil, apeándose de un salto, antes de que se hubiese detenido del todo, llevando agarrado de la mano un fajo de cartas y documentos, lanzándose como una flecha dentro del local, resuelto a atropellar al primero que se le pusiera delante y metiéndose maravillosamente en mitad del camino de todo el mundo. Al verle, hasta los «botones», que son los únicos que esperan sin hacer nada, se levantan como movidos por un resorte y huyen precipitadamente a todas partes. Aliñad la visión que tenéis de todo esto con colisiones, maldiciones, juramentos e incoherencias. Podéis imaginaros todas las partes de esta complejísima máquina de lunáticos trabajando históricamente en un *crescendo* de prisas y de excitación a medida que avanza la noche. Las únicas cosas que parecen ir despacio dentro de aquel local vibrante y precipitado son las manecillas del reloj.

Lentamente todos los objetos van arrastrándose hacia la publicación, hacia la consumación de todos estos esfuerzos. Entonces, a primera hora de la madrugada, en las calles oscuras y desiertas aparece un desatado torbellino de carros y de hombres, y el edificio arroja papel por todas las puertas: balas, montones, torrentes de periódicos, que son arrebatados y tirados por todas partes a voleo, en lo que parece un espectáculo de lucha libre, y de pronto, todo el mundo sale disparado estrepitosamente hacia el Este, el Oeste, el Norte y el Sur. El interés pasa al exterior. Los hombres de los cuartitos se van a sus casas, los obreros de la imprenta se dispersan bostezando y las rugientes prensas empiezan a pararse. El periódico ya existe. La distribución sigue a la manufactura y nosotros vamos siguiendo los paquetes.

Nuestra visión se transforma en un espectáculo de dispersión. Podéis ver todos esos fardos arrojados a las estaciones que llegan a tiempo de coger los trenes por verdadero milagro, apresurándose para llegar a su destino, disgregándose en otros fardos más pequeños, lanzados con feroz puntería en los andenes de las estaciones en las que no para el tren, y luego, en todas partes, estos pequeños fardos, disgregándose a su vez en paquetes más pequeños todavía, y en otros más reducidos aún, y éstos en periódicos separados, y aparece la aurora sin que nadie se dé cuenta de ella en medio de las grandes carreras y gritos de los muchachos vendedores, mientras los periódicos van siendo echados en los buzones de las casas, por las aberturas de las ventanas, en los quioscos de periódicos, donde quedan amontonados o desplegados sobre el mostrador. Durante unas horas hay que imaginarse al país entero punteado de blanco por los crepitantes papeles de los periódicos, con anuncios en todas partes, vociferando la presurosa mentira del día; hombres y mujeres en los trenes, hombres y mujeres comiendo y leyendo, hombres en sus gabinetes, con los pies apoyados en el

guardafuegos de la chimenea, hombres y mujeres que leen sentados en sus camas; madres, hijos e hijas, esperando a que el padre ter mine, un millón de personas dispersas por todos los ámbitos de las Islas Británicas leyendo, leyendo precipitadamente, o febrilmente a punto de leer. Es como si un chorro vehemente hubiese rociado con aquella blanca espuma de periódicos la faz de la tierra .

Y después, ¿sabéis?, todo ese papel desaparece, desaparece maravillosamente, desaparece completamente, se desvanece como se desvanece la espuma del mar sobre una playa de arena.

¡Tontería! ¡Grandísima tontería! Todo no es más que un ruidoso paroxismo, una excitación irracional, un daño necio y un derroche de fuerzas que en realidad no significa nada...

Una de esas partículas blancas era el periódico que yo tenía en mis manos mientras estaba sentado, con el pie vendado y apoyado en el guardafuegos de acero, en aquella oscura cocina del sótano de mi madre, completamente despabilado de mis preocupaciones personales por aquellos escandalosos titulares. Mi madre se hallaba sentada, con las mangas arremangadas, dejando al descubierto sus nudosos brazos, pelando patatas mientras yo leía.

Aquel periódico era como un elemento de una invasión de gérmenes morbosos que se hubiesen apoderado de un cuerpo. Allí estaba yo, simple corpúsculo individual en el gran cuerpo amorfo de la comunidad inglesa, uno entre cuarenta y un millones de otros corpúsculos semejantes, y a pesar de todas mis preocupaciones, aquellos potentes titulares, aquel fermento periodístico me cogió de lleno, haciéndome dar vueltas sobre mí mismo. Y en toda la extensión del país hubo aquel día millones de personas que leyeron lo que yo leí y se dejaron engatusar como yo por el mismo hechizo magnético, se dejaron engatusar para... ¿cómo lo decíamos entonces...? ¡Ah, sí...! Para «enfrentarnos con el enemigo».

El cometa había pasado a la oscuridad de la segunda página. La columna que llevaba por título «Famoso astrónomo dice que el cometa chocará contra la Tierra. ¿Importa mucho ahora?», no la leyó nadie. Alemania (yo me figuraba generalmente a aquella maligna criatura mítica como un emperador encorsetado, de atiesados mostachos, embellecido con unas alas heráldicas negras y un gran espadón) había insultado nuestra bandera. Éste era el mensaje que nos traía el *New Paper*, y el monstruo se levantaba ante mí como una montaña, amenazando con nuevos ultrajes, escupiendo visiblemente los impecables colores de mi país. Alguien había izado la bandera británica en la orilla derecha de algún río tropical cuyo nombre no había oído pronunciar hasta entonces, y un oficial alemán borracho, siguiendo unas instrucciones ambiguas, la había arriado. Luego uno de los muchos indígenas, muy conveniente para el caso, británico indiscutiblemente, había sido herido de un disparo en la pierna. Pero los hechos distaban de ser claros. Nada estaba claro excepto el propósito de no aguantar más insensateces por parte de Alemania. Fuera lo que fuese lo que en realidad había sucedido o había dejado de suceder, teníamos la intención de exigir

excusas, y al parecer ellos no tenían ni la más remota intención de darlas.

«¿HA LLEGADO POR FIN LA GUERRA?».

Éstos eran los titulares. El corazón nos saltaba para que se contestara afirmativamente...

Hubo unas horas de aquel día en que yo me olvidé completamente de Nettie, al soñar con batallas y victorias por mar y por tierra, al soñar con disparos de obuses, trincheras, cañones, y la carnicería espantosa que produciría montones de muchos millares de hombres.

Pero la mañana siguiente emprendí de nuevo el camino de Checkshill, y lo emprendí, me acuerdo bien de ello, muy esperanzado, olvidando cometas, huelgas y guerras.

5

Hay que dejar bien sentado que no tenía ningún propósito de convertirme en asesino cuando me dirigí a Checkshill. En realidad no tenía ningún plan. Había una gran confusión de intenciones, dramáticamente concebidas, en mi cabeza, escenas de amenazas y denuncias y terror, pero no abrigaba la menor intención de matar a nadie. El revólver tenía que neutralizar la desventaja que yo le llevaba a mi rival en edad y musculatura.. Pero realmente no era ni eso. ¡El revólver...! Cogí el revólver porque yo era entonces un joven mentecato. Era cargarme con algo dramático. Pero no tenía, como digo, ningún plan.

Continuamente, durante esta segunda expedición a Checkshill, me sentía irradiado de un nuevo y poco razonable optimismo. Me había despertado por la mañana con la esperanza (podía haber muy bien sido el último rastro, a medio desvanecerse, de algún sueño olvidado) de que, después de todo, aún era posible que Nettie se inclinara hacia mí, que su corazón se sintiese amable para conmigo, a despecho de todo lo que yo me figuraba que había ocurrido. Hasta pensé que era posible que hubiese interpretado mal lo que yo había visto. Tal vez ella misma me lo explicaría todo. Sin embargo, y sin saber porqué, el revólver seguía en mi faltriquera.

Empecé cojeando, pero después del tercer kilómetro mi tobillo se calentó hasta olvidarse de la contusión, y durante todo el trecho que quedaba anduve bien. ¿Y si estuviese equivocado?

Todavía estaba debatiendo aquello conmigo mismo cuando me encontré en el parque. En uno de los rincones de la dehesa, cerca de la casita del guarda, me acordé, a la vista de unos jacintos azules de tardía floración, de la época en que Nettie y yo íbamos a cogerlos juntos. Parecía imposible que nos hubiéramos separado para

siempre. Una oleada de ternura me invadió y seguía invadiéndome cuando llegué a la pequeña hondonada y me dirigí hacia los agrifolios. Pero allí la dulce Nettie de mis amores infantiles se desvaneció y empecé a pensar en la nueva y deseable Nettie y en el hombre con quien me había encontrado a la luz de la luna, pensé en el angosto y ardiente propósito que había crecido tan reciamente de mi frescor primaveral, y mi ánimo se ensombreció.

Atravesé el bosque de hayas, dirigiéndome hacia el jardín con corazón triste y resuelto. Cuando llegué a la puerta verde del muro del jardín me puse a temblar de tal forma que no pude coger la aldaba, porque en aquel momento ya no me cabía la menor duda de cómo terminaría aquello. Aquel temblor fue seguido de una sensación de frío, de palidez y de piedad de mí mismo. Me quedé asombrado al encontrarme haciendo visajes, al sentirme las mejillas húmedas, e inmediatamente di rienda suelta a una desenfrenada pasión de llorar. Tenía que tomarme algún tiempo hasta tranquilizarme... Di media vuelta y me alejé de la puerta dando traspiés hasta cierta distancia, sollozando sin contenerme, hasta echarme en el suelo, a cubierto de todas las miradas, entre los helechos, y casi en seguida me volvió la calma. Allí me quedé echado durante un buen rato. Casi llegué a desistir de mi empeño, pero mi emoción pasó como la sombra de una nube, y, dueño otra vez de mí mismo, avancé con gran sangre fría hacia el jardín.

Por la abierta puerta de uno de los invernáculos vi al viejo Stuart. Estaba inclinado sobre el andamiaje, con las manos en los bolsillos y tan profundamente ensimismado que no se dio cuenta de mí...

Vacilé un momento, y me dirigí, lentamente, hacia la casita.

Algo había allí .que me pareció extraño, pero al principio no pude decir de qué se trataba. Una de las ventanas del dormitorio estaba abierta, y el corto portier característico, con su barrita superior de latón desclavada en parte, pendía oblicuamente a través de espacio vacío. Tenía un aspecto descuidado y raro, porque, por regla general, en aquella casa todo estaba siempre en orden.

La puerta se hallaba abierta de par en par y dentro reinaba un silencio absoluto. Pero echando una ojeada al vestíbulo, generalmente tan arreglado (eran aproximadamente las dos y media de la tarde), pude ver una pila de tres platos sucios, con unos cuchillos y tenedores también usados encima de una de las sillas.

Entré en el vestíbulo, miré hacia las habitaciones contiguas y dudé sin saber qué hacer.

Entonces así el picaporte y di un fuerte aldabonazo, seguido de un amistoso:

—¡Hola!

Durante un rato nadie me respondió, y yo me quedé al acecho escuchando, con los dedos sobre mi arma. Al cabo de un rato, alguien se movió en el piso de arriba, y todo quedó silencioso de nuevo. La tensión de la espera pareció que me trataba los nervios.

Ya tenía la mano en el picaporte para llamar por segunda vez cuando Puss

apareció en la entrada.

Durante un momento quedamos mirándonos mutuamente sin decir palabra. Iba despeinada, tenía la cara sucia, llena de lágrimas e irregularmente enrojecida. Su expresión al verme fue de puro asombro. Me hizo el efecto de que iba a decir algo, pero de pronto echó a correr hacia el jardín.

—¡Eh! ¡Puss! —grité—. ¡Puss!

Eché a correr tras ella.

—¡Puss...! ¿Qué ocurre? ¿Dónde está Nettie?

Puss desapareció dando la vuelta a la esquina de la casa.

Yo me quedé perplejo, dudando si ir en pos de ella o no. ¿Qué significaba todo aquello? Entonces oí a alguien en el piso de arriba.

—¡Willie! —exclamó la voz de *Mrs. Stuart*—. ¿Eres tú?

—Sí —contesté—. ¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde está Nettie? Tengo que hablarle.

Ella no contestó, pero oí el leve crujido de su vestido y juzgué que estaría en el primer rellano.

Me detuve al pie de la escalera, esperando que ella apareciera de un momento a otro.

De pronto se oyó un ruido extraño, un tropel de ruidos, palabras confusas y presurosas, desligadas, con una nota dominante de desesperación gutural que por fin dominó a las palabras y terminó en un lamento. Si no fuera porque sabía que salía de la garganta de una mujer me habría parecido, porque era exactamente igual, el sonido balbuciente de un niño que llora por algún agravio que ha recibido.

—No puedo —decía la voz—. ¡No puedo!

Y eso era todo lo que yo podía entender. Para mis oídos inexpertos era el sonido más extraño que pudiera concebir, habida cuenta que procedía de una amable mujercita de aspecto maternal a quien yo había considerado siempre bajo el único aspecto de una inimitable confeccionadora de pasteles. Aquello me aterrorizó. Eché inmediatamente escaleras arriba, en un estado de alarma infinita, y allí me la encontré, en el rellano, apoyada en una cómoda, al lado de la puerta abierta de su dormitorio, y llorando. Nunca había visto llorar de aquel modo. Un espeso mechón de pelo negro se le había escapado y le colgaba, dando una vuelta en espiral por la espalda. Hasta entonces yo no había notado que ella tenía el pelo gris.

Cuando llegué al rellano, su voz se elevó de nuevo:

—¡Oh! ¡Y que te lo tenga que decir a ti, Willie...! ¡Que te lo tenga que decir a ti!

Hundió su cabeza en el pecho y un nuevo raudal de lágrimas ahogó las demás palabras.

Yo no dije nada. Me sentía demasiado sorprendido, pero me acerqué a ella y esperé...

Nunca he visto semejante modo de llorar. Todavía me acuerdo hoy de la extraordinaria mojadura de su pañuelo.

—¡Que haya vivido para ver esto! —se lamentó—. ¡Mejor hubiera sido, sí, mil veces mejor, verla aquí muerta a mis pies!

Yo empecé a comprender.

—Mrs. Stuart —le pregunté aclarándome la garganta—, ¿qué le ha ocurrido a Nettie?

—¡Que haya vivido para ver eso! —repitió ella, a guisa de contestación.

Esperé un rato más esperando que se calmara.

Entonces hubo una pausa. Me olvidé del arma que llevaba en el bolsillo. Permanecí silencioso, y de repente ella se irguió ante mí secándose los ojos hinchados de tanto llorar.

—¡Willie! —exclamó tragando saliva—. ¡Se ha marchado!

—¿Nettie?

—Se ha ido... Se ha escapado... Se ha escapado de casa. ¡Oh, Willie, Willie! ¡Qué vergüenza! ¡Qué pecado y qué vergüenza!

Se echó en mis brazos y volvió a sus lamentaciones diciendo que mejor quisiera ver a su hija muerta a sus pies.

—Bueno, bueno —dije yo, temblando como un azogado.

Y añadí tan suavemente como pude:

—¿A dónde se ha ido?

Pero entonces ella únicamente estaba preocupada por su propio pesar, y yo tuve que sostenerla, confortándola y calmándola con toda la pena de lo inevitable inundando mi alma.

—¿Adónde se ha ido? —pregunté por cuarta vez.

—No lo sé, no lo sé... No lo sabemos. ¡Oh, Willie! ¡Se fue ayer por la mañana! Yo le dije: «Nettie, vas muy bien vestida para salir por la mañana». «Es que hace muy buen día hoy», me dijo. ¡Y éstas fueron sus últimas palabras...! ¡Willie...! ¡La niña que amamanté con mis propios pechos! Sí, sí. Pero, ¿a dónde habrá ido? —insistió.

Ella siguió sollozando, y volvió a contarme la historia, más detallada ahora, y con una especie de fragmentaria premura:

—Se marchó, hecha un brazo de mar, se marchó de esta casa para siempre. Y sonreía, Willie... Como si aún estuviera contenta de marcharse.

—¡Contenta de marcharse...! —murmuré silenciosamente, como un eco, moviendo sólo los labios.

—«Vas muy bien vestida para salir tan de mañana», le dije. «Muy bien vestida». «Déjala que se ponga bonita», dijo su padre. «¡Para eso es joven!». Y había ocultado en algún sitio un paquete con sus cosas para recogerlo después, y se fue... ¡Se marchó de esta casa para siempre!

Pareció tranquilizarse un poco, pero a poco repitió:

—¡Déjala que se ponga bonita...! ¡Deja que se ponga bonita, que para eso es joven...! ¡Oh! ¿Cómo es posible que sigamos viviendo, Willie...? Él se aguanta, pero está igual que un animal herido. Está herido en el corazón. Nettie siempre había sido

su favorita. Nunca se interesó por Puss como por ella. Y ella le ha herido...

—¿A dónde se ha ido? —insistí.

—No lo sabemos. Ella abandona a los de su misma sangre... Confía sólo en sí misma... ¡Oh, Willie, esto me matará! Quisiera que las dos estuviéramos en la tumba, tanto ella como yo.

—Pero —intervine humedeciéndome los labios y hablando lentamente—, seguramente se ha marchado para casarse.

—¡Si eso fuera verdad...! He rogado a Dios que fuera así, Willie. He rogado que tuviera piedad de ella... él, quiero decir, el que está con ella.

Yo experimenté una fuerte sacudida.

—¿Quién es?

—En su carta nos decía que era un caballero... Decía que era un caballero.

—¿En su carta? Pero, ¿ha escrito? ¿Puedo ver esa carta?

—Su padre se quedó con ella.

—Pero si ella escribe... ¿Cuándo ha escrito?

—Esta mañana.

—Pero, ¿de dónde ha venido? Esto lo puede usted saber...

—No lo decía. Decía que era muy feliz. Decía que el amor es una cosa que la coge a una como una tempestad...

¡Maldición! ¿Dónde está la carta? Déjeme que la vea. Y en cuanto al caballero ese...

Ella se me quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¡Usted sabe quién es!

—¡Willie! —protestó.

—¿Sabe usted quién es? ¿Se lo dijo ella?

Sus ojos denegaron, pero sin mucha decisión.

—¿Es el pollo Verrall?

Ella no contestó.

—Todo cuanto pude hacer por ti, Willie... —empezó a decir apresuradamente.

—¿Es el pollo Verrall? —insistí.

Durante un segundo acaso estuvimos frente a frente, rígidos, mirándonos con una expresión de mutua comprensión... Después la pobre mujer se derrumbó sobre la cómoda, y su mojado pañuelo le ofreció un refugio contra mi inexorable mirada.

La lástima que sentía por ella se desvaneció. ¡Ella sabía que era el hijo de la propietaria tan bien como yo! Y, por lo visto, por su forma de reaccionar, hacía tiempo que lo sabía.

Yo me quedé un momento suspenso, asqueado, sorprendido y decepcionado. De repente me acordé del viejo Stuart, allá fuera, en el invernáculo, y dando media vuelta, eché escaleras abajo. Mientras bajaba volví la cabeza para ver cómo *Mrs.* Stuart se dirigía, encorvada y vacilante, a su habitación.

El viejo Stuart se hallaba en un estado lamentable.

Lo encontré, todavía inerte, en el invernáculo donde lo había visto antes. Al acercarme, ni siquiera se movió. Me miró un instante, y luego se puso a mirar fijamente otra vez los tiestos de flores que había allí.

—¡Eh, Willie! —dijo—. Hoy es un día negro para todos nosotros.

—¿Qué piensa usted hacer? —pregunté.

—Mi mujer se lo toma de una manera que tuve que venirme aquí.

—¿Qué piensa usted hacer?

—¿Qué debe hacer un hombre en un caso así?

—¡Hágalo, pues! —grité—. ¡Hombre, hágalo!

—Él tiene que casarse con ella... —dijo sentenciosamente.

—¡Por Dios, claro que sí! —exclamé—. ¡Tiene que casarse! ¡Es lo menos que puede hacer!

—Debería hacerlo... Es... es cruel. Pero, ¿qué puedo hacer yo? Supongamos que se niegue, que es lo más probable. ¿Qué pasa entonces?

Se inclinó, desalentado, hacia mí, presa de una desesperación cada vez mayor.

—Aquí está esta casita —dijo, siguiendo una mezquina argumentación—. Hemos vivido todos aquí durante toda la vida, como si dijéramos... ¡Tener que marcharse! A mi edad... no puedo querer ir a morirme en un tugurio.

Permanecí un rato mirándolo y especulando sobre los pensamientos que podían rellenar los huecos entre estas palabras entrecortadas. Y me pareció que su letargia y la actitud que sus palabras indicaban eran abominables.

—¿Tiene usted su carta? —le pregunté bruscamente.

Él se metió la mano en el bolsillo del pañuelo, se quedó inmóvil unos segundos, y luego, como si despertara, me enseñó la carta. La sacó torpemente del sobre y me la entregó silenciosamente.

—¿Qué es eso? —exclamó mirándome por primera vez—. ¿Qué tienes en el mentón, Willie?

—No es nada —dije—. Es una contusión.

Abrí la carta. Estaba escrita en papel de fantasía de un color verdoso, y con la vulgaridad y la insuficiencia de expresión propias de Nettie, y aún quizá con una vulgaridad de insuficiencia de expresión más acusadas que de costumbre. Su escritura no ofrecía trazas de ninguna emoción; la letra era redonda y vertical, como si Nettie la hubiera escrito durante una lección de caligrafía. Sus cartas eran siempre como caretas que se hubiera puesto para ocultar su cara; caían como un telón sobre los cambiantes encantos de su rostro. Llegaba uno incluso a olvidarse del sonido de su alegre y clara voz, confrontado con la perplejidad producida por aquella cosa estereotipada que se había apoderado misteriosamente del corazón y del amor propio.

¿Qué decía aquella carta?

«*Mi querida madre:*

No te desesperes porque me vaya. He ido a un sitio donde me hallo muy segura y con alguien que me cuida mucho. Lo siento por vosotros, pero tenía que ser así. El amor es una cosa muy difícil, y se apodera de una del modo que una menos espera. No creas que estoy avergonzada de ello; al contrario, me siento satisfecha de mi amor, y no debéis preocuparos por mí. Soy muy, muy feliz. (Esto fuertemente subrayado).

Con todo mi cariño para padre y Puss, tu hija que te quiere,

NETTIE».

¡Vaya documento raro! Ahora lo veo bajo su verdadero aspecto, y le doy el valor de simpleza pueril que realmente tenía, pero en aquellos momentos lo leí con un contenido tormento de rabia. Me hundió en un abismo de vergüenza irremediable; me pareció que no habría más amor propio para mí en toda mi vida hasta que hubiera podido vengarme. Me quedé mirando aquella letra vertical sin atreverme a moverme ni a hablar. Por fin miré de reojo a Stuart.

Stuart tenía el sobre en la mano, mirando el matasellos entre las uñas de los pulgares.

—Ni nos dice siquiera dónde está —dijo dando vueltas al sobre, desesperanzado.

Y luego, desistiendo, añadió:

—Es duro para nosotros, Willie. Estaba aquí... No tenía nada de qué quejarse, era la favorita de todos nosotros. Ni siquiera la obligábamos a que tomara parte en el trabajo de la casa... Y se marcha y nos deja como un pájaro que ha aprendido a volar. No tiene confianza en nosotros; esto es lo que me sorprende. Y se coloca... Me pregunto qué le ocurrirá a ella.

—¿Y qué le ocurrirá a él?

Movió la cabeza para demostrar que aquel problema estaba más allá de sus alcances.

—¿Usted irá a buscarla? —pregunté dando una entonación indiferente a mi voz—. ¿Hará que él se case con ella?

—¿Y adónde voy a ir? —preguntó con un tono de aflicción haciendo un gesto con el sobre que tenía en la mano—. ¿Y qué podría hacer? Y aunque lo supiera... ¿Cómo podría yo abandonar estos jardines?

—¡Gran Dios! —exclamé—. ¡Cómo podría abandonar estos jardines! ¡Se trata de su honor, hombre! ¡Si Nettie fuera mi hija... si Nettie fuera mi hija, removería el mundo...!

Y ahogándome casi, añadí:

—Pero, ¿usted aguantará esto?

—¿Y qué puedo hacer?

—¡Obligarle a que se case con ella! ¡Darle de latigazos a él! ¡Darle de latigazos, digo...! ¡Yo lo estrangularía!

El viejo se rascó lentamente el peludo carrillo, abrió la boca y movió la cabeza. Luego, con una intolerable nota de tardía y amable sensatez, concluyó:

—Las gentes como nosotros, Willie, no podemos hacer estas cosas.

Yo creí volverme loco. Sentí el salvaje impulso de darle una bofetada. Una vez, en mi infancia, me encontré un pájaro terriblemente mutilado por algún gato, y en un frenesí de horror y de lástima, lo rematé. Me invadió la misma sensación al ver aquella vergonzosa alma mutilada aleteando delante de mí. Después... después lo descarté del caso.

—¿Puedo ver ese sobre? —pregunté.

Él me ofreció el sobre, no de muy buena gana.

—Míralo —dijo.

Y señalando con su tosco índice el sello, añadió:

—I. A. P. A. M. P. ¿Qué querrá decir?

Yo cogí el sobre y lo miré. El sello adherido era costumbre en aquella época, estaba manchado por un matasellos circular que llevaba el nombre de la oficina de Correos de punto de partida y la fecha.. El impacto, en este caso, había sido muy leve o se había hecho con poca tinta, y la mitad de las letras del nombre no habían dejado impresión alguna. Sólo pude distinguir:

IAP — AMP

y muy tenuemente, debajo, *D. S. O.*

Adiviné el nombre en un instantáneo destello de intuición. Era Shaphambury. Incluso los espacios en blanco tomaban forma en mi mente. Tal vez, en una especie de semivisibilidad, había allí otras letras marcadas, si no mostrándose del todo, al menos insinuándose. Era un lugar situado en la Costa Oriental, no me acordaba exactamente si en Norfolk o en Suffolk.

—¡Hombre...! —exclamé.

Me interrumpí en seguida.

¿Qué iba a sacar con decírselo?

El viejo Stuart me había dirigido una aguda mirada, casi por decir una mirada temerosa.

—¿No... no lo habrías adivinado? —dijo.

Shaphambury... Tenía que acordarme de aquel nombre.

—No creerás que lo has adivinado, ¿verdad? —repitió.

Le devolví el sobre.

—Por un momento he creído que sería Hampton —dije.

—Hampton —repitió—. ¡Hampton! ¿Cómo has podido creer que sería Hampton? Dio la vuelta al sobre y añadió:

—¡Hombre, Willie, eres todavía peor que yo para estas cosas!

Volvió a meter la carta en el sobre, e irguiéndose la volvió a guardar en el bolsillo del pañuelo.

No tenía la menor intención de arriesgarme en aquella cuestión, y sacando un trozo de lápiz del bolsillo del chaleco me separé un poco de él y escribí «Shaphambury» muy rápidamente en el raído y algo pringoso puño de mi camisa.

—Bueno —dije como quien no ha hecho nada de particular.

Me volví hacia él y le hice alguna observación desprovista en absoluto de importancia... No me acuerdo qué fue.

Ni siquiera terminé la vaga observación que había iniciado.

Levanté la vista y vi a una tercera persona que parecía estar aguardando en la puerta del invernáculo.

7

Era la anciana *Mrs. Verrall*.

No sé si podré haceros comprender el efecto que me produjo la presencia de aquella señora. Era una viejecita de aspecto agradable, pequeñita, con el pelo de un color rubio claro extraordinario. Sus facciones flacas y aquilinas aparecían fruncidas, lo que daba un aspecto de forzada dignidad, e iba ricamente vestida. Quisiera subrayar este «ricamente vestida» o que la frase quedase impresa en caracteres ingleses antiguos floridos o en caracteres góticos. No hay actualmente en la tierra quien vaya tan ricamente vestido como ella iba. Nadie, joven o viejo, se permite ahora vestir con semejante suntuosidad. Pero no debéis imaginar ninguna extravagancia en la forma, ni ninguna especial belleza o riqueza de color. Los colores predominantes eran el negro y los tonos pardos de las pieles, y el efecto de riqueza estaba producido enteramente por el extremado coste de los materiales empleados. *Mrs. Verrall* llevaba unos brocados de seda de un rico modelo, un fabuloso encaje negro sobre satén de color púrpura, unos intrincados alamares, entre los que se retorcían filamentos y cintillas de terciopelo, y en invierno, además, pieles raras. Los guantes se le ajustaban exquisitamente, y llevaba en el cuello unos collares de oro fino y perlas y una gran cantidad de brazaletes en las muñecas. Se tenía que ver a la fuerza que el objeto más sencillo de los que llevaba costaba más que todo el ajuar de una docena de muchachas como *Nettie*. Su sombrerito afectaba aquella simplicidad que está más allá de los rubíes. La riqueza es la primera característica de la anciana señora que yo quisiera haceros patente; la segunda es la limpieza. Al verla, se tenía en seguida la impresión de que era una mujer exquisitamente cuidadosa de su persona.

Si se hubiera lavado a mi pobre madre querida con lejía durante un mes seguido, no habría salido tan limpia como era *Mrs. Verrall* de un modo constante y manifiesto. Y haciendo resaltar toda su presencia, brillaba su tercera cualidad: su evidente confianza en la respetuosa subordinación de los demás.

Estaba un poco pálida y desalentada, pero sin demostrar ninguna disminución de su confianza fundamental. Para mí era evidente que había venido a entrevistarse con Stuart para tratar de aquel arranque de pasión que había tendido un puente sobre el abismo que separaba a las dos familias.

Y aquí me encuentro otra vez escribiendo en un lenguaje desconocido para mis lectores más jóvenes. Vosotros que sólo conocéis el mundo que siguió al Gran Cambio hallaréis que muchas de las cosas que os cuento son inconcebibles. Sobre estos extremos no puedo apelar, como he apelado para otras confirmaciones, a los viejos periódicos, listas eran cosas sobre las que nadie escribía porque quedaban comprendidas y sobreentendidas por todo el mundo; todo el mundo había adoptado una actitud unánime a su respecto. Existían en Inglaterra y en América, y en realidad en todo el orbe, dos grandes divisiones irregulares entre los seres humanos: los seguros y los inseguros. No es que hubiera, ni nunca la había habido, una verdadera nobleza en Inglaterra ni en Norteamérica, pues es un error muy corriente considerar que los lores ingleses fuesen nobles; ni por la ley ni por la costumbre había familias nobles, y además carecíamos en absoluto de la edificante contingencia que se podía encontrar, por ejemplo, en Rusia, de una nobleza pobre. La dignidad de par del Reino era una posesión hereditaria que, lo mismo que las posesiones de fincas y los bienes materiales, correspondía exclusivamente al hijo mayor de la casa; no irradiaba ningún lustre de «nobleza obliga». El resto del mundo estaba dentro de la ley y prácticas comunes... y toda la América era común. Pero, gracias a la propiedad privada de la tierra que había resultado de la negligencia de las obligaciones feudales en la Gran Bretaña y de la extraordinaria falta de perspicacia política en las Américas, grandes masas de bienes se habían hecho artificialmente estables en manos de una exigua minoría, a la que era necesario hipotecar todas las nuevas empresas tanto públicas como privadas. Los elementos que formaban esta exigua minoría se mantenían agrupados, no a causa de alguna tradición de servicio público o de nobleza, sino por la natural simpatía de los intereses comunes y por su común modo de vivir en gran escala. Constituían una clase sin límites claramente definidos; algunas individualidades vigorosas, por medio de métodos en su mayor parte violentos y discutibles, se introducían constantemente en la seguridad, partiendo de la inseguridad, y los hijos y las hijas de las personas seguras, al casarse con elementos inseguros, o por su loca extravagancia o flagrante vicio, se hundían en la vida de ansiedad e insuficiencia que constituía la vida ordinaria del hombre. El resto de la población carecía de tierras, y, a menos que trabajara directa o indirectamente para los seguros, no tenía derecho legal a la existencia. Y era tal la superficialidad y la insuficiencia de nuestras ideas, era tal el sofocante egoísmo de nuestros sentimientos

antes de los Últimos Días, que se hubieran encontrado poquísimas personas entre los seguros que dudasen de que aquél era el orden natural, y el único concebible, del mundo.

Es la vida de los inseguros la que estoy ahora exponiendo, la vida de los inseguros bajo el Viejo Orden, y creo que puedo comunicaros algo de su desesperante amargura, pero no debéis imaginaros por ningún concepto que los seguros gozaban de una dicha paradisiaca. El abismo de inseguridad que había por debajo de ellos se hacía sentir, aunque no fuera comprendido. La vida a su alrededor era positivamente fea: tenían constantemente a la vista el espectáculo de casuchas mezquinas, de gente mal vestida; no podían escaparse de la vulgar propaganda de los traficantes en artículos populares. Bajo el nivel de sus mentes había un sentimiento inconsciente de incomodidad; eran personas que, no sólo no pensaban claramente sobre los problemas de la economía social, sino que hasta hacían alarde de una instintiva repugnancia a pensar. Su seguridad no era tan perfecta que no tuvieran un verdadero pavor de caer en el abismo, y siempre se estaban sujetando con nuevas cuerdas. El cultivo de las «relaciones» y de los intereses, el deseo de confirmar y mejorar sus posiciones, era para ellos una constante y una innoble preocupación. Hay que leer a Thackeray para percibir el aroma completo de sus vidas. Además, las bacterias tenían una especial tendencia a hacer caso omiso de las distinciones de clase, y estas gentes nunca encontraban servidores a su gusto. Leed los libros que aún existen hablando de ellos. Cada generación se lamenta de la mengua de aquella «fidelidad» de los servidores que, en realidad, ninguna generación vio nunca. Un mundo que sea escuálido en una de sus partes es escuálido en su totalidad, pero eso ellos nunca llegaron a comprenderlo. Creyeron que no había lo suficiente de todo para todos, creyeron que ésta era la intención de Dios y una condición incurable de la vida, y se agarraron apasionadamente y con un recio sentimiento de sus derechos a su desproporcionada participación. Mantuvieron relaciones comunes con la «sociedad», o sea, con los individuos que ellos consideraban «seguros» prácticamente, y la elección de la palabra «sociedad» es superabundantemente elocuente de la calidad de su filosofía. Pero si podéis llegar a dominar estas ideas extrañas sobre las que descansaba el viejo sistema, igualmente comprenderéis el horror que tenían estas gentes a los matrimonios con los «inseguros». En el caso de sus muchachos y mujeres en general, esta incidencia era rarísima, y en todo caso, sea cual fuere el sexo, era considerado como un desastroso crimen social. Cualquier cosa era mejor que eso.

Ya tenéis suficientes elementos de juicio para daros cuenta de lo horrenda que era, con demasiada probabilidad, la suerte, durante aquellos oscuros últimos días, de cualquier muchacha de las clases «inseguras» que amara y cediese al impulso del autoabandono sin previo matrimonio, y así comprenderéis la peculiar situación de Nettie con el pollo Verrall. O el uno o el otro tenían que sufrir... Y como que los dos se hallaban en un estado de gran exaltación emotiva y eran capaces de extrañas generosidades mutuas, era una cuestión pendiente y naturalmente motivo de gran

ansiedad para una madre que se hallase en la posición de *Mrs. Verrall*, saber si el perjudicado en último término no sería su hijo, o sea, si, como resultado de aquel candente comercio irresponsable, Nettie no volvería en plan de futura dueña y señora de Checkshill Towers. Las probabilidades estaban en contra de aquella conclusión, pero, desde luego, cosas semejantes ocurrían a veces.

Estas leyes y estas costumbres suenan, ya lo sé, como el registro de unas invenciones propias de orates de malos instintos. Eran, sin embargo, hechos invencibles en aquel mundo desvanecido ya, donde, por un accidente, yo había nacido, y era precisamente el sueño de un estado de cosas mejor lo que se reputaba como una locura. ¡Pensad tan sólo en ello! Aquella muchacha a la que yo amaba con toda mi alma, y por la que estaba dispuesto a sacrificar mi vida, no era lo bastante buena para casarse con el joven Verrall. Y con sólo mirar la serena, hermosa y anodina cara de Verrall podía percibirse que se trataba de un ente más débil que yo, y de ningún modo mejor que yo. Ella iba a ser su juguete, su muñeca de placer, hasta que él se decidiera a dejarla de lado, y la ponzoña de nuestro sistema social había saturado de tal modo la naturaleza de ella (el traje de *smoking* de Verrall, su libertad y su dinero le habían parecido a ella una cosa tan fina, comparado conmigo que iba vestido de un modo lamentable y raído), que incluso había aceptado semejante perspectiva. Y el resentimiento de las convenciones sociales que su situación creaba se llamaba «envidia de clase», y los predicadores de suaves maneras nos reprochaban que tuviéramos algún resentimiento contra una injusticia que hoy no habría persona viviente que tolerara ni que pensara en aprovecharse de ella.

¿Qué sentido tenía estar siempre hablando de la «paz» cuando no había paz por ningún lado? Si había alguna esperanza en medio de los desórdenes de aquel viejo mundo, únicamente radicaba en la rebelión y en los conflictos.

Pero si podéis comprender, en realidad, lo vergonzosamente grotesca que era la vida a la antigua usanza, empezareis a apreciar el significado de la aparición de *Mrs. Verrall*, tal como surgió al momento en mi mente.

¡Había venido a buscar una fórmula de compromiso para el desastre!

¡Y los Stuart se avendrán al compromiso! Esto lo comprendí en seguida.

El profundo asco que sentí ante la perspectiva del inminente encuentro entre Stuart y la rica propietaria hizo que me comportara de un modo irracional y violento. No quería ver aquello, quería evitar a cualquier precio hasta tener que presenciar el primer gesto de Stuart.

—Me voy —dije. Y les di la espalda, sin despedirme.

Mi camino de retirada pasaba por el lado de la anciana, así es que tuve que acercarme a ella.

Vi como cambiaba de expresión, como se entreabrían sus labios, como la frente se le arrugaba y los ojos se ponían redondos igual que dos naranjas. Ya a primera vista me tomó por un tipo raro, y había algo en mi modo de avanzar hacia ella que le quitó el aliento.

Se quedó plantada, en lo alto de los tres o cuatro peldaños que conducían al invernáculo. Después retrocedió uno o dos pasos, con cierto ademán de dignidad ofendida ante la determinación de mi acometida.

No le dirigí el menor saludo.

Bueno, en realidad, sí le hice una especie de saludo. No es la ocasión ahora de que yo empiece a excusarme por lo que dije entonces, pues expongo la verdad desnuda ante vosotros. Si lo explico con toda crudeza lo comprenderéis y me perdonaréis. Yo me hallaba entonces henchido del deseo brutal y agobiante de insultarla.

Y por eso me dirigí a aquella pobre mujer riquísima, pequeñita y anciana, en los siguientes términos, convirtiéndola por medio de una violencia metonimia en un amplio plural:

—Vosotros, los infernales ladrones de tierras —le dije a boca de jarro—, *¿habéis venido a ofrecerles dinero?*

Y sin esperar que me demostrara sus dotes de réplica, pasé groseramente por su lado sin más, y me fui, andando rápidamente a grandes zancadas, con los puños cerrados...

Más tarde intenté imaginarme qué debió de parecerle a ella mi actitud. En lo que concernía a su universo particular, yo carecía en absoluto de existencia, o sólo había existido como una vaga cosa negruzca, una mota insignificante, lejos, en el parque, transitando como un ser desprovisto de la menor importancia, hasta aquel momento en que ella había hecho su aparición, conturbada pero con gran compostura, en su seguro jardín, buscando a Stuart por entre los invernáculos. Entonces, bruscamente yo nací para ella, en aquel escenario de verdes muros y suelo enladrillado, como un pájaro de mal agüero que primeramente se la quedó mirando con fijeza y después avanzó hacia ella, ceñudamente. Una vez admitido en la existencia, me desarrollé rápidamente. Crecí en perspectiva y me hice, por momentos, cada vez más importante y siniestro. Subí los peldaños con una inconcebible hostilidad y una evidente falta de respeto, la dominé con mi estatura, y me transformé, al menos durante un instante, en una especie de segunda Revolución Francesa, soltándole en la faz, con la más intensa concentración, aquellas malignas e incomprensibles palabras.

Durante un segundo amenacé con aniquilarla. Afortunadamente, aquello fue mi mayor desahogo.

Y luego, en un santiamén, yo desaparecí y el universo quedó más o menos lo mismo que siempre había estado, exceptuando el alborotado remolino que se sentía en él, y la leve sensación de inseguridad que yo había dejado a mi paso, como una estela.

Lo que no me cupo nunca en la cabeza durante aquellos días fue que una gran proporción de ricos, lo eran con una absoluta buena fe. Yo creía que ellos veían las cosas exactamente como las veía yo, y que lo negaban por pura maldad. Pero, en realidad, la anciana Mrs. Verrall era tan incapaz de dudar del derecho que tenía su

familia a dominar un gran trecho de campo, como era de examinar los treinta y nueve artículos o cualquier otro de los pilares adamantinos sobre los que descansaba con toda seguridad su universo.

No cabe duda que la sorprendí y la asusté terriblemente, pero ahora me doy cuenta de que no podía comprenderme.

Nadie de su casta pareció nunca comprender aquellos lívidos destellos de odio que, de vez en cuando, iluminaban la hacinada oscuridad que se removía a sus pies. La llamarada brillaba entre las tinieblas durante un momento para desvanecerse en seguida, como una figura amenazadora vista en la carretera al ser iluminada extemporáneamente por los faros del coche para ser engullida de nuevo, en un instante, por la oscuridad ambiente. Consideraban que aquello eran cosas del mismo valor que las pesadillas y hacían todo lo posible por olvidarse de lo que evidentemente era tan insignificante como molesto.

CAPÍTULO IV

GUERRA

1

En el momento en que insulté a la anciana *Mrs. Verrall* me convertí en un ser representativo: yo era un personaje que defendía a todos los desheredados del mundo. No tenía anhelos de amor propio o de placer en mí; me sentía enfurecido, en franca rebelión contra Dios y la Humanidad. Ya no había más intenciones vagas que me hicieran inclinar de un lado para otro; tenía una idea perfectamente clara de lo que me proponía hacer. Exteriorizaría mi protesta y moriría.

Quería exteriorizar mi protesta y morir. Iba a matar a *Nettie*..., a la *Nettie* que se había entregado a otro y que en aquel momento representaba para mí todas las delicias imaginables, las perdidas imaginaciones de mi juvenil corazón, los inalcanzables gozos de la vida. Y también mataría a *Verrall*, a *Verrall* que representaba a todos los que se aprovechaban de la irremediable injusticia de nuestro orden social. Los mataría a los dos. Y hecho esto, me saltaría al tapa de los sesos. ¡Será cosa de ver qué venganza seguiría a mi cerril negativa de vivir!

Estaba firmemente resuelto. Me hallaba rabiosamente enfurecido. Y por encima de mí, anulando las estrellas, triunfante por encima de la amarilla luna en menguante que lo seguía más baja, el meteoro gigante dominaba el firmamento, hacia el cénit.

—¡Dejadme matar! —gritaba yo—. ¡Dejadme matar!

Esto iba voceando en mi frenesí. Estaba con una fiebre que desafiaba el hambre y la fatiga. Durante mucho rato había estado rondando por el brezal, hacia *Lowchester*, hablando conmigo mismo, y ahora que había ya caído la noche, me iba hacia mi casa recorriendo aquellos larguísimos veintisiete kilómetros sin la menor idea de descanso. Y no había comido nada desde la primera hora de la mañana.

Supongo que tengo que considerarme como atacado de locura, pero me acuerdo muy bien de mis desvaríos.

A veces iba llorando y contemplaba, a través de las lágrimas, aquella claridad que no era noche ni día. Otras veces me ponía a razonar, con lo que yo llamaba el espíritu de todas las cosas. Pero siempre que hablaba me dirigía a aquella blanca luminosidad que procedía del cielo.

—¿Por qué tengo que estar aquí sufriendo ignominias? —preguntaba—. ¿Por qué me has dado un orgullo que no puede ser satisfecho, con deseos que me trastornan y me desgarran? Este mundo es una chirigota... ¿Será una broma pesada que les estás gastando a tus invitados? ¡Yo... hasta yo... lo haría con más gracia...! ¿Por qué no

aprendes de mí cierta decencia en la gracia? ¿Por qué no deshacer lo hecho? ¿He atormentado yo nunca, día por día, a algún infeliz gusano... fabricando una suciedad cualquiera para que él la vaya llevando a rastras, una suciedad que le asquee, que lo mate de hambre, que lo magulle, que lo ridiculice? ¿Por qué tienes que hacerlo tú? Tus bromas son pesadas y torpes. Prueba... prueba otra clase de gracias ahí arriba, diviértete con otra cosa, ¿me oyes?, con algo que no zahiera de un modo tan infernal... Dices que ésta es tu intención... tu intención para conmigo. Que estás haciendo algo de mí... Los dolores del parto de un alma. ¡Ah! ¿Cómo puedo creerte? Olvidas que tengo ojos para las otras cosas. Dejemos aparte mi caso, pero ¿y el de aquella pobre rana aplastada por la rueda de un carro...? ¿Y el pájaro destrozado por el gato?

Después de estas blasfemias hacía un gesto con la mano, como si me hallara en medio de los ridículos debates de una sociedad insignificante.

—¡Contesta a eso! —exclamaba.

Una semana antes había habido luna llena: blanco y negro, recortado en duros contornos, por todos los espacios del parque, pero ahora la luz era lívida y tenía toda la calidad de la neblina. Una bruma blanca, extraordinariamente baja, que no llegaba a la altura de un metro sobre el nivel del suelo, iba a la deriva por el césped, acariciando las hojas de hierba, y los árboles se elevaban como espectros de aquel mar fantasmal. Sombrío y extraño fue el mundo aquella noche; no parecía que hubiera nadie fuera de allí. Yo y mi cascada vocecilla íbamos, solitarios, por entre misteriosos silencios. A veces argüía del modo que he explicado, otras veces iba dando tropiezos en aquella fantástica vacuidad, otras veces sentía mi tormento más vivo y agudo que nunca.

Bruscamente, surgía de la misma apatía un hirviente paroxismo de furia al pensar en Nettie burlándose de mí y en ella y Varrall estrechamente abrazados.

—¡No lo toleraré! —chillé—. ¡No lo toleraré!

Y en uno de estos delirantes accesos saqué mi revólver del bolsillo y disparé en la quietud de la noche. Disparé tres veces.

Los proyectiles perforaron el aire; los sorprendidos árboles se refirieron unos a otros, en ecos decrecientes, lo que yo había hecho, y luego, con lenta determinación, la noche vasta y paciente se sumió de nuevo en la calma. Mis disparos, mis maldiciones, mis blasfemias, mis plegarias, porque también recé, los recogió el silencio.

Era, ¿cómo podría expresarlo?, una ahogada gritería, tranquila, perdida entre las serenas suposiciones, el abrumador imperio de aquella claridad. El ruido de mis disparos, de los impactos en el espacio, fue, en aquel instante, enorme, y luego, en seguida, quedó disipado, consumido. Me vi a mí mismo de pie, empuñando el revólver, asombrado, con mis emociones dominadas por algo que no podía comprender. Entonces miré por encima de mis hombros aquella gran estrella y me quedé contemplándola fijamente.

—¿Quién eres tú? —pregunté, por fin.

Me sentía como el hombre que se halla en un desierto solitario, y de pronto oye una voz...

Aquello también se disipó.

Al pasar por Clayton Crest me acuerdo de que me extrañó no encontrar la muchedumbre que salía noche tras noche a contemplar el cometa, y el predicador aquel tan bajito, aquél que predicaba en el solar de más allá de los montones de escoria, exhortando a los pecadores para que se arrepintieran de sus pecados antes de que llegara el día del Juicio Final, tampoco estaba en su sitio habitual.

Era más de medianoche y todo el mundo se había refugiado en su casa. Pero al principio no pensé en ello, y aquella soledad me dejó perplejo y se grabó fuertemente en mi memoria. Los faroles del gas estaban todos apagados a causa del resplandor del cometa, y aquello también ofrecía un cariz extraño. El pequeño vendedor de periódicos del quiosco de la silenciosa calle Mayor había cerrado y se había ido a su casa, pero una de las pizarras anunciadoras había sido colocada más tarde que las demás y se había quedado fuera, y todavía pude acercarme a ver cuáles eran las últimas noticias sensacionales.

En realidad, sólo había una palabra escrita con letras grandes que parecían mirarle a uno fijamente. La palabra era: «GUERRA».

Podéis imaginaros aquella calle miserable, desierta y silenciosa, a no ser por el eco de mis pisadas..., sin un alma despierta aparte de mí. Después podéis imaginaros cómo yo me detuve ante el cartel. Y, en medio de aquella absoluta calma, garrapateaba sobre el tablero, un poco sesgada y apañuscada, pero perfectamente legible bajo la fría luz meteórica, absurda y espantosa, la inconmensurable perversidad de aquella palabra...

¡«GUERRA»!

2

Me desperté en aquel estado de ecuanimidad que tan a menudo sigue a una gran conmoción emotiva.

Era tarde, y mi madre se hallaba a la cabecera de mi cama. Me traía el desayuno en una abollada bandeja.

—No te levantes todavía, hijo —me dijo—. Has estado durmiendo hasta ahora. Eran las tres cuando volviste anoche. Debes de estar muy cansado. Tenías la cara blanca como esta sábana, y tus ojos relucían de un modo... Me asustaste al entrar. Y tropezaste en la escalera.

Mis miradas se dirigieron cautelosamente al bolsillo de mi chaqueta, donde había algo que abultaba. Seguramente ella no lo había notado.

—Fui a Checkshill —dije—. Ya sabrás... tal vez...

—Recibí una carta ayer tarde, hijo.

Se inclinó hacia mí para ponerme la bandeja encima de las rodillas y me besó suavemente el cabello. Durante un momento los dos permanecemos inmóviles, con su mejilla rozándome apenas la cabeza.

Yo cogí la bandeja que ella tenía aún en las manos, deseoso de poner término a aquella pausa.

—No toques mi ropa, mamá —dije rápidamente al ver que iba a coger mi chaqueta—. Ya la cepillaré yo después.

Al volverse ella para irse, la dejé atónita al decirle:

—¡Tú, madre mía, tú! Un poco... Lo comprendo. Sólo que ahora... ¡Oh, déjame...! ¡Déjame...!

Y con la docilidad de una buena criada, se fue dejándome solo. ¡Oh, querido corazón, dulce y sumiso, que el mundo y yo maltratamos tanto...!

Aquella mañana tenía la impresión de que nunca sería capaz de dejarme arrebatar por otra ráfaga de pasión. Me sentía poseído de una tristeza mental. Mi propósito me parecía en aquel momento tan inflexible como el hierro; en mí no había ya ni amor, ni odio, ni miedo... Únicamente sentía una profunda lástima de mi madre por todo lo que iba a suceder. Desayuné lentamente, pensando cómo podría saber dónde se hallaba exactamente Shaphambury y cómo podría llegar hasta allí. Mi fortuna no llegaba a cinco chelines.

Me vestí metódicamente, escogiendo el menos raído de mis cuellos y afeitándome con mucho más cuidado de lo que solía. Luego me dirigí a la Biblioteca Pública a fin de consultar un mapa.

Shaphambury estaba en la costa de Essex, así es que se me ofrecía la perspectiva de un viaje largo y complicado desde Clayton. Fui a la estación y anoté algunos datos de la guía de ferrocarriles. Los faquines a quienes pregunté no pudieron darme explicaciones claras sobre Shaphambury, pero el taquillero me ayudó bastante y, al fin, conseguimos entre los dos poner en claro todo lo que yo quería saber. Después de esto volví a salir a la calle. Por lo menos necesitaba dos libras esterlinas.

Volví a la Biblioteca Pública y me dirigí a la sala de los periódicos para recapacitar sobre este problema.

Un hecho se me hizo patente. La gente que allí había parecía leer con una atención excepcional los periódicos de la mañana. Había algo raro en la atmósfera de la sala, con más gente y más charlas que de costumbre y durante un momento me quedé algo perplejo. En seguida creí adivinar el motivo: la guerra con Alemania. ¡Claro! Se suponía que en aquellos momentos se desarrollaba una batalla naval en el Mar del Norte. ¡Que hubiera tantas batallas como quisieran! Yo me puse a reflexionar sobre mis propios asuntos.

¿Parload?

¿Podría ir a hacer las paces con él y pedirle prestado el dinero que me hacía falta?

Sopesé las posibilidades de aquello. Después pensé en vender o en pignorar algo, pero eso me parecía muy difícil. Mi gabán de invierno no me había costado ni siquiera una libra cuando era nuevo; mi reloj no era probable que se evaluase en muchos chelines. Así y todo, estas dos prendas podían ser factores a considerar. Pensé, con cierta repugnancia, en los pequeños ahorros que mi madre estaba haciendo, probablemente para poder pagar el alquiler. Ella lo guardaba como un tesoro, bajo llave, en una antigua cajita para el té que tenía en su dormitorio. Yo sabía que sería poco menos que imposible conseguir que me diese voluntariamente parte de aquel dinero, y aunque me decía a mí mismo que en aquella cuestión de pasión y muerte no importaban los detalles, no podía dejar de sentir unos escrúpulos atormentadores cada vez que pensaba en aquella cajita de té. ¿No había otro camino? Tal vez después de haber recurrido a otra parte me quedara el recurso de completar el total con unos cuantos chelines que le pediría que me prestara, con toda franqueza. «Esos otros», me dije a mí mismo pensando sin apasionamiento por una sola vez en los seguros de sí mismos, «encontrarían mil dificultades en seguir sus románticas andanzas sobre la base de una caja de préstamos. Sin embargo, debemos arreglárnoslas como sea».

El día iba transcurriendo inexorablemente, pero no me excité por ello. «Ir despacio es ir de prisa», solía decir Parload, y yo tenía la intención de hacerlo todo, bien pensado y reflexionado, tomando la puntería a distancia para actuar entonces con la velocidad del proyectil.

Dudé unos momentos ante la tienda de un prestamista al volver a casa para la comida del mediodía, pero decidí no empeñar el reloj hasta que pudiera llevar también allí mi gabán.

Comí silenciosamente madurando mis planes.

3

Después de nuestra comida del mediodía, que consistió en una empanada de patata, con más patata que otras cosas, y unos indicios de col y jamón, me puse el gabán y salí a la calle. Mi madre estaba en el fregadero, en la parte posterior de la casa.

El fregadero en el viejo mundo era, en las casas como la nuestra, un cuartucho húmedo, fétido y desagradable, generalmente subterráneo, detrás de una cocina-sala de estar oscurísima, que se ponía más que sucia en nuestro caso, debido al hecho de dar a ella la carbonera, bostezadora sima de negra suciedad que difundía minúsculas partículas de carbón, esparciéndolas por el irregular suelo embaldosado. Aquél era el cuarto del «lavado de los platos», la húmeda y grasienta operación que seguía a cada comida. Su atmósfera mantenía siempre una humedad fría y un olor irresistible de col

hervida. Al conjuro de su nombre surgen en mi memoria los recuerdos de las negras manchas de hollín allí donde habían descansado un minuto la cazuela o la tetera, junto con las peladuras de patatas que obturaban la rejilla del sumidero y unos pingajos de un color indefinible llamados «trapos de cocina». El ara de aquel lugar lo constituía la «fregadera», un gran receptáculo de piedra, refinadamente repugnante, revestido de una cutícula grasienta y de aspecto desagradable, y encima de él había un grifo de agua fría, dispuesto de tal modo que al dejar salir el agua salpicaba y mojaba al que lo había abierto. Aquel grifo era todo nuestro aprovisionamiento de agua.

Y en un lugar semejante imaginaos una anciana mujeruca, algo incompetente, pero muy buena, con un elevado espíritu de altruismo y sacrificio, con unas ropas muy sucias cuyos colores originales habían venido a acabar en un gris oscuro neutro, calzada con unas botas usadas y mal ajustadas, con las manos deformadas por el trabajo, y pelo gris desaseado... Esta mujer era mi madre. Durante el invierno tendría las manos llenas de grietas y sufriría un resfriado permanente y una tosecilla constante.

Y mientras estaba allí lavando, yo me iba para intentar vender mi gabán a fin de poder abandonarla.

Tuve que luchar con extrañas vacilaciones antes de decidirme a empeñar mis dos únicas prendas negociables. Una débil resistencia a hacer aquello en Clayton, donde el prestamista me conocía, me condujo a la puerta de la casa de préstamos de Lynch Street, en Swathinglea, donde había comprado mi revólver. Luego se me ocurrió una idea de que estaba haciendo partícipe de demasiadas cosas mías a un solo hombre, y decidí regresar a Clayton. No me acuerdo del dinero que me dieron; de lo que me acuerdo es que era algo menos de la cantidad que yo había calculado que necesitaba para pagar el billete de ida a Shaphambury. Con una decisión cada vez más firme me encaminé otra vez hacia la Biblioteca Pública para determinar si andando dieciséis o dieciocho kilómetros me sería posible acortar el trayecto en ferrocarril. Mis botas se hallaban en un estado lamentable y además la suela de la izquierda se estaba abriendo, así es que tuve que convencerme de que todos mis planes podían fracasar si emprendía una larga caminata con las botas rotas. Mientras anduviese normalmente y con cuidado todavía me servirían, pero de ningún modo podía utilizarlas para una larga y difícil caminata. Fui al zapatero de *Hacker Street*, pero dijo que no podría arreglármelas en menos de cuarenta y ocho horas y que con toda su buena voluntad no podía intentar siquiera hacerlo antes.

Volví a mi casa a las tres menos cinco, decidido a coger el tren de las cinco para Birmingham fuese como fuese, pero lejos aún de sentirme satisfecho en lo referente al dinero. Pensé en empeñarme un libro o alguna otra cosa, pero no encontré nada que tuviese algún valor en toda la casa. La plata de mi madre (dos grandes cucharas y un salero) hacía ya algunas semanas que estaban en la casa de préstamos, exactamente desde el día en que venció el alquiler correspondiente al segundo trimestre del año.

Pero yo tenía la cabeza llena de oportunidades para pignorar lo que fuese.

Al subir los peldaños de nuestra puerta noté que *Mr. Gabbitas* me miraba, pues había levantado la punta de la cortina de su habitación con un gesto súbito. Detrás de aquellas cortinas de color rojo apagado, vi una especie de alarmada resolución en su mirada. Inmediatamente *Mr. Gabbitas* desapareció, y al pasar yo por el pasillo él abrió de repente la puerta de su cuarto y me interceptó el paso.

Espero que os imaginéis mi apariencia como la de un tenebroso y ceñudo patán, vestido con uno de aquellos trajes propios del antiguo mundo, baratos y usados, con zonas brillantes por el roce en todas partes, con una corbata de un rojo descolorido y una ropa interior raída y deshilachada. Llevaba la mano izquierda metida en el bolsillo, como si allí dentro hubiese algo que yo hubiera de tener bien cogido. *Mr. Gabbitas* era más bajo que yo, y la impresión que se tenía de él al verle por vez primera era de algo brillante, como de un pájaro. Hasta creo que él deseaba tener aspecto de pájaro; tenía todas las posibilidades del encanto que producen las aves, pero, en realidad, no había en él nada de la ardiente vitalidad del pájaro. Y los pájaros no se encuentran nunca sin aliento y con la boca abierta. El viejo iba vestido con las ropas clericales de aquellos tiempos, ese traje que nos parece ahora el más extraño de todos los de nuestro antiguo mundo, y él lo lucía bajo su forma más ordinaria: negro, de tela barata, mal cortado, y mal llevado. Los largos faldones acentuaban el aspecto de cuba que ofrecía su figura y la cortedad de sus piernas. La blanca corbata alrededor de su cuello redondo debajo de su cara inocente de grandes antiparras, quedaba algo harapienta, y entre sus no muy limpios dientes sujetaba una pipa de agavanzo. Su tez era blancuzca, y aunque sólo tenía treinta y tres o treinta y cuatro años todo lo más, el pelo rubio se le estaba enrareciendo en la coronilla.

Ahora aquel individuo os daría la impresión de la más extraña de las figuras por su completa indiferencia respecto a todo lo que significase belleza física o dignidad en lo concerniente a su propia persona. Os parecería un ente rarísimo, pero en los antiguos tiempos no sólo lo aceptaban, sino que lo respetaban. Hace cosa de un año que aún vivía, pero su apariencia ahora había cambiado. Como lo vi aquel día, a primera hora de la tarde, tenía un aspecto desaseado. Era un pequeño ser desmañado, sucio y astroso; no solamente su traje era feo y estrafalario en extremo, sino que, si lo hubieseis desnudado, habríais notado ciertamente en la prominente panza, resultado de unos músculos blandos y de unos apetitos blandamente controlados, así como en los redondeados hombros y la pecosa piel amarillenta, la misma ausencia de esfuerzo para la consecución de una belleza limpia, la ausencia, en fin, de cualquier sentimiento de belleza y de limpieza. Y tendríais la instintiva sensación de que así había sido desde su nacimiento. Producía la impresión de que no sólo iba a la deriva por la vida, comiendo lo que le ponían delante, creyendo todo lo que le decían, haciendo sin ningún vigor todo lo que le encargaban que hiciera, sino que si se encontraba en la vida era porque había ido allí a la deriva. No podía creérselo hijo del amor propio y de la clara resolución o de alguna espléndida pasión de amor. Había

simplemente *acontecido*... ¡Pero todos nosotros habíamos acontecido igualmente! ¿Por qué estaré yo empleando este tono para hablar de aquel pobre cura pequeñajo?

—¡Hola! —dijo con forzado tono de amistosa vivacidad—. ¡Hace mucho tiempo que no lo veo! Entre, que charlaremos un poco.

Una invitación del realquilado tenía la categoría de una orden. Me hubiera gustado mucho poderla rehusar. Nunca fue invitación alguna tan inoportuna como aquella, pero no se me ocurrió ninguna excusa.

—Muy bien —dije torpemente, mientras él mantenía la puerta abierta para que yo entrara.

—Encantado de que acepte —prosiguió—. No se tiene muchas veces la ocasión de hablar con personas inteligentes en esta parroquia.

¿Qué diablos se proponía aquel hombre? Ésta era mi secreta preocupación. Me colmó de atenciones con cierta nerviosa hospitalidad, hablando en fragmentos de frases entrecortadas frotándose las manos, y mirándome de soslayo por encima de sus antiparras. Al sentarme en su butaca de cuero, me vino a las mientes extrañamente la idea de la silla del dentista de Clayton, no sé por qué.

—Van a darnos qué hacer en el Mar del Norte, según parece —observó con cierto inocente deleite—. Y me gusta mucho que hayan presentado la batalla.

Había un aire de cultura en aquella habitación que siempre me había intimidado y que me dejó cohibido aun en esta ocasión. La mesa que había debajo de la ventana estaba sembrada de material fotográfico y de los últimos álbumes de sus recuerdos continentales, y en las estanterías tapizadas de hule situadas a ambos lados de la chimenea había lo que en aquellos días yo tenía por una increíble cantidad de libros, tal vez ochocientos en total, incluyendo los álbumes de fotografías del reverendo y los libros escolares de texto. Esta insinuación de erudición quedaba reforzada por un pequeño escudo de madera con las armas de un colegio, que pendía encima del espejo, y por un retrato de *Mr. Gabbitas* con toga y birrete en un marco de Oxford, que adornaba la pared de enfrente. Y en el centro de aquella pared hallábase el escritorio, mueble que al abrirse, según sabía yo, tenía diversas casillas y compartimientos. Aquel escritorio le daba una categoría no sólo de persona culta, sino hasta de literato. Allí preparaba *Mr. Gabbitas* sus sermones. ¡Y los componía él mismo!

—Sí —prosiguió tomando posesión de la alfombrilla que había delante de la chimenea—, la guerra tenía que estallar tarde o temprano. Si les hundimos la flota ahora, bueno..., ¡se acabó la cuestión!

Se levantó de puntillas para apoyarse después sobre los tacones, y se puso a contemplar blandamente a través de sus antiparras un acuarela hecha por su hermana, cuyo motivo era un manojo de violetas, que pendía encima del aparador que era al mismo tiempo despensa de té y bodega.

—Sí —repitió.

Yo tosí, buscando la manera de poder marcharme inmediatamente.

Me invitó a fumar (¡aquella querida y vieja costumbre!), y al rehusar yo, empezó a hablar en tono confidencial de aquella «espantosa cuestión», de las huelgas.

—La guerra no va a mejorar este aspecto de las cosas —dijo, muy serio.

Habló de la falta de sentido común que habían demostrado los mineros de carbón al ir a la huelga simplemente por causa de los sindicatos, sin pensar en sus esposas ni en sus hijos, y esto me excitó a la controversia, y me apartó un poco de mi resolución de escaparme.

—No estoy de acuerdo con eso —repliqué aclarándome la garganta—. Si esos hombres no hubieran ido a la huelga ahora con motivo de los sindicatos, si hubieran dejado disolverse a los sindicatos, ¿dónde estarían cuando les escatimaran el sueldo con el pretexto de las reducciones?

Él contestó que los mineros no podían esperar que les dieran salarios máximos cuando los propietarios vendían el carbón a precios mínimos.

—No es eso —objeté—. Los propietarios no le tratan como debieran. Y ellos tienen que protegerse.

Mr. Gabbitas replicó:

—Bueno, no sé. Hace bastante tiempo que estoy en Four Towns, y debo decir que no creo que la balanza de la injusticia caiga del lado de los patronos.

—Cae sobre los obreros —convine.

Y así nos enfrascamos en una discusión. «¡Maldita discusión!», pensé. Yo carecía de habilidad para discutir con el reverendo y la irritación se insinuó en el tono de mi voz. Tres pequeñas manchas coloradas aparecieron en las mejillas y en la nariz de *Mr. Gabbitas*, pero su voz no dejó traslucir nada de su enfado.

—Es que yo soy socialista. Y no creo que este mundo haya sido creado para que una pequeña minoría se ponga a bailar sobre las cabezas de los demás.

—Amigo mío —dijo el reverendo *Gabbitas*—, también yo soy socialista. ¿Quién no lo es? Pero esto no me lleva al odio de clases.

—Es que usted no ha sentido en su cara el tacón de este maldito sistema, y yo sí.

—¡Ah!

En el mismo momento alguien llamó con los nudillos en la puerta de entrada, y al quedarse silencioso el reverendo *Gabbitas*, se oyó el ruido que hacía mi madre al franquear la entrada, seguido de un golpecillo tímido con los nudillos en la puerta de la habitación del reverendo.

Me levanté resueltamente, pero él no dejó que me fuera.

—¡No, no, no! —exclamó él—. Sólo vienen por el dinero de Dorcas.

Puso su mano en mi pecho con un gesto de coacción física y exclamó:

—¡Adelante!

Y volviéndose hacia mí añadió:

—Ahora es cuando nuestra conversación empieza a hacerse interesante.

Entonces entró *Miss Ramell*, una viejecita solterona que era una potencia dentro de la iglesia en Clayton.

El reverendo Gabbitas la saludó (ella no hizo el menor caso de mí) y se dirigió a su escritorio. Yo permanecí de pie, al lado de mi silla, pero incapaz de salir del cuarto.

—¿No les interrumpo? —preguntó *Miss Ramell*.

—En absoluto —dijo él, abriendo el escritorio.

No pude evitar ver lo que hizo. Me sentía tan impaciente por mi impotencia en irme por las buenas, que en aquel momento no relacioné con la búsqueda de la mañana el hecho de que él estuviera sacando dinero de allí. Escuché adustamente su conversación con *Miss Ramell*, y vi únicamente, como dicen en el País de Gales, con el delante de mis ojos, el pequeño cajón del escritorio que tenía en el fondo, al parecer, una respetable cantidad de soberanos.

—Son tan poco razonables... —se lamentaba *Miss Ramell*.

¿Quién no lo sería en una organización social que rayaba en la locura?

Me aparté un poco de ellos, puse el pie en el guardafuegos, apoyé el codo en la repisa de la chimenea, guarnecida con un fleco de felpa, y me quedé contemplando las fotografías, pipas y ceniceros que la adornaban. ¿Qué era lo que tenía que resolver antes de ir a la estación?

¡Claro! Mi mente dio un salto, como si la obligaran a saltar por encima de un abismo sin fondo, para posarse sobre los soberanos que en aquel momento desaparecían al cerrar el cajón del reverendo Gabbitas.

—No quiero interrumpir por más tiempo su conversación —dijo *Miss Ramell* dirigiéndose hacia la puerta.

Mr. Gabbitas la acompañó con gestos de extremada cortesía, le abrió la puerta y la condujo al pasillo. Durante unos momentos tuvo la intensa sensación de mi proximidad a aquellos soberanos. Me había parecido que debía de haber diez o doce...

La puerta de entrada se cerró y el reverendo volvió al cuarto. Mi oportunidad de escaparme se había desvanecido.

4

—**T**engo que marcharme —dije con un afán cada vez más acentuado de salir cuanto antes de aquella habitación.

—¡Pero, amigo mío! —insistió el pastor—. No puedo ni pensarlo. Estoy seguro... de que no hay nada especial que lo reclame fuera de aquí.

Y con un evidente deseo de cambiar el tema de nuestra conversación, añadió:

—Nunca me ha expuesto usted su opinión acerca del librito de *Burple*.

Yo me sentía en aquel momento bajo la capa de mis fingidas muestras de sumisión, furiosamente encolerizado contra él. Se me ocurrió preguntarme a mí

mismo por qué razón tendría yo que condescender a expresarle mis opiniones. ¿Por qué razón había yo de experimentar un sentimiento de inferioridad intelectual y social respecto a él? Él me preguntaba mi opinión sobre Burble. Resolví explicársela..., si necesario fuera, con arrogancia. Entonces quizá me dejara libre. No volví a sentarme, sino que permanecí de pie al lado de la chimenea.

—¿Quiere usted decir aquel librito que me prestó el verano pasado? —pregunté.

—Razona sólidamente, ¿eh? —repuso indicando con un gesto un sillón cercano, mientras sonreía amplia y persuasivamente.

Yo seguí de pie.

—Sus facultades de raciocinio no me parecieron gran cosa —dije.

—Fue uno de los obispos más inteligentes que ha tenido Londres.

—Tal vez lo fuera. Pero se empeñó en ir regateando alrededor de un argumento muy débil —dije yo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que se equívoca. No creo que pruebe nada de lo que se propone. No creo que el cristianismo predique la verdad. Es un hipócrita y él lo sabe. Sus argumentaciones... paparruchas.

Mr. Gabbitas se puso, según me parece, algo más pálido de lo que él hubiera deseado, y desapareció de sus maneras aquel aspecto suyo propiciatorio. Tenía los ojos y la boca abiertos de asombro, y hasta pareció que se le redondeaba la cara y las cejas se le arqueaban al oír mis observaciones.

—Siento mucho que sea ésta su opinión —dijo, por fin, con el aliento entrecortado.

No repitió la invitación para que me sentara. Se acercó uno o dos pasos hacia la ventana, y dio media vuelta.

—Supongo que admitirá usted... —empezó a decir con un leve e irritante tono de condescendencia intelectual.

No voy a explicaros ahora sus argumentos ni los míos. Los encontraréis, si os interesa, en algún rincón olvidado de nuestros museos de libros, allí donde se guardan las marchitas y arrugadas publicaciones baratas (las publicaciones de la «Asociación de Prensa Racionalista», por ejemplo) sobre las que estaban basados mis argumentos. Guardadas allí, en aquel curioso limbo, junto con ellas y casi imposibles de distinguirse, están las infinitas «Réplicas» de la ortodoxia, lo mismo que cadáveres entremezclados en alguna trinchera después de una enconada batalla. Todas aquellas disputas de nuestros padres que alguna vez llegaban a ser disputas realmente furiosas, están ahora más allá de los límites de la comprensión. Vosotros, los jóvenes, ya sé que las leéis con impaciente perplejidad. No podéis comprender cómo unas personas sensatas pudieron nunca llegar a solventar nada en esta clase de controversias. Todos los viejos métodos del pensamiento sistemático, las absurdas extravagancias de la lógica aristotélica han seguido a los números mágicos y a los números místicos, y la «Rumpelstiltskiniana» mágica de los nombres hasta llegar a la oscura noche de lo

inconcebible. No podéis comprender nuestras pasiones teológicas como no podéis comprender los caprichos que hacían que todos los pueblos antiguos hablaran de sus dioses sólo por medio de circunloquios, que hacía que los salvajes languidieran hasta morir sólo porque habían sido fotografiados, o que el granjero de la época de la reina Isabel se volviera a casa sin querer empezar siquiera el trabajo cotidiano porque había visto tres vacas juntas. Hasta yo mismo, que he pasado por todo ello, me acuerdo ahora de esas controversias con un sentimiento rayano en la incredulidad, dudando casi que hayan podido existir.

La fe podemos comprenderla hoy ya que todos los hombres viven por la fe, pero antaño todo el mundo confundía irremediabilmente la fe con la increíble y forzada creencia en ciertas declaraciones pseudoconcretas. Estoy por decir que ni los creyentes ni los incrédulos tenían la fe tal como la entendemos ahora nosotros, porque poseían unas facultades intelectuales insuficientes. No podían confiar en nada a menos de poder ver, tocar o decir algo, igual que sus bárbaros antepasados no podían cerrar un trato sin un previo intercambio de prendas. Si bien es cierto que ya no adoraban troncos ni piedras o satisfacían sus necesidades por medio de peregrinaciones e imágenes, en cambio es muy cierto que todavía tenían una feroz afición a las imágenes auditivas y a las palabras y fórmulas impresas.

Pero, ¿para qué volver a resucitar los ecos de las antiguas logomaquias?

Baste decir que muy a menudo perdíamos la cabeza, y con mucha facilidad, en busca de Dios y de la verdad, y decíamos exquisitas sandeces sin cesar. Y en conjunto, visto desde la imparcial perspectiva de mis setenta y tres años, juzgo que si mi dialéctica era mala, la del reverendo Gabbitas era mucho peor.

Pequeñas manchas rosadas aparecieron en sus mejillas y un tono chillón se apoderó de su voz. Nos interrumpimos mutuamente de un modo cada vez más grosero. Nos pusimos a inventar hechos y a citar autoridades cuyos nombres yo pronunciaba mal, y al darme cuenta de que Gabbitas estaba algo atemorizado ante la alta crítica y los autores alemanes, solté los nombres de Karl Marx y de Engels, empleándolos como si fuesen los dos unos exégetas de la Biblia, con no poco efecto. ¡Aquello fue un altercado de majaderías! ¡Una discusión absurda! Nuestra conversación iba subiendo de tono, con la intervención de algunas notas pendencieras, mientras mi madre, sin duda alguna, permanecía en la escalera, escuchando alarmadísima, con un aire como de estar diciendo: «¡Hijo mío, no lo ofendas! ¡Oh, no lo ofendas! *Mr. Gabbitas* nos alegra con su amistad. Piensa y reflexiona en lo que dice *Mr. Gabbitas*». A pesar de ello, nosotros dos aún no habíamos perdido contacto con cierto simulacro de mutua deferencia. La superioridad ética del cristianismo sobre todas las demás religiones pasó a primer plano, no sé cómo. Tratamos aquella cuestión en un plano de audaces e imaginativas generalidades a causa de la insuficiencia de nuestros conocimientos históricos. Yo me sentí impulsado a denunciar el cristianismo como una ética de esclavos y a declararme discípulo de un escritor alemán, muy en boga en aquella época, llamado

Nietzsche.

Para haberme confesado discípulo suyo tengo que reconocer que conocía malísimamente las obras del maestro. En realidad, todo lo que de él sabía me había llegado a través de un artículo a dos columnas publicado la semana última en *The Clarion*... Pero el reverendo Gabbitas no leía *The Clarion*.

Ya sé que estoy abusando de vuestra credulidad si digo que ahora estoy seguro de que el reverendo Gabbitas ignoraba en absoluto hasta el nombre de Nietzsche, a pesar de que este escritor presentaba una actitud de ataque separada y distinta contra la fe que defendía el reverendo caballero.

—Soy discípulo de Nietzsche —dije adoptando un aire de explicación extensiva.

Mr. Gabbitas dio un respingo tan grande al oír aquel nombre que yo tuve que repetírselo.

—Pero ¿sabe usted lo que dice Nietzsche? —le pregunté con la peor intención del mundo.

—Ya se le ha replicado adecuadamente a ese señor —contestó dispuesto a seguir fingiéndose enterado.

—¿Por parte de quién? —proferí vivamente—. ¡Dígamelo si lo sabe!

Y me quedé esperando la respuesta, cruel e inexorable.

5

Un feliz accidente vino en auxilio de Mr. Gabbitas salvándolo del compromiso de aquel reto y me hizo dar un paso más en mi carrera de desastres personales.

El accidente se produjo, pisándole los talones a mi pregunta, en forma de un piafar de caballos y el chirrido de unas ruedas que se detuvieron frente a la casa. De un vistazo vi un coche con un cochero con sombrero de paja y un par de caballos tordos. Me pareció aquél un carruaje increíblemente magnífico para Clayton.

—¡Eh! —exclamó el reverendo Gabbitas, yendo a la ventana—. ¡Pero si es Mrs. Verrall! ¡Es Mrs. Verrall! ¡Vaya! ¿Qué querrá de mí?

Se volvió hacia mí. El arrebató de la controversia había pasado y el rostro le resplandecía como un sol. Según pude percibir, no era cosa de todos los días que Mrs. Verrall fuera a visitarle.

—¡Me interrumpen tan a menudo...! —dijo casi sonriendo—. ¡Le ruego que me excuse un momento! Después... Ya le hablaré después del individuo ese. Pero no se vaya. Le ruego que no se vaya. Le puedo asegurar... que será de lo más interesante.

Salió del cuarto haciendo vagos gestos prohibitivos con la mano.

—¡Tengo que irme! —le grité yéndole a la zaga hasta el pasillo.

—¡No, no, no! —dijo él, ya en el pasillo—. Tengo la respuesta a punto, y creo que anda usted equivocado.

Le vi bajar apresuradamente los peldaños para ir al encuentro de la dama.

Proferí un juramento. Di tres pasos hacia la ventana, y aquello me condujo a un metro de distancia de aquel maldito cajón.

Le dirigí una mirada, y luego otra a aquella anciana señora, tan absurdamente poderosa, e instantáneamente los rostros de su hijo y de Nettie brillaron en mi cerebro. Los Stuart habían ya aceptado, sin ningún género de duda, el hecho consumado. Y yo también... ¿Qué estaba yo haciendo allí...?

¿Qué estaba yo haciendo allí mientras se me escapara la sentencia?

Me despabilé. Me sentía inyectado de energía. Dirigí, para asegurarme, una incisiva mirada a las obsequiosas espaldas del cura y otra a la perfilada nariz de la vieja dama, y luego, con una serie de pequeños movimientos rápidos y precisos, abrí el cajoncito, cogí cuatro soberanos, me los guardé en el bolsillo y volví a cerrar el cajón. Me acerqué otra vez a la ventana... Aún estaban hablando.

Todo iba bien. Era muy posible que *Mr. Gabbitas* no volviera a abrir aquel cajón hasta al cabo de muchas horas. Miré al reloj del cuarto. Faltaban veinte minutos todavía para la salida del tren de Birmingham. Tenía tiempo suficiente para comprarme un par de botas y marcharme. Pero, ¿cómo iba a dirigirme a la estación?

Salí audazmente al pasillo y cogí mi bastón y mi sombrero... ¿Pasaría por su lado como si nada?

Sí. ¡Bien pensado! No podría ponerse a discutir conmigo mientras estuviese atendiendo a una persona tan importante... Bajé decididamente los peldaños.

—Quiero que me haga usted una lista, *Mr. Gabbitas*, de todos los casos que realmente se lo *merecen* —estaba diciendo la anciana *Mrs. Verrall*.

Lo curioso del caso es que ni por asomo se me ocurrió que allí había una madre cuyo hijo yo me disponía a matar. No la vi en absoluto bajo este aspecto. En su lugar, me sentía poseído de indignación ante la patente imbecilidad de un sistema social que daba a aquella anciana mujeruca medio paralítica el poder de remediar o no las urgentes necesidades vitales de centenares de semejantes suyos, siguiendo sus caprichos de vieja chocha, decidiendo quién se lo merecía y quién no.

—Podríamos hacer una lista provisional —decía él mientras me miraba con expresión preocupada al pasar yo por su lado.

—Tengo que irme —le dije aguantando su inquisitiva mirada.

Y añadí:

—Estaré de vuelta dentro de veinte minutos.

Dicho esto, proseguí adelante. Él se volvió de nuevo hacia su protectora como si al punto me hubiera olvidado. Tal vez, después de todo, no sintiera mi partida.

Yo me sentía extraordinariamente capaz y poseído de una gran sangre fría, alborozado como un chiquillo, por aquel hurto tan expedido y eficaz. Después de todo, podría dar cima a mi gran determinación. Ya no me sentía oprimido por la sensación de continuas obstaculizaciones. Tenía la impresión de que podía adueñarme de los incidentes y utilizarlos en mi favor. Ahora iría directamente a *Hacker Street*, a

casa del zapatero, a comprar un buen par de botas fuertes y resistentes (diez minutos), y luego, a la estación (cinco minutos más). Y ¡hasta la vista! Me sentí tan eficiente y tan amoral como si yo fuera el Superhombre de Nietzsche que acabara de encarnarse. No se me ocurrió que el reloj del pastor podía señalar la hora con un considerable margen de error.

6

Perdí el tren.

Esto ocurrió, en parte, porque el reloj del reverendo Gabbitas iba retrasado, y en parte fue debido a la obstinación comercial del zapatero, que se empeñó en probar otro par, después de haberle yo declarado que no tenía tiempo. Me quedé, no obstante, con el último par, le di una dirección errónea para la devolución de mis botas viejas, y sólo dejé de sentirme como el superhombre nietzscheano al ver que el tren salía de la estación.

Ni siquiera entonces perdí la cabeza. Se me ocurrió casi inmediatamente que, en caso de que me persiguieran en seguida, yo disfrutaría de grandes ventajas si no cogía el tren en Clayton. Haberlo cogido en Clayton habría sido un error del que sólo la suerte me había salvado. Así y todo, yo había sido muy indiscreto en mis investigaciones sobre Shaphambury, porque, una vez sobre la pista, el taquillero me recordaría a la fuerza. Las probabilidades estarían en contra si él se hallase envuelto en el caso. Por consiguiente, me guardé muy bien de entrar en la estación y no hice ninguna demostración de haber perdido el tren, sino que pasé por delante de la entrada, carretera abajo, atravesé el puente de hierro, y me dirigí, dando un rodeo, por el ladrillar de White y los *allotments* hacia el camino que, pasando por Clayton Street, iba a parar a Two-Mile Stone. Allí, según calculé, dispondría de un amplio margen de tiempo para coger el tren de las 6,13.

En aquellos momentos no me sentía ni excitado ni alarmado. Supongamos, razonaba yo, que por algún accidente el pastor vuelve a abrir el cajón ahora mismo; ¿estará seguro de que le faltan cuatro soberanos, de un total de diez o doce? Y si se da cuenta, ¿creerá inmediatamente que soy yo quien los ha cogido? Y aun siendo así, ¿saldrá en seguida en mi persecución o esperará que yo vuelva? Y si se pone a actuar inmediatamente, ¿irá a hablar primero con mi madre o recurrirá a la policía? Además, hay una docena de carreteras y casi otras tantas líneas de ferrocarril en la región de Clayton. ¿Cómo sabrá la que yo he tomado? Supongamos que se dirija inmediatamente a la estación donde yo he debido tomar el tren. Nadie se acordará de habérmelo visto coger, por la sencilla razón de que no lo habré cogido. Pero, ¿y si se acordaran de que yo les había mencionado Shaphambury? No era muy probable.

Resolví no ir directamente a Shaphambury desde Birmingham, sino de allí a

Monkshampton y a Wyvern, y de Wyvern a Shaphambury por el Norte. Esto podía implicar tener que pasar la noche en cualquier lugar intermedio, pero también me ocultaría ante la eventualidad de que me persiguieran, a menos que la persecución fuese muy persistente. Y todavía no se trataba de un caso de asesinato, sino únicamente del hurto de cuatro soberanos.

Me había desprendido de toda ansiedad, a fuerza de argumentos más o menos capciosos, antes de llegar a Clayton Crest.

Al llegar a Clayton Crest miré hacia atrás. ¡Qué mundo aquél! Y súbitamente me di cuenta de que estaba contemplando aquel mundo por última vez. Si podía alcanzar a los fugitivos y llevaba a cabo mi empresa, moriría con ellos... o me ahorcarían. Me detuve, y volví a mirar con mucha atención aquel dilatado y feísimo valle.

Era mi valle natal, y yo me iba de él para no volver nunca, según creía entonces, y, no obstante, en aquella postrera perspectiva, el grupo de pueblos que me habían visto nacer y que me habían achicado y deformado, y que me habían hecho lo que era, me parecieron, de un modo indefinible, muy extraños. Tal vez estaba más acostumbrado a verlos desde aquel punto de vista que lo abarcaba todo cuando quedaban velados y suavizados por la noche. En aquel momento se destacaba todo el panorama, surgiendo por entre la humareda de las fábricas, bajo el claro sol de la tarde, lo cual puede explicar hasta cierto punto aquella sensación de extrañeza. Y tal vez, además, hubiera algo en las emociones que había experimentado durante una semana o más, que intensificara mi perspicacia, mi agudeza sensorial, que me permitiera traspasar lo usual y dudar de lo aceptado. Ahora estoy seguro de haber percibido entonces por primera vez la promiscuidad, el hacinamiento de aquel conjunto, de aquel revoltillo, de aquella confusión de minas y de hogares, de depósitos de carbón y de fundiciones, de muelles de estación de ferrocarril, canales, escuelas, fraguas y altos hornos, iglesias, capillas, chozas de *allotments*, una extensa aglomeración irregular de feos accidentes humeantes, donde los hombres vivían tan felices como ranas en el cubo de la basura. Cada una de aquellas cosas tropezaba y deterioraba las otras cosas a su alrededor, ignorándolas como si no estuvieran allí también; el humo de los hornos ensuciaba la arcilla de la fábrica de cerámica, el estruendo metálico de ferrocarril ensordecía a los feligreses que rezaban en la iglesia, la taberna lanzaba vaharadas de corrupción a la misma puerta de la escuela, las tristes casuchas se apretujaban miserablemente en medio de las monstruosidades del industrialismo, produciendo el efecto de unos imbéciles que anduvieran a tientas. La Humanidad se ahogaba en medio de sus productos, y toda su energía se gastaban en aumentar su desorden, como un ciego herido que sufre, lucha y se hunde en un pantano.

No pensé claramente todas estas cosas aquella tarde, ni mucho menos me pregunté cómo yo, con mis propósitos criminales, las podía haber tolerado hasta entonces. Dejo escrita aquí esa percepción del desorden y de la sofocación ambiente como si yo entonces hubiese pensado en ello, pero en realidad sólo lo sentí, lo sentí

transitoriamente al volverme para mirar el valle, y allí me quedé, aun cuando aquellas ideas ya se me hubieran escapado de la mente.

No vería ya más aquel paisaje.

Volvía a aquella idea. Al menos, no lo lamentaba. Todas las probabilidades estaban a favor de que yo muriera en una atmósfera no contaminada por emanaciones acres, bajo un cielo claro y limpio.

Desde la distante Swathinglea vino un rumor apagado, el lejano rugido de una muchedumbre amotinada, y, luego se oyeron, en rápida sucesión, tres tiros.

Aquello me dejó perplejo durante un buen rato... Bueno, me era igual, puesto que me iba para siempre... ¡Gracias a Dios, me iba para no volver! Entonces, al volverme para seguir mi camino, pensé en mi madre.

Parecióme un mundo muy depravado para dejar allí a mi madre. Mis pensamientos se concentraron en ella muy vivamente durante un instante. Allí, a lo lejos, bajo aquella luz de la tarde, iba ella de un lado para otro, sin darse cuenta todavía de que me había perdido, inclinada, atizando el fuego en aquella oscura cocina del sótano, tal vez llevando una lámpara al fregadero para despabilarla, tal vez sentada pacientemente, contemplando la lumbre, esperando que yo volviera para tomar el té. Una gran piedad por ella, un gran remordimiento por aquellas negrísimas desazones que yo iba a dejar caer sobre su cabeza inocente, se apoderaron de mí. ¿Para qué, después de todo, iba, yo a hacer aquello?

¿Por qué?

Me detuve otra vez y me quedé inmóvil contemplando la cumbre de la montaña que se levantaba entre mi hogar y yo. Estuve casi decidido a volver a mi casa.

Entonces pensé en los soberanos del pastor. Si él ya los había echado, de menos, ¿a qué iba yo a regresar? Y, aunque regresara, ¿cómo podría volver a ponerlos en el cajón?

¿Y cómo pasaría yo la noche siguiente a mi renuncia de vengarme? ¿Y cuando volviera Verrail? ¿Y Nettie?

¡No...! Aquello tenía que cumplirse.

Pero podía haber besado a mi madre antes de marcharme, podía haberle dejado algún mensaje, algo, en fin, para tranquilizarla al menos durante cierto tiempo. Toda la noche estaría escuchando y esperándome...

¿Le mandaría un telegrama desde Two-Mile Stone?

Ahora, ya no; demasiado tarde, demasiado tarde. Enviar un telegrama significaría revelar el camino que había seguido, sería atraerme la persecución, una persecución rápida, veloz y segura, si es que tenía que haber persecución. ¡No! ¡Mi madre tenía que sufrir!

Proseguí, ceñudo, hacia Two-Mile Stone, pero ahora como si alguna voluntad superior a la mía dirigiera mis pasos hacia allá.

Llegué a Birmingham antes de oscurecer, y pude coger, muy justo, el último tren para Monkshampton, donde había planeado pasar la noche.

CAPÍTULO V

LA PERSECUCIÓN DE LOS DOS AMANTES

1

Al llevarme el tren de Birmingham a Monkshampton, no sólo me llevaba a un país donde yo no había estado nunca, sino que me sacaba fuera de la luz ordinaria, fuera del contacto y de la calidad de las cosas ordinarias, dentro de la extraña noche sin precedentes, gobernada por el meteoro gigante de los últimos días.

Había por aquella época una curiosa acentuación de la alternativa común de noche y día. Quedaban separados por una amplia diferencia de valores respecto a los asuntos mundanos. Durante el día, el cometa era un motivo más de comentarios en los periódicos, que quedaba residenciado por un millar de otros asuntos de interés más candente; era casi nada comparado con la conmoción bélica que se había apoderado de nosotros. Era un fenómeno astronómico situado muy lejos, en el cénit de China, a millones de kilómetros, en las profundidades de los espacios siderales. Llegábamos a olvidarlo. Pero tan pronto como el sol se hundía en el ocaso, la gente se volvía cada vez más hacia el Este, y el meteoro recobraba su imperio sobre todos nosotros.

Se esperaba su salida oteando el horizonte, y, no obstante, cada noche el cometa llegaba como una sorpresa. Siempre aparecía más brillante de lo que uno se había atrevido a suponer, siempre mayor y con alguna maravillosa modificación de sus contornos, y últimamente con un extraño disco verde, menos luminoso, sobre su superficie, que iba creciendo al mismo tiempo que el cometa, y que no era sino la sombra proyectada por la Tierra. Como brillaba con luz propia, esta sombra no era negra ni de contornos duros, sino que brillaba con gran fosforescencia y con una intensidad decreciente del lado en que el estímulo de los rayos del sol disminuía. Al ascender hacia el cénit, mientras los últimos jirones de la luz diurna seguían la estela del sol poniente, su iluminación blanca y verde borraba las realidades del día, difundiendo un brillo espectral sobre todas las cosas. Alteró el color del cielo sin estrellas que había a su alrededor en un profundísimo azul, en el color más profundo del mundo, un extraordinario color azul como no lo había visto nunca ni he vuelto a verlo desde entonces. Me acuerdo también de que, mientras miraba por la ventanilla del tren que me conducía rápidamente a Monkshampton, percibí una luz rojo-cobrizo que se mezclaba con todas las sombras proyectadas por ella, cosa que me dejó asombrado y perplejo.

Aquella luz transformó nuestras feísimas ciudades industriales inglesas en

ciudades espectrales. En todas partes, las autoridades locales suprimieron la iluminación de las calles, pues se podían leer los caracteres de imprenta más pequeños al resplandor del cometa; así es que al llegar a Monkshampton pasé por unas calles pálidas, blancuzcas, desconocidas, cuyos globos eléctricos proyectaban su sombra sobre la calzada. Algunas ventanas iluminadas aquí y allí parecían arder, con unas llamas rojizo-anaranjadas, como agujeros recortados en una cortina de pesadilla que colgase ante un horno. Un policía que andaba con pasos silenciosos me indicó una hospedería, a la luz de un rayo de luna; un hombre de rostro verdoso nos abrió, y me quedé allí a pasar la noche. Y al día siguiente me despertó un fuerte griterío y vi que la hospedería era en realidad una sucia cervecería que apestaba a cerveza, y que el hospedero era un individuo gordo, y mugriento, con el cogote lleno de pecas rojizas, y que había un enorme y estrepitoso tráfico en la mal empedrada calle.

Salí, después de haber pagado la cuenta, a una calle dominada por el eco de los gritos de dos vendedores de periódicos y por los escandalosos ladridos de un perro que los emulaba. Los vendedores de periódicos gritaban:

—¡Gran desastre británico en el mar del Norte! ¡Acorazado hundido con toda la tripulación!

Compré un periódico, y seguí mi camino hacia la estación leyendo los detalles de aquel triunfo de la antigua civilización, o sea, de la destrucción por explosión de un gran buque de hierro, lleno de cañones y explosivos y de la maquinaria más cara y más hermosa que aquella época era capaz de producir, y con novecientos hombres robustos, sanos y fuertes por encima de lo normal. El hundimiento lo había provocado una mina de contacto remolcada por un submarino alemán. Leí hasta saturarme de una verdadera fiebre de entusiasmo bélico. No sólo me olvidé del meteoro, sino que durante un buen rato estuve completamente distraído del propósito que me llevaba a la estación. Al llegar allí, sin embargo, compré el billete, e inmediatamente el tren echó a andar hacia Shaphambury.

Así, pues, el cálido día se enseñoreó otra vez del mundo y la gente se olvidó de la noche.

Cada noche el cometa brillaba sobre nosotros con renovada y creciente insistencia, con su belleza y su magnificencia, como una promesa de los espacios siderales, y nos dejaba a todos pasmados, silenciosos y maravillados durante un rato. Y a los primeros rumores apagados de la aurora del nuevo día, al ruido de los cerrojos que se descorrían y del estruendo de los carros de la leche que pasaban, nos olvidábamos de todo, y el polvoriento día ordinario reaparecía bostezando y desperezándose. Las manchas del humo del carbón se elevaban a través del firmamento, y nosotros nos levantamos a la sucia y desordenada rutina de la vida.

—Así ha sido siempre la vida —decíamos—, y así será siempre.

La gloria de aquellas noches era casi universalmente considerada como meramente espectacular. No significaba nada para nosotros. Por lo que hacía referencia a la Europa occidental, sólo una pequeña e ignorante sección de las clases

bajas consideraban al cometa como un portentoso anunciador del fin del mundo. En el extranjero, donde todavía había campesinos, la cosa era diferente, pero en Inglaterra la gente del campo había ya desaparecido. Todo el mundo leía. Los periódicos, en los tranquilos días anteriores a aquel rápido conflicto a que habíamos llegado con Alemania, habían disipado absolutamente cualquier posibilidad de pánico con relación a este asunto. Los vagabundos en las carreteras y los niños en la *nursery*, habían aprendido que, a lo sumo, el conjunto de aquella nube resplandeciente pesaría escasamente un centenar de toneladas. Este hecho había quedado conclusivamente demostrado gracias a las enormes desviaciones que habían, por fin, dado la vuelta a nuestro mundo. Había pasado muy cerca de tres de los asteroides más pequeños sin producir la menor desviación perceptible en su trayectoria de casi tres grados. Cuando chocara contra la Tierra veríamos un espectáculo magnífico, sin duda alguna, sobre todo aquellos que estuviesen situados en la parte correspondiente al paso del cometa, pero aparte de esto, nada más. Y hasta era dudoso que nosotros nos halláramos en el hemisferio apropiado para poder presenciar el fenómeno. El meteoro brillaría cada vez más, se iría haciendo mayor y llegaría a cubrir el firmamento visible, pero siempre con la sombra de nuestra Tierra proyectada en su centro, apagando el brillo de su núcleo central, hasta que por fin ocuparía todo el cielo, un cielo de verdes nubes luminosas, con un resplandor blanco en el horizonte, a poniente y a levante. Luego habría una pausa, una pausa de una duración no muy exactamente definida, y después, sin duda, una gran pirotecnia de estrellas fugaces, estrellas que podían ser de algún color insospechado a causa de aquel elemento desconocido que revelaba la franja en el verde. Durante cierto tiempo el cenit seguiría disparando estrellas fugaces. Algunas de ellas se esperaba que cayesen en la Tierra y pudieran ser objeto de estudio.

Esto sería todo, según decía la Ciencia. Las nubes verdes se arremolinarían para desaparecer, y era posible que se levantasen grandes tempestades. Pero, a través de la escobilla formada por el resplandor meteórico, ya atenuado, el viejo firmamento, las viejas estrellas reaparecerían, y todo seguiría igual que antes. Y como que aquello tenía que ocurrir entre la una de la madrugada y las once de la mañana del martes próximo (yo me quedé a dormir en Monkshampton el sábado por la noche), el fenómeno sería sólo parcialmente visible, y hasta quizá fuese invisible del todo desde nuestra parte del planeta. Tal vez si ocurría más tarde, no veríamos más que alguna estrella fugaz cerca del horizonte. Todo esto lo sabíamos gracias a las seguridades que nos habían dado los científicos. Así y todo, no pudo evitarse que las últimas noches fueran las más hermosas y memorables de todas las experiencias humanas.

Las noches se habían hecho muy calurosas, y cuando, al día siguiente, hube recorrido inútilmente todo Shaphambury, me atormentó muchísimo la idea, al reaparecer aquella gloria inigualable de la noche luminosa, de que, bajo su espléndida bendición, Verrall y Nettie se hacían el amor.

Anduve de un lado para otro, una y otra vez, a lo largo del paseo marítimo,

escrutando los rostros de las jóvenes parejas que por allí deambulaban, con la mano a punto en el bolsillo y un curioso dolorcillo en el corazón que no tenía relación alguna con la rabia. Cuando, por fin, todos los paseantes se hubieron ido a sus casas a acostarse, yo me quedé solo con la estrella.

Mi tren de Wyvern a Shaphambury, aquella mañana, llevaba una hora de retraso. Dijeron que era a causa del movimiento de las tropas que se habían concentrado para enfrentarse con una posible incursión desde el Elba.

2

Shaphambury me pareció una población muy rara entonces. Pero algo se iba acelerando en mí para hacerme sentir la rareza de muchas otras de las cosas hasta entonces normalmente aceptadas. Ahora, considerado retrospectivamente, lo encuentro extrañísimo. Todo el pueblo aquél me parecía extraño a mis ojos no acostumbrados a los viajes; hasta el mar parecía extraño. Sólo en dos ocasiones durante mi vida había estado en la costa, y las dos veces había sido en plan de excursión al País de Gales, cuyos grandes acantilados y peñascales sobre un fondo montañoso prestaban al horizonte un efecto muy diferente del que se veía en el litoral de East Anglia. Allí, lo que ellos llamaban acantilado era un talud costanero de tierra blanco-parduzca que se desmoronaba y no alcanzaba una altura de quince metros.

Tan pronto como llegué emprendí una exploración sistemática de Shaphambury. Todavía recuerdo claramente el plan que me hice entonces, y me acuerdo de cómo todas mis investigaciones se hallaron obstaculizadas por el abrumador deseo de que todo el mundo parecía estar preocupado con las probabilidades de una incursión alemana antes de que la Flota del Canal regresara a nuestros puertos. Dormí en un fonducho de Shaphambury situado en una mala calleja, y pasé allí la noche del domingo. No llegué a Shaphambury, desde Wyvern, hasta las dos de la tarde, a causa de la poca frecuencia de trenes domingueros, y no estuve sobre la pista hasta media tarde del lunes. Al llegar el pequeño tren local a la vista del pueblo, saliendo de una curva por detrás de una loma, vi una serie de ondulantes terrenos herbosos, entre los cuales una gran abundancia de grandes tableros anunciadores de chillones colores llamaban la atención y cortaban el distante horizonte marino. La mayoría de estos anuncios se refería a comestibles o a medicamentos para tomar después de dichos comestibles, y su colorido había sido dispuesto con el fin de que fuera más vistoso que hermoso, para que destacara sobre las suaves tonalidades grisáceas del paisaje de la costa levantina. Hay que hacer notar que la mayoría de los anuncios que constituían un factor sobresaliente en la vida de aquellos días y que hacían posible la publicación de la vasta industria periodística, se referían a alimentos, bebidas, tabaco y a los medicamentos que prometían un restablecimiento de la salud que los otros

artículos anunciados habían destruido. Dondequiera que uno se dirigiese se le recordaba en relucientes letras que, después de todo, el hombre era poco más que un gusano, aquel animal sin ojos y sin oídos que hace agujeros y vive sin quejarse en un ambiente de nutritiva porquería, «conducto alimenticio con sus apéndices vicariantes». Pero, además, de aquellos carteles anunciadores había otros en blanco y negro, de las llamadas, grandilocuentemente, «fincas». Las empresas individuales de aquella época habían conducido a la parcelación de casi todo el terreno alrededor de las poblaciones del litoral, con la inevitable construcción de carreteras y viviendas; toda la costa, exceptuando una pequeña porción del litoral oriental y meridional se hallaba en este estado, y si las promesas de estos planes se hubieran podido realizar del todo, la población entera de la isla habría quedado acomodada a lo largo de la costa. No ocurrió nada parecido, naturalmente, ya que todo el litoral se había afeado con el objeto de estimular el necio juego de Bolsa con las acciones de estas parcelas, y por todas partes se veían carteles anunciadores de agentes de empresas urbanizadores en todos los estados concebibles de lozanía y deterioro, mal construidas carreteras de explotación semicubiertas por la hierba, y aquí y allá algunos rótulos: «Trafalgar Avenue», o «Sea View Road». También aquí y allá, algunos incautos habían invertido dinero, algunos desgraciados empleados de comercio con «ahorros» habían vendido su alma a los contratistas de obras locales y se habían hecho construir una casita. Y allí estaba la casita, mal planeada, de aspecto mezquino, aislada, mal situada en una parcela miserablemente vallada, a través de la cual ondeaban bajo la brisa las ropas sacadas de la colada doméstica, en medio de la yerma desolación de los terrenos de la empresa. Después, nuestro tren cruzó la carretera y una hilera de mezquinas viviendas de ladrillo amarillo (pomposamente llamadas casas para obreros) y de inmundos cobertizos negruzcos que hacía en los *allotments* de aquella época un mal de ojo universal, señalaron la proximidad de las zonas más céntricas, según la guía local, «de una de las más deliciosas playas de moda de East Anglia, el país de las amapolas». Después venían más casuchas miserables, la tétrica y desgarrada mole de la central eléctrica, que ostentaba una enorme chimenea porque nadie sabía cómo hacer completa la combustión del carbón, y en seguida nos encontramos en la estación del ferrocarril, a cosa de un kilómetro del centro de aquel lugar de salud y placer.

Inspeccioné meticulosamente la ciudad antes de hacer ninguna pregunta. La calle empezaba muy mal, con una hilera de tiendas baratas y presuntuosas, de aspecto insolvente, luego una taberna y una parada de coches, pero después de un intervalo ocupado por una serie de pequeñas casitas de ladrillo rojo, medio ocultas por los arbustos de sus jardines, la calle desembocaba en la calle Mayor, confusamente brillante, pero de aspecto bastante agradable; los postigos y las persianas de aquella calle Mayor estaban echados y el ambiente tenía una quietud sabática. Allá, al fondo, se oía el discordante tañido de la campana de una iglesia, y unos niños con trajes nuevos de brillantes colores se dirigían a la escuela dominical. De allí, y a través de

una plaza de casas de huéspedes con la fachada de estuco que daba la impresión de ser una versión más refinada y más limpia de mi plaza nativa, llegué a un jardín de asfalto: el Paseo Marítimo. Me senté en un banco de hierro y observé en primer lugar las amplias extensiones de la cenagosa arena que formaba la playa con sus extrañas casetas de baños con ruedas, pintadas con los anuncios de las píldoras del doctor Fulano... Luego dirigí la vista a las fachadas de las casas emplazadas frente a aquellos consejos viscerales. Casas de huéspedes, hoteles particulares y posadas se agrupaban a derecha y a izquierda, y a cierta distancia terminaban bruscamente. A un extremo, una serie de andamiajes indicaban la existencia de una empresa constructora; en el otro extremo, después de un solar, se elevaba una monstruosa mole roja, un enorme hotel que dejaba en ridículo a los otros edificios. Hacia el Norte había unos taludes bajos con una serie de blancas tiendas de campaña en las que los voluntarios locales bajo las armas, acampaban. Y hacia el Sur una amplia extensión de arenosas dunas, con arbustos ocasionales y grupos de pinos enanos y algún que otro cartel anunciador. Un cielo de un azul opresivo se cernía sobre esta perspectiva, el ocaso proyectaba sombras añiles y hacia el Este se divisaba un mar blancuzco. Era domingo, y la comida del mediodía todavía retenía a la gente dentro de sus casas...

«¡Qué mundo más extraño!», pensé. Desde luego, a vosotros ahora os debe parecer increíblemente, imposiblemente extraño. Entonces, después de un intervalo, me esforcé en volver a mi asunto.

¿Cómo tenía que hacer las preguntas? ¿Por quién tenía que preguntar?

Permanecí perplejo algún tiempo pensando en aquello. Al principio me sentí cansado e indolente, pero en seguida empezaron a ocurrírseme cosas.

Mi solución era bastante ingeniosa. Inventé la siguiente historia: Yo me encontraba de vacaciones en Shaphambury y aprovechaba la ocasión para intentar averiguar el paradero de la dueña de un valioso boa de plumas, que había quedado olvidado en un hotel, propiedad de mi tío, en Wyvern; el boa de plumas pertenecía a cierta joven que viajaba con un caballero también muy joven, sin duda alguna unos recién casados, que debían de haber llegado a Shaphambury el jueves. Repasé la historia varias veces, y di a mi tío imaginario y a su hotel sendos nombres satisfactorios. Por lo menos, este cuento serviría de justificación a todas las preguntas que se me acudiera hacer.

Aquello quedó resuelto, pero así y todo yo permanecí sentado todavía un buen rato esperando que hiciera acto de presencia la energía suficiente para ponerlo en práctica. Entonces me volví hacia aquel gran hotel. Su suntuosa magnificencia parecía indicar a mi inexperto juicio que aquél era el lugar indicado para ser escogido por un joven rico y de buena familia.

Me fueron franqueadas unas enormes puertas por un portero irónicamente cortés, con un magnífico uniforme verde, el cual contempló mi traje mientras escuchaba mi pregunta, y en seguida, con cierto acento alemán, me dirigió a un suntuoso empleado, el cual a su vez me dirigió a un joven principesco que se hallaba detrás del mostrador,

un mostrador de reluciente madera y latón, igual que un Banco, igual que varios Bancos. Aquel joven magnífico, mientras contestaba a mi pregunta, mantenía sus ojos fijos en mi cuello y mi corbata... y entonces me di cuenta de que las dos prendas tenían un aspecto abominable.

—Quisiera encontrar a cierta señora y a cierto caballero que llegaron a Shaphambury el jueves pasado —dije.

—¿Amigos de usted? —preguntó con un ironía terriblemente fina.

Pude sacar en claro, por fin, que la pareja que yo buscaba no había estado allí. Pudiera ser que hubiesen comido en el restaurante, pero no habían alquilado ninguna habitación. Salí del hotel, cuya puerta me fue franqueada obsequiosamente, en un estado de decaimiento moral que me impidió lanzarme al ataque de otro establecimiento aquella tarde.

Mi resolución había llegado a una especie de bajamar. En aquel momento había más gente paseando por el Paseo Marítimo y su elegancia dominguera me dejaba confuso. Olvidé mi propósito con la aguda sensación de la conciencia de mi propio ser. Tuve la impresión de que el bulto que en mi bolsillo hacía el revólver era visible, y me sentí avergonzado. Eché a andar por el Paseo Marítimo alejándome de la ciudad hasta que, por fin, me dejé caer y me tendí en un suelo de guijarros y amapolas. Este estado de ánimo prevaleció en mí durante toda la tarde. Al anochecer me dirigí a la estación e hice unas cuantas preguntas a los mozos del andén. Pero los mozos, según pude colegir, formaban una clase de hombres que se acordaban más de los equipajes que de las personas, y yo no tenía la menor idea de la clase de equipaje que Verrall y Nettie podían llevar.

Después trabé conversación con un viejo salaz, con una pata de palo y una sortija de plata, que barría los peldaños que conducían a la playa desde el paseo. Aquel hombre sabía muchas cosas de las parejas jóvenes que frecuentaban aquellos lugares, pero sólo en términos generales, e ignoraba completamente la existencia de la pareja que yo buscaba. Me trajo a la memoria, del modo más desagradable, los aspectos sensuales de la vida, y me alegré mucho cuando apareció una lancha cañonera en alta mar y se puso a hacer señales a la guardia de la costa y al campamento, cortando así por lo sano sus observaciones sobre las vacaciones, la playa y la moral.

Me separé de él, y sintiendo que había pasado el momento de mi bajamar espiritual, volví a sentarme en el paseo, observando la progresiva aparición de aquellas nubes de fuego frío que quitaban toda importancia a la rubicundez del cielo de poniente. Mi languidez del mediodía iba desapareciendo, y sentía fluir de nuevo cálida la sangre que corría por mis venas. Y a medida que el crepúsculo y aquel tenue resplandor remplazaban la luz del ocaso robando a aquel lugar extraño para mí toda su consabida rareza, todo su sentido materialista sin finalidad, me iba volviendo el sentimiento romántico, se iba apoderando de nuevo de mí la pasión y todas mis viejas ideas de honor y de venganza. Recuerdo muy bien cómo se produjo aquel cambio de mi estado de ánimo en aquella ocasión, pero tengo la impresión de que, aunque

menos distintamente, había tenido aquella misma sensación en muchas ocasiones anteriores. Antiguamente, la noche y la claridad de las estrellas ofrecían una impresión de íntima realidad que le faltaba a la luz del día. La luz del día, tal como se veía en las ciudades y pueblos populosos, impresionaba sin duda, pero únicamente al modo de una conmoción; era una luz perturbadora, insistente. La oscuridad echaba un velo sobre los aspectos más salientes de aquellas absurdas aglomeraciones humanas, y entonces se podía existir, entonces se podía dar rienda suelta a la imaginación...

Tuve la extravagante ilusión, aquella noche, de que Nettie y su amante se hallaban muy cerca, y de que, de súbito, daría inopinadamente con ellos. Ya os he relatado cómo me fui paseando a la hora del crepúsculo, tratando de identificarlos en cada pareja que se me acercaba. Y me quedé dormido, por fin, en un dormitorio desconocido, con las paredes llenas de textos bíblicos pintorescamente decorados, maldiciéndome a mí mismo por haber desperdiciado todo un día.

3

Los busqué en vano a la mañana siguiente, pero, pasado el mediodía, llegué en rápida sucesión a una multitud de datos y pistas que me dejaron perplejo. Después de fracasar en mi búsqueda de una pareja joven cuyas señas coincidieran con las de Varrall y Nettie, descubrí un cuarteto de parejas muy poco satisfactorio.

Cualquiera de estas cuatro parejas podía ser la que yo buscaba, pero no había certidumbre con ninguna de ellas. Las cuatro parejas habían llegado el miércoles o el jueves. Dos de ellas ocupaban sus respectivas habitaciones, pero ninguna se hallaba en casa en aquel momento. A media tarde pude reducir mi lista con la eliminación de un joven vestido de color parduzco, con patillas y largos puños almidonados, que iba acompañado de una señora de unos treinta años o más, de un tipo muy conscientemente señorial. La otra pareja había salido a pasear, y aunque estuve aguardando su regreso, vigilando la casa de huéspedes hasta que apareció en el firmamento la ígnea nube, contribuyendo al entremezclar su luz con la del sol poniente en un espléndido ocaso, más espléndido todavía que de costumbre, no pude dar con ella. Luego la descubrí cuando en la tribuna, con unas lamparitas de mesa entre los dos, contemplando de vez en cuando aquel esplendor que no era ni noche ni día. La muchacha, con su traje de noche de color de rosa, me pareció muy bonita y alegre. Tenía unos brazos muy bien formados y unos hombros bien moldeados y blanquísimos y la línea de la mejilla, con su pelo rubio alrededor de las orejas, estaba llena de promesas de sutiles delicias. Pero no era Nettie, y el feliz mortal que estaba con ella era un ejemplar del raro tipo de degenerado que nuestra vieja aristocracia producía con tanta frecuencia: sin barbilla, con una gran narizota huesuda, cabeza pequeña, pelo rubio, expresión lánguida, y un cuello que requería una verdadera

manga. Yo estaba en la calle, bajo la lívida luz del meteoro, odiándolos con toda el alma y maldiciéndolos por todo el tiempo que me habían hecho perder. Permanecí allí, hasta que se hizo evidente que les había llamado la atención, hecho un negro ovillo de envidia, recortada mi silueta contra el resplandor sideral.

Aquello dio fin a Shaphambury. La cuestión que me quedaba por debatir era a cuál de las restantes parejas tenía que perseguir.

Volví de nuevo al paseo intentando fijar mi próxima actitud, murmurando incoherencias, porque había algo en aquella luminosa maravilla que se le metía a uno en el cerebro y parecía que le quitaba un peso de encima.

Una de las parejas se había dirigido a Londres y la otra se había ido a *Bungalow*, en Bone Cliff. Pero yo no tenía la menor idea de dónde estaba situado el pueblo de Bone Cliff.

Me encontré otra vez con el hombre de la pierna de palo en lo alto de la escalera.

—Hola —le dije.

Él señaló hacia un punto del mar con su pipa.

—¡Qué raro! —dijo.

—¿Qué es ello? —pregunté.

—¡Reflectores! ¡Humo! ¡Barcos hacia el Norte! Si no fuese por esa maldita Vía Láctea que se ha vuelto verde, podríamos verlo.

Se hallaba demasiado preocupado con aquello para poder hacer caso de mis preguntas. Por fin condescendió a decirme por encima del hombro:

—¿Que si sé dónde está *Bungalow*...? ¡Ya lo creo! Es un lugar de artistas y de lo otro. ¡Vaya juergas! Se bañan juntos hombres y mujeres... ¡Algo escandaloso...!

—Pero, ¿dónde está? —insistí, sintiéndome súbitamente exasperado.

—¡Allá! —dijo él—. ¿Qué es esa llamarada? ¡Un cañonazo...! ¡Que me condene si no lo es!

—Ya lo habríamos oído antes de que el barco estuviera lo bastante cerca para percibir el fogonazo —repliqué.

Él no contestó. Sólo haciéndole comprender que seguiría importunándole hasta que me explicara lo que deseaba saber, pude conseguir que se apartara un poco de su absorbente contemplación de aquella danza fantástica entre la superficie del mar y el resplandor del cielo. Hasta llegué a asirle un brazo y sacudirle. Entonces se volvió hacia mí profiriendo juramentos.

—A once kilómetros de aquí, por esta misma carretera —dijo—. ¡Y váyase al infierno de una vez!

Yo le contesté con un insulto obsceno para darle las gracias y así nos separamos. Y emprendí la marcha hacia aquel pueblo llamado *Bungalow*, en Bone Cliff.

Me encontré con un policía que miraba al cielo, un poco más allá del final del paseo, y me aseguró de que el hombre de la pata de palo me había dado la buena dirección.

—Es una carretera muy solitaria, ¿sabe usted...? —me dijo el policía, cuando yo

ya me iba.

Tuve la extraña sensación de que por fin me hallaba sobre la verdadera pista. Dejé la oscura masa de Shaphambury a mis espaldas, y eché a andar vivamente bajo la vaga palidez de la noche, con la tranquila seguridad del viajero que se aproxima al término de su viaje.

No recuerdo los incidentes de aquella larga expedición, y lo único que queda en mi memoria es el recuerdo de una creciente fatiga. El mar estaba liso y reluciente como un espejo, como una gran extensión de plata bruñida, listada de lentas y anchas ondulaciones, pero de vez en cuando una leve brisa aparecía como un suave suspiro y rizaba la superficie en millares de tenuísimos centelleos como de escamas, que nunca llegaban a desaparecer del todo. El camino era, a trechos, arenoso, y otras veces se hacía gredoso, con unos grandes terrones que presentaban brillantes facetas; unos negruzcos matorrales se hallaban diseminados, unas veces en grupos y otras en matas solitarias, entre los soñolientos mogotes de arena. En cierto lugar apareció una extensión de hierba, con un rebaño de espectrales ovejas recortándose sobre el fondo gris. Al cabo de un rato apareció un pinar que contribuyó a incrementar la negrura de la carretera. Este pinar se deshilachaba en sus límites en pinos achaparrados, enanos, fantásticamente retorcidos. Luego aparecieron unos pinos aislados, como brujas, que me hacían gestos rígidos al pasar yo por su lado. Grotescamente incongruentes en medio de estas formas aparecieron de pronto unos carteles anunciadores de empresas constructoras que decían: «Se construyen casas a gusto del cliente». Parecía que llamaban a gritos el silencio, las sombras, el lustre sideral.

Recuerdo el persistente ladrido de un perro, procedente de alguna parte, tierra adentro, y saqué mi revólver varias veces del bolsillo, examinándolo con cuidado. Naturalmente, debí de obedecer a los dictados de mi deseo al hacer eso, debí de estar pensando en Nettie y en la venganza, pero ahora no puedo acordarme de aquellas emociones en absoluto. Sólo me acuerdo, y muy bien por cierto, de los reflejos verdosos del gatillo y del cañón del revólver al tener el arma en la mano.

Luego se presentó a mi vista, en toda su amplitud, el cielo, el maravilloso, el luminoso cielo sin luna y sin estrellas, y las vacías profundidades azules del espacio entre el meteoro y el mar. Y en una ocasión, vi allá, a lo lejos, como extraños fantasmas, recortándose sobre el resplandeciente fondo, muy pequeños y distantes, tres largos buques de guerra, negros, sin mástiles ni velas, ni humo, ni luces, oscuros, tenebrosos, mortíferos, furtivos, navegando a gran velocidad y guardando una distancia igual entre sí. Cuando volví a mirar se habían hecho muy diminutos, y de pronto, el resplandor los hizo desaparecer.

Un instante después vi una llamarada que me pareció un fogonazo, y mirando hacia arriba, vi la estela de una luz verde que flotaba aún en el espacio, desvaneciéndose. Después de aquello se percibió como un murmullo en la atmósfera, y yo noté un escalofrío, un latido más fuerte en las arterias, una sensación de frescor, un sentimiento de renovación de propósitos...

En aquel momento mi camino se dividía en dos, pero no me acuerdo si me encontraba cerca de Shaphambury o cerca del final de mi excursión. Sólo queda clara en mi mente la duda que sentí al verme en el dilema de escoger entre aquellas dos carreteras sin pavimentar, llenas de rodadas.

Por fin llegué a cansarme. Encontré unos montones de algas podridas y una serie de rodadas que iban en diversas direcciones, hasta que me di cuenta de que me había apartado de la carretera y había perdido la dirección. Empecé a dar traspies entre los arenosos mogotes, muy cerca del mar; llegué al principio de una playa arenosa vagamente iluminada, y algo fosforescente llamó mi atención hacia el rompiente de las olas. Me incliné para examinar los minúsculos puntitos luminosos que flotaban en el rizado escarceo.

Exhalé un suspiro y me erguí saturándome de la silenciosa paz de aquella noche maravillosa. El meteoro había remolcado ya sus relucientes redes por todo el firmamento y empezaba a ir a su ocaso. Por la parte de Oriente el cielo adquiriría otra vez su color azul normal y la línea del mar era como un filo de intensa negrura. En aquel momento, recién escapada de aquel gran resplandor, débil aún de luz, pero trémulamente bravía, una tenue estrella apareció suspendida en los límites de lo invisible.

¡Qué hermosa era! ¡Qué quieta y qué majestuosa! ¡Paz! ¡Paz...! ¡La paz más allá de toda comprensión, envuelta en luz, descendiendo a la Tierra...!

Me sentí el corazón henchido y, de repente, me puse a llorar. Había algo nuevo, algo extraño, en mi interior. Tuve la sensación de que yo, en realidad, no quería matar a nadie.

Yo no quería matar. Yo no quería ser ya un esclavo de mis pasiones. Un gran deseo se había apoderado de mí, un gran deseo de escapar, de huir de la vida, de huir de la luz del día que es calor y conflicto y deseo, y escapar hacia la fría noche de la eternidad y del reposo. Yo ya había hecho mi juego. Y había perdido...

Permanecí de pie, a la orilla del gran océano, henchido de un articulado espíritu de plegaria, deseando con todas mis disminuidas fuerzas... la paz de mí mismo.

Pronto, por la parte de Oriente, aparecería de nuevo el rojo telón que se correría sobre todos estos misterios, otra vez el mundo finito, las grises, crecientes y duras certidumbres del amanecer. Sabía que mi deseo volvería a apoderarse de mí. Aquello había sido para mí un descanso, un intermedio, pero al día siguiente volvería a ser otra vez William Leadford, mal nutrido, mal vestido, mal equipado y torpe, un ladrón vergonzante, una llaga sobre la faz de la vida, motivo de zozobras y pesares hasta para la madre que adoraba. No había más esperanza para mí que la de conseguir la venganza antes de mi muerte.

¿Por qué esta cosa vil y mezquina que es la venganza? Se me ocurrió la idea de que tal vez fuera preferible dejar las cosas tal como estaban, y que aquellos dos camparan por sus respetos.

¿Meterme en el mar, en aquel tibio oleaje que entremezclaba las naturalezas del

agua y de la luz? ¿Quedarme allí con el agua hasta el pecho, meterme el cañón del revólver en la boca...?

¿Por qué no?

Di media vuelta con cierto esfuerzo. Anduve lentamente playa arriba, reflexionando...

Me volví para contemplar de nuevo el mar. ¡No! Algo dentro de mí decía: «¡No!».

Tenía que reflexionar.

Era molesto ir más adentro, porque allí empezaban los mogotes y las marañas de arbustos. Me senté en medio de unas malezas, descansando, con el mentón en la palma de la mano. Me saqué el revólver del bolsillo y me quedé contemplándolo. ¿Vida? ¿Muerte...?

Me pareció que estaba sondeando las profundidades de la existencia, pero lo que ocurrió fue que, imperceptiblemente, me quedé dormido, y sentado tal como estaba, soñé.

4

Dos personas estaban bañándose en el mar.

Yo me había despertado. Todavía era de noche, aquella noche blanca y maravillosa, y la franja azul del cielo despejado no era más ancha que antes. Aquellas personas debieron de llegar a la playa tan pronto como yo me quedé dormido, y debieron de despertarme casi inmediatamente. Entraron en el mar hasta que el agua les llegó a la altura del pecho, y volvieron a salir en seguida dirigiéndose a la playa. Eran una mujer, con el pelo recogido alrededor de la cabeza, y un hombre. Formaban un grupo de dos figuras muy graciosas, en negro y plata, con un brillante oleaje verde que parecía brotar de sus cuerpos formando a su alrededor un verdadero diseño de llameantes rizos de espuma. Él chapoteó en el agua mojando intencionadamente a su compañera, y ella se vengó haciendo lo mismo. En un momento el agua les llegó tan sólo a las rodillas y en seguida sus pies quebraron la larga orla de plata del mar.

Llevaban unos trajes de baño muy ajustados que no ocultaban nada de la reluciente y goteante belleza de sus juveniles formas.

Ella miró volviendo la cabeza y al ver que él estaba más cerca de lo que ella se figuraba, tuvo un sobresalto, gesticuló, profirió un pequeño grito que me traspasó el corazón, y echó a correr por la playa, hacia mí. Veloz como el viento, pasó por mi lado y se desvaneció entre las negras malezas retorcidas. En un instante ella y su perseguidor desaparecieron detrás de un montículo de arena.

Oí como él la llamaba, con un tono de voz mitad de agotamiento, mitad de risa...

Y súbitamente me sentí invadido de una furia bestial. Me levanté con los puños

en alto, rígido, en un gesto de amenaza impotente contra el cielo...

Porque aquella ágil y veloz forma de luz y belleza era Nettie... ¡Y su compañero el hombre por el cual me había traicionado!

Y en mi mente brilló como una llamarada la idea de que yo había estado a punto de morir allí mismo, por una mera represión de ánimo... ¡sin haber llevado a cabo mi venganza!

En un instante me vi corriendo y tropezando, revólver en mano, en una furiosa e insospechada persecución de aquellos dos seres, por la suave y silenciosa arena.

5

Llegué a una pequeña loma, y descubrí un agrupamiento de bungalós, que eran los que daban nombre a aquella aldea marítima y que yo había estado buscando, arrinconados en la falda de una especie de anfiteatro de dunas. Una puerta se cerró de golpe. Nettie y su acompañante habían desaparecido y yo me detuve, con los ojos muy abiertos.

Había un grupo de tres bungalós que estaban más cerca de mí que los demás. Era en uno de aquellos tres que ellos habían entrado, y yo llegué demasiado tarde para poder ver en cuál... Todos tenían las puertas y las ventanas descuidadamente abiertas, y en ninguno de ellos se veía luz.

Aquel lugar, que por fin había encontrado, era fruto de la reacción de algunas personas de espíritu artístico y vida despreocupada contra la carísima e incómoda rigidez social de las playas de moda más encopetadas de aquellos tiempos. En aquella época las compañías de ferrocarriles a vapor solían vender sus vagones después de haber quedado desvencijados e inservibles, y a algún genio se le había ocurrido la posibilidad de transformar los vagones en pequeñas cabinas habitables para las vacaciones de verano. Aquello se había convertido en una moda entre cierta clase de gentes de temperamento bohemio. Los primeros añadieron unas cabinas a otras, y aquellos pequeños hogares improvisados, alegremente decorados y provistos de amplias verandas o galerías porticadas y con aditamentos suplementarios para su utilización, producían el más brillante contraste imaginable con las insípidas rigideces de las playas de moda tradicionales. Desde luego, aquel modo de acampar entrañaba muchas incomodidades que tenían que ser salvadas alegremente, y por eso aquella ancha playa arenosa era sagrada para los espíritus elevados y para la gente joven. El percal y el banjo, las linternas japonesas y las frituras son las principales «notas» que encuentro en las impresiones de aquellos que antaño trabaron buen conocimiento de dichos lugares. Pero por lo que a mí se refiere, aquella extraña colonia de personas que acampaban por placer tenía tanto de misterio como de sorpresa, reforzada esta sensación más que mitigada por unas cuantas sugerencias imaginativas que yo había

recibido del hombre de la pata de palo en Shaphambury. Yo no vi aquello como una simple reunión de seres despreocupados y en alegre ociosidad, sino de un modo tétrico, de una única manera que podía mirarlo un pobre hombre envenenado por el fracaso de todos sus anhelos para disfrutar de la vida. A este pobre hombre y a todos los tiznados trabajadores la belleza y la limpieza les estaban absolutamente denegadas. En medio de una suciedad grasienta, de unos deseos cenagosos, contemplaba a sus congéneres más felices con una amarga envidia y unas atormentadoras e inmundas sospechas. ¡Era curioso aquel mundo en el que la gente del pueblo consideraba al amor como una especie de bestialidad, hermano de la embriaguez...!

Antiguamente, siempre hubo algo de crueldad en el fondo de esta cuestión del amor sexual. Por lo menos ésta es la impresión que he traído conmigo a través del abismo del gran Cambio. El éxito en el amor parecía ser el mayor triunfo que se podía conseguir, y fracasar en amor era algo vergonzoso, despreciable...

No consideré que tuviera nada de particular que aquella fibra salvaje recorriera las emociones mías y llegara a ser el hilo en el que se enhebraran todas estas emociones. Creía yo entonces, y me parece que estaba en lo justo al creerlo, que el amor de los verdaderos amantes era una especie de desafío, que ellos cerraban un sistema cuando estaban uno en brazos del otro y que se reían del mundo que quedaba fuera de dicho sistema. Se amaba contra el mundo, y aquellos dos se amaban contra mí. Mantenían sus relaciones bajo la amenaza de una vigilante ferocidad. Una espada, una afiladísima espada, el borde más tajante de la vida, yacía entre sus rosas.

Sea lo que sea lo que de ello puedan otros considerar como verdadero, lo cierto es que, al menos para mí, aquello era una verdad como un templo. Nunca fui retozón, nunca fui un amante alegre y regocijante. Yo deseaba ardientemente. Tal vez había escrito cartas amorosas desatinadas por esta misma razón, porque con este tema tan grave yo no podía jugar...

La imagen de la reluciente forma de Nettie, de su evasivo y audaz abandono en brazos de su fácil conquistador, me producía unos accesos de rabia casi insoportables para mi corazón y mis nervios y la tensa potencia de mi ser. Fui descendiendo lentamente por entre las pálidas dunas, hacia aquel raro poblado de descuidada sensualidad y dentro de mi minúsculo cuerpo sentía la fría avidez del olor y de la muerte, con un odio sombríamente brillante, con la espada del mal desenvainada.

6

Me detuve y me quedé planeando lo que tenía que hacer. ¿Iría de bungaló en bungaló hasta que aquéllos a quienes buscaban contestaran a mi llamada? Pero si salía algún sirviente, ¿qué haría yo?

¿Esperaría allí mismo donde estaba... tal vez hasta la mañana... aguardándoles? Y mientras tanto...

Los bungalós cercanos estaban sumidos en el más profundo silencio. Si me deslizara silenciosamente hasta ellos, desde una ventana abierta, de algo visto u oído, podría obtener una pista que me guiara. ¿Avanzaría dando un rodeo y echándome encima de ellos, o me dirigiría en línea recta a la puerta? La noche era lo bastante clara como para que ella pudiera reconocerme claramente a una distancia regular.

La principal dificultad estribaba en que si yo ponía sobre aviso a otras personas con mis preguntas, mi pareja de traidores podía ponerse de acuerdo con aquellas personas para quitarme el arma e impedirme todo movimiento. Aparte de esto, ¿qué nombres usarían allí los dos fugitivos?

¡Buum...! Aquel estampido distrajo mi atención. Inmediatamente volvió a repetirse.

Al volverme, impaciente, del modo que uno se vuelve ante una impertinencia, vi un gran acorazado a menos de cuatro millas de distancia, navegando a toda marcha por aquella superficie moteada de escamas plateadas, mientras de sus chimeneas, un enjambre de chispas, intensamente rojas, brillaban en la oscuridad de la noche. Al volverme de nuevo, vi el candente fogonazo de sus cañones disparando mar adentro, y, contestando, a lo lejos, unas rojas llamaradas y una larga línea de humo en la conjunción de cielo y mar. Así es como lo recuerdo, y también recuerdo que yo me quedé mirándolo en un estado de estúpida aprehensión. Aquello no tenía importancia. ¿Qué tenía que ver aquello conmigo?

Con un estremecido siseo, un cohete, desde el promontorio de más allá del poblado se elevó hacia el cielo para estallar en una lluvia de oro cálido sobre el fondo aterciopelado del firmamento, y el ruido de los cañones tercero y cuarto llegó a mis oídos.

Las ventanas de los oscuros bungalós, una después de otra, aparecieron como rectángulos de rojiza claridad que con temblorosa luz vacilante se hacían cada vez más brillantes. Unas cabezas aparecieron en las ventanas mirando hacia el mar, una puerta se abrió enviando al exterior una breve línea amarilla para que se mezclara y se perdiera en el resplandor del cometa. Aquello me hizo volver a pensar en mi asunto.

¡Buum...! ¡Buum...!

Cuando volví a mirar el gran acorazado, un pequeño chorro de llamas, como la luz de una antorcha, osciló detrás de las chimeneas. Desde donde yo estaba se podía oír perfectamente el estruendoso latido de sus máquinas...

Oí las voces de unos individuos que se llamaban unos a otros en el poblado. Una figura vestida de blanco con capucha, un hombre envuelto en un albornoz con toda la apariencia de un árabe absurdo en aquel paisaje, salió de uno de los bungalós más próximos, y se quedó allí quieto, inmóvil, sin sombra, bajo el resplandor del cometa.

Hizo pantalla con las manos para proteger sus ojos y se puso a mirar el mar.

Después gritó algo a las personas de dentro de la casa.

Las personas de dentro... ¡Mis personas! Mis dedos oprimieron el revólver. ¿Qué me importaba a mí aquella guerra idiota? Iría dando un rodeo por los mogotes de arena, con la idea de acercarme a los tres bungalós subrepticamente, por el flanco. Aquella batalla naval me iría muy bien para mi propósito... y excepto para esto se hallaba para mí totalmente desprovista de interés. ¡Buum! ¡Buum! Las enormes, voluminosas conmociones pasaron zumbando, hicieron latir más de prisa mi corazón y se perdieron. Nettie iba a salir para ver aquello.

Primero una y luego otras dos figuras salieron de los bungalós para unirse con la primera. El brazo del hombre del albornoz señaló hacia el mar, y su voz de tenor se elevó para explicar aquello. Pude oír algunas palabras:

—¡Es alemán! —decía—. Está cogido.

Alguien le contradijo y entonces siguió el acentuado rumor de una discusión. Yo seguí dando el rodeo por el camino que me había trazado, vigilando a todas aquellas personas entretanto.

De pronto, se pusieron a gritar todos con tanta fuerza que yo me detuve y también miré hacia el mar. Vi una enorme columna de agua que había levantado el cañonazo que las baterías de costa habían disparado contra el acorazado sin alcanzarlo. Una segunda columna de agua se elevó más cerca aún de nosotros, y después una tercera y una cuarta, y por fin un gran torbellino de polvo, un remolino de humo, grande como una nube, saltó por la parte del promontorio por donde había sido disparado el cohete, y se extendió lentamente a derecha y a izquierda. En seguida se oyó un enorme estampido, y el hombre de la voz de tenor dio un salto gritando:

—¡Le ha dado...!

¡A ver! Naturalmente, tuve que ir a dar la vuelta más allá de los *bungalows*, para luego dirigirme otra vez hacia el grupo por detrás.

Una voz de falsete de mujer gritó:

—¡Eh, los novios! ¡Eh, los novios! ¡Salgan a ver esto!

Algo brilló en la sombra del bungaló más cercano, y una voz masculina contestó desde dentro. No pude oír lo que dijo, pero de pronto oí que Nettie decía:

—Fuimos a bañarnos.

El primero de los que habían salido gritó:

—¿No oyen los cañonazos? Hay un combate... a menos de cinco millas de la playa.

—¿Eh? —preguntó el del bungaló, mientras abría la ventana.

—¡Allí, allí!

No oí la respuesta a causa de un levísimo crujido que produjo con mis propios movimientos. Evidentemente, toda aquella gente se hallaba demasiado ocupada con la batalla para mirar hacia el sitio donde yo me encontraba. Yo me dirigí directamente hacia la negrura que envolvía a Nettie y el tenebroso deseo de mi corazón.

—¡Mira! —gritó alguien señalando al cielo.

Yo miré hacia arriba y me quedé pasmado. El cielo aparecía listado de brillantes regueros verdes que irradiaban desde un punto determinado entre el horizonte occidental y el cénit, y el interior de las brillantes nubes del meteoro, un movimiento tremolante como a borbotones había aparecido, de modo que parecía extenderse tanto hacia el Oeste como, dando una gran curva por la parte de atrás, hacia el Este, acompañado de un crujiente sonido como si todo el firmamento estuviese punteado de espectrales disparos de pistola. Tuve la impresión de que el meteoro venía en mi ayuda, descendiendo con millares de pistolas, como un telón para ocultar aquella tontería sin sentido que estaba ocurriendo ante nuestras miradas en el mar.

¡Buum!, hizo uno de los cañones del gran acorazado, y repitió en el acto: ¡Buum! Y los cañones de los cruceros que iban en su persecución dispararon sendos cañonazos como réplica.

La visión de aquella listada, movediza y luminosa espuma en el cielo era algo verdaderamente incomprensible. Me quedé un momento estupefacto y me sentí mareado. Tuve un instante de curiosos pensamientos puramente especulativos. Sí, después de todo, los fanáticos tenían razón, y el mundo realmente tocaba a su fin, ¡qué triunfo para Parload!

¡Entonces se me metió en la mollera que todas aquellas cosas sucedían para consagrar mi venganza! La guerra abajo, los cielos arriba, formaban la tonante vestidura de mi acción. Oí la voz de Nettie que gritaba algo a menos de cincuenta metros de distancia, y mi pasión resurgió. Yo iba a volver a ella en medio de aquellos terrores, mensajero de una insospechada muerte. Yo iba a poseerla, con un balazo, entre rayos y pavores. Al pensar en ello di un grito, que nadie oyó, y avancé temerariamente empuñando el revólver.

Así me vi a cincuenta metros, a cuarenta metros, a treinta metros. El pequeño grupo, todavía sin enterarse de mi presencia, se había hecho más numeroso mirando el cielo tachonado de verde y los buques de guerra más remotos. Alguien salió corriendo del bungaló, con una pregunta a flor de labios, y se detuvo al verme. Era Nettie, envuelta coquetamente en una bata oscura, mientras el verde resplandor se reflejaba en sus bonitas facciones y en su blanca garganta. Pude darme cuenta de su expresión, sobrecogida de terror y de congoja, al verme avanzar hacia ella, como si hubiera recibido un golpe en pleno corazón. Se quedó inmóvil... como blanco a mis disparos.

¡Buum!, hizo el cañonazo del acorazado como si diera una orden. ¡Pum!, hizo la bala de mi revólver, disparada por mi mano. En realidad no quería tirar contra ella. ¡No quería en absoluto disparar! ¡Pum!, volví a disparar avanzando todavía... Y las dos veces me pareció haber errado el tiro.

Ella avanzó un paso o dos hacia mí, con los ojos muy abiertos. Entonces intervino alguien y cerca de ella vi a Verrall.

Un hombretón extraño, el hombre del albornoz, gordo y con aspecto de extranjero, salió de la oscuridad y se situó ante ellos como un escudo. Aquello me

pareció una interrupción absurda. Su semblante denotaba a la vez asombro y terror. Vino corriendo hacia mí con los brazos extendidos y las manos abiertas, como si intentara detener un caballo fugitivo. Me gritó alguna idiotez. Parecía que quisiera disuadirme de mi afán de venganza.

—¡No sea usted imbécil! —le grité con voz áspera—. ¡No es a usted!

Sin embargo, aquel individuo siguió escudando a Nettie.

Con un enorme esfuerzo resistí el impulso que sentí de disparar contra su obeso corpachón. Sea por lo que fuere, tuve la intuición de que no debía disparar contra él. Durante un momento estuve dudando, pero, entrando de nuevo en actividad, me hice bruscamente a un lado, salvando el obstáculo de su brazo izquierdo extendido, y encontré ante mí a otros dos individuos en actitud indecisa. Hice un tercer disparo en el aire, por encima de sus cabezas, y eché a correr hacia ellos. Salieron de estampía a derecha y a izquierda. Yo me erguí y me enfrenté a un metro de distancia con un joven con expresión astuta que venía por un lado y parecía querer cogermé. Al ver que yo me detenía resueltamente, él retrocedió un paso, volvió la cabeza e hizo como si intentara un golpe. Entonces me di cuenta de que tenía el camino expedito y de que Verrall y Nettie (él la tenía cogida del brazo para ayudarla) habían echado a correr.

—¡Naturalmente! —exclamé.

Disparé un cuarto tiro, tan ineficaz como los anteriores, y entonces, atacado por un acceso de furia por mis yerros, eché a correr tras ellos para dispararles un tiro a quemarropa para no desaprovechar las balas que me quedaban.

—¡Esos tipos! —exclamé, refiriéndome a los que me habían impedido llevar a cabo mi propósito.

Y añadí:

—¡A un metro...!

Empecé a jadear, y seguí hablando en voz alta conmigo mismo:

—¡A un metro! Hasta entonces tendré cuidado... No debo... no debo disparar otra vez.

Alguien me perseguía, tal vez varios de aquellos individuos... No lo sé, porque los dejé muy atrás...

Seguí corriendo. Durante un rato tuve toda mi atención concentrada en la veloz monotonía de la huida y la persecución. Las arenas se trasformaron en un torbellino de verde luz lunar, la atmósfera era atronadora. Una luminosa neblina verde se enroscaba a nuestro alrededor. Pero, ¿qué importaba todo aquello? Corríamos. ¿Ganaba o perdía terreno? ¡He aquí el problema! Pasaron por una brecha que había en un seto que apareció saliendo de la nada bruscamente, y torcieron a la derecha. Noté que nos hallábamos en una carretera. ¡Pero aquella neblina verde! Parecía que la estuviésemos arando. Nettie y Verrall se iban desvaneciendo en la niebla, y al darme cuenta de ello hice un nuevo esfuerzo y gané cuatro o cinco metros más.

Nettie se tambaleó. Él la asió del brazo y la arrastró hacia adelante. Doblaron hacia la izquierda. Habíamos salido de la carretera otra vez y nos hallábamos en un

campo. Al menos daba la impresión de césped al pisarlo. Tropecé y me caí en una zanja que parecía llena de humo; en seguida me incorporé, pero ellos ya eran como fantasmas medio desvanecidos entre los lívidos remolinos que habían a mi alrededor.

Así y todo, seguí corriendo.

—¡Adelante, adelante! —Iba yo gritando con la violencia de mi esfuerzo.

Volví a tropezar y proferí un juramento. Sentí las conmociones de los cañonazos rasgar el aire cerca de mí, a través de la lobreguez ambiente.

¡Nettie y Verrall habían desaparecido! Todo desaparecía, pero yo seguía corriendo. Tropecé una vez más. Había algo a mis pies que me impedía avanzar, hierbas altas o brezos, pero no pude ver de qué se trataba; sólo pude percibir aquel humo que se arremolinaba a la altura de mis rodillas. Sentí un ruido en el cerebro y que la cabeza me daba vueltas. Tuve la sensación de una vana resistencia contra una oscura cortina verde que iba cayendo como un telón, cayendo, cayendo implacablemente, pliegue tras pliegue. Todo se fue volviendo progresivamente oscuro.

Hice un último esfuerzo frenético, levanté el revólver y disparé mi penúltimo tiro a la ventura, y caí de cabeza al suelo. ¡Y maravilla de maravillas! La verde cortina se había vuelto negra, y la Tierra y yo dejamos de existir.

LIBRO SEGUNDO

LOS VAPORES VERDES

CAPÍTULO PRIMERO

EL CAMBIO

1

Me pareció despertar de un sueño reparador. No me desperté de golpe, sino que primero abrí los ojos y permanecí echado, muy cómodamente, mirando una línea de extraordinarias amapolas escarlata que brillaban contra un cielo también brillante. Era el cielo de un magnífico amanecer, y un archipiélago de islas purpúreas y de playas doradas flotaba en un cielo verde-dorado. Las amapolas también, pimpollos de cuellos de cisne, ardientes corolas y translúcidos y robustos pericarpios, tenían una calidad luminosa y parecían fabricadas con una especie de luz más sólida que la otra.

Me quedé contemplando, sin maravillarme, todas estas cosas durante un buen rato, y entonces se hicieron presentes en mi conciencia, mezclándose con las amapolas, las erizadas espigas verdes y doradas de un campo de cebada.

La remota y levísima pregunta de dónde me encontraba pasó por mi mente para desvanecerse en seguida.

Todo estaba muy quieto. Tan quieto como la muerte.

Me sentí muy ligero, dominado por la sensación de un gran bienestar físico. Percibí que estaba tendido de costado en un reducido espacio de terreno pisoteado, en medio de un campo de cebada, lleno de hierbajos y de amapolas y que se hallaba inexplicablemente saturado de luz y belleza. Me incorporé, y permanecí durante largo tiempo gozando la delicia y el encanto que me producían los pequeños convólculos enroscados alrededor de los tallos de cebada y la pimpinela que se extendía en encajes sobre el suelo.

Después volvió a presentármeme la misma cuestión. ¿Qué lugar era aquél? ¿Cómo había sido que me encontraba durmiendo allí?

No podía recordarlo.

Me dejó perplejo la sensación de extrañeza que me causaba mi propio cuerpo. Era una cosa muy extraña (no podría decir en qué sentido), y la cebada, y los hermosos hierbajos, y la gloria de la aurora detrás de todo esto, desarrollándose lentamente, eran cosas que compartían la misma extraña cualidad. Yo tuve la sensación de ser un objeto colocado en alguna ventana pintada y muy luminosa, como si aquella aurora naciera a través de mí. Me sentí como formando parte de alguna exquisita pintura,

lleno de luz y alegría.

Una leve brisa pasó susurrando y haciendo doblarse las espigas de cebada. Aquello hizo dar un salto a mis pensamientos.

¿Quién era yo? Ésta sería una buena manera de empezar.

Levanté el brazo y la mano izquierda ante mí. Vi una mano sucia y un puño raído, pero con tal aspecto de irrealidad que parecían pintados, como un mendigo hubiera podido serlo por Botticelli. Miré fijamente durante un buen rato una bonita perla que era el gemelo de mi puño.

Recordé a Willie Leadford, que había poseído aquel brazo y aquella mano, como si fuera alguien distinto de mí.

¡Claro! Mi historia (un sumario esbozo de ella más que el pasado inmediato) empezó a tomar forma en mi memoria, como un hecho muy pequeño, muy brillante e inaccesible, como algo que se mira por medio del microscopio. Clayton y Swathinglea me volvieron a la mente, las chozas, los barrios bajos y la oscuridad, diminutos, y en sus oscuras y ricas tonalidades, agradables, y a través de todo ello yo me dirigía a mi destino. Me senté apoyando las manos en las rodillas y recordando aquella extraña carrera apasionada que había terminado con mi fútil disparo dentro de la creciente oscuridad del fin. La idea de aquel disparo despertó de nuevo mis emociones.

Había algo ahora en ello, algo absurdo, que me hizo sonreír lastimeramente.

¡Pobre criatura miserable e iracunda! ¡Pobre mundo, tan pequeño, tan miserable y tan iracundo también!

Suspiré de lástima, no sólo lástima de mí mismo, sino de todos los cálidos corazones, los atormentados cerebros, las tensas y esforzadas individualidades de esperanza y de dolor que habían hallado, por fin, la paz bajo la fluente niebla y la sofocación del cometa. Porque con toda certidumbre nuestro mundo había terminado para siempre. En el antiguo mundo todos eran débiles y desdichados, mientras que yo ahora me encontraba fuerte y sereno. Porque yo estaba seguro de estar muerto; ningún ser viviente podía tener aquella perfecta seguridad en el bien, aquella paz, fuerte y confiada. Había dado fin a la fiebre llamada vida. Yo estaba muerto, y todo estaba perfectamente. ¿Y aquellos...?

Sentí que todo aquello era incongruente.

¡Aquéllos serían entonces los campos de cebada de Dios...! Los tranquilos y silenciosos campos de cebada de Dios, llenos de inmarcesibles flores de amapola, cuyas semillas traen la paz.

2

ra muy extraño encontrar campos de cebada en el Cielo, pero sin duda me estaban

reservadas muchas sorpresas.

E ¡Qué quieto estaba todo! ¡Paz! La paz más allá de toda comprensión. ¡Después de todo, había llegado hasta mí! ¡Pero realmente, estaba todo muy quieto! No piaba ni un pájaro. ¡Seguramente me encontraba solo en el mundo! No se oía ningún pájaro. Sí, y todos los distantes sonidos indicadores de vida habían cesado: el mugido de las vacas, el ladrido de los perros...

Algo así como un beatífico temor se infiltró en mi corazón. Ya sabía que todo estaba perfectamente bien, pero me apenaba encontrarme solo. Me levanté para encontrarme con la cálida citación del sol naciente que se precipitaba a mi encuentro, como si dijéramos con gozosas noticias, sobre las espigas de cebada...

Cegado, di un paso. Mi pie tropezó con una cosa dura, y al mirar al suelo descubrí mi revólver, negroazulado, como una serpiente muerta a mis pies.

Durante un instante aquello me dejó perplejo.

Después me olvidé de ello. La maravilla de aquella quietud tomó posesión de mi alma. ¡La aurora, y ni el canto de un solo pájaro!

¡Qué hermoso era el mundo! ¡Qué hermoso y qué silencioso! Anduve lentamente por la cebada hasta una línea de saúcos, viburnos, zarzas y jijallos que formaban el cercado del campo. Observé, al pasar por su lado, una musaraña, muerta, según me pareció, entre los rastros y después un sapo inmóvil. Me sentí sorprendido a ver que éste no se apartaba dando brincos al ruido de mis pisadas y me incliné a recogerlo. Tenía el cuerpo flácido, como si estuviera vivo, pero no hizo ningún movimiento, y el brillo de su ojo estaba empañado.

Me parece ahora que estuve sosteniendo en mi mano aquel animalejo inerte durante mucho tiempo. Luego, muy suavemente, volví a inclinarme para dejarlo en el suelo allí mismo donde lo había encontrado. Yo estaba temblando..., temblando con una emoción anónima. Miré con anhelantes ojos, escrutando a mi alrededor, por entre los tallos de cebada, y he aquí por doquier cucarachas, moscas y otros animalitos, inmóviles, yaciendo en la misma posición en que quedaron cuando se vieron vencidos por los vapores. Parecían pintados. Algunos de ellos eran nuevos para mí, porque yo no estaba muy familiarizado con las cosas naturales.

—¡Dios mío! —exclamé—. Pero, ¿seré yo solo...?

Luego, al hacer otro movimiento, oí un agudo chillido. Di media vuelta, pero no pude ver nada que se moviera; sólo me pareció ver un levísimo movimiento en un surco y oí el decreciente crujido producido por la huida de algún animal. Al oír aquello volví hacia mi sapo nuevamente, y vi como movía los ojos y temblaba. E inmediatamente, con vacilantes gestos de inválido, extendió sus miembros y huyó de mí, arrastrándose.

Pero la sorpresa, esa amable hermana del miedo, se había apoderado de mí. Un poco más lejos vi una mariposa de color pardo y carmín posada sobre un aciano. Al principio pensé si sería la brisa lo que la hacía moverse, pero en seguida vi que las alas le temblaban. Y mientras la estaba contemplando, volvió a la vida, extendió sus

alas y se puso a revolotear por el aire.

Contemplé como volaba hasta que, de repente, pareció desvanecerse. Y entonces me di cuenta de que la vida iba volviendo a esta cosa y a la otra y a la de más allá, a la derecha, a la izquierda, por todas partes, con lentos estirones e inclinaciones, con revoloteos, con pequeñas sacudidas y movimientos...

Fui andando muy lentamente, pisando con gran precaución a causa de aquellos animalitos aletargados que despertaban débilmente a la vida, a través de la cebada, hacia el cercado. Era un cercado verdaderamente hermoso, de modo que mis ojos quedaron fijos en él. Fluía a lo largo del campo y se entrelazaba como una espléndida música. Estaba colmado de altramuces, madreselvas, collejas y digitales. Lúpulos y clemátides salvajes se enroscaban en sus ramajes y pendían de ellos como guirnaldas, y a todo lo largo de la zanja que bordeaba el cercado las pamplinas estrelladas levantaban sus caritas aniñadas, en coros de líneas y masas. Nunca había visto yo semejante sinfonía de flores, zarzas y hojas. Y, de pronto, en la profundidad del seto, oí un gorjeo y el aleteo de un pájaro alarmado.

¡Nada estaba muerto, y todo se había transformado en cosas de una gran belleza! Y yo me quedé un buen rato parado con la mirada atenta contemplando la intrincada delicia que se desplegaba ante mí, y maravillándome de la enorme riqueza que Dios ha dispensado a los mundos que ha creado...

Una alondra había roto el silencio con el brillante hilo de su canto, y en seguida otra, invisible en la atmósfera, transformó aquella quietud azul en un brocado de oro...

La tierra era creada otra vez. Únicamente con la reiteración de frases como ésta intento dar una impresión del intenso frescor de aquella madrugada. Durante cierto tiempo quedé sobrecogido con los bellísimos detalles de la existencia, tan indiferente a mi antigua vida de celosa pasión y de tristeza impaciente, como si fuera el mismo Adán hecho de nuevo. Podría hablaros ahora, con infinitos detalles, de las florecillas cerradas que se abrían mientras yo las contemplaba, de los tallos y briznas de hierba, de un abejaruco que recogí tiernamente del suelo (nunca hasta entonces me había dado cuenta de la gran delicadeza de su plumaje) y que en seguida, abriendo sus negros ojillos, pareció juzgarme, y se posó, erguido sobre mi dedo, sin el menor asomo de miedo, después de lo cual extendió las alas, y sin darse ninguna prisa echó a volar. En una alberca había una gran ebullición de renacuajos. Como todas las cosas que vivían bajo el agua, los renacuajos no se habían alterado por el Cambio. En medio de todos aquellos incidentes viví los grandes primeros momentos, dejando perder un instante, en la maravilla de cada pequeña parte, la colosal maravilla del conjunto.

Corría un caminito entre el seto y la cebada, y a lo largo de él, ocioso, contento y alegre, mirando todas aquellas cosas hermosísimas, dando un paso e inclinándome para contemplar algo, y luego volviendo a emprender la marcha, llegué a un portillo con unos peldaños que conducían a un camino situado en un nivel inferior, casi

cubierto de hierbas y de malezas.

Y en la gastada madera de roble del portillo había un anuncio redondo, y en el anuncio se leían estas palabras: «Píldoras G. 90 de Swindells».

Me senté a horcajadas en el portillo, sin acabar de percatarme del todo de lo que significaban aquellas palabras. Pero me dejaron aún más vacilante que el revólver y el puño sucio de mi camisa.

A mi alrededor los pájaros elevaron sus trinos al cielo. Cada vez había más pájaros.

Volví a leer el rótulo una y otra vez, y relacioné aquel hecho con el de llevar aún mi vieja ropa y con el de que mi revólver había estado tirado a mis pies. Una conclusión se me hizo evidente: No me hallaba en un nuevo planeta; aquélla no era una gloriosa vida ultraterrena tal como al principio había supuesto. Aquel hermosísimo país de las maravillas era el mundo, ¡el mismo viejo mundo de mi rabia y mi muerte! Pero aquello era como si me encontrara de pronto con una mujer sucia y asquerosa que se hubiera lavado y vestido con un traje de reina, adorable y finísima...

Pudiera muy bien ser que se tratara, a fin de cuentas del viejo mundo, pero algo había recubierto todas las cosas, una brillante y ardiente certidumbre de salud y dicha. Pudiera ser que aquello fuese el viejo mundo, pero todo el polvo y la furia de la vida antigua había terminado definitivamente. Al menos yo no abrigaba la menor duda sobre ello.

Me acordé de las últimas frases de mi antigua existencia, aquel tenebroso clima de persecución y de coraje, y la oscuridad universal y el torbellino de los verdes vapores de extinción. El cometa había chocado contra la Tierra y había terminado con todo; de eso también tenía yo la plena seguridad.

Pero, ¿y después?

¿Y ahora?

Las imaginaciones de mi adolescencia volvieron a mi mente como posibilidades especulativas. En aquellos días había creído firmemente en el advenimiento de un día final, en el gran advenimiento procedente del cielo, con trompetas y pavor, la Resurrección y el Juicio Final. Mi errante fantasía me sugería ahora que aquel Juicio Final debía ya de haber venido y de haber pasado. Que había pasado y, de algún modo u otro, se había olvidado de mí. Me había dejado allí solo, en un mundo barrido, exceptuando, naturalmente, aquel anuncio de Swindells, para volver acaso a empezar de nuevo...

Sin duda Swindells había tenido su merecido.

Mis pensamientos se entretuvieron unos momentos con Swindells, con la actividad y el empuje estúpidos de aquella criatura extinguida, mercader de basuras, que ensuciaba el campo con embustes, para poder obtener (¿qué había buscado?) una gran casa feísima y disparatada, un automóvil destructor del sistema nervioso, una gran cantidad de sirvientes desvergonzados y abyectos. Y al final, una serie de tortuosas intrigas para obtener el título de *baronet* como culminación de su vida, tal

vez. ¡No os podéis imaginar las pequeñeces y las mezquindades de aquellos tiempos pasados, y sus cándidas, pueriles y absurdas rarezas! Y por primera vez en mi vida pensé en aquellas cosas sin amargura. En los días pretéritos había visto maldad, había visto tragedia, pero ahora veía únicamente la extraordinaria tontería de la antigua vida. El aspecto risible de la riqueza y de la importancia humanas se me presentó como una reluciente novedad, se vertió sobre mí como una nueva aurora y me sumió en la hilaridad. ¡Swindells! ¡Al cuerno con Swindells! Mi visión del Juicio Final se transformó en una deliciosa bufonada. Vi al Ángel del Juicio, con la cara tapada y riéndose a carcajadas, y la presencia corpórea de Swindells sosteniéndose en medio de la hilaridad de las esferas.

—He aquí una cosa, una cosa muy bonita. ¿Y qué vamos a hacer con esta cosa tan bonita?

Y entonces vi cómo sacaban un alma de un cuerpo rechoncho y de aspecto sustancial, como una caracola de su concha...

Solté una sonora y prolongada carcajada. Y he aquí que mientras reía, la aguda punta de los hechos ocurridos me apuñaló el regocijo y me puse a llorar, a llorar fuerte, con un llanto que me convulsionaba, y las lágrimas me iban rodando cara abajo.

3

En todas partes el despertar vino con la aurora. Nos despertamos al gozo de la mañana y anduvimos deslumbrados bajo una luz que era un puro deleite. En todas partes era así. Era una mañana permanente. Siempre era mañana porque, hasta que los rayos directos del sol lo hubieron tocado, el cambiante nitrógeno de nuestra atmósfera no pasó a un estado permanente y definitivo, y los durmientes se quedaron allí donde habían caído. El aire se mantenía suspenso en su estado intermedio, inerte, incapaz de producir la vida, desprovisto de su color verde, pero sin haber cambiado del todo en el gas que ahora vive en nosotros...

A todo el mundo, según creo, se le ocurrió un equivalente de los estados mentales que he intentado describir, alguna maravilla, alguna impresión de alegre novedad. Se presentó también muy a menudo cierta confusión de la inteligencia, cierta dificultad de autorreconocimiento. Recuerdo claramente que, mientras estaba sentado en el portillo, tuve las mayores dudas sobre mi propia identidad y caí en las más raras elucubraciones metafísicas.

«Si éste soy yo —me decía—.¿cómo es que ya no trato de ir como un loco en busca de Nettie? Nettie es ahora la cosa más remota que imaginarse pueda., y todos mis errores también. ¿Por qué ha desaparecido de mí repentinamente aquella pasión? ¿Por qué al pensar en Verrall no se me altera el pulso...?».

Yo no era más que uno de los muchos millones que aquella misma mañana se hallaron asaltados de las mismas dudas. Supongo que uno debe conocerse a sí mismo, al despertar del sueño de la insensibilidad, por la familiaridad de las sensaciones corporales, y aquella mañana todas nuestras sensaciones corporales, incluso las más íntimas, estaban alteradas. Los más íntimos procesos químicos de la vida estaban modificados, incluso el metabolismo nervioso. En vez de los pensamientos fluctuantes, inciertos, oscurecidos por la pasión, y los correspondientes sentimientos que de ellos se derivaban, aparecieron otros procesos, firmes, completos, sanos. El tacto era diferente, la vista era diferente, el oído y todos los demás sentidos eran mucho más sutiles; si no hubiese sido porque nuestros pensamientos eran más firmes y más completos, estoy seguro de que muchos hombres se hubieran vuelto locos. Pero del modo que ocurrió, lo comprendimos. La impresión dominante que quisiera imbuir en vosotros en esta relación del Cambio fue una sensación de enorme rompimiento, una vasta y sustancial exaltación. Se había producido un efecto, como si dijéramos, de ligereza en la cabeza que era también una sensación de clarividencia, y la alteración de las sensaciones corporales, en vez de producir la ofuscación mental, la pérdida de identidad que era una alteración mental corriente en las condiciones imperantes en otro tiempo, daba simplemente una nueva sensación de desprendimiento de las túrgidas pasiones y de los embrollos de la vida personal.

En esta historia de mi amarga y restringida juventud que os he estado refiriendo, he procurado constantemente registrar la impresión de estrechez, la tensión la confusión, los enredos y las telarañas del viejo mundo. Se me hizo evidente, al cabo de una hora de haber despertado, que todo aquello, por algún procedimiento misterioso, había terminado para siempre. Aquélla era también la experiencia general. Los hombres se levantaron; aspiraron el nuevo aire en sus pulmones, con una larga y profunda inspiración, y el pasado se desprendió de ellos; podían perdonar, podían prescindir de su vida anterior, podían intentar algo... Y no era nada nuevo, no era ningún milagro que trastornara el antiguo orden del mundo. Era un cambio en las condiciones materiales, un cambio en la atmósfera, que de un solo golpe los había liberado de la muerte... En realidad, el hombre no había cambiado en absoluto. Todos nosotros sabíamos antes del Cambio, por ciertos hechos candentes que nos habían acontecido a nosotros y a otros, por los historias y la música y por diversos actos heroicos y relatos espléndidos, hasta qué punto de bondad, de gallardía y de refinamiento podían llegar, en determinadas ocasiones, casi todos los entes humanos, sin excepción; pero la ponzoña en el aire, la pobreza en los elementos más nobles, que hacía que aquellos momentos fueran raros y sobresalientes, todo había cambiado. El aire cambió, y el Espíritu del Hombre, que había permanecido aletargado y soñoliento, y que cuando soñaba, soñaba con cosas estúpidas y abominables, se despertó, e incorporándose miró con ojos asombrados, maravillados, miró otra vez, cara a cara, la vida.

El milagro del despertar me sucedió en la soledad. Después de la risa, las lágrimas, únicamente al cabo de algún tiempo me topé con otro hombre. Hasta que oí su voz no creía yo que hubiera ninguna otra persona en el mundo. Todo aquello parecía pertenecer al pasado, con todas las pesadumbres y tensiones que pertenecían ya al pasado. Yo había salido de mi pozo individual en el que mi tímido egoísmo estaba al acecho, había sobrepujado a toda la Humanidad, había tenido la sensación de que yo era la Humanidad entera, me había reído de Swindells como me habría podido reír de mí mismo, y aquel grito que llegó a mis oídos me pareció igual que la aparición de una idea inesperada en mi propia mente. Pero cuando se repitió, contesté.

—Estoy herido —dijo la voz.

Bajé los peldaños hasta el camino, y me encontré con Melmount sentado cerca de la zanja, de espaldas a mí.

Algunas de las impresiones sensoriales incidentales de aquella mañana se hincaron tan profundamente en mi mente que de veras creo que cuando, por fin, llegué a enfrentarme con los grandes misterios de esta vida, cuando las cosas de esta vida se desvanecían ante mis ojos como la niebla matutina se desvanece al salir el sol, esos fútiles detalles insignificantes serán lo último que me abandone, serán los últimos jirones visibles de aquel velo que se irá atenuando. Creo, por ejemplo, que podría describir el aspecto exacto de la piel que llevaba alrededor del cuello de su gran chaqueta de motorista, que podría pintar exactamente el matiz rojo apagado de su gran carrillo con las rubias pestañas asomando en la línea de su perfil, apenas rozadas por la luz. El sombrero se le había caído, y su cabeza, con el pelo lacio, entre rubio y rojo, estaba inclinada, pues el individuo se estaba mirando el pie torcido. Su espalda parecía enorme. Y había algo imponderable en la mera contemplación de su maciza mole que hizo que me fuera simpático desde el principio.

—¿Qué le ocurre? —pregunté.

—¡Hombre! —dijo, con voz clara y tono deliberado, volviéndose un poco de lado con cierto esfuerzo, sin levantarse, y mostrándoseme de perfil, con su nariz bien modelada y sus grandes sensuales labios, conocidos de todos los caricaturistas del mundo—. Estoy en un apuro. Me caí y me torcí el tobillo. ¿Dónde está usted?

Yo di la vuelta a aquella mole y me situé delante de él mirándolo fijamente. Se había quitado la polaina, la bota y el calcetín; los guantes de automovilista se le habían caído al suelo y se estaba dando un masaje en la parte lesionada con sus gruesos pulgares.

—¡Hombre! —exclamé—. ¡Usted es Melmount!

—¡Melmount! —repitió reflexionando—. Éste es mi nombre... Pero esto nada tiene que ver con mi tobillo.

Permanecimos silenciosos durante unos momentos. De vez en cuando, él profería un gruñido de dolor.

—¿Sabe usted qué ha ocurrido? —inquirí.

Él pareció completar su diagnóstico.

—No está roto —dijo.

—¿Sabe usted qué ha pasado?

—No —contestó levantando la vista hacia mí y mirándome por primera vez sin curiosidad alguna.

—Hay alguna diferencia...

—Sí, hay alguna diferencia.

Sonrió con una sonrisa de inesperado placer, y se vio un naciente interés reflejado en sus ojos.

—He estado un poco preocupado con mis propias sensaciones. Noto que hay un extraordinario brillo en todas las cosas. ¿Será eso?

—Eso forma parte del plan. Y una extraña sensación, una clara perspicacia...

Él me contempló de arriba abajo meditando gravemente.

—Me desperté —dijo buscando algo en los recovecos de su memoria.

—Yo también.

—Perdí el camino... No sé cómo. Había una curiosa niebla verde.

Se miró el pie tratando de recordar.

—Tenía algo que ver con el cometa. Me hallaba al lado de un seto en la oscuridad. Intenté echar a correr... Y seguramente en este camino. ¡Mire...! Ahí hay un palo roto. Debí de haber tropezado con la barandilla del cercado, y me caí de cabeza, sin duda.

Analizó esta hipótesis y concluyó:

—Sí...

—Estaba todo muy oscuro —dije— y una especie de gas verde salió de la nada y se esparció por doquier. Esto es lo último que yo recuerdo.

—¿Y luego despertó usted? Lo mismo que yo... Me desperté en un estado de gran aturdimiento. Verdaderamente hay algo extraño en el aire. Yo iba..., yo iba a toda velocidad por la carretera en un automóvil, muy excitado y preocupado. Bajé a...

Extendió un dedo triunfante y añadió:

—¡Acorazados! ¡Ahora me acuerdo! Hemos extendido en línea nuestra flota, desde aquí hasta Texel. Nos hemos atravesado a ellos y al Elba, minado. Hemos perdido el *Lord Warden*. ¡Hombre, sí! ¡El *Lord Warden*! Un acorazado que nos costó dos millones de libras esterlinas... ¡Y aquel asno de Rigby, que dijo que la cosa no tenía importancia! Mil cien hombres se hundieron con él... Ahora me acuerdo. Estábamos recorriendo el Mar del Norte, como una red, con la flota del Atlántico esperándolos en las Islas Feroe..., y ninguno de ellos disponía de carbón para tres días. Pero, ¿fue eso un sueño? ¡No! Se lo expliqué asimismo a mucha gente para

tranquilizarles... ¿Sería una reunión...? Todos se sentían muy belicosos, pero extremadamente asustados. ¡Qué gente más rara...! Barrigudos y calvos como gnomos la mayoría de ellos. ¿Dónde? ¡Claro! Hablamos de todo eso... Una gran comida... ¡Ostras...! Colchester. Fui allí para demostrarles que la alarma sobre la incursión era una paparrucha. Y estaba de vuelta... Pero no tengo la impresión de que eso fuera... reciente. Supongo que sí debe de serlo. Sí, ¡claro que sí!... ¡Naturalmente! Salí de mi coche al pie de la cuesta con la idea de dirigirme por el sendero del promontorio, porque todo el mundo decía que uno de sus acorazados estaba acosado a lo largo de la costa. Oí sus cañonazos...

Reflexionó un instante y agregó:

—¡Qué raro que lo hubiera olvidado! ¿Oyó usted los cañonazos?

Yo le dije que sí.

—¿Fue anoche?

—A última hora de anoche. A la una o las dos de la madrugada.

Él se echó hacia atrás, apoyándose en la mano y me miró sonriendo francamente.

—Aún ahora —dijo— parece extraño, pero en conjunto no parece sino un sueño sin pies ni cabeza. ¿Cree usted que nunca haya existido un *Lord Warden*? ¿Cree usted realmente que hemos hundido toda aquella maquinaria... para divertirnos? Aquello fue un sueño. Y no obstante, sucedió.

A juzgar por las costumbres de otro tiempo habría sido una cosa notable que yo hablara con aquella libertad y facilidad con un gran hombre como aquél.

—Sí —dije—. Eso es. Se tiene la impresión de haber despertado... de algo más que del gas verde. Como si las otras cosas tampoco... hubieran sido reales.

Frunció el ceño y se frotó una pantorrilla.

—Pronuncié un discurso en Colchester —dijo.

Yo pensé que iba a añadir algo sobre aquello, pero se ve que en él persistía cierto hábito reticente que hizo que se mantuviera silencioso un momento.

—Es muy curioso que este dolor sea, en conjunto, más interesante que desagradable —exclamó.

—¿Le duele?

—¡El tobillo dichoso!, o está roto o tengo un esguince... Me parece que es un esguince. Me duele mucho cuando intento moverlo, pero personalmente no me duele. Aquella especie de náusea que acompaña a las contusiones locales... ¡ni asomo de ella...!

Se quedó reflexionando un instante y añadió:

—Hablé en Colchester, sobre cosas de la guerra. Ya lo veo mejor ahora. Los periodistas... garrapatea que garrapatea. Max Sutaine, 1885. Gritería. Felicitaciones por las ostras. ¿Qué era aquello? ¿Sobre la guerra? Una guerra que tiene que ser larga y sangrienta, que exigirá tributo tanto al castillo como a la barraca, ¡que exigirá tributo...! ¡Filigranas retóricas! ¿Estaría borracho anoche?

Frunció las cejas. Había encogido la rodilla derecha en la que descansaba el codo,

y apoyaba la barbilla en el puño cerrado. Sus profundos ojos grises, bajo las pobladas cejas, se quedaron contemplando fijamente una serie de cosas invisibles y desconocidas.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Dios mío!

Parecía la bonita estampa de una figura pensativa bajo la luz del sol; daba la impresión de una grandeza más que física.

Me dio la sensación de que me correspondía atender sus meditaciones. Nunca me había encontrado, hasta entonces, con un hombre de aquella especie, ni sabía que tales hombres existieran...

Lo curioso del caso es que ahora no puedo recordar las ideas que había podido tener antes del cambio referentes a la personalidad de los gobernantes, pero dudo incluso que en aquellos días pensara en ellos como en seres individuales, tangibles, poseedores de cierta complejidad intelectual. Creo que mis impresiones eran las de una mezcla, en partes iguales, de caricaturas y titulares periodísticos. Lo cierto es que no les tenía el menor respeto. Y ahora, sin ningún servilismo ni la menor insinceridad, como si esto fuera el primer fruto del Cambio, me hallaba en presencia de un ser humano con el cual me sentía inferior y subordinado, con el cual, como he dicho, me encontraba en una actitud desprovista de todo servilismo o insinceridad y llena de respeto y atención. Mi inflamado, mi rancio egoísmo (¿o serían sólo, después de todo, las oportunidades de la vida?) no me habría permitido nunca aquello antes del Cambio.

Volvió de sus reflexiones aún con cierta perplejidad en su modo de ser.

—El discurso que pronuncié anoche —dijo— fue una sarta de disparates dichos con toda la mala intención. Nada puede modificarlo. Nada... ¡No...! Diminutos gnomos barrigudos en traje de *smoking* engullendo ostras...

Formaba parte, una parte naturalísima, de la maravilla de aquella mañana que él adoptara aquella nota increíble de franqueza y que ello no hiciera disminuir en lo más mínimo mi respeto hacia él.

—Sí —repuso—, tiene usted razón. Todo ello constituye un hecho indiscutible, y no puedo creer que fuese otra cosa que un sueño.

5

Aquel recuerdo se destaca sobre el oscuro pasado del mundo con extraordinaria claridad y brillo. La atmósfera, según recuerdo, estaba llena de llamadas, píos y cantos de pájaros. Estoy persuadido también, y ello es muy curioso, de que se oía un distante y gozoso repiqueteo de campanas, pero ahora estoy medio convencido de que anduve equivocado acerca de eso. Sin embargo, había algo en el fresquísimo mordisco de todas las cosas, en aquella especie de nueva sensación, parecida a un

rocío, que hacía sonar campanas en el cerebro de la gente. Y aquel gran hombre rubio, sentado con aire pensativo en el suelo, era francamente bello, incluso en su torpe postura, como si de veras lo hubiese creado algún gran maestro de fuerza y de buen humor.

Aunque es muy difícil ahora hacerse cargo de estas cosas, un desconocido me habló, sin ninguna reserva, campechanamente, tal como actualmente hablan los hombres a los hombres. Antes de aquellos días, no solamente pensábamos mal, sino que lo que pensábamos, millares de consideraciones mezquinas, la dignidad, la disciplina objetiva, la discreción y otras tonterías similares, demostrativos del estado de desaliño de nuestras almas, nos lo hacían disimular antes de que se lo dijéramos a nuestros congéneres.

—Ahora lo estoy recordando todo —dijo.

Y me explicó, mitad directamente, mitad en soliloquios, lo que tenía entre ceja y ceja.

Quisiera expresar todo lo que me dijo, lo que grabó en mi inteligencia naciente, imagen tras imagen, con rápidos y entrecortados fragmentos de discurso. Si ahora yo tuviese un recuerdo completo y preciso de lo que me dijo aquella mañana os lo transcribiría literalmente, con toda minuciosidad. Pero, excepto en las cosas más destacadas, me encuentro únicamente con impresiones generales muy borrosas. Debo rehacer constantemente en mi memoria sus frases y sus discursos que tengo medio olvidados, y contentarme con poderos comunicar su efecto. Pero así y todo, me parece que lo estoy viendo y oyendo cuando decía:

«El sueño empeoró mucho al final. La guerra... ¡Qué cosa tan horrible! ¡Horrorosa! Y era igual que una pesadilla... No se podía hacer nada para escapar de ella... ¡Todo el mundo se hallaba sumergido, cogido en ella!».

Su sentido de la indiscreción había desaparecido.

Me explicó el espectáculo de la guerra, tal como todo el mundo lo ve hoy. Sólo que, aquella mañana, resultaba una cosa asombrosa. Él se hallaba sentado en el suelo, absurdamente olvidado de su pie descalzo e hinchado, tratándome al mismo tiempo como el más humilde de los accesorios y como su igual, explicándose a sí mismo y en voz alta las grandes obsesiones de su mente:

«¡Podíamos haberla evitado! Cualquiera de nosotros que hubiera querido explicarse podía haberla evitado. Con un poco de decente franqueza. ¿Qué nos impedía ser francos unos con otros? Su emperador estaba en una postura que era un montón de ridículas suposiciones, pero en el fondo era un hombre cuerdo».

Hizo un bosquejo, en unas cuantas palabras expresivas, del emperador, de la Prensa alemana, del pueblo alemán y de nuestro pueblo. Se expresó como nos expresaríamos ahora, pero con cierto calor, como un hombre semiculpaible y enteramente resentido, y añadió:

—¡Sus profesores abrochados hasta el cuello! ¿Existieron nunca hombrecillos semejantes? ¡Y los nuestros! Alguno de nosotros debiera de haber tomado una

directiva más firme... Si unos cuantos de nosotros hubiéramos tomado una directiva más firme, y hubiésemos deshecho aquella tremenda tontería a tiempo... fue cayendo en unos murmullos incomprensibles, y después en el silencio...

Yo estaba de pie, mirándolo, comprendiéndole, aprendiendo muchas cosas de lo que él me decía. Durante la mayor parte de la mañana del Cambio, me olvidé de Nettie y de Verrall tan completamente como si no se tratara más que de dos personajes de una novela que hubiese dejado de lado, para terminarla luego a mis anchas, a fin de poder hablar con aquel hombre.

—¡Ah, bien! —exclamó, despertándose con un sobresalto de sus pensamientos—. ¡Henos aquí despiertos! Pero esto no puede durar, todo esto se acabará. ¿Cómo pudo empezar...? Amigo mío, ¿cómo diablos pudieron empezar todas esas cosas? Me siento como un nuevo Adán... ¿Cree usted que esto haya ocurrido... así, en general? ¿O vamos a encontrarnos con aquellos gnomos y demás...? ¿Qué importa?

Hizo como si fuera a levantarse y entonces se acordó de su tobillo. Me pidió que le ayudara hasta su bungalow. No parecía haber nada extraño en el hecho de que él requiriera mis servicios o de que yo le obedeciera alegremente. Le ayudé a vendarse el tobillo, y echamos a andar, yo sirviéndole de muleta. Los dos hacíamos una rara figura, como la de un cuadrúpedo cojeando, por aquel tortuoso camino, hacia los acantilados y el mar.

6

Su bungalow, más allá del campo de golf, estaba a unos dos kilómetros del camino. Bajamos hacia la playa, andando por la pálida arena alisada por el oleaje, haciendo una especie de danza del trípode, tambaleándonos y dando saltitos, hasta que yo empecé a ceder bajo su peso, y en seguida que pudimos nos sentamos. Verdaderamente tenía el tobillo roto, y no podía apoyarlo en el suelo sin que le causara un dolor enorme. Por consiguiente, tardamos unas dos horas en llegar a la casa, y habríamos tardado aún más a no ser por la oportuna aparición de su ayuda de cámara que vino en nuestro auxilio. Habían encontrado al automóvil y al chófer, destrozados e inmóviles, en la curva de la carretera, cerca de la casa, y habían estado buscando a Melmount por aquel sitio, ya que de otro modo nos habrían visto antes.

Durante la mayor parte de aquel rato permanecimos sentados, unas veces sobre el césped, otras en un pedrejón de greda y otras en un espolón de madera, charlando con la franqueza propia de las relaciones entre hombres de buenas intenciones, sin reservas, del modo corriente y abierto como se sostienen las relaciones hoy, pero que entonces constituían la cosa más extraña del mundo. Él llevó casi siempre la voz cantante, pero a la primera pregunta que me hizo le hablé, tan llanamente como se puede hablar de unas pasiones que para mí se me habían vuelto incomprensibles, de

mi criminal persecución de Nettie y su amante y del modo como me sentí subyugado por los vapores verdes. Él me estuvo contemplando con mirada grave y asintió comprensivo. Después me hizo unas cuantas preguntas, breves y penetrantes, sobre mi instrucción, mi educación y mi trabajo. Había una premeditación en su manera de hablar, con breves pausas, que no permitían demora alguna.

—Sí —dijo—. Sí..., naturalmente. ¡Qué tonto he sido!

Y no dijo nada más hasta que hubimos efectuado otro de nuestros esfuerzos para andar un poco a lo largo de la playa. Al principio no percibí la conexión que pudiera tener mi relato con aquella autoacusación.

—¡Supongamos —dijo él, jadeante, sentado en el espolón de madera— que hubiese habido algo así como un hombre de Estado...!

Se volvió hacia mí.

—¡Si uno de ellos hubiera decidido que toda esa confusión tenía que terminar! Si uno se hubiese encargado de ello, del mismo modo que un artista se encarga de su arcilla, del mismo modo que el constructor toma posesión del sitio y de la piedra, y hubiera hecho...

Hizo un gesto con su ancha manaza hacia las glorias del cielo y del mar, y haciendo una profunda aspiración, añadió:

—Algo que se ajustara a este escenario...

Y volvió a decir, a guisa de explicación:

—Entonces no habría historias como la de usted, ¿sabe...? Y, a propósito, hábleme más de usted, hábleme de todo lo que haga referencia a usted. Tengo la sensación de que todas estas cosas han pasado ya para siempre, que todas estas cosas han sufrido un cambio definitivo para siempre... Usted ya no será lo que ha sido de hoy en adelante. Todas las cosas que usted ha hecho no tienen ahora la menor importancia. Para nosotros, al menos, carecen en absoluto de importancia. Nos hemos encontrado los que estábamos separados en la oscuridad que hemos dejado atrás. Dígame... Sí, cuénteme...

Yo le referí mi historia tan franca y sinceramente como os la acabo de referir a vosotros.

—Y allí —prosiguió—, donde sobresalen aquellas rocas cubiertas de algas, más allá del promontorio, allá está el pueblo de *Bungalow*. ¿Qué hizo usted con su pistola?

—Allá la dejé... entre la cebada.

Me dirigió una mirada por entre sus rubias pestañas.

—Si los otros sienten lo mismo que sentimos usted y yo —dijo— habrá hoy un montón de pistolas perdidas entre la cebada...

Así fuimos departiendo aquel hombretón y yo con un cariño fraternal que no necesitaba palabras para expresarse. Nuestras almas se compenetraban mutuamente con una absoluta buena fe; nunca había tenido yo otra cosa que una suspicaz vigilancia respecto a mis congéneres. Aún lo veo, sentado en aquella desierta y

desolada playa de la bajamar, apoyándose en aquel espolón incrustado de conchas, contemplando al pobre marinero ahogado cuyo cadáver encontramos. Porque encontramos un ahogado, un desdichado a quien se le había escapado la oportunidad de presenciar aquel gran amanecer por el que tanto nos regocijábamos. Lo encontramos en un charco, entre algas pardas, bajo la oscura sombra del maderamen de algún buque naufragado. No hay que exagerar los horrores de antaño. Aquellos días era tan frecuente como ahora en Inglaterra hallarse cara a cara con la muerte. Aquel cadáver era el de un marinero de la tripulación del *Rather Adler*, el gran acorazado alemán que, sin que nosotros entonces lo supiéramos, yacía en el fondo del mar, a menos de nueve millas de distancia, sobre montañas de légamo, abollada y despedazada mole de maquinaria, completamente sumergida en la pleamar, que guardaba entre sus intersticios novecientos hombres valientes ahogados, todos ellos fuertes y hábiles, todos ellos capaces de las zafias más admirables...

Me acuerdo muy bien de aquel pobre muchacho. Se había ahogado durante la anestesia del gas verde. Sus facciones juveniles estaban tranquilas, pero la piel del pecho estaba arrugada y hecha jirones por el agua hirviente, y tenía un brazo doblado hacia atrás de un modo muy extraño. Incluso esta muerte innecesaria, con todas sus complicaciones de crueldad, tenía un sello de dignidad y de belleza. Todo fluía hacia un significado común, mientras nosotros nos hallábamos allí, yo el mal trajeado, el mal equipado proletario, y Melmount, con su gran abrigo forrado de pieles (estaba sudando, después de tanto andar, pero no había pensado en quitárselo), apoyado en los groseros espolones, y lamentándose por la muerte de aquella pobre víctima de la guerra que él mismo había contribuido a hacer estallar.

—¡Pobre muchacho! —exclamó—. ¡Pobre muchacho! ¡Un hombre a quien nosotros, los desatinados imbéciles, enviamos a la muerte! ¡Mire usted la tranquila belleza de este rostro, de este cuerpo, lanzado así a la muerte como si nada!

(Recuerdo que cerca de la mano del muerto, una estrella de mar encallada en la playa movía sus lentas extremidades tentaculares, en un supremo esfuerzo para volver al mar. Dejó unas huellas acanaladas en la arena).

—Esto ya no sucederá más —jadeó Melmount, apoyándose en mi hombro—. Ya no sucederá más...

Pero lo que más recuerdo de Melmount es que cuando se puso a hablar un poco más tarde, sentado sobre una gran roca de greda, con el sol dándole de lleno y con la cara llena de sudor adoptó una clara decisión:

—Tenemos que terminar con la guerra —dijo con aquella voz susurrante y llana, propia de él—. Es una estupidez. Con tanta gente como hay que sabe leer y pensar, no hay necesidad de seguir luchando. ¡Dios mío! ¿Qué nos proponíamos nosotros, los gobernantes...? Aletargados, como si nos halláramos en una atmósfera sofocante, demasiado atontados, soñolientos y ruines unos con otros para que nadie se levantara a abrir las ventanas. ¿Qué nos proponíamos?

En mi mente veo una gran figura sentada y quieta, perpleja y asombrada de sí

misma y de todo lo que le rodeaba.

—Hemos de cambiar todo eso —replicó extendiendo sus anchas manos en un ademán hacia el mar y el cielo—. ¡Lo hemos hecho tan mal! ¡Sólo el cielo sabe por qué!

Lo vuelvo a ver como un extraño gigante contemplando aquella playa de esplendor iluminada por la luz de la mañana, con las aves marinas revoloteando a nuestro alrededor y aquella imagen de la muerte allí cerca, símbolo de las dormidas potencialidades de otros tiempos. Recuerdo, como parte integral de esta imagen, que en la lejanía, a través de la arenosa extensión, uno de aquellos blancos carteles anunciadores de una empresa de construcción, se levantaba, algo inclinado, en medio del césped amarillo-verdoso en la cima de uno de los acantilados.

Él siguió hablando, maravillándose de las cosas de la antigüedad.

—¿Se le ha ocurrido a usted nunca imaginar la mezquindad..., ¡la mezquindad...!, de cada una de las almas responsables de una declaración de guerra? —preguntó.

Y prosiguió, como si aquella perorata fuese necesaria para hacerle creíble, describiendo a Laycock, que fue el primero que pronunció aquellas palabras en el Consejo de Ministros.

—Un pedante de Oxford, corto de talla, con voz de tenor y unos cuantos latinajos... El tipo clásico de tonto que se ha educado bajo la admiración de sus hermanas mayores... Durante todo el rato le estuve observando..., pensando que era un asno, indigno de tener en sus manos las vidas de tantos hombres... Y más valiera que hubiera pensado lo mismo de mí. ¡No hice nada para evitarlo! El maldito enano imbécil estaba disfrutando con el drama aquel, le gustaba trompetearlo, mirándonos a todos con los ojos desorbitados de un mal actor. «¡Entonces esto es la guerra!», dijo. Richover se encogió de hombros. Yo formulé una ligera protesta y cedí... Luego soñé con él.. ¡Vaya pandilla que éramos! Todos nos sentíamos algo espantados de nosotros mismos... Todos, como si dijéramos, fuimos el instrumento... ¡Y son los tontos de esa calaña los que conducen a cosas como ésta!

Hizo un gesto con la cabeza señalando el muerto que estaba casi a nuestro lado y prosiguió:

—Será interesante saber lo que ha ocurrido en el mundo... Este vapor verde... ¡Qué cosa más rara! Pero sé lo que ha ocurrido... Es la Conversión. Siempre he sabido... Pero esto es hacer el tonto. ¡Hable!, voy a acabar con esto.

Hizo un movimiento como si fuera a levantarse, con sus torpes manos extendidas.

—¿A acabar con qué? —pregunté dando un paso adelante instintivamente para ayudarle.

—Con la guerra —dijo con un fuerte susurro, posando su manaza en mi hombro, pero sin hacer ningún esfuerzo para levantarse—. Voy a terminar con la guerra... ¡Voy a acabar con cualquier clase de guerra! Y con todas esas cosas que deben terminar. El mundo es hermoso, la vida es una cosa grandiosa y espléndida; sólo

tenemos que abrir los ojos para verlo. Piense en las glorias por las que hemos pasado como una piara de cerdos por un jardín. El color..., los sonidos..., las formas. Hemos tenido nuestras envidias, nuestras disputas, nuestras vulgares empresas y nuestras vagas timideces, hemos charlado sin medida, nos hemos dado picotazos y hemos ensuciado el mundo... como las cornejas en el templo, como inmundos pajarracos en la sagrada casa de Dios. Todo en mi vida ha sido necedad y mezquindad, grosera; placeres y sórdidas hipocresías..., todo. ¡Soy un pobre y desvalido ser en medio del resplandor de esta mañana, un hombre mezquino y lleno de vergüenza! Y si no fuese por la gracia de Dios habría muerto esta misma noche..., igual que ese pobre muchacho... en medio de la miseria de mis pecados. ¡No más de eso! ¡No más de eso...! Tanto si el mundo ha cambiado como si no, ¿qué importa? *Nosotros dos hemos visto esta aurora...*

Hizo una pausa y añadió:

—Me levantaré e iré a mi Padre, y le diré...

Su voz se fue desvaneciendo en un murmullo incomprensible. Me apretó con fuerza el hombro al apoyarse y se levantó...

CAPÍTULO II

EL DESPERTAR

1

A sí vino a mí el gran Día.

Y del mismo modo que yo me había despertado, así, en la misma aurora, se despertó el mundo entero.

Porque el mundo entero y todos los seres vivientes habían sido sorprendidos por la misma marea de insensibilidad. En el término de una hora, al contacto de este nuevo gas en el cometa, un estremecimiento de reacción catalítica había pasado por el globo. Dicen que fue el nitrógeno del aire, el viejo ázoe que en un santiamén quedó cambiado en algo distinto, y en cosa de una hora se transformó en un gas respirable, diferente del oxígeno, pero ayudando y sosteniendo la acción de éste, como un baño de fuerza y de salud para los nervios y el cerebro. Ignoro las alteraciones precisas que se produjeron, así como los nombres que los químicos les atribuyen, ya que todos los hombres y yo fuimos renovados.

Me imagino lo que ocurrió considerado en el espacio. Un momento planetario, una leve brizna, el más tenue remolino de un meteoro aproximándose a este planeta, igual que una pelota, igual que una pelota con sol y sombra, flotando en el vacío, con su pequeña y casi impalpable capa de nubes y de aire, con sus oscuras charcas de océanos y sus brillantes pliegues de tierra. Y al entrar en contacto con aquel mosquito que salía del vacío, la cubierta externa, gaseosa y transparente se empañó de color verde en un instante y luego, lentamente, volvió a clarificarse...

Después de esto, durante tres horas o más, pues sabemos que el tiempo mínimo en que se produjo el Cambio fue casi exactamente de tres horas, ya que todos los relojes siguieron andando, en todas partes no hubo hombres, bestias, pájaros ni otros bichos vivientes que se movieran, sino que todos se quedaron paralizados.

En toda la Tierra aquel día, en la tierra de todo el que respirase, se había producido el mismo zumbido en el aire, la misma acometida de vapores verdes, la crepitación, la lluvia de estrellas. El hindú había dejado su trabajo mañanero en los campos para mirar al firmamento, maravillarse y caer en la inconsciencia; el chino, con su traje azul, había caído de cabeza en su escudilla de arroz del mediodía; el mercader japonés había salido de algún regateo en su despacho para quedarse atónito y caer inanimado en el umbral de su puerta; los observadores de estrellas en la Puerta Dorada habían sido alcanzados por los vapores mientras esperaban la salida de la gran estrella. Aquello había sucedido en todas las ciudades del mundo, en cada valle

solitario, en cada casa, en cada hogar, en cada refugio e incluso en el campo raso. En alta mar, los trasatlánticos atestados de pasajeros, dispuestos siempre a maravillarse de cualquier cosa, se quedaron boquiabiertos y de pronto se sintieron sobrecogidos de terror y lucharon subyugados. El capitán se tambaleó en el puente y se cayó; el fogonero se cayó de cabeza en medio de sus carbones; las máquinas siguieron zumbando y haciendo girar la hélice sin que nadie las atendiera; los barcos pesqueros fueron silenciosamente a la deriva con el timón suelto a la buena de Dios, dando vaivenes y cabeceos...

La gran voz del Hado material gritó: «¡Alto!». Y a la mitad de la comedia los actores se tambalearon, cayeron y se quedaron inmóviles. En Nueva York ocurrió lo mismo. La mayoría de los auditorios teatrales se dispersó, pero en dos teatros atiborrados de público, la compañía, para evitar un movimiento de pánico, siguió actuando en medio de la creciente tiniebla, y los espectadores, con la experiencia de otros desastres, se mantuvieron quietos en sus asientos. Y allí se quedaron sentados (sólo las filas de más atrás se movieron algo) y allí mismo, en líneas disciplinadas, fueron dando cabezadas, inclinándose, hasta caerse al suelo. Me dice Parload (aunque por cierto nada sé del razonamiento en que se basa su convicción) que al cabo de una hora de haber ocurrido el impacto, la primera modificación verde del nitrógeno se había disuelto y desaparecido totalmente, dejando el aire tan traslúcido como siempre. El resto de aquel maravilloso interludio fue claro; únicamente que nadie pudo utilizar los ojos para comprobar dicha claridad. En Londres el acontecimiento se produjo por la noche, pero en Nueva York, por ejemplo, la gente se hallaba en la animación propia de la última hora de la tarde, y en Chicago estaban sentándose a la mesa para cenar y todo el mundo salió al exterior a ver qué pasaba. Los rayos de la luna debieron de iluminar calles y plazas llenas de personas que caían a montones. Los tranvías eléctricos, carentes de frenos automáticos, quedaron detenidos por los cuerpos que habían arrollado en su marcha desenfrenada. La gente yacía por el suelo, en traje de noche, en los restaurantes, en las escaleras, en los vestíbulos, en todas partes, en la postura en que les había alcanzado el verde vapor. Jugadores jugando, borrachos bebiendo, ladrones al acecho en sitios ocultos, parejas pecadoras, todos fueron cogidos en un momento para dejar que se despertasen con la mente y la conciencia despejadas en medio del desorden de sus pecados. A los pueblos americanos el cometa los alcanzó en la plena locura de la vida nocturna de diversión y de vicio, mientras la Gran Bretaña yacía dormida en el sueño cotidiano. Pero, como he dicho, la Gran Bretaña no dormía tan profundamente que no se excitase por lo que podía haber sido una gran batalla naval y una gran victoria. De un lado a otro del Mar del Norte sus buques de guerra barrían la inmensidad, en línea, como una red, para envolver a sus enemigos. En tierra también aquella noche se registraron grandes acontecimientos. Los campamentos alemanes se hallaban bajo las armas, desde Redingen a Markirch; sus soldados de infantería cayeron a montones como heno segado y agavillado, detenidos en su marcha nocturna en todos los caminos entre

Longnyon y Thiancourt y entre Avricourt y Donen. Las colinas de más allá de Spincourt estaban cubiertas de soldados franceses apretujados. La delgada línea de zapadores franceses se extendía por el suelo, entre picos, palas y zanjas dejadas sin terminar, que envolvían parcialmente la cabeza de las columnas alemanas, desde allí, por las vertientes de los Vosgos hacia la frontera, cerca de Belfort, y de allí al Rhin...

Los aldeanos húngaros y los italianos bostezaron y al ver que la madrugada se presentaba muy oscura, dieron la vuelta a la cama para poder dormir sin sueños. El mundo mahometano extendió su alfombra y quedó cogido en mitad de sus plegarias. Y en Sidney, en Melbourne, en Nueva Zelanda, aquello se presentó en forma de una gran niebla a primera hora de la tarde, que dispersó a las multitudes que habían acudido a las carreras de caballos y a los campos de cricquet, y detuvo la descarga de los barcos y sacó a los hombres de su siesta para dejarlos tambaleándose y cayéndose por las calles...

2

Mis pensamientos se dirigen hacia los bosques, las selvas y las maniguas del mundo, a la vida selvática que sufrió la misma suspensión que el hombre, y pienso en los millares de actos de fecundidad y fertilidad que quedaron interrumpidos y truncados, como las palabras heladas con que Pantagruel se encontró en el mar. No sólo los hombres se quedaron inmóviles; todo bicho viviente que respirara se transformó en un objeto insensible e inanimado. Fieras y pájaros yacieron en medio de los decaídos árboles y hierbas de aquel crepúsculo universal; el tigre se tendió insensibilizado, al lado de su reciente víctima, que quedó desangrada en su letargo. Incluso las moscas cayeron, planeando con las alas extendidas; la araña quedó colgando de su cargada red, y lo mismo que un copo de nieve pintarrajeado la mariposa se dejó caer al suelo y allí quedó inmóvil. Y como raro contraste, los peces del mar no sufrieron nada en absoluto...

Hablando de peces se me ocurre un curioso inciso dentro de aquel gran sueño mundial. El singular destino de la tripulación del submarino «B-94» siempre me ha parecido una cosa memorabilísima. Por lo que he podido saber, los hombres de dicha tripulación fueron los únicos seres vivientes que no pudieron ver aquel velo verde que se corrió como una cortina por todo el mundo. Durante todo el tiempo en que la inmovilidad reinó en la superficie, ellos siguieron su camino hacia la desembocadura del Elba, pasando por entre las cadenas que cerraban los puertos y por entre las minas, muy lentamente y con muchísimas precauciones, dentro de aquel siniestro crustáceo de acero, atestado de explosivos, rozando el cenagoso fondo del río. Llevaban a remolque una larga guía que debía orientar a sus compañeros desde el barco de origen que se hallaba flotando a flor de agua fuera del estuario. Luego, en el

largo canal, más allá de los fuertes, salieron por fin a la superficie para ver un instante a sus víctimas futuras y aspirar un poco de aire. Esto debió de haber ocurrido antes del crepúsculo matutino, porque todos ellos insisten precisamente en el brillo de las estrellas. Los tripulantes del submarino se quedaron estupefactos al encontrarse a menos de trescientos metros de un acorazado que había embarrancado en el limo, ladeándose con la bajamar. Estaba ardiendo en medio de otros buques, pero nadie parecía preocuparse, nadie en aquel extraño silencio parecía ocuparse de ello, y no sólo en aquel buque naufragado, sino en los demás que se mantenían a flote, negros y siniestrados. Aquellos tripulantes perplejos y sobrecogidos tuvieron la impresión de que la flota entera debía de estar llena de cadáveres.

La de aquellos hombres tuvo que ser, a lo que presumo, una de las más extrañas experiencias concebibles. No perdieron la sensibilidad, y según explicaron, con unas grandes ganas de reír que les acometieron de súbito, empezaron a respirar el nuevo aire. Ninguno de ellos era escritor, así es que no tenemos ninguna imagen que refleje su pasmo, ni ninguna descripción de lo que se dijo entonces. Lo único que sabemos es que aquellos hombres se encontraban despiertos y en plena actividad antes de que ocurriera el despertar general, y cuando por fin los alemanes empezaron a moverse y a incorporarse se encontraron a aquellos extranjeros en posesión de su acorazado, el submarino abandonado a la deriva, y los ingleses, tiznados y fatigados, pero con una especie de exaltación furiosa, ocupados, bajo la brillante luz del amanecer, en salvar de la incomprensible conflagración a sus insensibles enemigos.

Pero el pensar en ciertos fogoneros que los marineros del submarino no pudieron salvar, me retrotrae a la secuencia de grotesco horror que corre paralelamente a este acontecimiento, la secuencia que no puedo pasar por alto, a pesar de todos los esplendores de bienestar humano que han sido su consecuencia. No puedo olvidar los barcos sin guía que embarrancaron, que se hundieron desastrosamente con toda la tripulación dormida, ni puedo olvidar que, tierra adentro, muchísimos automóviles se lanzaron a su destrucción por las carreteras, y que los ferrocarriles, sobre sus rieles, siguieron a toda marcha, a despecho de las señales, para ser descubiertos, por fin, por sus asombrados maquinistas resucitados, en unas líneas desconocidas, con las calderas apagadas, o, menos afortunados, para ser descubiertos por unos asombradísimos labradores recién despiertos, aplastados entre montones de hierros y de maderos humeantes y crepitantes. Los fuegos de las fundiciones de Four Towns aún ardían, y la humareda de nuestros hornos aún manchaba el cielo. Realmente los fuegos ardieron con más intensidad durante el Cambio... y se extendieron...

3

odéis imaginaros lo que ocurrió entre la impresión y la composición del ejemplar del

P *New Paper*, que ahora está ahí ante mí. Fue el primer periódico impreso en la Tierra después del Gran Cambio. Ahora está gastado y tostado, fabricado con una clase de papel que nadie intentó nunca presumir que fuera para conservar. Lo encontré en la mesa del cenador del jardín de la posada, mientras esperaba a Nettie y a Verrall, antes de que tuviera lugar la conversación de que voy a hablar en seguida. Mientras lo miro vuelvo a imaginarme toda aquella escena. Nettie se me aparece en su traje blanco sobre el fondo azul verdoso del jardín iluminado por los rayos del sol, escrutando mi cara mientras yo estoy leyendo...

Está tan desgastada aquella hoja de papel que se resquebraja por los pliegues y se me hace pedazos en las manos. La tengo sobre mi escritorio como un recuerdo muerto de las muertas edades del mundo, de las viejas pasiones de mi corazón. Sé que discutimos las noticias que traía, pero, a pesar de mi vida, no puedo acordarme de lo que dijimos; sólo recuerdo que Nettie habló muy poco, y que Verrall lo estuvo leyendo durante un rato por encima de mi hombro. Y a mí no me gustaba que él lo estuviera leyendo por encima de mi hombro...

El documento que se halla ahora ante mí debió de ayudarnos mucho para vencer las primeras timideces y torpezas de aquel encuentro.

Pero de todo cuanto dijimos e hicimos entonces ya hablaré en uno de los siguientes capítulos...

Era fácil ver que el *New Paper* había sido compaginado durante la noche y que después habían sido sustituidas grandes piezas de las planchas estereotipadas. Ignoro cómo eran los antiguos métodos de impresión para poder saber ahora con precisión lo que ocurrió entonces, pero el periódico da la impresión de que se le quitaron unos trozos de composición y que fueron remplazados por otros bloques. Hay algo de baratillo en todo ello, y los nuevos fragmentos están impresos con tinta más oscura y tienen una impresión más borrosa que los otros, excepto hacia la izquierda, donde no han cogido la tinta y aparecen algunas muescas. Un amigo mío, algo versado en las cuestiones de tipografía antigua, me ha indicado que la maquinaria del *New Paper* quedó averiada aquella noche, y que el día siguiente del Cambio, Banghurst fue a tirar el periódico de prestado a una imprenta vecina, que tal vez estuviera en relaciones de dependencia económica con él.

Las páginas exteriores pertenecen por completo a la época antigua; las únicas partes del periódico que han sufrido alteración son las correspondientes a las dos hojas centrales. Aquí vemos expuesto en un curioso cuadrilátero, impreso a cuatro pequeñas columnas, LO QUE OCURRIÓ. Esto corta por la mitad una columna con titulares alarmantes que empieza así: «Gran batalla naval actualmente en desarrollo. El destino de dos imperios en la balanza. Rumores sobre la pérdida de dos...».

Se tenía claramente la impresión de que aquellas cosas ya no interesaban a nadie. Probablemente eran suposiciones, y las noticias eran inventadas.

Resulta muy curioso ir uniendo los gastados y raídos fragmentos para releer aquellas pruebas descoloridas de la primera inteligencia de una nueva época.

Aquellas claras y simples manifestaciones en la porción rehecha del periódico me dieron una impresión entonces, según puedo recordar, de algo soso y extraño, dentro de aquel marco de pésimo inglés vociferante. Ahora me parecen como la voz de la sensatez en medio de una vastísima violencia menguante. Pero aquellas manifestaciones son testigo de la pronta recuperación de Londres de los efectos del gas, de la nueva y rápida energía en aquella enorme población. Me siento sorprendido ahora al notar el enorme caudal de investigación, de experimento y de inducción que tuvo que lograrse el día que transcurrió antes de que fuera impreso el periódico... Pero esto no viene a cuento. Mientras estoy aquí sentado reflexionando sobre este papel parcialmente carbonizado, me vuelve a la memoria otra vez la curiosa visión que apareció en mi mente la mañana aquélla, la visión de aquellas redacciones de periódicos que ya he descrito en el momento de la crisis.

La ola catalítica debió de haber cogido aquellas redacciones en plena actividad, en su febril actividad nocturna, y hasta realmente en un estado excepcionalmente febril, con todo aquello del cometa y de la guerra, y más particularmente con la guerra que con el cometa. Es muy probable que el Cambio se insinuara en la redacción imperceptiblemente, en medio del estruendo y la gritería y del relumbrar de la luz eléctrica que constituían la atmósfera nocturna de aquel lugar; hasta las verdes llamaradas debieron de pasar inadvertidas en aquel ambiente, y las preliminares hilachas descendentes de vapores verdes no debieron parecer otra cosa que inoportunos jirones de la niebla londinense. (En aquella época, Londres, ni siquiera en verano, se veía libre de la oscura niebla). Y entonces, por fin, el Cambio se derramó sobre los londinenses, subyugándolos.

Si hubo alguna advertencia para ellos, debió de consistir en un repentino tumulto universal en la calle, seguido de una quietud más universal todavía. No pudieron haber tenido otro indicio.

No hubo tiempo de parar las máquinas antes de que la gran invasión de vapores verdes los hubiera sumido a todos en la nada. Debió de enlazarlos, haciéndolos caer al suelo, ocultándolos y silenciándolos. Es curioso que mi imaginación siempre se conmueva al pensar en ello, y supongo que es porque aquélla fue la primera idea que conseguí formarme de lo que debió de suceder en las ciudades. Nunca he podido acostumbrarme a la sensación de extrañeza que me produjo la idea de que, cuando sobrevino el Cambio, la maquinaria siguiera funcionando. No sé por qué razón precisamente aquello me pareció tan extraño, pero lo cierto es que fue así, y hasta cierto punto sigue pareciéndomelo. Supongo que será porque está uno tan acostumbrado a considerar a la maquinaria humana como una extensión de la personalidad humana, que el grado de autonomía que el Cambio le permitió exhibir fue, para mí, una verdadera sorpresa. Las lámparas eléctricas, por ejemplo, debieron de haber continuado ardiendo, al menos durante algún tiempo, como nebulosas de verdes halos; en medio de la creciente oscuridad, las enormes prensas debieron de continuar rugiendo, imprimiendo, echando ejemplar tras ejemplar de aquella

fantástica información de la batalla, con sus titulares alarmantes a cuatro columnas, y todo aquel lugar debió de seguir retemblando y zumbando con el habitual rugido de las máquinas. ¡Y todo esto aunque allí no hubiera ya hombres que pudieran gobernar aquella maquinaria! Aquí, allá y acullá, bajo aquella niebla cada vez más densa, aquellos hombres, con los miembros encogidos o extendidos, yacían inmóviles.

Algo maravilloso habría parecido todo aquello si hubiera habido algún hombre dotado por casualidad del poder de resistencia al vapor y que hubiese podido andar por aquellos parajes, observándolo todo entre la densísima niebla.

Pronto debieron de agotar las máquinas su caudal de tinta y de papel, empezando a chocar y a golpear y a repiquetear en el vacío, en medio del silencio general. Después me imagino que las calderas se apagarían por falta de combustible, la presión del vapor disminuiría en los pistones, la maquinaria se pararía, las lámparas arderían con una luz más mortecina, que aumentaría y decrecería de intensidad alternativamente según el funcionamiento de la dinamo. ¿Quién podría describir hoy, con toda precisión, la sucesión de todas estas cosas?

Y luego, he aquí que, en medio de los debilitados ruidos, el vapor verde se aclaró hasta desvanecerse, y en el término de una hora desapareció. Tal vez entonces una leve brisa se agitaría por la superficie de la Tierra.

Los ruidos de la vida fueron apagándose todos, pero algunos hubo que no desaparecieron en absoluto, y hasta los hubo que resonaron triunfantes en medio de aquella bajamar universal. En un mundo inconsciente, los relojes de los campanarios de las iglesias dieron las dos y luego las tres. Los relojes siguieron con su tic-tac, dando puntualmente las horas para unos oídos sordos e inconscientes...

Y entonces sobrevino el primer albor de la mañana, los primeros crujidos de la revivificación. Tal vez en aquella imprenta los filamentos de las lámparas ardían todavía, la maquinaria aún latía débilmente cuando los encogidos bultos de ropas se transformaron otra vez en hombres y empezaron a moverse y a mirar. El personal de la imprenta se sintió indudablemente escandalizado al comprobar que todos se habían dormido. En medio de aquella aurora deslumbrante, el *New Paper* se despertó maravillado, y se levantó, parpadeando ante su nueva y asombrosa personalidad...

Los relojes de las iglesias de la ciudad, de prisa, como si se empujaran unos a otros, empezaron a dar las cuatro. El personal de la imprenta, sucio y despeinado, pero con una extraña sensación de refrigerio en las venas, se situó alrededor de las averiadas máquinas, maravillado e interrogativo. El director leyó los titulares que había aprobado la noche anterior con una risa de incredulidad. Hubo muchas risas involuntarias aquella mañana. Fuera, en la calle, los distribuidores pasaban la mano por el cuello y frotaban las rodillas de sus caballos, que comenzaban a despertarse.

Y entonces, muy despacio, después de un sinfín de conversaciones y de dudas, se dispusieron otra vez a publicar el periódico.

Hay que imaginarse todos aquellos individuos, medio atontados aún y profundamente perplejos, impulsados por la inercia de sus antiguas ocupaciones,

dedicándose de la mejor manera que sabían a una labor que resultaba tan extraordinaria como irracional. Debieron de trabajar sumidos en un mar de incertidumbres, y, no obstante, alegres y conscientes de sus actos. A cada paso debió de haber interrupciones para discutir los infinitos problemas que se les planteaban. Aquel periódico no llegó a Menton hasta cinco días después.

4

Dejadme que os transmita una impresión muy real que recibí de un individuo vulgar y prosaico, un tendero de ultramarinos llamado Wiggins, y que os explique lo que le sucedió durante el Cambio. Oí la historia de aquel hombre en la oficina de Correos de Menton, cuando, la tarde del Primer Día, se me ocurrió telegrafiar a mi madre. El sitio donde yo me encontraba era también una tienda de ultramarinos, y resultó que dicho tendero y el propietario de esta última tienda estaban conversando cuando yo entré. Eran acérrimos rivales, y Wiggins acababa de cruzar la calle para poner punto final al hostil silencio que se había mantenido entre los dos durante una veintena de años. El destello del Cambio se vislumbraba en sus ojos, y sus mejillas ligeramente sonrosadas y sus gestos más sutiles hablaban a voces de las nuevas influencias físicas que habían invadido todo su ser.

—No hemos obtenido ningún provecho de todo nuestro odio —me dijo *Mr. Wiggins* al explicarme la emoción de su encuentro—, y tampoco sacaron el menor provecho nuestros parroquianos. He venido para decírselo a mi antiguo competidor. Tenga usted esto bien presente, joven, si llega alguna vez a tener una tienda propia. Hemos estado dominados por una estúpida enemistad y no puedo imaginarme cómo no lo hemos visto antes bajo este aspecto. Fue una verdadera estupidez. ¡Una envidia estúpida! ¡Piense usted...! ¡Dos personas viviendo a la distancia de una pedrada que no se hablan durante veinte años y que continuamente van endureciendo más y más su corazón cada uno respecto al otro!

—Yo tampoco puedo imaginarme cómo llegamos a semejante estado de cosas, *Mr. Wiggins* —repuso el otro, empaquetando té en paquetes de una libra, por mero hábito, mientras hablaba—. Fue nuestro maldito orgullo y nuestra obstinación. Sabíamos que era una necedad, pero así y todo, persistimos en ello.

Yo seguía allí de pie redactando el telegrama.

—Hace unos días —prosiguió, dirigiéndose a mí—, decidí vender con rebaja los huevos franceses. Perdía dinero, claro está. Mi competidor había puesto un gran letrero con el precio de nueve peniques la docena... Yo los rebajé de golpe a ocho peniques. ¡Una rebaja de un penique por docena, demonio! Justo, justo por encima del precio de coste... Y hasta no sé, no sé... Y aun así...

Se inclinó por encima del mostrador y concluyó:

—¡No eran la misma clase de huevos!

—¿Y qué persona que esté en sus cabales haría semejante cosa? —preguntó *Mr. Wiggins*.

Yo entregué mi telegrama y el dueño de la tienda lo despachó en seguida. Y mientras se hallaba con ello, yo me puse a cambiar impresiones con *Mr. Wiggins*. Ignoraba tanto como yo entonces la naturaleza del cambio que se había obrado en todas las cosas. Se había alarmado tanto por las llamaradas verdes, según dijo, que, después de haberlas estado observado durante un rato desde detrás de las persianas de su dormitorio, se había levantado vistiéndose apresuradamente, y había hecho asimismo que se levantara toda su familia, a fin de que todo el mundo se hallara preparado para el final. Hizo que todos se vistieran con el traje de los domingos y salieron juntos al jardín, con la mente tan sobrecogida por la admiración que les causaba la gloriosa magnificencia del espectáculo, como por un grande y creciente pavor. Eran protestantes estrictos, gente muy religiosa fuera de las horas de trabajo, y a todos les pareció, durante aquellos últimos momentos de magnificencia, que, después de todo, tal vez la ciencia anduviese equivocada y los fanáticos estuviesen en lo cierto. Los vapores verdes traían la convicción, y aquella buena gente se preparó para su próximo encuentro con su Dios...

Hay que tener presente que aquel individuo tenía un aspecto muy vulgar. Iba en mangas de camisa y con un delantal sujeto sobre su enorme barriga, y me contó su historia con un acento anglicano que sonó en mis oídos a inglés chapurreado de Staffordshire. Refirió su historia sin el menor asomo de vanidad, como si fuese una cosa incidental, y, no obstante, me dio la sensación de algo heroico.

Aquella gente no echó a correr de un lado para otro, como hicieron muchísimos. Aquellos cuatro seres vulgares y sencillos se quedaron fuera de la puerta trasera de su casa, en medio del senderito de su jardín que corría por entre una plantación de uvas espinas, agobiados por los terrores de su Dios y de sus Juicios que se cernían sobre ellos... y allí mismo empezaron a cantar. Y allí se quedaron, el padre, la madre y las dos hijas, cantando reciamente, pero con la monotonía con que solían cantar sus correligionarios...

«Con la esperanza de Sión, mi alma en triunfo canta...».

Y así fueron cayendo uno tras otro, y allí yacieron inmóviles.

El jefe de la oficina de Correos los había oído cantar, en medio de las crecientes tinieblas. «Con la esperanza de Sión...».

Era la cosa más extraordinaria del mundo ver a aquel individuo rubicundo, de brillante mirada, cómo nos contaba la historia de su reciente defunción. No parecía posible que aquello hubiese ocurrido durante las últimas doce horas. Daba la sensación de algo pequeño y remoto el hecho de aquellas personas que se iban cantando, entre las tinieblas, hacia su Dios. Era como si me enseñaran una escena pintada de una manera menuda y meticulosa, en un medallón.

Pero el efecto no quedaba limitado a aquel objeto preciso. Un gran número de

cosas que habían acontecido antes del advenimiento del cometa habían sufrido la misma reducción transfiguradora. También hubo otras personas, según he sabido después, que fueron juguete de la misma ilusión, de cierta sensación de engrandecimiento. Tuve la impresión entonces, y aún sigo teniéndola ahora, de que aquel pequeño ente oscuro que se había lanzado a través de Inglaterra en persecución de Nettie y de su amante no tendría más allá de tres centímetros de altura, y que toda nuestra vida anterior no había sido otra cosa que una representación en un teatro de marionetas mal iluminado, que había tenido lugar durante el crepúsculo...

5

La imagen de mi madre se me aparece siempre que pienso en el Cambio. Y me acuerdo de que un día me hizo una confesión.

Había estado sin poder dormir toda la noche, según me dijo, y creyó que las detonaciones de las estrellas errantes y meteoritos eran disparos de armas de fuego. Había habido disturbios en Clayton y en todo Swathinglea durante el día, así es que se levantó de la cama para ver en qué paraba aquello. Tuvo la vaga sensación de que yo andaba metido en los disturbios.

Pero cuando sobrevino el Cambio ella ya no estaba mirando.

—Cuando vi aquella lluvia de estrellas —me dijo— y pensé que tú te hallabas fuera de casa en medio de todo aquello, creí que no estaría de más rezar una oración por ti, ¿verdad? Pensé que a ti no te importaría.

Y de este modo obtuve otra de mis imágenes. Los verdes vapores van y vienen, y, al lado de su cubrecama de retales, aquella anciana querida se arrodilla y se inclina y se cae, entrecruzadas aún las nudosas manos en actitud de plegaria... ¡de plegaria por mí!

A través de las endebles cortinillas y de las desconchadas persianas me imagino cómo van desvaneciéndose las estrellas por encima de las chimeneas, cómo la pálida luz de la aurora se va insinuando en el cielo y cómo la vela de mi anciana madre llamea y se apaga...

Aquello también vino hacia mí, a través de la quietud y de la inmovilidad, aquella figura silenciosa arrodillada, aquella dulce y ardiente plegaria a Dios para que me amparase, plegaria silenciosa en un mundo envuelto en el silencio, volando a través de los espacios...

6

Con la aurora, el despertar se fue propagando por toda la Tierra. Ya os he explicado cómo llegó hasta mí y cómo anduve maravillado por los transfigurados campos de trigo y de cebada de Shaphambury. Así le llegó a todo el mundo. Muy próximos a mí, durante un buen rato y completamente olvidados por mí, Verrall y Nettie se despertaron... Se despertaron muy cerca el uno del otro, y los dos oyeron antes que ningún otro sonido sus propias voces en medio del silencio y de la luz. Y los seres dispersos que habían ido corriendo de una parte a otra y que habían caído en la playa de *Bungalow*, se despertaron; los durmientes habitantes de Menton se despertaron también y se incorporaron en medio de aquella insospechada y refrescante novedad; las contorsionadas figuras yacentes en el jardín con el himno religioso aún en los labios empezaron a moverse en medio de flores, y tocándose tímidamente unas a otras creyeron que se hallaban en el Paraíso. Mi madre se encontró agazapada al lado de la cama y se levantó... Se levantó con una alegre e invencible convicción de que sus plegarias habían sido escuchadas...

Cuando nos llegó la noticia, los alemanes concentrados entre las dos líneas de polvorientos álamos que bordeaban la carretera de Allarmont, se hallaban ya compartiendo su café con los soldados de infantería franceses, que habían salido a saludarles desde sus camufladas trincheras, entre los viñedos, en las laderas de Beauville. Aquellos hombres preparados para una inminente escaramuza, y que habían caído dormidos en plena tensión nerviosa, a punto de lanzar el cohete que debía dar la orden de disparar y empezar con el estruendo y batahola de sus fusiles, se hallaban poseídos de cierta perplejidad. Al ver y oír el movimiento humano y la confusión de la carretera de abajo, se habían sentido invadidos, cada uno de ellos, de la sensación de que les era totalmente imposible disparar. Un recluta nos ha descrito la historia de su despertar y lo curioso que le pareció el fusil a su lado en la trinchera y cómo se lo puso sobre las rodillas para examinarlo mejor. Luego, a medida que el recuerdo de su propósito se fue aclarando, soltó el arma y se puso de pie, con una especie de gozoso horror ante la comprobación del crimen de que se había escapado, para poder ver más de cerca a los hombres a quienes debía de haber asesinado. ¡Bravos muchachos que no merecían tan triste destino! El cohete anunciador no fue disparado. Abajo, los hombres ya no formaron en filas, sino que se quedaron sentados en la cuneta en grupos, discutiendo con incredulidad las causas de la guerra.

—¡El emperador! —decían—. ¿El emperador? ¡Qué tontería! Nosotros somos civilizados. ¡Que se encargue otro de todo eso...! ¿Dónde está el café?

Los oficiales sujetaban sus propios caballos y hablaban francamente con la tropa, sin preocuparse de la disciplina. Algunos de los franceses salieron de las trincheras y se fueron saltando cuesta abajo. Otros permanecieron en actitud expectante, con el fusil en la mano. Unas caras llenas de curiosidad se quedaron observando a estos últimos. Algunas exclamaciones se dejaron oír:

—¡A ver! ¡Dispara!

—¡Tonterías!

—¡Son ciudadanos franceses, muy respetables!

Hay un cuadro donde está todo ello pintado, con mucha claridad y detalle, a la luz de la mañana, en la Galería de las Batallas, entre las ruinas del viejo Nancy, donde se ve el uniforme de antaño del «soldado», con las extrañas gorras, cintos y botas, la cartuchera, la cantimplora, aquella especie de equipaje de turista que llevaban auestas los hombres, todo un equipo rarísimo y elaborado. Los soldados se fueron despertando uno tras otro. Me pregunto a veces si, de haberse despertado los dos ejércitos en un solo instante, la batalla, por mero hábito e inercia, no habría empezado por las buenas. Pero los hombres que se despertaron en primer lugar, se incorporaron, miraron a su alrededor, mudos de asombro, y tuvieron tiempo para pensar un poco...

7

Por todas partes había risas, por todas partes había lágrimas.

Hombres y mujeres, al encontrarse de repente iluminados y exaltados, capaces de realizar lo que hasta entonces habían juzgado como imposible, incapaces de realizar lo que hasta entonces había sido para ellos irresistible, felices, esperanzados, altruistamente enérgicos, rechazaron de plano la suposición de que aquello fuese meramente un cambio en la sangre y la textura material de la vida. Negaban la existencia de los cuerpos que Dios les había dado, del mismo modo que en otro tiempo los salvajes del Alto Nilo se rompían los caninos, porque les daban, según ellos, la apariencia de bestias. Aquellos hombres y mujeres declararon, en su entusiasmo, que a lo que todos asistían era a la venida de un espíritu, y no había nada fuera de esto que pudiera satisfacer su necesidad de explicaciones. Y hasta cierto punto fue verdad aquello de la venida de un Espíritu. El Gran Renacimiento salió directamente del Cambio, la última, la más profunda, la más extensa y la más duradera de las vastísimas inundaciones de emoción religiosa que llevan este nombre.

Pero, en realidad, difería esencialmente de sus innumerables predecesores. Los antiguos renacimientos fueron diversas fases de fiebre; éste fue el primer movimiento de salud; era, en conjunto, más quieto, más intelectual, más particular, más religioso que ninguno de los otros. En otro tiempo, y más especialmente en los países protestantes, donde las cosas de la religión eran motivo de franca conversación, y la ausencia de la confesión y de sacerdotes bien entrenados hacía que los estados emotivos religiosos fuesen contagiosos y explosivos, el revivalismo, en sus diversos grados, constituía una fase normal de la vida religiosa. El revivalismo estaba siempre algo presente en todas partes, ya fuera por medio de alguien que se dedicaba a turbar la conciencia de los habitantes de determinado pueblo, ya por medio de una velada de emoción en alguna Sala de las Misiones; de vez en cuando una gran tormenta que barría un continente, otras veces en forma de un esfuerzo organizado que se

presentaba en alguna ciudad con banda y banderas y folletos y carteles y automóviles, dispuestos a salvar almas. Nunca, en ocasión alguna, tomé parte ni me sentí atraído por ninguno de estos movimientos. Mi naturaleza, aunque apasionada, tenía un sentido demasiado crítico (o escéptico si queréis, porque lo mismo da), a la vez que era excesivamente tímida para poder ser arrastrada a esta suerte de torbellinos. Sin embargo, en diversas ocasiones Parload y yo asistimos, burlones, aunque algo turbados, sentados en las últimas filas, a alguna reunión revivalista.

Llegué a conocer lo bastante de ellos para comprender su naturaleza, y no me sorprende enterarme ahora que, antes de la venida del cometa, por todos los ámbitos del mundo, incluso entre salvajes, incluso entre caníbales, se registraban los mismos trastornos periódicos o al menos otros muy semejantes. El mundo se estaba apagando; hallábase febril y lleno de confusiones, y aquellos fenómenos no eran ni más ni menos que la instintiva lucha del organismo contra la pérdida de su potencia, la coagulación de sus venas, la limitación de su vida. Invariablemente aquellos «resurgimientos» eran seguidos de períodos de vida sórdida y restringida. Los hombres obedecían a sus bajos motivos inmediatos hasta que el mundo llegaba a hacerse intolerablemente amargo. Alguna desilusión, algún obstáculo, llegaba a alumbrar (de un modo ciertamente muy sombrío, pero, así y todo, suficiente para tener una visión distinta) la hacinada escualidez, el tenebroso recinto de la vida. Quedaban sus espíritus llenos, al fin, de un repentino asco que rápidamente les invadía por la insensata pequeñez de la antigua manera de vivir, de la realización del pecado, de un sentido de indignidad respecto a todas las cosas individuales, de un deseo por algo comprensivo, sustentador, por algo de mayores proporciones, por más amplias comuniones y porque las cosas fueran menos habituales. Sus almas, formadas para más amplios fines, les gritaban de repente en medio de los nimios intereses, de las estrechas prohibiciones, de la vida: «¡Eso no, eso no!». Una gran pasión para escapar de la celosa prisión de ellos mismos, una pasión inarticulada, balbuciente, llorosa, los iba invadiendo paulatinamente.

Yo he visto (recuerdo que lo vi en la capilla calvinista metodista de Clayton) al viejo Pallet, el quincallero, arrepentirse, con su cara gorda y pecosa, deformada bajo la luz de los mecheros de gas. Se dirigió al banco del arrepentimiento, un banco destinado a esta clase de exhibiciones, y empezó a acusarse, sollozando, con gran pesadumbre y repugnancia, de alguna indelicadeza sexual (era viudo), y recuerdo aún perfectamente cómo su obeso corpachón temblaba y se balanceaba bajo el peso de su grandísima pena. Expuso su pecado ante quinientas personas, las mismas ante las cuales, en circunstancias ordinarias, disimulaba sus propósitos y sus pensamientos. Y es un hecho que demuestra la realidad de las cosas, que a pesar de ser yo entonces un jovencuelo despreocupado, no me reí en absoluto de aquel hombre gimoteando y grotesco, no me reí ni pensé siquiera en la posibilidad de sonreír. Lo escuché grave y atento..., tal vez algo perplejo.

Sólo más tarde, y con cierto esfuerzo artificioso, me eché a reír...

Aquellos «resurgimientos» de antaño eran, como digo, los movimientos convulsivos de un cuerpo que agoniza. Son las manifestaciones más claras que existen de la época anterior al Cambio, de que prácticamente todos teníamos la sensación de que las cosas distaban mucho de andar bien. Pero demasiado a menudo no eran más que iluminaciones momentáneas. Su fuerza se derrochaba en gritos incoordinados, gesticulaciones y lágrimas. Eran únicamente a modo de llamaradas de opinión. El hastío de la estrechez de la vida, de la bajeza de la vida, se manifestaba en nuevas bajezas y estrecheces. El alma avivada se transformaba en menos de un día en hipócrita; los profetas se disputaban la prioridad; las seducciones (y esto es una cosa indiscutible) eran frecuentes entre los penitentes, y Ananías se iba a su casa y volvía con un regalo falsificado. Y era casi universalmente admitido que los conversos tenían que ser impacientes e inmoderados, desdeñosos de la razón, cargados de expedientes y argumentos opuestos al sano equilibrio, a la destreza y al conocimiento. Completamente llenos de la gracia, como viejos odres de fino pellejo, desbordantes de vino, daban la impresión de que estallarían, de que reventarían al ponerse en contacto con los duros hechos y la sana dirección.

Así se derrocharon los antiguos «resurgimientos», pero el Gran Resurgimiento no se derrochó, sino que se desarrolló hasta ser, para la mayor parte de la cristiandad al menos, la permanente expresión del Cambio. Por parte de muchos, el resurgimiento ha tomado la apariencia de una tajante declaración de que se trataba nada menos que de un Segundo Adviento. No me atañe a mí discutir la validez de esta sugerencia, pero lo cierto es que para casi todos ha sido equivalente a un duradero ensanchamiento de todos los aspectos de la vida...

8

Un recuerdo insignificante reaparece en mi memoria. Es insignificante, pero, a pesar de ello, gracias a algún ardid de calidad, es lo que resume el Cambio para mí. Es el recuerdo de las bellísimas facciones de una mujer, una mujer de rostro colorado y ojos brillantes de lágrimas que pasó por mi lado sin dirigirme la palabra, arrebatada por alguna intención secreta. Pasó por mi lado cuando, a primera hora de la tarde de aquel día primero, agobiado por un repentino remordimiento, bajé a Menton para enviar un telegrama a mi madre diciéndole que todo iba bien. Ignoro a dónde iba aquella mujer, como ignoro de dónde venía. Nunca volví a verla, y únicamente su cara, resplandeciente con aquella luminosa resolución novísima, ha quedado grabada en mi memoria...

Aquella expresión suya era la del mundo entero.

CAPÍTULO III

EL CONSEJO DE GOBIERNO

1

Qué cosa más extraña y sin precedentes fue aquel Consejo de Gobierno en el que estuve presente, aquel Consejo de Gobierno que se reunió dos días más tarde en el bungaló de Melmount y que acordó convocar una conferencia para redactar la constitución del Estado Mundial. Estuve allí presente porque me convenía permanecer al lado de Melmount. No tenía necesidad de ir a ningún sitio, y no había nadie en el bungaló en el que estaba confinado a causa de su tobillo roto, más que un secretario y un ayuda de cámara para ayudarle a dar comienzo a su contribución en las enormes tareas que evidentemente aguar daban a los gobernantes del mundo. Yo sabía taquigrafía y como allí no había siquiera un fonógrafo, tan pronto como él tuvo vendado el tobillo entré en su casa, y sentándome en su escritorio empecé a escribir bajo su dictado. Una prueba de la extraña desidia que corría parejas con la espasmódica violencia de antaño es el hecho de que el secretario no supiera taquigrafía y de que no hubiese ningún teléfono en aquel lugar. Todos los mensajes debían ser llevados a la oficina de Correos del pueblo, a aquella tienda de ultramarinos de Menton, situada cerca de un kilómetro de distancia... Así, pues, tomé asiento en el fondo de la habitación de Melmount, donde habían llevado el escritorio, y empecé a anotar lo que se estimó necesario. En aquella ocasión, la habitación me pareció ser la mejor amueblada del mundo, e incluso ahora podría identificar los colores vivos y alegres de la tela del sofá en que estaba echado el gran hombre de Estado y el fino y rico papel, el rojo lacre y la escribanía de plata del escritorio. Ahora ya sé que mi presencia en aquel cuarto era algo extraña e insólita y que la puerta abierta y hasta las entradas y salidas de Parker, el secretario, constituían otras tantas innovaciones. En otro tiempo, los Consejos de Gobierno eran una especie de cónclave secreto, ya que lo secreto y lo furtivo constituían la esencia de la vida pública. Antiguamente todos los hombres ocultaban algo a todos los demás; la gente se mostraba cautelosa, prevaricadora y engañosa, la mayoría de las veces sin motivo alguno. Casi sin que nadie se diera cuenta, aquella reserva había desaparecido de la vida.

Cierro los ojos y vuelvo a ver aquellos mismos hombres y oigo sus deliberaciones. Primeramente los veo algo difuminados bajo la fría lucidez de la luz diurna, y luego los veo concentrándose y juntándose entre las sombras y el misterio, alrededor de las pantallas de las lámparas. Formando parte integrante de esta imagen

y destacándose muy claramente, tengo el recuerdo de unas migas de bizcocho y una gota de agua derramada, que quedó brillando redondita para sumirse en seguida en el verde mantel...

Recuerdo particularmente la figura de Lord Adisham. Llegó al bungalow un día antes que los demás, pues era el amigo íntimo de Melmount. Dejadme que os describa a ese estadista, a ese hombre de Estado, único entre los quince que hicieron la última guerra. Lord Adisham era el ministro más joven, tenía cuarenta años y un aspecto simpático y risueño. Sus limpias facciones grisáceas presentaban un recto perfil, unos ojos sonrientes, una amable y cuidada voz, un rostro bien afeitado y unos modales fáciles y aplomados. Tenía aquella perfecta calidad del hombre que había ido a parar con facilidad a un sitio ya preparado para él. Tenía el temperamento de lo que entonces solíamos llamar «un filósofo», o sea, en realidad, un indiferente. El Cambio lo había cogido en pleno fin de semana, pescando con moscas artificiales, y hasta recuerdo que dijo que se había encontrado al despertarse con la cabeza a la distancia de un metro del agua. Cada vez que había crisis, Lord Adisham se iba invariablemente a pescar con moscas artificiales a fin de mantener su ánimo a tono con la situación. Y cuando no había crisis nada había que le gustase tanto como pescar con moscas artificiales, y como que, naturalmente, no había nada que pudiera impedirselo, se iba a pescar igualmente. Cuando compareció allí, vino resuelto a abandonar la pesca. Yo estaba presente cuando Lord Adisham llegó a la residencia de Melmount y le oí decir aquello; y por medio de un camino mucho más ingenuo era evidente que había llegado al mismo plan de intenciones que había llegado mi patrono. Los dejé solos para que conversaran a sus anchas, pero luego volví para mandar sus largos telegramas a sus colegas que iban a venir. Lord Adisham estaba, sin duda alguna, tan afectado por el Cambio como el mismo Melmount, pero sus hábitos de urbanidad, ironía y aceptable buen humor habían sobrevivido al Cambio, y entonces expresaba la alteración de su actitud, sus emociones expansivas en una rara modificación del viejo estilo de hombre de mundo, con artificioso horror del entusiasmo que le dominaba.

Aquellos quince hombres que gobernaban el Imperio Británico eran extrañamente diferentes de como yo había esperado encontrarles, y siempre que no se requerían mis servicios me quedaba contemplándolos atentamente. Los políticos y hombres de Estado ingleses formaban una clase muy peculiar en aquella época, clase que actualmente ha desaparecido totalmente. En algunos aspectos eran distintos de los hombres de Estado de los otros países del mundo, y no encuentro ahora ninguna referencia adecuada de ellos... Tal vez vosotros seáis lectores de viejos libros. Si es así, los encontraréis retratados con un poco de hostil exageración en *La casa desierta*, de Dickens, o con una mezcla de grosera adulación y de aguda comicidad por Disraeli, que gobernó entre ellos accidentalmente, por un equívoco y por complacer a la Corte, y todas sus arrogancias han sido descritas, ominosamente tal vez, pero sin faltar a la verdad, tal como los vieron las personas pertenecientes a la clase «oficial

permanente», en las novelas de la señora Humphry Ward. Todos estos libros están aún en este mundo a disposición de los curiosos, y además de todo ello el filósofo Bagehot y el pintoresco historiador Macaulay nos dicen algo sobre sus métodos de pensar, el novelista Thackeray evita el lado peor de su vida social y existen algunos párrafos muy buenos y muy irónicos de descripciones personales y recuerdos que pueden encontrarse en el *Twentieth Century Garner*, debidas a las plumas de escritores como, por ejemplo, Sidney Low. Pero una imagen de ellos en conjunto es precisamente lo que hace falta. Entonces ellos eran demasiado grandes y estaban demasiado próximos; ahora, con enorme rapidez, se nos han vuelto incomprensibles.

Nosotros, los pertenecientes al pueblo de antaño, fundábamos los conceptos que teníamos de nuestros gobernantes casi enteramente en las caricaturas que entonces constituían el arma más poderosa de la controversia política. Igual que la mayor parte de los aspectos diversos del antiguo estado de cosas, aquellas caricaturas obtenían un desarrollo insospechado, eran como una especie de tumor parasitario de lo que finalmente habían sustituido por entero, o sea de las tenues y vagas aspiraciones de los ideales democráticos originales. Representaban no solamente las personalidades dirigentes de nuestra vida pública, sino los más sagrados conceptos estructurales de esa vida bajo unos aspectos risibles, vulgares y deshonorosos, y finalmente llegaron casi a construir por entero toda suerte de sentimientos graves y honorables hacia el Estado. El Estado de la Gran Bretaña estaba casi siempre representado por un rubicundo granjero, orgulloso de sus talegas y con una enorme barriga, y aquel refinado ensueño de libertad que son los Estados Unidos se representaba bajo la forma del astuto y flaco perillán con una chaqueta azul y un pantalón a rayas. Los principales ministros del Estado eran rateros, lavanderas, payasos, ballenas, jumentos y elefantes, y muchos problemas que afectaban al bienestar de millones de personas eran tratados y juzgados igual que si se tratara de una pantomima idiota. Una guerra trágica en el África del Sur que destruyó millares de hogares, empobreció a dos países, y produjo la muerte o la invalidez a cincuenta mil hombres, se representaba como una disputa de una gran comicidad entre un ente estafalario y violento llamado Chamberlain, provisto de un monóculo, una orquídea y un genio muy malo, y el viejo Kruger, anciano obstinado y muy astuto, tocado con un mal sombrero ridículo. El conflicto fue comentado, a veces, en tonos de bestial irritabilidad, y otras veces en tonos de relajada indecencia.

El alegre malversador se hizo bonitamente millonario tras aquella pendencia digna de asnos, y detrás de estas simplezas y disimulado por ellas, iba avanzando el Destino, hasta que por fin aquellos payasos de feria abrieron las puertas de la barraca para revelar lo que había en su interior: hambre y sufrimientos, tizones ardiendo y espadas y un sinfín de cosas vergonzosas. Aquellos hombres habían llegado a la fama y al poder en aquella atmósfera, y aquel día se me presentaron como la más extraña de las fantasías: los vi como actores que hubieran abandonado de pronto sus papeles grotescos de payasos y de tontos, como si se hubieran lavado la pintura de la cara y

hubiesen dejado de lado la pose profesional.

Aún en los casos en que la representación no era francamente grotesca y degradante, era enteramente equívoca. Cuando leo algo sobre Laycock, por ejemplo, se me presenta la imagen de una gran inteligencia, muy activa, aunque algo desatinada, en un corpachón heroico y compacto, pronunciando aquel discurso «goliático» que tanto contribuyó a precipitar las hostilidades, y no se adapta a la imagen de aquel personaje tartamudo, con voz de falsete, algo calvo y muy pagado de sí mismo que vi, ni concuerda tampoco con la descripción desdeñosa que de él me hiciera Melmount. Dudo mucho que el mundo tenga nunca una visión adecuada de aquellos hombres, tal como eran en realidad antes del Cambio. Con cada año que transcurre van pasando, de un modo cada vez más increíble, más lejos de nuestra simpatía intelectual. Nuestro alejamiento no puede robarles la porción que les corresponde de derecho en la historia del tiempo pasado, pero los desposeerá de todos los efectos que la realidad pudiera darles. Toda su historia en conjunto, se nos hace cada vez más extraña, cada vez más semejante a una especie de rarísimo drama bárbaro representado en una lengua olvidada. Allí los vemos pasearse pomposamente, en las fantásticas metamorfosis de la caricatura, allí vemos a los antiguos primeros ministros y presidentes, con sus estaturas absurdamente exageradas por las tragedias políticas, con sus facciones cubiertas por grandes máscaras inhumanas, con sus voces adulteradas por las necias frases hechas de los discursos en público, disfrazados más allá de toda semejanza con la sensatez humana, rugiendo y protestando por medio de la Prensa. Allí se queda la incomprensible farsa ajada y descolorida, apartada, abandonada, completamente descartada en este nuevo mundo, desierta y silenciosa, desprovista de todo interés, con sus múltiples vaciedades tan inexplicables hoy como las crueldades de la Venecia medieval, como la teología del antiquísimo Bizancio. Y, sin embargo, esos payasos gobernaron en otro tiempo e influyeron en las vidas de cerca de la cuarta parte del género humano; esos políticos, con sus absurdas preocupaciones, imperaron en el mundo, fueron causa de mucho ruido, de mucho entusiasmo, de mucha excitación, y permitieron la existencia... de una miseria infinita.

Vi a esos hombres realmente avivados por el Cambio, pero vestidos aún con el extraño ropaje de aquellos tiempos, los modales y los convencionalismos de la época; si se habían desprendido de las opiniones y puntos de vista del viejo mundo todavía tenían que referirse constantemente a la época caducada, como punto de partida común. Mi inteligencia refrescada estaba al nivel de las de ellos, de modo que creo que los vi en su absoluta realidad. Estaba allí Gorrell-Browning, el canciller del Ducado, y lo recuerdo como un hombre alto, carirredondo, cuya esencial vanidad y tontería de expresión, cuyo hábito de proferir voluminosas trivialidades en sus discursos, triunfaron absurdamente en una o dos ocasiones del espíritu que en su interior se había despertado. Gorrell-Browning luchó contra ello, se burló de sí mismo y se echó a reír. De repente, dijo sencilla e intensamente (y para todos fue

aquél un momento de auténtica, neta y clara pesadumbre):

—He sido un tipo vano, complaciente conmigo mismo y presuntuoso... Poca utilidad voy a prestar aquí. Me he entregado a la política y a las intrigas y se me ha escapado la misma esencia de la vida.

Entonces, durante un buen rato, permaneció sentado, inmóvil.

También estaba Carton, el Lord Canciller, de rostro blanco y ojos inteligentes, cuya maciza faz rasurada era digna de haber estado entre los bustos de los Césares, con una voz lenta y elaborada dicción, con labios sensuales, ligeramente oblicuos y triunfantes, y un parpadeo momentáneo, voluntarioso y humorístico a la vez.

—Tenemos que perdonar —dijo—. Tenemos que perdonar a todos, incluso a nosotros mismos.

Estos dos estaban en un extremo de la mesa, de modo que yo podía verlos muy bien. Madgett, el ministro del Interior, más pequeño que aquellos otros dos, con arrugadas cejas y una sonrisa helada en su boca torcida de delgados labios, estaba al lado de Carton, contribuyendo muy poco a la discusión salvo en unos cuantos comentarios muy inteligentes, y cuando la luz eléctrica, después de unas oscilaciones, se apagó, las sombras se profundizaron extrañamente en sus órbitas y le dieron la enigmática expresión de un irónico duendecillo. A su lado hallábase aquel gran par del Reino, el conde de Richover, cuya autoindulgente indolencia le había permitido aceptar el papel de patricio romano en la Inglaterra del siglo XX, mecenas y protector de la cultura, que había distribuido su tiempo por partes casi iguales entre sus *jockeys*, la política y la composición de algunos estudios literarios para mantenerse a tono con su papel.

—No hemos hecho nada que valiera la pena —dijo—. Y en cuanto a mí, ¡vaya personaje que he estado representando!

Reflexionó unos momentos. Sin duda alguna, estuvo pensando en sus dilatados años patricios, en las hermosas casas señoriales donde había morado, en las numerosas carreras de caballos en que su nombre había sido vociferado, en las entusiásticas reuniones que él había alimentado de bellas esperanzas, en sus fútiles modales, magníficos y condescendientes, en sus baladíes intentos literarios...

—He sido un tonto —confesó sin ambages.

Los otros le escucharon con un respetuoso silencio.

Gurker, el ministro de Hacienda, estaba en parte oculto, desde mi punto de vista, detrás de Lord Adisham. De vez en cuando, Gurker se inmiscuía en la discusión, inclinándose hacia adelante, con una profunda voz cavernosa, una gran nariz, una boca vulgar, con el labio inferior caído y saliente y unos agudos ojuelos que lo observaban todo en medio de pliegues y arrugas. Hizo su confesión por cuenta de su raza.

—Nosotros, los judíos —dijo—, hemos pasado por el sistema de este mundo sin crear nada, consolidando muchas cosas y destruyendo otras muchas. Nuestro orgullo racial ha sido monstruoso. Parece como si hubiéramos empleado nuestra amplia y

grosera intelectualidad nada más que para desarrollar, dominar y mantener la convención de la propiedad, para transformar la vida en una especie de ajedrez mercantil a fin de poder gastar nuestras ganancias groseramente... Hemos carecido del sentido de servir a la Humanidad. La belleza, que es un atributo divino..., la hemos transformado en una posesión.

Esos hombres y esas palabras permanecen muy concretamente en mi memoria. Acaso las haya escrito yo mismo en aquella ocasión, pero de eso no me acuerdo. No recuerdo ahora cómo se comportaron *Sir Digby Privet*, *Revel*, *Markheimer* y los demás, pero recuerdo su presencia bajo el aspecto de voces, interrupciones, comentarios expuestos imperfectamente...

Se tenía la extraña impresión de que excepto tal vez en lo que hacía referencia a *Gurker* o a *Revel*, aquellos hombres no habían deseado particularmente el poder que detentaban y que nunca habían deseado hacer gran cosa desde las posiciones que ocupaban. Se habían encontrado en el Ministerio y hasta llegar a aquel momento de iluminación y de clarividencia no se habían avergonzado de ello, pero no habían hecho tampoco nada indigno de un caballero en los asuntos que les atañían. Ocho de los quince procedían de la misma escuela y habían pasado por una educación enteramente paralela: algo de griego, algo de matemáticas elementales, algo de una «ciencia» eunuca, un poco de historia, unas lecturas de la silenciosa y tímida literatura ortodoxa inglesa de los siglos XVII, XVIII y XIX. Los ocho se habían empapado de la misma tradición insustancial de comportamiento caballeroso, una tradición esencialmente pueril, desprovista de toda imaginación, sin letras y sin armas, una tradición susceptible de derretirse en sensiblería ante una crisis cualquiera, interpretando como una gran virtud el simple deber realizado de un modo más bien torpe. Ninguno de aquellos ocho había efectuado verdaderos experimentos con la vida; todos habían vivido con las gafas puestas, habían pasado de niñera a profesora, de profesora a la escuela preparatoria, de Eton a Oxford, y de Oxford a la rutina político-social. Hasta sus vicios y sus distracciones habían sido aceptados como de buen tono. Todos ellos se habían escapado subrepticamente de Eton para asistir a las carreras de caballos, se habían escapado luego de Oxford para ir a disfrutar de la vida de la ciudad (vida de café concierto), y todos habían vuelto dócilmente a la vida escolar cotidiana. Y ahora, de pronto, descubrimos sus propias limitaciones...

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó *Melmount*—. Nos hemos despertado, y este Imperio en nuestras manos...

Ya sé que esto va a parecer la más fabulosa de todas las cosas que tengo que decir del mundo antiguo, pero lo cierto es que lo vi con mis propios ojos y lo oí con mis propios oídos. Es un hecho incontrovertible que aquel grupo de hombres que constituían el Gobierno de una quinta parte de la porción habitable de la Tierra, que mandaban un millón de hombres armados, que poseían una armada tal como el género humano no había visto semejante hasta entonces, cuyo Imperio formado de naciones, lenguas y razas diversas aún nos deslumbra en estos días mucho mejores,

no tenían en absoluto ninguna idea común respecto a lo que se proponían hacer. Habían constituido Gobierno durante tras largos años y antes de sobrevenir el Cambio no se les había ocurrido nunca la necesidad de tener ideas comunes. No había entre ellos ninguna idea común. Aquel gran Imperio no era otra cosa que algo que iba a la deriva, un algo sin ningún propósito, que comía, bebía, dormía y llevaba las armas, un algo que estaba desmedidamente orgulloso de sí mismo por el mero hecho de existir por casualidad. Era un algo sin plan, sin intención, que no significaba absolutamente nada. Y los otros grandes imperios a la deriva, peligrosamente a la deriva, como minas submarinas, se hallaban en el mismísimo caso. Por absurdo que os pueda parecer actualmente un Consejo de ministros británico, no era ni un ápice más absurdo que el organismo de control, consejo autocrático, comité presidencial, o lo que fuera, de cada uno de sus ciegos rivales...

2

Recuerdo, como algo que me sorprendió profundamente en aquella ocasión, la ausencia de todo género de discusión, de toda diferencia de opinión sobre los principios elementales de nuestro Estado actual. Aquellos hombres habían vivido hasta entonces dentro de un sistema de convenciones y motivos adquiridos: lealtad hacia un partido, lealtad hacia varios convenios secretos y sobreentendidos, lealtad hacia la Corona. Todos ellos habían sido capaces de mantener la más estricta observancia de los precedentes, todos habían sido capaces de la más completa supresión de las dudas subversivas, todos mantenían sus emociones religiosas bajo un perfecto control. Parecía como si hubiesen estado protegidos por invisibles, pero impenetrables barreras, de todas las especulaciones violentas y destructivas, de las teorías socialistas, republicanas y comunistas que se pueden todavía vislumbrar a través de la literatura de los últimos días del cometa. Pero entonces era como si en el mismo momento de despertar, aquellas barreras, aquellas defensas, se hubieran desvanecido, como si los vapores verdes hubiesen despejado sus mentes, disolviendo y arrastrando centenares de rígidas limitaciones e infranqueables obstáculos. Aquellos hombres habían aceptado y asimilado de una vez todo lo que era bueno de las mal urdidas propagandas que habían llamado de un modo tan vehemente y vano a las puertas de sus mentes en los pasados días. Era exactamente igual que el despertar de un sueño absurdo y agobiador. Habían salido juntos, del modo más natural e inevitable, para situarse en el estado iluminado por la diáfana luz del obvio y razonable acuerdo con el que también estaríamos conformes todos nosotros dentro del nuevo orden imperante en el mundo.

Permitidme que os enumere las principales cosas que habían desaparecido de sus mentes. En primer lugar había el antiguo sistema de la «propiedad», que había

conseguido enredar de un modo extraordinario la administración de la tierra sobre la que vivíamos. Antiguamente nadie creía que aquello fuese justo ni siquiera conveniente, pero todo el mundo lo aceptaba. La comunidad que vivía sobre la tierra se suponía que había renunciado a su conexión necesaria con aquella tierra, excepto en determinados casos muy limitados, tales como las carreteras y los parques. El resto había sido dividido del modo más insensato en cuadrados, rectángulos y triángulos de diversos tamaños, entre veinticinco mil hectáreas y unas pocas áreas, que habían sido colocados bajo el absoluto gobierno de una serie de administradores llamados terratenientes. Estos terratenientes eran dueños de la tierra casi del mismo modo que actualmente un hombre es dueño de su sombrero. La compraban y la vendían, y la recortaban como si fuese un pedazo de queso o de jamón, y podían cultivarla o dejarla yerma, o erigir en ella unos adefesios horribles. Si la comunidad necesitaba una carretera o una línea de tranvías, si se deseaba que un pueblo o una ciudad determinados estuviesen situados en determinada posición, incluso en el caso de que quisieran simplemente transitar por allí, podían hacerlo únicamente aceptando tratados exorbitantes con cada uno de los monarcas de los territorios afectados. Nadie podía permanecer en la tierra hasta que hubiese pagado peaje y rendido homenaje a uno de aquellos magnates. Prácticamente no estaban en relación ni tenían ningún deber con el Gobierno, nominal, municipal o nacional en cuyo territorio se encontraba enclavado el suyo propio... Esto parece, ya lo sé, una locura, pero el género humano estaba loco entonces. Y esto ocurría no sólo en los viejos países de Europa y de Asia, donde este sistema se había implantado gracias a la racional delegación del control local a ciertos magnates territoriales, que habían podido evadirse de sus deberes, sino en los «países nuevos», como entonces llamábamos a los Estados Unidos de América, a la Colonia de El Cabo, a Australia y a Nueva Zelanda, donde durante todo el siglo XIX estuvieron regalando porciones considerables de territorio a cualquier persona que quisiera aceptarlas. Si en aquellas tierras había carbón, oro o petróleo, si había buena tierra arable o un buen puerto natural, o un lugar a propósito para la edificación de una bonita ciudad, aquellos gobiernos, necios y obsesionados, pedían colonos a gritos y un verdadero raudal de zarrapastrosos, tramposos y aventureros se disponían inmediatamente a fundar una nueva sección de la aristocracia rural del mundo. Después de un breve siglo de esperanzas y de orgullo, la gran República de los Estados Unidos de América, considerada como la esperanza del género humano, se transformó en su mayor parte en una muchedumbre a la deriva de hombres sin tierra. Los propietarios de tierras, los propietarios de ferrocarriles, los propietarios de alimentos (porque tierra significa alimento), los propietarios de los minerales gobernaron la vida del Estado, dándole universidades del mismo modo que se da limosna a un mendigo, y gastaron sus recursos en una serie de lujos inútiles y estúpidos, como el mundo nunca los había visto hasta entonces. He aquí, pues, una cosa que aquellos estadistas de antes del Cambio consideraban como el orden natural del mundo, y que después del Cambio

consideraron como la loca y desvanecida ilusión de un período de demencia.

Y lo mismo que sucedió con la cuestión de la tierra, sucedió también con centenares de otros sistemas e instituciones y otros factores complicados y falsos en la vida del hombre. Hablaron de comercio, y yo, por primera vez, pude darme cuenta de que se podía comprar y vender sin que saliera perdiendo ninguna de ambas partes; hablaron de organización industrial, y pudo vislumbrarse esta organización bajo la dirección de capitanes que no buscaran viles ventajas. La niebla de las antiguas asociaciones, de los enredos personales y de los habituales reconocimientos había sido dispersada en cada una de las fases y procesos de la educación social de los hombres. Ciertas cosas, tiempo ha escondidas y disimuladas, quedaban al descubierto con una asombrosa claridad y desnudez. Aquellos hombres que acababan de despertar, se reían con una risa disolvente, y la antigua confusión de escuelas y colegios, de libros y tradiciones, la antiquísima y chapucera enseñanza de las diferentes iglesias, mitad figurativa, mitad formal, la complejidad de debilitantes y confusionistas sugerencias e indicaciones, entre las que el amor propio y el honor de la adolescencia dudaba, tropezaba y caía, se transformó, ni más ni menos, en un curioso y agradable recuerdo medio desvanecido.

—Tiene que haber una educación común para la juventud —dijo Richover—, una franca iniciación. En vez de educar a nuestros hijos, lo que hemos estado haciendo ha sido ocultarles las cosas y ponerles trampas. ¡Y tan fácil como hubiera sido educarlos bien...! ¡Tan fácilmente como puede hacerse esto...!

Todo esto persiste en mi memoria como el estribillo de aquel Consejo de Gobierno: «¡Tan fácil como es hacer esto!». Pero cuando ellos pronunciaron estas palabras, resonaron en mis oídos con la calidad de un extraordinario poder renovador. ¡Todo puede hacerse fácilmente, contando con la franqueza y el valor! Ya había pasado el tiempo en que aquellas perogrulladas tenían la frescura y el maravilloso esplendor de un evangelio.

Con unos puntos de vista tan amplios, la guerra contra los alemanes (aquella hembra mítica, heroica y armada, llamada Germania, había desaparecido de las imaginaciones de los hombres) quedó reducido a un mero episodio agotado. Melmount había logrado ya establecer una tregua, y los demás ministros, después de analizar algunas reminiscencias que los dejaron asombrados, consideraron el asunto de la paz como una mera cuestión de detalle... El plan entero de gobierno del mundo se había vuelto fluido en sus mentes, tanto en los pequeños detalles como en los grandes; y la maraña, imposible de analizar, de todos los barrios, parroquias, distritos, municipios, provincias, estados, consejos, juntas y naciones; las entrelazadas, superpuestas y antagónicas autoridades; la susceptibilidad de los pequeños intereses y reclamaciones, en los cuales una ingente multitud de abogados, agentes, apoderados, propietarios y organizadores vivían como pulgas en un viejo gabán, entre conflictos, envidias, fórmulas, desacuerdos, del antiguo orden de cosas... todo eso lo dejaron olvidado.

—¿Cuáles son los nuevos requerimientos? —preguntó Melmount—. Este Estado está demasiado podrido para poder enmendarse. Tenemos que empezar de nuevo. Pues bien, vamos a empezar de nuevo.

3

«¡**V**amos a empezar de nuevo!». Esta frase de sentido común, me pareció entonces movida por el valor, me pareció la más noble de las frases. Me sentí conmovido al oírla. En realidad, aquel día se nos presentaba tan oscuro como temible, y ninguno de nosotros pudo percibir la forma de lo que intentábamos empezar. Todo cuanto vimos fue la clara certidumbre de que el antiguo orden de cosas debía terminar para siempre...

Y entonces, en un brevísimo espacio de tiempo, la Humanidad, en una vacilante, pero eficaz, fraternidad se puso a renovar el mundo. Aquellos primeros años aquellas primera y segunda década de la nueva época, fueron, en sus detalles cotidianos, una época de trabajo gozoso y regocijante; cada uno veía, principalmente, su propia participación en aquello, y muy poco del conjunto. Es únicamente ahora, al dirigir una mirada retrospectiva a todo aquello, desde estos años ya muy maduros, desde esta elevada torre, cuando veo la dramática secuencia de sus cambios y veo como las viejas confusiones crueles de otra edad se clarifican, se amplifican y se disuelven desvaneciéndose en la lejanía ¿Dónde está ahora aquel mundo antiguo? ¿Dónde está Londres, aquella sombría ciudad de humo y de nieblas, llena de ruidos y del obsesionante rumor del desorden, con su aceitoso y reluciente río, surcado por innumerables barcas y orillado de cieno, con sus oscuros pináculos y sus ennegrecidas cúpulas, sus tristes agrupaciones de casas todas iguales, tiznadas por el hollín, sus miríadas de sucias, arrastradas y zarrapastrosas prostitutas, sus millones de empleados siempre apresurados? Incluso las hojas de sus árboles estaban sucias con negras y grasientas asquerosidades.

¿Dónde está ahora París, la blanca, con su follaje verde y disciplinado, su difícil y su inquebrantable gracia, su vicio elegantemente organizado, sus millares de obreros estrepitosamente calzados, fluyendo por los puentes bajo la fría luz gris del amanecer? ¿Dónde está ahora Nueva York, la gran ciudad del estruendo y de la energía furibunda, barrida por el viento y por la competencia, con sus enormes edificios empujándose unos a otros, alargándose cada vez más hacia el cénit para tener un lugar en el cielo, mientras los caídos son implacablemente eclipsados? ¿Dónde están sus sitios excitantes, de pesado y dispendioso lujo? ¿Dónde está el vergonzoso, contundente vicio de sus mal vigilados barrios bajos? ¿Dónde está toda aquella escuálida y extravagante fealdad de su vida tan esforzada? ¿Y dónde está ahora Filadelfia, con sus innumerables hogares, pequeñísimos y aislados, y Chicago

con sus innumerables corrales de ganado manchados de sangre y su hampa políglota de furioso descontento?

Todas esas vastísimas ciudades han desaparecido, del mismo modo que ha desaparecido mi Potteries nativa y el *Black Country*, mientras que las vidas que habían quedado allí cogidas, estropeadas, hambrientas y mutiladas en medio de sus laberintos, sus olvidadas adaptaciones, y su extensa, inhumana y mal concebida maquinaria industrial, escaparon... hacia la verdadera vida. Aquellas ciudades de crecimiento accidental han desaparecido para siempre; no humea una sola chimenea en nuestro mundo presente, y el sonido del lloriqueo de los niños que trabajaban y padecían hambre, la opaca desesperación de las mujeres cargadas, el ruido de brutales pendencias y riñas en los callejones, todos los placeres vergonzosos y las repugnantes groserías del orgullo se han ido con ellas, después del cambio fundamental que se obró en nuestras vidas. Al mirar retrospectivamente hacia el pasado veo una extensa y exultante polvareda de cambios de casa que se levanta en la clara atmósfera que siguió a la hora de los vapores verdes, vuelvo a vivir el Año de las Tiendas, el Año de los Andamiajes, y lo mismo que el triunfo de un nuevo tema en una pieza de música se elevan las grandes ciudades de nuestros días nuevos. Veo Caerlyon y Armedon, las ciudades gemelas de la baja Inglaterra, con la tortuosa ciudad de verano del Támesis entre ellas, y veo también la desvaída suciedad del viejo Edimburgo morir para renacer de nuevo, blanca y alta, bajo la sombra de su antigua colina. Y también Dublín, reformada, y haciendo renacer en ella, mucho más rica, hermosa y espaciosa la ciudad de la risa de oro y de los grandes corazones, brillando alegremente bajo un rayo de sol que se filtra entre la suave y tibia lluvia. Veo las grandes ciudades que América planeó y construyó; la Ciudad Dorada, con árboles frutales de frutos siempre maduros, a lo largo de sus espaciosas y tibias avenidas, y la Ciudad de los Mil Capiteles, con el gozo y la alegría de su continuo repicar de campanas. Veo otra vez, tal como las vi entonces, la ciudad de los teatros y de los grandes locales de reunión, la Ciudad de la Caleta Soleada y la nueva ciudad que todavía se llama Utah; y dominada por la cúpula de su observatorio y las líneas simples y dignas de la fachada de la Universidad, sobre el galayo, Martenabar, la grande y blanca ciudad de invierno en los altos de las nieves perpetuas. Y también otros lugares de menor importancia: las villas, los pueblos de veraneo, las aldeas, mitad casas mitad bosques, con un gran alboroto de torrentes saltando y despeñándose en mitad de las calles, pueblos adornados con avenidas de cedros, pueblos de jardines, de rosas y otras flores maravillosas y animados por el perpetuo zumbido de las abejas. Y por todo el mundo van nuestros hijos, los mismos que el antiguo mundo habría transformado en serviles oficinistas y en dependientes de comercio, en esclavos del arado y en criados; nuestras hijas, que antes eran unas chiquillas anémicas, prostitutas, mujeres astrosas y sucias, madres llenas de ansiedad o ajadas y gruñonas ruinas, ahora van por el mundo alegres y valerosas, aprendiendo, viviendo, dichosas y contentas, valientes y libres. Pienso en ellas paseándose por las claras y vetustas ruinas de Roma, por entre las

tumbas de Egipto o los templos de Atenas, pienso en su llegada a Mainington y en su extraña felicidad, en su llegada a Orba con la maravilla de su blanca y esbelta torre... Pero, ¿qué puede decirse de la plenitud y el placer de vivir? ¿Quién podría enumerar todas nuestras nuevas ciudades en el mundo...? Ciudades construidas por las cuidadosas manos de los hombres para otros hombres vivientes, ciudades que hacen llorar a los hombres que las ven tan hermosas, tan graciosas, tan agradables...

Debió sin duda de otorgárseme el don de la visión prematura de todas esas cosas mientras estaba allí sentado, detrás del diván donde se había echado Melmount, pero el conocimiento que tengo ahora de las cosas realizadas se ha entremezclado con mis esperanzas y las ha eclipsado. Algo debí de prever, no cabe duda... Y si no, ¿por qué estaba tan alegre mi corazón?

LIBRO TERCERO

EL MUNDO NUEVO

CAPÍTULO PRIMERO

EL AMOR DESPUÉS DEL CAMBIO

1

Hasta ahora nada he dicho de Nettie. Me he apartado considerablemente de mi cuestión personal. He intentado haceros comprender el efecto producido por el Cambio en relación con la esencia general de la vida humana, su efecto de rápido y magnífico amanecer, de una arrolladora irrupción, de una inundación de luz y de espíritu de la vida. En mi memoria, toda mi existencia de antes del Cambio es como un pasadizo oscuro con algunos detalles de belleza que van y vienen de vez en cuando. El resto es equivalente a un sordo dolor bañado en las tinieblas. Luego, de repente, los muros, los acerbos confines se desmoronan y desaparecen, y yo me encuentro andando, ciego, deslumbrado, perplejo, y, no obstante, contentísimo, por este mundo dulce y hermoso con su incesante variedad de belleza, sus satisfacciones, sus oportunidades, entusiasmado con este glorioso don, que es la vida. Si poseyera el poder de componer música compondría un himno universal que se amplificara, recogiendo este y aquel tema para elevarse finalmente en un éxtasis de júbilo. Tendría que ser todo el sonido, todo el orgullo, toda la esperanza inicial bajo el brillante resplandor de la luz mañanera, todo el gozo de los acontecimientos inesperados, toda la alegría del penoso esfuerzo que se encuentra repentinamente con su premio; tendría que ser como un capullo recién abierto, como los felices juegos de niños, como las dichosas madres sosteniendo en brazos a su hijo primogénito, como ciudades edificándose al son de la música, como grandes navíos adornados con banderolas y bautizados con vino deslizándose por el dique, en medio de ovaciones entusiastas, hacia su primer encuentro con el mar. A través de todo ello marcharía la Esperanza, la dulce Esperanza, radiante e invencible, hasta que al final se convertiría todo en la Marcha Triunfal de la Esperanza, la conquistadora, entrando al son de las trompetas y bajo un dosel de banderas por las puertas del mundo, abiertas de par en par.

Y en aquel momento, de aquella luminosa aureola de alegría y júbilo, salió Nettie radiante, transfigurada.

Así vino de nuevo hacia mí... asombrosa, como un ser increíblemente olvidado.

Ella vuelve y Verrall la acompaña. Ahora precisamente ella vuelve a mi memoria, exactamente igual a como volvió entonces hacia mí, al principio de un modo raro, sin

que yo pudiera distinguirla claramente, algo deformada por ciertas cosas que se interponían entre nosotros; la percibí con ciertas dudas, al darme cuenta de su presencia a través de los cristales ligeramente coloreados y ondulados del escaparate de la tienda de ultramarinos de Menton, que también hacía las veces de oficina de Correos. Fue en el segundo día después del Cambio. Yo había estado enviando telegramas por cuenta de Melmount, que estaba preparando su partida hacia Downing Street. Vi a los dos, al principio como dos figuritas desdibujadas. El cristal del escaparate les daba una apariencia curvada y contrahecha, exagerando y alterando sus gestos y sus pasos.

Sentí que me correspondía brindarles la paz, y salí a la calle bajo los auspicios del repiqueteo de la campanilla de la puerta. Al verme se detuvieron al instante, y Verrall exclamó, con el tono de aquel que ha estado buscando a alguien:

—¡Ahí está!

Y Nettie exclamó:

—¡Willie!

Yo me dirigí hacia ellos, y todas las perspectivas de mi reconstituido universo se alteraron al hacerlo.

Me pareció que veía a los dos por primera vez. ¡Qué pareja más agradable! ¡Qué graciosos y qué humanos parecían los dos! Era como si nunca los hubiera mirado hasta entonces, y en realidad casi podría decirse que así era, puesto que siempre los había visto a través de una niebla de egoísta apasionamiento. Ellos también habían compartido conmigo las universales tinieblas, el empequeñecimiento de la época periclitada, y asimismo compartían la exaltación universal de la nueva época que alboreaba. Pero en aquellos momentos noté de repente que Nettie y mi amor por Nettie revivían en mí. Aquel Cambio que había agrandado tantos los corazones humanos no podía poner fin al amor. En realidad, había incrementado y glorificado enormemente el amor. Ella se colocó inmediatamente en el centro de aquel ensueño de reconstrucción universal que henchía mi mente y tomó posesión de todo. La brisa le había soltado unas tenues hebras de sus cabellos a través de la mejilla, sus labios se abrieron con aquella dulce sonrisa tan suya y sus ojos parecían llenos de una maravillosa admiración, de un salmo de bienvenida, de un sentimiento amistoso infinitamente dulce.

Yo le cogí la mano que me tendía y me quedé sobrecogido de admiración.

—Quería matarte —le dije, sencillamente, intentando darme cuenta cabal de lo que quería decir.

Ahora aquella idea me parecía algo así como querer apuñalar a las estrellas o asesinar a la luz del sol.

—Después le estuvimos buscando a usted —dijo Verrall— sin que pudiésemos encontrarle... Oímos otro disparo.

Volví la mirada hacia él y la mano de Nettie se desprendió de la mía. Fue entonces cuando se me ocurrió que los dos habían caído juntos, y pensé en lo que

debió de ser despertarse en aquel amanecer con Nettie al lado. Tuve la visión de los dos, tal como los había visto por última vez, en medio de los vapores cada vez más densos, muy juntos, con las manos cogidas. Los verdes halcones extendieron sus oscuras alas sobre sus últimos pasos tambaleantes. Y así cayeron. Y despertaron... como dos amantes juntos, en una mañana paradisíaca. ¿Quién podrá decir lo brillantes que fueron para ellos los rayos del sol, lo hermosas que fueron las flores, lo dulce que resultó en sus oídos el canto de los pájaros...?

Esto era lo que sentí en mi corazón, pero mientras tanto los labios decían:

—Cuando me desperté, tiré mi pistola.

Sin saber qué más decir, permanecí silencioso unos momentos. Luego dije unas cuantas vaciedades.

—Estoy muy contento de no haberos matado... y de que estéis ahora aquí, tan bien y tan guapos... Yo me vuelvo a Clayton pasado mañana... He estado aquí tomando notas taquigráficas para Melmount, pero eso está ya casi terminado...

Ninguno de los dos dijo nada, y como si todo hubiera dejado repentinamente de importarme, añadí en un plan informativo:

—Melmount se irá, o, mejor dicho, lo llevarán a Downing Street, donde tiene sus colaboradores, de modo que ya no me necesitará más... Naturalmente, ha sorprendido mi asociación con Melmount. Es que lo encontré... por casualidad... inmediatamente después de despertarme. Se había roto el tobillo en aquel camino... Tengo que irme ahora a Four Towns para preparar un informe. Estoy muy contento de volveros a ver a los dos...

Y con cierta emoción en la voz, añadí:

—Para despedirme y desearos muchas felicidades. Esto era, más a menos, lo que se me había ocurrido cuando los vi por primera vez a través del escaparate de la tienda de ultramarinos, pero no era exactamente lo que sentía y pensaba en el momento de decirlo. Seguí hablando en aquel tono, porque de otro modo se habría producido un silencio embarazoso. Tenía la impresión de que me sería muy difícil despedirme de Nettie. Mis palabras sonaban con un efecto irreal. Me callé y nos quedamos un momento mirándonos en silencio.

Fui yo, me parece, quien descubrió más cosas. Me estaba dando cuenta por primera vez de lo poquísimo que el Cambio había modificado mi naturaleza en su esencia. En aquel mundo de maravillas me había olvidado de la cuestión del amor. Y eso fue todo. Nada se perdió de mi naturaleza, nada había desaparecido de ella, sólo que el poder del pensamiento y de la autolimitación habían aumentado en proporciones maravillosas, y en mi ser habían introducido otros intereses. Los vapores verdes pasaron, nuestras mentes quedaron como barridas y compuestas de nuevo, pero nosotros seguíamos siendo nosotros mismos, aunque viviendo en una atmósfera nueva y mucho más delicada. Mis afinidades no habían cambiado; los encantos personales de Nettie quedaron aún más aguzados en mi sentir, gracias al refinamiento de mi percepción. En su presencia, al encontrar su mirada, mi deseo

volvía a despertarse inmediatamente, no ya de un modo frenético, sino cuerdo y sensato.

Era lo mismo que cuando en otro tiempo me iba a Checkshill después de haber estado escribiendo sobre socialismo... Dejé caer su mano. Era absurdo despedirse en aquella forma.

Todos sentíamos lo mismo. Y nos quedamos torpemente inmóviles y pendientes de nuestros sentimientos sobre aquella despedida. Fue Verrall, según creo, quien dio forma a mis pensamientos, diciendo que al día siguiente podríamos volver a vernos para despedirnos definitivamente, y de este modo acabó nuestro encuentro en un arreglo transitorio. Quedamos de acuerdo en que acudiríamos los tres a la posada de Menton y comeríamos juntos...

Sí, era evidente que aquello era todo cuanto teníamos que decirnos entonces...

Nos separamos con cierto embarazo. Yo me fui calle abajo, sin volver la mirada hacia atrás, sorprendido de mí mismo e infinitamente perplejo. Era como si hubiera descubierto algo que me hubiese pasado inadvertido y que hubiese echado a rodar todos mis planes, algo enteramente desconcertante. Por primera vez volví, preocupado y desanimado, a trabajar con Melmount. Quería seguir pensando en Nettie. Mi mente había adquirido, de pronto, una intensa actividad con relación a Nettie y a Verrall.

2

La conversación que sostuvimos los tres al iniciarse la nueva era ha quedado profundamente grabada en mi memoria. Hubo algo simple y fresco en ella, algo juvenil y exaltado. Abordamos y tratamos con cierta ingenua timidez las cuestiones más difíciles que el Cambio había planteado a los hombres para que ellos mismos las resolvieran. Me acuerdo de que no les prestamos mucha atención. Todo el antiguo plan de la vida humana había desaparecido: la estrecha competencia, la codicia, la baja agresión, el envidioso aislamiento de un alma con relación a todas las demás. ¿Dónde habíamos ido a parar? Esto era precisamente lo que nosotros y un millar de millones de otras personas estaban discutiendo...

Da la casualidad de que este último encuentro con Nettie está inseparablemente asociado, no sé por qué, con la patrona de la posada de Menton.

La posada de Menton era uno de los raros sitios agradables del viejo orden. Era una posada de extraordinaria prosperidad, muy frecuentada por la gente de Shaphambury, y muy frecuentada por sus comidas y sus tés. Disponía de una ancha y musgosa bolera, alrededor de la cual había glorietas cubiertas de hiedra, en medio de macizos de antirríneas, malvas, azules consólicas reales, y otras flores de verano corrientes, de altos tallos. Estas flores sobresalían y destacaban sobre un fondo de

laureles y acebos, por encima de los cuales asomaba el alero de la posada y su enseña (un san Jorge montado en blanco corcel, matando al dragón) que a su vez tenía por fondo un plantío de hayas bronceadas, bajo el cielo azul.

Mientras esperaba la llegada de Nettie y de Verrall en aquel agradable lugar donde nos habíamos citado, hablé con la patrona, una mujer ancha de espaldas, sonriente y pecosa, sobre la mañana aquélla en que había ocurrido el Cambio. Aquella mujer estaba segura de que en el mundo todo había cambiado para bien. Aquella confianza y algo que había en su voz hicieron que me fuera simpática desde que empecé a hablar con ella.

—Ahora que estamos todos despiertos —dijo—, todas esas cosas sin sentido que corren por el mundo se pondrán en cintura. ¿Por qué? ¡Ah! No lo sé, pero estoy completamente segura.

Sus amables ojos azules se encontraron con los míos en una mirada de infinita amistad. Sus labios, en las pausas, tomaban la forma de una preciosa sonrisilla.

Las antiguas tradiciones eran muy fuertes en nosotros. Todas las posadas inglesas de aquellos días ponían en la cuenta lo más inesperado, y yo pregunté qué nos costaría aquella comida.

—Tanto se me da que pague usted como que no pague —dijo—. Y si quiere pagar, pague lo que quiera. Estamos de fiesta ahora. Supongo que tendremos que seguir pagando y cobrando, del modo que sea, pero no será la molestia que ha sido hasta ahora... Estoy segurísima de ello. Es una cosa que nunca me ha gustado. No es el dinero lo que me preocupa. Habrá grandes cambios, puede estar usted seguro, pero aquí estaré yo para procurar que los caminantes se sientan bien... Es un sitio muy agradable éste, cuando la gente está alegre. Es sólo cuando están celosos o se sienten mezquinos, o cansados, o devoran más de lo que pueden digerir sus estómagos, o cuando se dan a la bebida, que Satanás entra en este jardín. He visto aquí muchísimas caras placenteras y muchas parejas que han vuelto una vez han estado aquí, más alegres y contentas la segunda vez que la primera, pero nada podrá igualarse a lo que será de ahora en adelante, ahora que todo va por buen camino.

Sonrió aquella bondadosa mujer, con la alegría de vivir y el gozo de la esperanza, y añadió:

—Les serviré una tortilla a usted y a sus amigos... ¡Una tortilla como las que se comen en el Paraíso! Tengo la impresión de que voy a guisar estos días de un modo como nunca he guisado antes. Me siento llena de alegría al pensar en lo que voy a hacer...

Fue entonces cuando Nettie y Verrall aparecieron bajo la rústica arcada de rosas carmesíes que constituía la salida de la posada. Nettie iba de blanco, tocada con un sombrero de paja de alas anchas, y Verrall vestía un traje gris...

—He aquí a mis amigos —dije.

Pero, a pesar de toda la magia del Cambio, algo atravesó la luz del sol dentro de mi alma, igual que el paso de la sombra de una nube.

—¡Bonita pareja! —exclamó la posadera al verlos cruzar el aterciopelado césped para dirigirse a nuestro encuentro...

Era, realmente una pareja muy bonita, pero esta verdad no me alegró en lo más mínimo. No... hasta pestañee un poco al percatarme de ello.

3

Este viejo periódico, esta primera edición del *New Paper*, última reliquia de una época desaparecida, es como aquella pequeña pieza de convicción que la superstición de otras épocas (¡aquellos extraños creyentes que trajeron a cierta persona vestida de negro y llamada *Mrs. Piper* para que ayudara a Cristo!) solía poner en manos de las «videntes». Al quebradizo contacto de aquel periódico, miró a través de un abismo de cincuenta años para volver a verme a mí y a los otros dos sentados alrededor de una mesa, en la glorieta, y huelo como olí entonces el olor a agavanzo que llenaba el aire, y oigo durante nuestras largas pausas el continuo murmullo de las abejas zumbando entre los heliotropos de los arriates.

Es la aurora de la nueva era, pero nosotros tres llevamos aún encima las marcas y uniformes del tiempo antiguo.

Me veo a mí mismo, jovenzuelo moreno y mal vestido, con la señal del golpe que me propinó Lord Redcar en la mandíbula. El joven Verrall está sentado al otro extremo de la mesa, más robusto que yo, mejor trajeado, rubio y quieto, dos años mayor, pero no pareciéndolo a causa de la blancura de su cutis. Y frente a mí está Nettie, con sus negros ojos fijos en mi rostro, más seria y más hermosa que nunca. Su traje es el mismo traje blanco que llevaba cuando la vi en el parque, y todavía lleva en su cuello exquisito el collar de perlas con la pequeña moneda de oro. ¡Está igual y cambiada al mismo tiempo! Entonces era una muchacha y ahora es una mujer... con toda mi zozobra y toda la maravilla del Cambio de por medio. La verde mesa alrededor de la cual nos hallamos sentados está cubierta con un mantel impecable sobre el que se exhibe una apetitosa comida con un servicio muy sencillo. A mis espaldas, luce la brillante luz del sol reflejada en el jardín verde. Lo veo todo. Me veo sentado allí, comiendo torpemente, con este mismo periódico echado sobre la mesa, mientras Verrall habla del Cambio.

—No puede usted imaginarse —dice con su acento refinado y seguro— lo mucho que el Cambio ha destruido en mí. Aún no me siento despierto del todo. ¡Los hombres de mi especie estábamos muy mal educados! Nunca llegué a sospecharlo.

Verrall se inclina por encima de la mesa hacia mí, con el evidente deseo de hacerse comprender, y añade:

—Me encuentro como un animalito fuera de su caparazón: blando y nuevo. Me habían educado para que me vistiera de un modo determinado, para que me

comportara de un modo determinado, para que pensara de un modo determinado, y ahora veo que todo esto es un error y una mezquindad, en su mayor parte, o por lo menos... un sistema de muletillas sociales. Nos comportábamos decentemente entre nosotros, a fin de ser una verdadera pandilla de truhanes para el resto del mundo. ¡Vaya hidalguía! ¡Vaya caballerosidad! Pero es algo que me deja perplejo...

Puedo oír todavía su voz como si estuviera pronunciando aún aquellas palabras y veo otra vez el enarcamiento de sus cejas y su agradable sonrisa.

Hizo una pausa. Verrall había querido decir aquello, pero era aquello precisamente lo que habíamos de decir entonces.

Me incliné un poquito hacia él y cogí fuertemente mi vaso.

—¿Ustedes van a casarse? —pregunté.

Ellos se miraron.

Nettie habló con suavidad.

—No tenía ninguna intención de casarme cuando me escapé.

—Ya lo sé —repuse.

Levanté la mirada con cierta sensación de esfuerzo y mis ojos se encontraron con los de Verrall.

—Creo que nosotros dos hemos unido nuestras vidas —me contestó—. Pero aquello que nos invadió fue una especie de locura.

Yo asentí.

—Toda pasión es locura —dije.

Pero en seguida empecé a dudar de la veracidad de aquellas palabras.

—¿Por qué hicimos todo eso? —inquirió él volviéndose bruscamente hacia ella.

Nettie tenía las manos entrelazadas bajo su barbilla y los ojos bajos.

—Porque teníamos que hacerlo —dijo con su expresión inadecuada de antes.

Entonces pareció como si a ella se le hubiese abierto un nuevo horizonte.

—¡Willie! —exclamó, con súbita franqueza, mientras me miraba con ojos implorantes—. No quise tratarte mal... Te lo aseguro... Seguí pensando en ti... y en mi padre y mi madre durante todo aquel tiempo... Sólo que no me sentí conmovida en absoluto. Y no hizo que me apartara ni un ápice del camino que había escogido.

—¡Escogido! —exclamé yo.

—Es que parecía que algo se había apoderado de mí —admitió ella—. ¡Es tan difícil de comprender! ¡Es tan inexplicable todo...!

Y al decir esto hizo un gesto de desesperación.

Los dedos de Verrall tamborilearon sobre los manteles durante unos momentos. Después volvió a mirarme cara a cara.

—Algo me decía: «¡Tómala...!»». Todo me lo decía. Era un deseo rabioso... No sé, todo contribuía a ello... o no contaba para nada. Usted...

—Prosiga —dije.

—Cuando me enteré de su existencia...

Yo miré a Nettie.

—¿No le hablaste nunca de mí? —pregunté sintiendo algo parecido al aguijón de otro tiempo.

Verrall contestó en su lugar.

—No. Pero yo lo adiviné... Lo vi a usted aquella noche en que mis instintos estaban en vilo. Y en seguida me figuré quién era usted.

—Usted triunfó sobre mí... Si yo hubiera podido, habría triunfado sobre usted... Pero prosiga...

—Todo se unía para hacer de nuestra aventura lo más agradable de la vida. Tenía cierto aire de generosa temeridad. En realidad, no significaba sino daño y agravio, y hasta podría haber significado un fracaso completo para aquella vida de política y negocios para la que me habían educado y que debía seguir inevitablemente con peligro de mi honor. Esto lo hacía todavía más bonito. Significaba la ruina o la miseria para Nettie. Y esto también lo hacía aún más bonito. Ni una sola persona cuerda o decente habría aprobado lo que hicimos. Y esto lo hacía todavía más espléndido. Yo disponía de todas las ventajas debido a mi posición, y las empleé vilmente. Esto no tenía la menor importancia.

—Sí —dije yo—, es verdad. Y la misma ola tenebrosa que le arrastró a usted me arrastró a mí en su seguimiento. Con aquel revólver... y gimiendo de odio.

Y la palabra, Nettie, para ti, ¿cuál fue? ¿«Entrégate»...? ¿«Échate de cabeza escaleras abajo»?

Las manos de Nettie se posaron sobre la mesa.

—No puedo decir lo que fue —dijo hablándome directamente, con el corazón al desnudo—. Las mujeres no estamos acostumbradas, como los hombres, a mirar dentro de sus mentes. No lo veo claro ni siquiera ahora. Los más mezquinos motivos parecían concurrir allí... por encima del deber. ¡Motivos mezquinos y miserables! Yo sólo pensaba en trajes...

Sonrió y pareció como si le hubiese dado de lleno un rayo de sol.

—Sólo pensaba en ser como una verdadera señora y estar en un hotel... con todo un tropel de camareros atentos a mis deseos. Ésta es la espantosa verdad. Willie. ¡Sólo pensaba en cosas tan mezquinas como ésas!

¡Y aún otras más mezquinas todavía!

Me la imagino otra vez, suplicante, hablando con una franqueza tan diáfana y sorprendente como la aurora de aquel primer gran día.

—No todo era mezquino —dije después de una pausa.

—¡No! —exclamaron los dos a la vez.

—Pero una mujer puede escoger más que un hombre —añadió Nettie—. Lo veía todo en pequeñas imágenes brillantes, ¿sabes...? Aquella chaqueta... Hay algo... ¿No te molestará que te lo diga? No... Ahora ya sé que no te molestará...

—No —asentí acompañando este monosílabo con un gesto.

Ella se puso a hablar como si estuviera hablando directamente a mi alma, de un modo quieto y al mismo tiempo vivaz, intentando expresar escuetamente la verdad.

—Había algodón en aquel traje tuyo —dijo—. Ya sé que es algo horrible que esa tontería me hubiese hecho vacilar, pero lo cierto es que fue así. ¡Si en los días pasados hubiésemos confesado esto! Y aborrecía a Clayton con toda mi alma... Clayton y toda su pringue. ¡Aquella cocina! ¡Aquella horrorosa cocina de tu madre! Y, además, Willie tenía miedo de ti. Yo no te comprendía, y, en cambio, a él, sí. Ahora es diferente... Pero entonces yo sabía muy bien lo que él significaba. Y además, me gustaba su voz.

—Sí —aprobé dirigiéndome a Verrall tranquilamente—. Sí, Verrall, tiene usted una bonita voz. ¡Es extraño que antes yo no hubiese reparado en ello!

Permanecimos silenciosos un buen rato pensando en nuestras pasiones de unos días antes.

—¡Dios mío! —exclamé—. Nos impulsaba nuestra pobre inteligencia navegando como un diminuto aparejo de cofa sobre las olas del instinto y de los deseos inarticulados, con todos los espumeantes afanes del tacto, de la vista y del sentimiento... lo mismo que un gallinero que se hubiese caído por la borda y todas las gallinas estuvieran cloqueando en medio del mar embravecido.

Verrall se rió aprobando la imagen de que me había valido.

—Hace una semana —dijo intentando llevar el símil más allá—, nos hallábamos todos aferrados a nuestros gallineros, contra viento y marea. Esto era la pura verdad hace una semana. Pero, ¿y ahora...?

—Ahora el viento ha cesado —repuse yo—. La tormenta mundial ya pasó. Y cada uno de los gallineros se ha transformado por milagro en un navío que avanza mar adentro cortando las olas.

4

—¿**Q**ué vamos a hacer ahora? —preguntó Verrall.

Nettie cogió un clavel rojo oscuro del cuenco de flores que había ante nosotros, y empezó limpia y deliberadamente a doblar los sépalos del cáliz y arrancar los pétalos uno a uno. Recuerdo que estuvo haciendo aquello mientras hablábamos. Nettie colocó aquellos mellados arambeles carmines en una larga hilera, arreglándolos de diversos modos y maneras. Cuando, al fin, me encontré solo con aquellos vestigios, el dibujo estaba todavía incompleto.

—Bueno, pues —dije—, el asunto me parece muy sencillo. Ustedes dos se quieren.

Me callé y ellos me contestaron únicamente con su silencio, con un silencio preñado de pensamientos.

—Ustedes se pertenecen. Ya lo he reflexionado desde diferentes puntos de vista. Lo cierto es que yo quería... lo imposible... Y me comporté pésimamente. No tenía

ningún derecho a perseguirles.

Y dirigiéndome particularmente a Verrall, añadí:

—¿Se considera usted comprometido con ella?

Él asintió con un gesto.

—¿Ninguna influencia social, ninguna disminución de toda esta generosa claridad de la atmósfera (porque ello pudiera ocurrir), le hará a usted desdecirse...?

Él me contestó mirándome con fijeza.

—¡No, Leadford, no!

—No le conocía a usted —dije—. Temí que fuera usted diferente de lo que es.

—Lo era —confesó.

—Ahora todo ha cambiado —murmuré.

Me callé, porque en aquel momento perdí el hilo de mi discurso.

—Y en cuanto a mí —continué, al recobrarlo, mirando el rostro abatido de Nettie—, como estoy subyugado, y seguiré estándolo, por un gran afecto hacia Nettie, y este gran afecto es un semillero de deseos, y como que ver que Nettie es de usted es algo que no podría aguantar... No me queda otro remedio que dar media vuelta y largarme, separándome de ustedes dos... Ustedes deben evitar mi encuentro y yo el suyo... Tenemos que dividir el mundo, igual que Jacob y Esaú... Yo debo dirigirme, con toda mi voluntad, hacia otras cosas. Al fin y al cabo, esta pasión no es todo en la vida. Quizá lo sea para las bestias y los salvajes, pero no para los hombres. Debemos separarnos y olvidar. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

No levanté la mirada. Permanecí inmóvil, con una gran tensión nerviosa, mientras los rojos pétalos grababan un recuerdo indeleble en mi cerebro. Tuve la sensación, a través de su silencio, de que Verrall estaba de acuerdo.

—Pero... —empezó a decir Nettie.

Y se interrumpió bruscamente.

Yo esperé unos momentos. Suspiré y, echándome hacia atrás en mi silla, dije sonriendo:

—Es sencillísimo, ahora que podemos pensar fríamente.

—¿De veras crees que es sencillísimo? —preguntó Nettie cortándome el discurso.

Yo levanté la vista y vi que ella tenía fijos los ojos en Verrall.

—Mira lo que son las cosas —dijo—. Me gusta Willie. Es muy difícil expresar lo que de veras se siente... pero no quiero que se vaya de esta manera.

—Pero, entonces —objetó Verrall—, ¿cómo...?

—No —dijo Nettie, barriendo las piedras del clavel a medio arreglar y haciendo con ellos un confuso montón.

Volvió a arreglarlos muy rápidamente en una larga hilera.

—Es tan difícil... Durante toda mi vida nunca he intentado llegar al fondo de mis pensamientos. En realidad, no he tratado a Willie como se merece. Él..., él contaba conmigo. Y yo lo sabía. Yo era toda su esperanza. Yo era para él una promesa deliciosa... algo así como para dar cima y esplendor a una vida... mucho mejor que

todo lo que él había tenido hasta entonces. Y un orgullo secreto... Willie vivía pensando en mí. Supe muy bien... cuando tú y yo empezamos a vernos... que aquello era una especie de traición que yo le hacía...

—¿Traición? Tú sólo ibas buscando tu camino a través de esas perplejidades.

—Pero tú lo consideraste como una traición.

—No lo sé...

—Yo, sí. Y hasta cierto punto, lo creo así todavía. Porque tú me necesitabas.

Hice un ademán de protesta ante la exposición de aquella idea y me quedé reflexionando.

—Y cuando él nos buscaba para matarnos —dijo ella dirigiéndose a su amante—, sentí en lo más profundo de mi mente lo que él sentía... Y comprendo perfectamente todas las cosas horribles, la humillación... ¡la humillación por la que tuvo que pasar!

—Sí —dije yo—, pero no veo...

—Yo sí lo veo. Estoy procurando ver. Pero ya sabes, Willie, que tú formas parte de mi vida. Te he tratado mucho más tiempo que a Edward. Te conozco mejor. En realidad, te conozco con todo mi corazón. Tú crees que todo lo que me decías era como si lo echaras al pozo, y que yo nunca comprendí este aspecto tuyo, tus ambiciones y todo lo demás. Pues lo comprendí. Lo comprendí mejor de lo que yo misma creí entonces. Ahora..., ahora todo está claro para mí. Lo que yo tenía que comprender era algo más profundo de lo que me trajo Edward. Y ahora ya lo tengo... Tú formas parte de mi vida, y no quiero separarme de esto que ahora he comprendido tan bien, no quiero perderlo.

—Pero tú amas a Verrall...

—¡El amor es una cosa tan extraña...! ¿Existe un amor? Quiero decir un amor único.

Y volviéndose hacia Verrall, añadió:

—Yo sé que te quiero. Puedo hablar claro sobre esto... Antes no habría podido hacerlo. Es como si mi mente acabara de salir de una cárcel perfumada. Pero, ¿qué es este amor que te tengo? Es un cúmulo de fantasías, de cosas que te atraen..., el aspecto que tienes, tu modo de obrar. Son los sentidos... y los sentidos de determinadas bellezas. Además, algo de adulación, de cosas que dijiste, de esperanzas y decepciones para mí. Y todo esto había ido apropiándose de la desatinada ayuda que le prestaban aquellas emociones que dormitaban en mi cuerpo, aquello parecía serlo todo. Pero no lo era. ¿Cómo podría describirlo? Era como si tuviera una lámpara muy brillante, pero con una pantalla muy gruesa... todo lo demás de la habitación queda oculto. Pero si quitas la pantalla, te encuentras con que, aun siendo la misma luz... ¡alumbra a todo el mundo!

Dejó de hablar. Durante un rato no dijo nada, y Nettie, con un rápido movimiento, hizo una pirámide con los pétalos.

Las figuras retóricas siempre me perturbaban un poco, y aquello de que «aun siendo la misma luz...» me corría por la mente como un enigmático estribillo.

—No hay mujer que crea estas cosas —afirmó ella, bruscamente.

—¿Qué cosas?

—No hay mujer que nunca haya creído en ellas.

—Tienes que elegir a uno de los dos —dijo Verrall, comprendiéndola antes que yo.

—Nos han educado así. Nos dijeron, y esto se ve en los libros, en los cuentos, en la manera que tiene la gente de mirar, en el modo que tiene la gente de comportarse, que un día había de aparecer un hombre. Él lo ha de ser todo y los demás no serán nada. Hay que abandonar todo lo demás y vivir sólo para él.

—Y al hombre también le cuentan lo mismo de una mujer —repuso Verrall.

—¡Pero los hombres no lo creen! Tienen una mentalidad más obstinada... Los hombres siempre se han comportado como si no lo creyeran. No se necesita ser vieja para saberlo. No lo creen por naturaleza. Pero la mujer no cree nada por naturaleza. La mujer va a la tumba ocultando sus pensamientos hasta casi de sí misma.

—Eso era antes —dije yo.

—Pero tú no lo has hecho, desde luego... —replicó Verrall.

—Eso debe de haberlo hecho el cometa. Y Willie. Es una gran estupidez eso de despedirse de Willie, echarlo de casa, como quien dice, para no verlo nunca más..., queriéndolo como lo quiero. Es cruel, es feo eso de pisotearlo como si fuese un enemigo derrotado, demostrándole que voy a ser igualmente feliz. No tiene sentido la regla que prescribe esto. Es egoísta, es bestial. Es como si estuviéramos desprovistos de sentidos. Yo...

Hubo como un sollozo en su voz, y añadió:

—¡Willie...! ¡No quiero!

Yo permanecí con la cabeza baja, con los ojos fijos en los ágiles dedos de Nettie.

—Sí, es egoísta —dije, por fin, con mesurada deliberación, sin el menor asomo de emoción—. Sin embargo, está en la naturaleza de las cosas... ¡No...! Es que, después de todo, aún somos medio brutos, Nettie. Y los hombres, como tú dices muy bien, son más obstinados que las mujeres. El cometa no ha alterado nada de eso, sólo lo ha dejado más claro. Hemos llegado a la existencia a través de un verdadero tumulto de fuerzas ciegas... Y vuelvo a lo que acabo de decir. Nos hemos encontrado con nuestras pobres mentes racionales, nuestra voluntad de vivir, a la deriva, en un mar de instintos, de pasiones, de prejuicios instintivos, de estupideces medio animales... Y aquí estamos, como náufragos agarrados a cualquier cosa, como el que se despierta sobre una almadía.

—Y volvemos, por fin, a mi pregunta —dijo Verrall en voz baja—. ¿Qué vamos a hacer?

—Separarnos —contesté—. Tienes que hacerte cargo, Nettie, de que no somos ángeles. Son los mismos cuerpos de antes... He leído en alguna parte que en nuestros cuerpos se pueden encontrar vestigios de lo primitivo ancestral; que en nuestro oído interno (creo que es en nuestro oído interno) y en nuestros dientes, aún queda algo del

pez; que hay algunos huesos que recuerdan..., ¿cómo se dice?... nuestros antepasados marsupiales... y que hay centenares de trazas e indicios del mono. Hasta tu hermoso cuerpo, Nettie, lleva ese enigma. ¡No! Dejadme terminar... Nuestras emociones, nuestras pasiones, nuestros deseos, la sustancia de ellos, igual que la sustancia de nuestros cuerpos, son cosas animales, competitivas, aunque sean muy deseables. Tú no hablas ahora como una mente a otras mentes, cosa que se puede hacer cuando se ha hecho ejercicio, cuando se ha comido, cuando uno está ocioso, pero cuando hay que volver a la lucha por la vida, se vuelve indefectiblemente a la materia.

—Sí —aprobó Nettie, siguiendo el hilo de mi discurso a cierta distancia—, pero tú la dominas.

—Únicamente en plan de obediencia. No hay nada de magia en esta cuestión... Para poder conquistar la materia hay que dividir al enemigo, y aceptar la materia como aliada. Hoy resulta ser cierto que el hombre, por medio de la fe, puede mover las montañas. Puede decirle a una montaña: «Vete y échate al mar», pero si lo consigue es porque ayuda a los demás hombres y confía en ellos, porque tiene el ingenio, la paciencia y el valor de ganar para su causa el hierro, el acero, la dinamita, las grúas, los camiones, el dinero ajeno... Para poder vencer mi deseo de ti no debo obstaculizarlo perpetuamente con tu presencia. Debo marcharme a un sitio donde no pueda verte, debo dedicarme a otros intereses, debo meterme en luchas y discusiones...

—¿Y olvidar? —preguntó Nettie.

—No, olvidar no —contesté—. Pero, por supuesto, debo dejar de estar pensando en ti constantemente.

Ella se quedó callada durante unos momentos.

—No —repuso demoliendo su último dibujo de pétalos y mirando a Verrall.

Verrall se inclinó apoyándose de codos sobre la mesa, con las manos entrelazadas.

—Mire usted —me dijo—, no he pensado ni poco ni mucho en todas estas cosas. Ni en la escuela ni en la Universidad se acostumbra a hacer eso... El sistema establecido ya se cuidaba de evitarlo, y ello precisamente formaba parte del sistema. Ahora lo modificarán, sin duda alguna. Parece como si estuviéramos resbalando, sin penetrar en ellas, sobre ciertas cuestiones que ya se nos habían ofrecido, al menos, en griego, con comentarios al margen, en Platón. Pero ésas son cuestiones que a nadie se le ocurrió trasladar de lengua muerta a realidad viva...

Se calló un momento y pareció como si contestara a una pregunta de su mente al dirigirse a Nettie.

—No. Creo, como Leaford, que, tal como él dijo, está en la naturaleza que los hombres sean exclusivistas... Las mentes son libres de pensar y el pensamiento puede dar la vuelta al mundo, pero sólo un hombre puede poseer a una mujer. Hay que despedir a los rivales. Estamos hechos para la lucha por la existencia, somos la misma lucha por la existencia. Las cosas que viven son la encarnación de esta lucha.

Y la cosa funciona de modo que cada hombre tenga que luchar por su pareja, y que para cada mujer haya un solo hombre que prevalezca sobre los demás. Los otros han de marcharse.

—Como los animales —dijo Nettie.

—Sí...

—Hay muchas cosas en la vida —dije yo—, pero ésa es, a grandes rasgos, la verdad universal.

—Sin embargo —dijo Nettie—, vosotros no lucháis porque los hombres tienen inteligencia.

—Tú eliges.

—¿Y si prefiero no escoger?

—Ya has escogido.

Ella exclamó con acento de impaciencia:

—¡Oh! ¿Por qué tenemos que ser las mujeres siempre esclavas del sexo? ¿Será de veras que ésta era de la razón y de la luz que acaba de empezar, no modificará nada de eso? ¡Y los hombres también! Me parece todo muy... estúpido. No creo que ésta sea la solución adecuada al problema, ni nada parecido, sino que es la persistencia de las malas costumbres del tiempo que fue... ¡El instinto! No dejáis que os gobiernen los instintos en un sinfín de otras cosas. Aquí estoy yo, entre vosotros dos. Aquí está Edward. Lo quiero porque es alegre y agradable y simpático, y porque..., porque lo quiero, ¡ea! Aquí está Willie, que forma parte de mí misma... Es mi amigo más antiguo. ¿Por qué no he de poder tener a los dos? ¿No será nada inteligente, y por ello me consideraréis exclusivamente como una mujer y nada más? ¿No tengo inteligencia, y por esto me tratáis siempre como si fuese una cosa por la que tenéis que luchar?

Y luego me espetó esta desdichada proposición:

—Quedemos los tres juntos. No nos separemos. Separarnos es aborrecernos, Willie. ¿Por qué razón no tenemos que quedar amigos para siempre? ¿Por qué hemos de vivir separados, sin vernos ni hablar?

—¿Hablar? —dije—. ¿De esto?

Miré a Verrall y mi mirada se encontró con la suya, y nos quedamos estudiando mutuamente nuestras expresiones. Era el limpio y directo escrutinio de un honrado antagonismo.

—No —decidí—. Entre nosotros no puede existir nada parecido.

—¿Nunca? —preguntó Nettie.

—¡Nunca! —afirmé, convencido.

Y haciendo un gran esfuerzo, añadí:

—No podemos meternos con las leyes y costumbres referentes a estas cosas. Estas pasiones están demasiado próximas a la esencia del propio yo. Es mejor recurrir a la cirugía que prolongar la enfermedad. De Nettie, mi amor lo pide todo. El amor del hombre no está hecho de devoción, sino que es una demanda, un desafío. Y, además, me he entregado a una nueva amante, y soy yo el infiel, Nettie. Detrás de ti y

por encima de ti se levanta la futura Ciudad del Mundo, y yo me encuentro en esta construcción. ¡Corazón querido! Tú eres sólo la felicidad. Si mi sangre pudiera bautizar los cimientos..., casi podría esperar que ésta fuera mi parte, Nettie... Aunaré todas mis fuerzas en ello.

Y poniendo toda la convicción que me fue posible en las palabras, dije:

—Ningún conflicto pasional debe distraerme.

Hubo una pausa.

—Entonces debemos separarnos —dijo Nettie con la expresión de una mujer que acaba de recibir una bofetada.

Yo asentí con la cabeza...

Se hizo un breve silencio y me levanté. Los tres nos levantamos. Nos despedimos casi con aspereza, sin hablar más, y un minuto después me encontré solo en la glorieta.

No creo que mirara como se alejaban. Sólo me acuerdo de mí mismo, abandonado allí, sintiéndome horriblemente solo. Volví a sentarme para caer en profundas meditaciones.

5

De repente, levanté la vista. Nettie había vuelto y me estaba contemplando.

—Desde que hemos hablado he estado pensando.. —dijo— y Edward me ha dejado que viniera a verte sola. Tengo la sensación de que podré hablar mejor contigo si estamos solos.

Yo no dije nada y aquello la dejó algo confusa.

—No creo que debamos separarnos —dijo—. No.. No creo que debamos separarnos. Cada uno vive a su manera. No sé si comprenderás lo que quiero decir Willie. Es difícil decir lo que siento, pero quiero decirlo. Si tenemos que separarnos para siempre, quiere decirlo... y muy llanamente. Antes siempre tuve el instinto femenino y la educación que se da a las mujeres, que hace que todo se tenga que disimular. Pero.. Edward no lo es todo para mí. Piensa en lo que te estoy diciendo... Edward no lo es todo para mí. Quisiera poder explicarte mejor lo que yo siento. Yo misma no lo soy todo para mí. Tú, al menos, forma; parte de mí, y no puedo soportar la idea de tener que dejarte. Y no puedo comprender por qué razón he de dejarte. Hay una especie de relación de sangre entre nosotros dos, Willie. Hemos crecido juntos. Es tamos dentro el uno del otro. Yo te comprendo, ahora te comprendo de veras. Se puede decir que he llegado a la comprensión de un salto. De veras que te comprendo, a ti y tus ensueños, y quiero ayudarte. Edward... Edward carece de ensueños... Es una cosa espantosa para mí, Willie, pensar que tenemos que separarnos.

—Pero esto ya lo hemos decidido... Debemos separarnos.

—Pero, ¿por qué?

—Porque te quiero.

—Bueno, ¿y por qué tendría yo que ocultártelo Willie...? Yo también te quiero. Nuestras miradas se encontraron y ella se ruborizó

—Eres un estúpido —dijo con decisión—. Todo esto es una estupidez. Yo os quiero a los dos.

—¡No sabes lo que te dices! —exclamé.

—¿Quieres decir que debo marcharme?

—Sí, sí. ¡Vete!

Durante un momento nos quedamos mirándonos, mudos y silenciosos, como si en lo profundo de la insondable tiniebla bajo la superficie y la actual realidad de las cosas, existieran conceptos de mudo y amorfo significado. Nettie hizo como si fuera a hablar, pero desistió de ello.

—Pero, ¿debo irme? —preguntó, por fin, temblándole los labios.

Las lágrimas en sus ojos eran estrellas. Luego empezó a decir:

—Willie...

—Vete —la interrumpí—. Sí, vete.

Y nos quedamos otra vez silenciosos.

Ella permaneció allí de pie, lastimera figura con los ojos arrasados de lágrimas, deseándome y compadeciéndome. Algo de aquel amor tan dilatado, que llevará a nuestros descendientes más allá de todos los límites, de las duras y claras obligaciones de nuestra vida personal, nos sacudió como el primer aliento de un viento procedente del cielo, que sopla y pasa. Sentí el impulso de cogerle una mano y besársela, y entonces se apoderó de mí un temblor, y sentí que si la tocaba, toda mi fortaleza se desvanecería...

Y así, a cierta distancia uno de otro, nos despedimos, y Nettie se fue, de muy mala gana, volviéndose a mirarme de vez en cuando, a reunirse con el hombre que había elegido y con el destino que ella también había elegido, apartándose de mi vida..., como si en mi vida se hubiese apagado el sol...

Entonces, me parece que doblé el periódico y me lo metí en el bolsillo. Pero mis recuerdos de aquel encuentro finalizan con el rostro de Nettie, volviéndose a medida que se iba alejando.

6

Recuerdo todo esto muy claramente. Podría garantizar la exactitud de las palabras que he puesto en nuestros respectivos labios. Luego viene un vacío. Tengo una nebulosa idea de haber vuelto a la casa, cerca del campo de golf, y de la barahúnda producida por la marcha de Melmount, y tengo también la vaga impresión

de que me disgustó la energía demostrada por Parker en aquella ocasión y de que me fui carretera abajo, con un fuerte deseo de despedirme de Melmount a solas.

Acaso ya estuviera dudando de mi decisión de separarme para siempre de Nettie, porque me parece que tenía la intención de referir a Melmount todo lo que habíamos dicho y hecho...

No creo que cambiara ni una palabra con él y me parece que nos despedimos con un simple apretón de manos. No estoy seguro. Esto se ha borrado de mi memoria. Pero me queda el recuerdo, claro y cierto, de mi fase de fría desolación mientras contemplaba como su auto se alejaba trepando por Mapleborough Hill hasta que desapareció al otro lado de la loma.

Y también recuerdo que tuve allí la primera intimación, completa y definida, de que, después de todo, aquel gran Cambio, junto con mis noveles y amplios propósitos para el futuro, no significaban la felicidad para mí. Surgió un sentimiento de protesta en mi interior contra aquella gran injusticia.

—Es demasiado pronto para que me dejen solo —murmuré.

Tuve la sensación de que había sacrificado demasiado, y de que, después de haberme despedido de la cálida vida de pasión de Nettie y del deseo, de las rivalidades físicas y personales de lo que formaba más intensamente mi propio ser, constituía una injusticia dejarme solo y descorazonado para reemprender la senda de los deberes fríos y acerados de aquella nueva vida más amplia. Me sentí como recién nacido y desnudo, y me vi perdido.

—¡Trabajar...! —exclamé haciendo un esfuerzo para llegar a lo heroico.

Y, exhalando un suspiro, me alegré de que la senda que me tocaba seguir me condujera, al menos, hacia mi madre...

Pero lo curioso es que me acuerdo muy bien de que me sentí alegre y satisfecho aquella misma noche en Birmingham, y recuerdo también que me sentía muy activo y que todo me interesaba. Pasé la noche en Birmingham porque el servicio de trenes estaba muy desorganizado y no pude proseguir adelante. Fuimos a escuchar una banda que estaba tocando su metálica música del viejo mundo en el parque público y allí trabé conversación con un hombre que me dijo haber sido redactor de uno de los periódicos locales. Se mostraba entusiasmado con todos los planes de reconstrucción que estaban entonces tomando forma sobre las vidas del género humano, y algo de aquel noble ensueño me volvió a la memoria con sus palabras. Fuimos andando juntos hasta llegar a un lugar llamado Bourneville, bajo la luz de la luna, y hablamos de las nuevas agrupaciones sociales que debían sustituir los antiguos hogares aislados y de cómo debía vivir la gente en lo sucesivo.

Aquel lugar llamado Bourneville era un lugar afín a lo que nos proponíamos nosotros. Había sido un intento, por parte de una empresa particular de fabricantes, para mejorar las viviendas de sus trabajadores. Dadas nuestras ideas actuales, aquello podría parecer un debilísimo esfuerzo de benevolencia, pero en aquella época Bourneville era algo extraordinario y mucha gente venía de lejos para ver sus

acicaladas y bien acondicionadas quintas, con las bañeras empotradas en el suelo de la cocina, a pesar de lo absurdo de su colocación allí, junto con otras brillantes invenciones. Nadie parecía ver entonces el menor peligro para la libertad en aquella época agresiva, que podría originarse al hacer a los obreros inquilinos y deudores al mismo tiempo de sus patronos, aunque una ley llamada la ley Truck había intervenido, desde mucho tiempo antes, para impedir otros desarrollos de menor cuantía en la misma dirección... Pero mi interlocutor y yo parecía que hubiésemos estado siempre percatados de aquella posibilidad y no abrigábamos la menor duda referente a la naturaleza pública del deber de alojamiento. Nuestro común interés se dirigía hacia la posibilidad de establecer guarderías y cocinas comunes y salones públicos que economizaran trabajo a la gente y le dieran espacio y libertad.

Era muy interesante todo aquello, pero, así y todo, resultó algo triste. Cuando estuve acostado aquella noche, pensé en Nettie y en las extrañas modificaciones de preferencia que había hecho, y entre otras cosas, en cierto modo, recé. Recé aquella noche, dejadme que os lo confiese, a una imagen que se me había grabado en el corazón, una imagen que todavía me sirve como símbolo de lo inconcebible, recé a un Maestro Artífice, capitán invisible de todos los que han contribuido a la construcción del mundo y han trabajado por el perfeccionamiento de la Humanidad.

Pero antes y después de rezar, me imaginé que estaba conversando con Nettie... Pero ella nunca entró conmigo en el templo de aquel culto.

CAPÍTULO II

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE MI MADRE

1

Al día siguiente llegué a mi casa de Clayton.

La nueva y extraña claridad del mundo era allí aún más brillante a causa del tropel de desgraciados y tenebrosos recuerdos de la sombría infancia, de la agobiadora adolescencia y de la amargada juventud que rondaban por aquellos lugares. Me pareció que allí veía la mañana por primera vez. Las chimeneas no humeaban aquel día, los hornos no ardían, la gente estaba ocupada en otras cosas. El claro y fuerte sol, el diáfano brillo de la impoluta atmósfera, llenaba de una extraña alegría las angostas calles. Pasé por el lado de muchas personas sonrientes que regresaban a sus hogares, procedentes de los almuerzos públicos que se daban en el Ayuntamiento, hasta que se pudiera organizar algo mejor. Y entre aquellas personas me encontré con Parload.

—¡Tuviste razón en lo del cometa! —grité al verlo.

Parload, al verme, se dirigió hacia mí tendiéndome la mano.

—¿Qué hace la gente aquí? —pregunté.

—Nos mandan comida de fuera —dijo— y vamos a arrasar todas estas barracas y casuchas. Mientras tanto, iremos a vivir en tiendas al páramo.

Y entonces empezó a hablarme de muchas cosas que se estaban organizando. Los comités del territorio del Midland habían vuelto al trabajo con notable celeridad y un propósito definido, y la redistribución de la población estaba ya planeada a grandes rasgos. Parload trabajaba en una improvisada escuela de ingeniería. Esperando que los planes de trabajo quedasen definitivamente establecidos, casi todo el mundo volvía a asistir a las escuelas de capacitación a fin de conseguir tanta instrucción técnica como fuese posible para utilizarla en las demandas de la gran empresa de reconstrucción que estaba comenzando.

Parload me acompañó hasta la puerta de mi casa, donde me encontré con el viejo Pettigrew que bajaba la escalera. Tenía un aspecto cansino, pero su mirada era más brillante que antes, y llevaba, de un modo que bien se veía que no estaba acostumbrado a ello, un herramental.

—¿Cómo va el reumatismo, *Mr. Pettigrew*? —pregunté.

—La dieta —dijo el viejo Pettigrew— hace milagros...

Y mirándome fijamente, prosiguió:

—Estas casas tendrán que derribarse, supongo, y nuestras nociones sobre la

propiedad tendrán que sufrir una revisión considerable... a la luz de la razón. Pero mientras tanto he estado echando remiendos a este vergonzoso tejado de mi casa. ¡Y pensar que hubiera podido eludir y escabullirme...!

Alzó una mano, frunció las comisuras de su boca y movió su avejentada cabeza.

—El pasado es el pasado, *Mr. Pettigrew*.

—¡Su pobre madre! ¡Una mujer tan buena y tan honrada! ¡Tan sencilla, tan amable, tan indulgente! ¡Hay que ver, querido amigo! Estoy avergonzado.

—El mundo entero se sonrojó al amanecer el otro día, *Mr. Pettigrew* —dije—, y se sonrojó muy bonitamente. Ahora ya está. Sólo Dios sabe quién no estará avergonzado de todo lo que ocurrió antes del martes último.

Le tendí una mano misericordiosa, olvidándome ingenuamente de que yo allí no era más que un ladrón, y él me la estrechó y prosiguió su camino moviendo la cabeza y repitiendo que estaba avergonzado, pero, según creo, algo reconfortado.

La puerta se abrió y el rostro de mi pobre anciana madre, maravillosamente limpio, apareció.

—¡Ah, Willie...! ¡Hijo querido...! ¡Tú...! ¡Tú...!

Subí de un brinco los peldaños para sostenerla, porque temí que se cayera.

¡Cómo me abrazó aquella viejecita querida...!

Pero primeramente cerró la puerta. La antigua costumbre de respeto por mi humor irregular la dominaba todavía.

—¡Ah, queridísimo! —No cesaba de repetir—. ¡Ah, queridísimo, qué mal lo has pasado!

Y se quedó con la cara apoyada en mi hombro para no disgustarme con la visión de las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos.

Hizo un ruido como si tragara algo y se quedó un buen rato quieta, abrazándose estrechamente contra su corazón con sus largos brazos...

Me dio las gracias por mi telegrama y yo, pasándole el brazo por la cintura, me la llevé a la sala.

—Estoy perfectamente, madre mía —le dije—, y los días de oscuridad ya han terminado... para siempre.

Después de esto, como si hubiera agotado su valor, se echó a llorar, y lloró, con llanto inagotable, sin que nadie la reprendiera.

No me había dejado adivinar, durante los últimos cinco años miserables que habían terminado, que aún era capaz de llorar.

2

¡**M**adre querida! Le quedaba sólo una breve estancia en este mundo renovado. Yo ignoraba la duración de aquel período, aunque tenía que ser corto a la

fuerza, pero hice cuanto pude, y no fue mucho a pesar de que acaso sí lo fuera para ella, para neutralizar la dureza de mis pasados días de ira y rebeldía. Tuve buen cuidado de estar constantemente a su lado, porque percibí la necesidad que ella tenía de mí. No teníamos ideas para intercambiar o placeres para compartir, pero a ella le gustaba verme sentado a la mesa, contemplarme mientras trabajaba y verme ir de un lado para otro. Ya no tenía que hacer las faenas pesadas de la casa. Sólo se ocupaba de los servicios ligeros, fáciles y agradables, de aquellos que a las ancianas, fatigadas por largos años de esfuerzos, les complace hacer, y creo que al final de su vida se sintió dichosa.

Se mantuvo dentro de su extraña versión de la religión, más propia del siglo xvi que del presente, sin cambiar un ápice a este respecto. Había llevado consigo aquel preciso amuleto que podría decirse que ya formaba parte de ella misma. Y, no obstante, el Cambio se hizo evidente aun en aquella persistencia. Un día le dije:

—Pero, ¿aún crees en aquel infierno de llamas, madre mía? ¿Sigues creyendo en eso, con ese corazón tan tierno que tienes?

Me aseguró que sí.

Había algún enredo teológico que se lo hacía necesario, pero así y todo...

Se quedó mirando un buen rato un arriate de primulas que había delante de ella, muy preocupada, y luego dejó reposar su trémula mano en mi brazo.

—¿Sabes, Willie querido? —dijo como si pretendiera aclarar un pueril error de interpretación por mi parte—. Pues resulta que no creo que nadie vaya a parar allí. Nunca creí tal cosa...

3

Aquella conversación persiste en mi memoria a causa de su simpática decisión teológica, pero la conversación a que me refiero fue sólo una de las muchísimas que tuvimos. Era muy agradable salir todos los días después de comer, luego de haber efectuado el trabajo del día y antes de continuar con los estudios de la tarde (¡qué extraño habría parecido antes que un jovencuelo de la clase industrial se dedicase a los estudios superiores de sociología, y qué tan natural nos parece ahora!), a pasear por los jardines de Lowchester House, fumando un cigarrillo, mientras ella hablaba peripatéticamente de lo que le interesaba. Físicamente el gran Cambio no le prestó nuevas fuerzas. La pobre había vivido en aquella tétrica cocina subterránea de Clayton demasiado tiempo para poder esperar ningún rejuvenecimiento material. Mi madre brilló del modo como un ascua moribunda entre cenizas puede brillar con una corriente de aire fresco... y es casi seguro que el Cambio aceleró su fin. Pero aquellos años últimos fueron para ella de una gran tranquilidad, con un contento logrado sin esfuerzo. Para mi madre la vida fue como un día ventoso y lluvioso que se despeja

sólo para dejar ver el resplandor crepuscular, cuando los rayos del sol ya han pasado. No adquirió ningún hábito nuevo, entre las comodidades de la vida nueva, ni hizo nada nuevo. Sólo se encontró con una luz más feliz encima de la vieja tiniebla.

Vivía con otras señoras pertenecientes a nuestra comunidad, en uno de los pisos superiores de Lowchester House. Aquellas habitaciones de los pisos altos eran sencillas y espaciosas, elegantes y bien arregladas dentro del estilo georgiano, y habían sido organizadas de modo que proporcionaran las máximas comodidades y la máxima utilidad y para economizar también la necesidad de una servidumbre especializada. Nos habíamos incautado de varias «casas señoriales», como entonces se denominaban, para hacer en ellas comedores comunales, con cocinas convenientemente espaciosas, y agradables residencias para las personas de más de sesenta años, y para quienes la edad del descanso había llegado, y otros establecimientos de utilidad pública de índole parecida. Habíamos hecho aquello, no sólo con la casa de Lord Redcar, sino también con Checkshill House, donde *Mrs. Verrall* se comportó como una patrona muy digna y capaz, y, en fin, con la mayoría de las hermosas residencias situadas en la bella y anchurosa región que se extendía entre el distrito de Four Towns y las montañas del País de Gales. Alrededor de aquellas grandes mansiones se habían edificado, por regla general, grandes dependencias accesorias, lavaderos, casitas para los criados casados, establos, lecherías, y otros edificios similares, disimulados adecuadamente por la arboleda. Nosotros los transformamos todos en residencias, y agregamos a ellos primeramente tiendas y cabañas de madera y luego edificios residenciales de planta cuadrangular. A fin de poder estar más cerca de mi madre, ocupé dos pequeñas habitaciones en los nuevos edificios de la Colegiata, los cuales nuestra comunidad fue la primera en poseer, y aquella residencia me resultó muy conveniente para alcanzar la estación del rápido tren eléctrico que me llevaba cotidianamente a las conferencias y a mi trabajo estadístico y de secretaría en Clayton.

La nuestra fue una de las primeras comunidades que se puso en orden. Nos resultó de una gran ayuda la energía de Lord Redcar, que poseía un sensible gusto por las asociaciones pintorescas de sus lares ancestrales: el rodeo que hacía nuestra línea, a través de las hayas, los helechos y las campánulas de West Wood, respetando la agradable selvaticidad abierta del parque, fue una de sus sugerencias; y nosotros teníamos múltiples motivos para estar orgullosos de nuestros alrededores. Casi todas las demás comunidades que brotaron de la campiña que rodeaba el valle industrial de Four Towns, al cambiar de residencia los trabajadores, vinieron a nosotros con el fin de estudiar la arquitectura de los cuadrados y rectángulos residenciales con que habíamos sustituido los callejones que antes había entre las casas señoriales y las grandes residencias eclesiásticas de alrededor de la catedral y para estudiar también el procedimiento de adaptación de aquellos edificios a nuestras novísimas necesidades sociales. Algunos sostuvieron haber mejorado incluso nuestras condiciones. Pero no pudieron ciertamente emular el jardín de rododendros que se extendía más allá del

plantío; aquello era una cosa típicamente nuestra en aquella zona de Inglaterra, a causa de su madurez y de la rareza de una buena turba libre de cal.

Aquellos jardines habían sido planeados bajo el tercer Lord Redcar, cincuenta años antes o más. Abundaban los rododendros y las azaleas, y algunos puntos se hallaban tan bien resguardados y soleados que incluso florecían magnolias en ellos. Había allí unos árboles altísimos, rodeados de rosas trepadoras carmín y amarillas, con una infinita variedad de arbustos y espléndidas coníferas y una hierba gigante de las Pampas, como ningún otro jardín puede exhibir. Y, creadas por las sombras de estos árboles, había irnos claros con grandes extensiones de césped de color de esmeralda, y aquí y allí arriates de rosas, y macizos de flores, y otros arriates para tulipanes, y otros para primulas, belloritas y primaveras. A mi madre le gustaban estos últimos arriates con los redondos ojuelos mirones de sus innumerables corolas amarillas, pardo-rojizas y moradas, más que cualquier otra cosa del jardín, y durante la primavera del Año de los Andamiajes, le gustaba mucho ir todos los días conmigo a sentarse en el banco desde donde se podían contemplar en mayor número.

Aquello le daba, según creo, entre otras impresiones agradabilísimas, una sensación de amable opulencia. En otro tiempo, no pudo disfrutar nunca del placer de tener algo agradable en más cantidad que la estrictamente necesaria.

Nos sentábamos en el banco y allí permanecíamos pensando o hablando. Lo curioso era que parecía haber una completa comprensión entre los dos, tanto si hablábamos como si permanecíamos callados.

—El cielo —me dijo ella un día—, el cielo es un jardín.

Yo sentí la tentación de burlarme un poco.

—Y habrá joyas y piedras preciosas, ¿sabes?... Todas las paredes y puertas serán de piedras preciosas... Y habrá cantos y música.

—Habrá todo eso para aquéllos a quienes les guste —replicó mi madre con firmeza.

Y después de meditar un instante, añadió:

—Habrá de todo para todos nosotros, claro está. Pero para mí, el cielo no sería cielo, hijo mío, si no tuviera jardín, un jardín, un jardín hermoso y soleado..., y tener muy cerca de nosotros a aquéllos a quienes queremos.

Vosotros, los de esta nueva generación, más feliz que la nuestra, no podéis imaginaros la maravilla de aquellos primeros días de la nueva era, la sensación de seguridad, los extraordinarios efectos de contraste. Por la mañana, excepto en pleno verano, me levantaba antes del amanecer y desayunaba en el rápido y cómodo tren, y a veces contemplaba las luces de la aurora al salir del pequeño túnel que perforaba Clayton Crest, y me dirigía a mi trabajo, donde trabajaba como un hombre. Ahora que hemos conseguido que los hogares y las escuelas, y todas las comodidades de la vida, fueran apartados de nuestro carbón, de nuestra escoria de hierro y de nuestra arcilla; ahora que millares de timideces y de «derechos» de obstrucción han quedado borrados del mapa, ahora podemos ir directamente hacia donde nos hemos propuesto,

absorbiendo tal empresa en tal otra, cortando a través de tal o cual trozo de terreno que antiguamente constituía una verdadera obstrucción al progreso; hemos podido unir y separar, efectuar gigantescas consolidaciones y gigantescas economías, hasta que el valle, dejando de ser una sima de escuálidas tragedias humanas y mezquinas industrias perpetuamente en conflicto, se transfiguró en una belleza única, una salvaje belleza inhumana de fuerza, maquinaria y llamaradas. Se sentía uno titán en aquel Etna. Regresaba al mediodía para bañarse y cambiar de ropa en el tren, y luego me distraía con la ociosa conversación durante la comida en el comedor del club en Lowchester House, y me iba a tomar el fresco durante la verde y soleada tranquilidad de las primeras horas de la tarde.

Algunas veces, en sus momentos de más profunda meditación, mi madre llegaba a poner en duda que aquella fase dichosa y última de su vida no fuese un sueño.

—Un sueño —le decía yo—, sí, un sueño..., pero un sueño que se halla a un paso más cerca del despertar de lo que se hallaba aquella pesadilla de antaño.

Mi madre sentía un gran bienestar y una gran seguridad al ver mi traje nuevo, alegando que le gustaban mucho las nuevas modas. Y no era sólo la diferencia de traje. Es que yo había crecido tres centímetros, el tórax también se me había ensanchado unos cuantos centímetros y había aumentado siete kilos, antes de llegar a la edad de veintitrés años. Yo llevaba un traje pardo de un tejido muy suave y ella se entretenía en acariciarme la manga, admirándolo mucho. Tenía muy desarrollado el sentido femenino de la corrección en el vestir.

Algunas veces se quedaba meditando sobre el pasado, frotándose las pobres manos rugosas, que nunca se suavizaron. Me explicó muchas cosas de mi padre que yo ignoraba, y otras muchas de su vida de muchacha. Era como encontrarme con unas flores marchitas y aplanadas entre las páginas de un libro y sentir todavía su levísimo perfume el saber que, en otro tiempo, mi madre había sido amada apasionadamente, y que mi remoto padre había vertido cálidas lágrimas de ternura en sus brazos. Y otras veces ella me hablaba dulcemente, con frases anticuadas que sólo sus labios sabían despojar de su amarga estrechez, de Nettie.

—No te merecía, hijo mío —decía, a veces, bruscamente, dejando que yo adivinara a quién quería referirse.

—No hay hombre que sea merecedor del amor de mujer —contestaba yo—, ni mujer que lo sea de un hombre. Yo la quería, madre mía, y esto no puedes modificarlo.

—Hay otras.

—Para mí, no... ¡No puedo empezar de nuevo, madre...! No puedo volver a empezar desde el principio.

Entonces ella suspiraba y callaba.

En otra ocasión me dijo, creo que con estas mismas palabras:

—Estarás muy solo cuando yo me vaya, hijo mío.

—No pienses en irte —dije.

—¿Es que no sabes que el hombre debe buscarse una mujer?

Yo no contesté.

—Piensas demasiado en Nettie, hijo mío. Si pudiera verte casado con alguna muchacha simpática y amable, con una muchacha buena y cariñosa...

—Madre querida, hazte el cargo de que ya estoy casado. Tal vez algún día... ¿Quién sabe? Puedo esperar.

—¡Pero esto de no tener amistad con mujeres!

—Tengo amigos. No te preocupes, madre. Hay trabajo de sobras en este mundo para cualquier hombre, aunque no tenga corazón para amar. Nettie para mí era toda la belleza y toda la vida. Lo era, lo es y lo será...

Mi corazón me decía que el final no había llegado todavía.

Una vez mi madre me hizo súbitamente una pregunta que me dejó sorprendido.

—¿Dónde están ahora?

—¿Quiénes?

—Nettie y él.

Había penetrado hasta lo más profundo de mis pensamientos.

—No lo sé —dije concisamente.

Su arrugada mano mariposeó hasta posarse levemente sobre la mía.

—Mejor es así —dijo con tono de súplica—. Realmente, más vale que sea así...

Había algo en su temblorosa voz que, durante un momento, me retrotrajo a una época lejana, a aquellas protestas de antaño, a aquellos consejos de sumisión, a aquellas súplicas para que no lo ofendiera, a todas aquellas cosas que siempre habían hecho que se removiera dentro de mí el airado espíritu de rebeldía.

—Eso, lo dudo —murmuré.

Y sentí de repente que ya no podría hablar más de Nettie con mi madre. Me levanté y me alejé de ella, y al cabo de un rato volví para hablar de otras cosas y le ofrecí un ramo de asfódelos.

Pero no siempre pasaba la tarde con ella. Había días en los que mi ardiente deseo por Nettie surgía de nuevo, y entonces sentía la necesidad de estar solo y echaba a andar o montaba en bicicleta. Al cabo de poco tiempo encontré interés y alivio en aprender a montar a caballo. El caballo ya estaba, y muy rápidamente, cosechando los beneficios del Cambio. Después del primer año de la nueva época, casi en ningún sitio pudo hallarse la inhumanidad de la tracción caballar. Por todas partes, el tiro, el acarreo y el esfuerzo de arrastre se efectuaban por medio de máquinas, y el caballo se había transformado en un objeto de placer y de transporte de la juventud. Monté a caballo tanto con silla, como (lo cual es mucho mejor) desnudo y con el caballo, desensillado. Descubrí que los ejercicios violentos me iban muy bien durante los ataques de profunda melancolía que me sobrevenían, y cuando tiempo después, el montar a caballo fue cayendo en desuso, me uní a los aviadores que practicaban el vuelo con o sin motor más allá de Horsemarden Hill... Pero al menos un día de cada dos lo pasé con mi madre, y en conjunto creo que le ofrecí los dos tercios de mis

tardes.

4

Cuando, más adelante, aquella enfermedad, aquella creciente debilidad que fue una verdadera eutanasia para tantos y tantos ancianos al comienzo de la nueva era, se apoderó de mi madre, se nos presentó Anna Reeves para cuidarla como una hija, según nuestra nueva costumbre. Ella fue la que vino espontáneamente. Ya nos era un poco conocida a causa de algunos encuentros incidentales y de algunos servicios también incidentales que había prestado a mi madre en el jardín, y cuando supo que estaba enferma se ofreció a cuidarla. Entonces tenía el aspecto de una de esas buenas muchachas, buenas y nada más, que el mundo no ha dejado nunca de producir, incluso en sus peores momentos, y que en otro tiempo eran, en realidad, el oculto antiséptico de nuestras vidas atropelladas, odiosas y desleales. Esas muchachas cumplían sus silenciosos sacrificios, ejecutaban sus inmutables, constantes, rutinarias, desagradecidas y altruistas tareas como Utilísimas hijas, como enfermeras, como fieles criadas, como las humildes providencias de los hogares. Anna Reeves tenía exactamente tres años más que yo. Al principio, no me pareció una beldad; era pequeña, pero más bien robusta y pelirroja, de tez rubicunda también, pestañas y cejas rubias y pobladas y ojos pardo-rojizos. Pero sus pecosas manos demostraron ser muy útiles y su voz contagiaba la alegría...

Los primeros días Anna Reeves no fue más que una chiquilla bondadosa, vestida de azul, con delantal blanco, que se movía en las sombras proyectadas por la cama donde mi anciana madre se hundía cada vez más en el descanso de la muerte. Ella siempre se adelantaba, anticipándose a ayudar en cualquier pequeña necesidad, profiriendo palabras de reconfortante sencillez, y mi madre entonces siempre le sonreía. Al cabo de poco tiempo, descubrí la belleza del sano equilibrio de su cuerpo de mujer, y descubrí la gracia de la bondad incansable, la dulzura de una tierna piedad, y la gran riqueza de su voz, de sus pocas palabras, de sus frases tranquilizadoras. Noté, y me he acordado siempre de ello, que una vez la flaca mano de vieja de mi madre acarició la mano cubierta de pecas de Anna mientras arreglaba el cubrecama.

—Es una chica muy buena —dijo un día mi madre—. Es una gran muchacha... Se porta como si fuese mi hija... Yo nunca tuve una hija, en realidad.

Se quedó reflexionando un rato y añadió:

—Tu hermanita murió.

Nunca había oído yo hablar de aquella hermanita.

—El 10 de noviembre —prosiguió mi madre—. Tenía veintinueve meses y tres días... ¡Cómo lloré...! ¡Cómo lloré! Aquello fue antes de que tú vinieras al mundo,

hijo mío. ¡Hace tanto tiempo...! Y ahora lo veo como si fuera ayer. Yo estaba casada hacía poco tiempo, y tu padre se portó muy bien conmigo. Pero todavía veo sus manecitas, sus queridas manecitas, ¡tan quietas!... Hijo mío, dicen que ahora..., ahora no permitirán que mueran los niños.

—No, madre —dije—. Ahora lo haremos mejor.

—El médico del «Seguro» no pudo venir. Tu padre fue a buscarlo dos veces. Estaba visitando a otro enfermo, un cliente de pago. Tu padre entonces fue a Swathinglea, y aquel hombre no quiso venir si no le pagábamos la visita por adelantado. Y tu padre se había cambiado de traje para tener un aspecto más respetable y no llevaba dinero encima, ni siquiera para el billete de vuelta en el tranvía. Fue la cosa más cruel del mundo estar aguardando con mi pequeña sufriendo... Y no puedo quitarme de la cabeza que tal vez habríamos podido salvarla... Pero siempre ocurría lo mismo con los pobres aquellos días aciagos de antaño... ¡Siempre! Cuando, por fin, vino el médico, se puso furioso. «¿Por qué no me han llamado antes?», preguntó. Estaba furioso porque no se le había avisado antes... Le supliqué que hiciera lo imposible... pero ya era demasiado tarde.

Mi madre me explicó todo esto, muy quedamente, con los párpados entornados, como si estuviera explicando un sueño.

—Ahora haremos estas cosas mucho mejor —dije sintiendo un extraño resentimiento al oír aquella lamentable historia que su debilitada y monótona voz me estaba refiriendo.

—Hablabas, la pobrecilla —prosiguió mi madre—. Hablabas estupendamente para su edad... ¡Hipopótamo...!

—¿Eh? —exclamé.

—Hipopótamo, hijo mío... Muy claramente, un día, mientras su padre le enseñaba unas imágenes... Y sus plegarias. «Con Dios me acuesto..., con Dios me levanto...». Le hice unos calcetines. De punto, hijo mío, y el talón era difícilísimo.

Cerró los ojos. Ya no me hablaba a mí, sino a sí misma. Murmuró otras cosas vagas, pequeñas frases, espectros de otras épocas muertas hacía muchísimo tiempo... Sus palabras se hicieron indistintas.

En seguida se durmió. Yo me levanté y salí de la habitación, pero me quedé extrañamente obsesionado por la idea de aquella vida minúscula que había sido tan alegre y esperanzadora, sólo para situarse inexplicablemente fuera de toda esperanza, para caer en el no ser, aquella hermana de quien nada había sabido hasta entonces... Inmediatamente monté en cólera ante los irremediables pesares del tiempo pasado, de aquel grande océano de sufrimientos que podían haberse evitado, de los cuales éste era sólo una gotita roja, luminosa y trémula. Me paseé por el jardín y lo encontré demasiado pequeño para mí. Salí a vagar por el páramo.

—¡Lo pasado, pasado! —exclamé.

Y a través de un abismo de veinticinco años pude oír el desconsolado llanto de mi madre por aquella hijita que había muerto. En realidad, mi viejo espíritu de rebeldía

no ha muerto del todo en mí, a pesar de toda la transformación de los tiempos modernos... Me sosegué, por fin, en un levísimo y austero consuelo al pensar que nada sabemos de las cosas que acontecen en el mundo ni de la finalidad que perseguimos en él o fuera de él, y de que tal vez todo no puede ser explicado a inteligencias como las nuestras, y pensé también, lo cual fue mucho más reconfortante, que ahora poseemos la fuerza y el valor y este nuevo don del amor sensato, y que sean los que sean los equívocos y fracasos del pasado, ninguna de aquellas tristes eventualidades que constituyeron la trama de la vida antigua, han de seguir sucediendo. Ahora podíamos prever, podíamos prevenir y evitar.

—El pasado es el pasado —dije con resolución, mientras volvían a aparecer ante mis ojos, en mi camino de regreso a casa, las cien ventanas de la antigua Lowchester House, reflejando la luz del sol—, y aquellas tristezas han dejado de serlo.

Pero no pude de ningún modo eludir aquella tristeza común, propia de la nueva era, aquel recuerdo y el enigma insoluble de las incontables vidas que habían tropezado, caído y fracasado en el dolor y la oscuridad, antes de que se hubiera podido clarificar nuestra atmósfera...

CAPÍTULO III

BELTANE Y NOCHEVIEJA

1

Al final, mi madre murió casi de repente, y su muerte fue un gran golpe para mí. El diagnóstico era en aquella época, todavía muy primitivo. Los médicos estaban, naturalmente, perfectamente percatados de los increíbles defectos de su preparación y hacían todo cuanto podían para subsanar su ignorancia, pero aún seguían siendo extraordinariamente ignorantes. Algún factor de la enfermedad poco inteligentemente observado entró en juego e hizo que mi madre cogiera una calentura que la llevó a la muerte con gran rapidez. Ignoro qué clase de remedios o medidas pertinentes se intentaron. Casi ni me di cuenta de lo que ocurría hasta que todo hubo terminado.

En aquellos días mi atención estaba concentrada en el revuelo que promovió el gran festival de Beltane que se celebró el primero de mayo del Año de los Andamiajes. Fue la primera de las diez grandes quemas de desperdicios que inauguraron la nueva era. Los jóvenes de hoy difícilmente podrían imaginarse los enormes montones de escombros, basuras y cosas inútiles que tuvimos que destruir. Si no hubiésemos fijado un día y una estación apropiada, el mundo entero se habría convertido en una incesante humareda de pequeñas fogatas. A mi juicio, fue una excelente idea resucitar los antiquísimos festivales de las hogueras de mayo y noviembre. Era inevitable que la antigua idea de purificación resucitara a la vez que el nombre; se tenían la impresión que se quemaba algo más que los estorbos materiales, y que innumerables cosas casi espirituales, actas, documentos, cuentas, recuerdos vengativos y otras muchísimas cosas quedaban aniquiladas también en aquellas grandes hogueras. La gente pasaba, rogando, por entre las fogatas, y como un hermoso símbolo de la nueva y más sensata tolerancia que influía las acciones de los hombres, aquellos que aún se sentían reconfortados por las antiguas creencias ortodoxas vinieron también, sin coacción alguna, a rogar que todo el odio de sus profesiones de fe se quemara también en las hogueras. Porque aun en los fuegos de Baal se puede encontrar a Dios viviente, ahora que los hombres han dejado de sentir odio y el rencor ha dejado de existir.

Muchas fueron las cosas que tuvimos que destruir en aquellas grandes purgas. En primer lugar había casi todas las casas y edificios de la época pasada. Al final apenas se salvó en Inglaterra un edificio por cada cinco mil de los que había cuando apareció el cometa. Año por año, a medida que íbamos reconstruyendo nuestros hogares de

acuerdo con los requerimientos más sanos de nuestras nuevas familias sociales, íbamos arrasando aquellas horribles estructuras, las antiguas casas residenciales, construidas apresuradamente, sin imaginación, sin belleza alguna, sin la más corriente honradez, sin comodidades ni conveniencias, en que se había albergado la población de los comienzos del siglo xx , hasta que no quedó ninguna en pie. No salvamos sino aquello que era hermoso o interesante de entre toda aquella tétrica y melancólica abundancia. Claro está que no pudimos echar al fuego las casas enteras, pero sí pudimos hacerlo con las mal ajustadas puertas de baratillo, las espantosas ventanas, las escaleras atormentadoras de la servidumbre, las mohosas y oscuras alacenas, los agusanados papeles de las desconchadas paredes, las alfombras llenas de polvo y de porquería, las mal diseñadas, y no obstante presuntuosas, mesas y sillas, los bufetes y las cómodas, los viejos libros saturados de cochambre, los adornos (¡aquellos sucios, decrepitos y penosísimos adornos, entre los que recuerdo que, a veces, había incluso pájaros muertos rellenos de paja!), todo lo quemamos. El maderamen, con capa sobre capa de pintura, ardió especialmente bien. He intentado anteriormente daros una impresión de los muebles que se utilizaban en la era pasada al hablar del dormitorio de Parload, del cuarto de mi madre, de la salita de *Mr. Gabbitas*, pero, gracias a Dios, no hay nada actualmente en el mundo que pueda dar idea de la horrenda suciedad de todo aquello. Porque, en primer lugar, ya no hay en ninguna parte ningún ejemplo de combustión imperfecta del carbón, como tampoco hay aquellas carreteras y caminos polvorientos, que parecían cicatrices. Quemamos y destruimos la mayor parte de nuestros edificios junto con todo el maderamen, todos nuestros muebles, exceptuando unos cuantos millares de piezas de una belleza expresiva e intencionada, y de las que se han desarrollado nuestras actuales formas; también quemamos casi todos nuestros cortinajes y alfombras, así como casi hasta el último vestigio de los trajes a la antigua usanza. Sólo unos cuantos modelos, cuidadosamente desinfectados, de aquellos trajes, se guardan ahora en nuestros museos.

Ahora se suele escribir, con especial horror, acerca de los vestidos y las ropas del antiguo mundo. Los trajes masculinos se llevaban continuamente, sin estar sujetos a ningún proceso de limpieza, exceptuando algún ocasional cepillado superficial, durante períodos de un año o más. Estaban confeccionados con materiales oscuros y eran de un dibujo confuso y entremezclado a fin de disimular el estado de contaminación a que habían llegado, y de una textura afieltrada y porosa, admirablemente calculada para que se acumulara en ella todo el polvo y la suciedad ambiente. Muchas mujeres llevaban faldas confeccionadas con materias similares, y de una forma tan larga e inconveniente que se arrastraban inevitablemente por todas las suciedades de nuestras calles frecuentadísimas por los caballos. Nos jactábamos en Inglaterra de que la población entera de la isla llevaba botas, ya que los pies de los ingleses eran, en su mayoría, tan feos que necesitaban ocultarse, pero ahora nos parece inconcebible que pudieran llevar los pies aprisionados en aquellas sorprendentes cajas de cuero o de imitación de cuero. He oído decir que una parte de

la decadencia física que se pudo observar en nuestro pueblo durante los últimos años del siglo XIX, aunque sin duda alguna debida también en parte a la mala calidad de los alimentos que ingería, era principalmente atribuible a la vileza del calzado corriente. Los ingleses de aquella época evitaban todo ejercicio al aire libre, porque sus botas se gastaban de un modo ruinoso y, además, les apretaban y molestaban si se dedicaban a ello. He mencionado ya, me parece, la parte que jugaron mis botas en el escuálido drama de mi adolescencia. Tuve una sensación de impío triunfo sobre el enemigo caído cuando, por fin, me encontré conduciendo carros y más carros cargados de botas y zapatos baratos (material invendido, procedente de Swathinglea) hasta el tope de los altos hornos de Glanville, para echarlo todo dentro.

«¡Plap!», hacían al caer en los hornos. Beltane llegó mientras el crepitar de su ignición llenaba el aire. Ya no se produciría ningún resfriado por la humedad de las suelas de cartón, ya no se produciría un solo callo a causa de sus estúpidas formas, ni una sola uña se encarnaría en el sufrido dedo gordo...

Destruimos y quemamos también la mayoría de nuestros edificios públicos al reformar nuestro plan de habitación, nuestros teatros, nuestros bancos y nuestras oficinas que más bien parecían madrigueras, nuestras fábricas (éstas en el primer año), y toda aquella repetición anodina de iglesias y capillitas de estilo seudogótico, miserables caparazones de cal y piedra, sin gusto, inventiva ni belleza en ninguno de ellos, que los hombres habían lanzado a la faz de su Dios, del mismo modo que echaban alimentos baratos en las bocas de los sudorosos obreros; todo eso lo barrimos de la tierra en el transcurso de la primera década. Luego tuvimos que liquidar todo el sistema anticuado de ferrocarriles de vapor, con sus estaciones, señales, vallas y material de transporte; todo un equipo mal planeado de aparatos ruidosos distribuidores de humo, que, bajo las anteriores condiciones, habían mantenido una vida decadentemente obstructiva durante tal vez medio siglo. Hubo también una gran cosecha de vallas, tablones de anuncios, tinglados, feos cobertizos, todo el hierro acanalado del mundo, y todo cuanto estuviera alquitranado, todos nuestros gasógenos y depósitos de gasolina, todos nuestros vehículos de tracción caballar, todos los carros y camiones fueron liquidados... Pero acaso se haya dicho bastante para dar una idea de la cantidad y calidad de nuestras grandes hogueras, de nuestras igniciones, de nuestras fundiciones, de nuestro denodado esfuerzo destructivo, por encima de cualquier otro esfuerzo constructivo, durante aquellos primeros años.

Pero aquéllas fueron sólo las groseras bases materiales de los fuegos del mundo que iba a renacer como nuevo fénix. Aquéllas fueron únicamente las señales externas y visibles de las innumerables reclamaciones, derechos, adhesiones, cuentas, actas y credenciales que se echaron al fuego. Un enorme cúmulo de insignias y uniformes, ni lo bastante curiosos ni lo bastante bonitos para que merecieran guardarse, fueron a engrosar las llamas, así como todos nuestros símbolos, aparatos y material de guerra, exceptuando irnos cuantos trofeos y recuerdos verdaderamente gloriosos. Después

fueron condenadas innumerables muestras de nuestras viejas, bastardas y semicomerciales bellas artes. Grandes pinturas realizadas sólo para complacer a la gente medio educada de la clase media ardieron un momento y desaparecieron para siempre; los mármoles académicos se disolvieron en utilísima cal; una tremenda multitud de estatuillas imbéciles, cacharrería decorativa y bordados y tapices junto con toda la mala música y pésimos instrumentos musicales, compartieron este mismo destino. Y los libros, incontables libros y montones de periódicos cayeron también dentro de aquellas piras. Únicamente de las casas particulares de Swathinglea, en las que moraban gentes que habíamos creído hasta entonces, y tal vez no injustamente, analfabetas, pudimos recoger un carro entero de ediciones baratas y mal impresas de los clásicos ingleses menores (la mayoría de ellas, obras aburridísimas, y aún sin haber sido leídas) y casi un camión lleno de novelones de un penique, gastados, sobados, mugrientos y arrugados, materia vil, despreciable y acuosa, la hidropesía de la mente de nuestra nación... Y a mí me pareció que al recoger y juntar aquellos librotos y periódicos, también juntábamos algo más que tinta y papel, juntábamos ideas torcidas, contrahechas y contagiosas, y viles sugerencias, fórmulas de estúpidas tolerancias y lerdas impaciencias, mezquinas ingenuidades defensivas de lentos y perezosos hábitos de pensar junto con tímidas e indolentes evasiones. Hubo más que un toque de maligna satisfacción en mí al ayudar a recoger todo aquello.

Hallábame tan atareado en mi participación en aquel trabajo de basurero que no noté, como sin duda habría hecho a no ser por lo que digo, las pequeñas variaciones en el estado de salud de mi madre. Incluso tuve la impresión de que se sentía más fuerte: sus facciones parecían más sonrosadas y se mostraba más parlanchina...

La víspera de Beltane, y habiendo terminado con nuestro auto de fe en Lowchester, me dirigí por el valle hasta Swathinglea para ayudar a clasificar el material del grupo de fábricas de cerámica, cuya principal producción había consistido en adornos de imitación de mármol para las repisas de las chimeneas, y por fin allí me encontró Anna, la enfermera, y me dijo por teléfono que mi madre había fallecido, de repente, aquella mañana, poco después de mi salida de casa.

Durante un rato no lo creí. Aquel acontecimiento, evidentemente inevitable, me dejó tan agobiado cuando se produjo que nadie hubiese dicho que estaba convencido de su proximidad. Seguía trabajando, y luego, de un modo casi apático, con cierta curiosidad, pero de mala gana, eché a andar hacia Lowchester.

Al llegar allí me encontré con que ya habían dado fin las ceremonias religiosas, y me enfrenté con las facciones blancas y tranquilas de mi anciana madre, muy quietas, pero frías y serias, con un aspecto majestuoso, en medio de flores blancas.

Entré solo en aquella habitación silenciosa, y me quedé un rato a su lado de pie. Después me senté y me quedé reflexionando...

Luego, por fin, extrañamente sosegado, y con las profundidades de mi soledad abriéndose ante mí, bajo mis pies, salí de aquella habitación para entrar de nuevo en el mundo, en aquel mundo vivaz, activo, ruidoso, feliz y atareado con los últimos

preparativos para la gigantesca cremación de las cosas pasadas.

2

Recuerdo aquel primer festival de Beltane como la noche más terriblemente solitaria que pasé en mi vida. Aparece en mi mente a trozos, fragmentos de un intensísimo sentimiento con muchos blancos intercalados de escenas olvidadas.

Me acuerdo muy claramente de que yo me hallaba en la gran escalera de Lowchester House, aunque no recuerdo cómo salí de la habitación donde yacía mi madre, y que en el rellano me encontré con Arma, que subía mientras yo bajaba. Anna acababa de enterarse de mi regreso, y subía la escalera presurosamente para venir a mi encuentro. Se detuvo, igual que yo, nos estrechamos las manos, y ella se quedó mirándome fijamente, del modo que suelen hacerlo las mujeres. Así permanecimos durante unos segundos. Yo no pude decirle nada en absoluto, pero me di perfecta cuenta de su emoción. Contesté, pues, a la viva presión de su mano, la solté, y después de un extraño segundo de vacilación seguí bajando, sumido en mis preocupaciones. No se me ocurrió entonces preguntarme qué era lo que ella podía estar pensando.

Recuerdo el pasillo lleno de la dorada luz del atardecer y cómo yo anduve maquinalmente unos pasos hasta el comedor. Luego, a la vista de las mesitas, y a la súbita ráfaga de las voces de los que hablaban dentro, al abrir alguien la puerta, cuando yo me disponía a entrar, recordé que no tenía el menor apetito... Después de esto, tengo una impresión de mí mismo atravesando el césped frente a la casa y del propósito que tenía de irme solo hacia el páramo, y de que alguien que pasaba por mi lado dijo algo referente a un sombrero. Yo había salido de casa sin sombrero.

Un fragmento de mis pensamientos se ha enlazado con cierto efecto producido por unas sombras alargadas sobre el césped, dorado con la luz del sol poniente. El mundo se hallaba singularmente vacío, a mi juicio, sin Nettie y sin mi madre. Ya no tenía ningún sentido. Nettie había vuelto entonces a ocupar mis pensamientos...

Luego me acuerdo de haber llegado al páramo. Evité los montículos donde se amontonaba el material de desecho para las hogueras, y busqué los lugares más solitarios...

Recuerdo muy claramente que me encontraba sentado sobre la puerta de entrada de un vallado, más allá del parque, en un redil, pasada la cumbre que ocultaba el espectáculo de la hoguera de Beacon Hill con toda la muchedumbre a su alrededor, y que estaba mirando y admirando la puesta de sol. La tierra dorada y el cielo que la rodeaba no parecían ser sino una pequeña burbuja flotando en el globo de la futilidad humana... Luego, al llegar el crepúsculo, eché a andar por la desconocida carretera, entre setos, bajo un revuelo de murciélagos.

Aquella noche dormí al raso. Pero tenía mucho apetito y comí. Cené, cerca de la medianoche, en una pequeña posada de la carretera de Birmingham, a muchos kilómetros de mi casa. Instintivamente había huido de las cumbres donde se habían reunido grande muchedumbres alrededor de las hogueras, pero en la posada también había bastante animación y tuve que compartir mi mesa con un buen hombre que iba a quemar las escrituras de unas hipotecas, ahora ya inútiles. Le hablé de ello..., pero mi alma estaba a mucha distancia de mis labios...

Muy pronto apareció en cada cima una flor de fuego como un tulipán. Unas pequeñas figurillas negras se agrupaban a su alrededor, puntuando la base de sus pétalos, y en cuanto al resto de las multitudes que se hallaban al aire libre, la amable noche se las tragó. Dejando las carreteras y los caminos frecuentados y anclando a campo traviesa conseguí quedarme solo, aunque el confuso ruido de voces y el rugido y la crepitación de las grandes fogatas parecía estar siempre junto a mí.

Dirigí mis pasos errantes hacia un prado solitario, e inmediatamente me eché en una hondonada de profundas sombras para quedarme contemplando las estrellas. Permanecí oculto en la oscuridad y, de vez en cuando, el rumor de los fuegos de Beltane, en los que se estaban quemando las locuras y las tonterías de una era desaparecida y la gritería de las personas que pasaban por entre los fuegos rogando para ser liberados de su propia cárcel, llegaba a mis oídos...

Y volví a pensar en mi madre y en seguida en mi nueva soledad, y mi corazón volvió a palpar por Nettie.

Pensé en muchas cosas aquella noche, pero principalmente en el desbordamiento de amor y de ternura que me había sobrevenido al despertar después del Cambio, en la gran necesidad, en la grande e insatisfecha necesidad en que me encontraba de tener a aquella mujer única que podía satisfacer todos mis deseos. Mientras había vivido mi madre, hasta cierto punto puede decirse que era ella la dueña de mi corazón, alimentándome esta clase de emociones y mitigando aquella vacuidad de espíritu, pero ahora, de pronto, aquella única posibilidad reconfortante me había abandonado. Había habido muchos que, en la época del Cambio, creyeron que aquel gran progreso de la humanidad traería consigo la abolición del amor, pero en realidad, lo que había sucedido es que lo transformó en otro más refinado, más lleno, más vitalmente necesario. Creyeron que, en vista de que los hombres ahora estaban henchidos de la alegre pasión de hacer cosas y contentos, dispuestos y entusiasmados de poder prestar un servicio a sus congéneres, ya no habría necesidad de la única comunión íntima y de toda confianza que había constituido la más excelente de todas las cosas de la vida anterior. Y, realmente, mientras aquello fue cuestión de ventaja o de lucha por la existencia, estuvieron en lo cierto. Pero mientras fue cuestión de espíritu y de las más finas percepciones de la vida, anduvieron completamente equivocados.

No habíamos eliminado, ni mucho menos, el amor, sino que lo habíamos despojado de su baja y soez envoltura, de su orgullo, de su vanidad, de su amor

propio, de su suspicacia, de sus elementos mercenarios y egoístas, hasta que al fin quedó en nuestras mentes puro, brillante e invencible. A través de todas las finas y bifurcadas sendas de la vida nueva, se hizo cada vez más evidente que para cada ser había otros que se hallaban misteriosamente e indescriptiblemente a tono con él, cuya mera presencia producía placer, cuya mera existencia era de un gran interés, cuya idiosincrasia se mezclaba con diversos factores accidentales para producir una armonía completa y predominante para sus predestinados amantes. Esas personas constituían lo esencial de la vida. Sin ellas, el estupendo y magnífico espectáculo de un mundo rejuvenecido hubiera sido como un corcel enjaezado pero sin jinete, como un jarrón sin flores, como un teatro sin comedia... Y para mí fue clarísimo, aquella noche de Beltane, tan claro como las blancas llamaradas, que Nettie, únicamente Nettie, despertaba aquellas armonías en mí. ¡Y Nettie se había ido! ¡Yo mismo la había echado de mi lado y no sabía a dónde se habría dirigido! ¡Yo mismo había, en mi primera virtuosa tontería, eliminado su presencia de mi vida para siempre!

Así lo vi entonces, mientras, tendido en la oscuridad e invisible para todos, llamaba a Nettie, lloraba por ella. Me eché de bruces ocultando la cara en la hierba y volví a llorar por ella, mientras la gente dichosa y feliz iba de un lado para otro y el humo se deshilachaba al llegar a las distantes estrellas, y los rojos reflejos, las sombras y los fluctuantes destellos danzaban sobre la faz de la Tierra.

¡No! El Cambio nos había liberado ciertamente de nuestras bajas pasiones, de la concupiscencia maquinal y habitual y de las mezquinas y groseras ideas, pero de las pasiones del amor no nos había liberado en absoluto. Había dado lo suyo al señor de la vida, a Eros. Durante toda la larga aflicción de aquella noche, yo, que lo había rechazado, confesé su imperio con lágrimas e inconsolables lamentos...

No puedo dar ni la menor idea acerca de cuándo me levanté, ni de mis tortuosos vagabundeos por entre las fogatas de medianoche, ni de cómo me evadí de las rientes y regocijadas multitudes que se dirigían a sus casas en tropel entre las tres y las cuatro de la madrugada, para reanudar sus vidas, barridas y aderezadas, despojadas de su pasado, completamente limpias. Pero al amanecer, cuando las ascuas de la alegría del mundo empezaron a apagarse (fue un gélido amanecer que me hizo tiritar dentro de mis ropas de verano), llegué, a través de un campo, a un pequeño soto lleno de jacintos de color azul oscuro. Una extraña sensación de familiaridad detuvo mis pasos, y allí me quedé, perplejo. Entonces decidí separarme del sendero una docena de pasos, e inmediatamente un árbol singularmente deforme vino a encajar con una muesca que había en mi memoria. ¡Aquél era el sitio! Allí fue donde, en otra ocasión, había colocado mi blanco para disparar contra él mi revólver, aprendiendo su manejo para el día que encontrara a Verrall.

El blanco y el revólver habían desaparecido, y mi violento y angosto pasado, con sus últimos vestigios, se había encogido hasta desvanecerse en las temblorosas llamas de los fuegos de Beltane. Finalmente, eché a andar a través de montones de grises cenizas, de regreso a la gran casa donde yacía la inmóvil imagen de la querida madre

mía que acababa de perder.

3

Volví a Lowchester House cansadísimo, sintiéndome muy desdichado, agotado por mi infructuoso anhelo por Nettie. No tenía la menor idea de lo que debía hacer.

Una inexplicable atracción me condujo dentro de la gran casa para volver a contemplar la inmovilidad de lo que había sido el rostro de mi madre, y al entrar en la habitación, Anna, que estaba sentada al lado de la ventana abierta, se levantó para venir a mi encuentro. Tenía el aire de quien espera algo. Ella también estaba pálida de tanto velar; toda la noche se la había pasado velando a la muerta y esperaba, ansiosa, mi vuelta. Yo permanecí, mudo, entre ella y la cama...

—Willie... —susurró.

Sus ojos parecían la lástima personificada.

Una fuerza invisible hizo que nos abrazáramos. El rostro de mi madre pareció más resuelto, más imperativo. Me volví hacia Anna como un niño se vuelve hacia su niñera. Le puse las manos sobre los hombros y ella me atrajo hacia sí, y mi corazón se desbordó. Oculté mi rostro en su seno, y, perdidas las fuerzas, estallé en un raudal de llanto...

Ella me acogió en sus brazos, murmurándome al oído como se le murmura a un niño pequeño:

—¡Pobrecillo, pobrecillo!

De repente, me besó. Me besó con una voraz intensidad de pasión, me besó en las mejillas, me besó en los labios. Me besó en los labios con sus labios, salados de lágrimas. Y yo le devolví los besos...

Después, bruscamente, nos separamos y permanecemos a cierta distancia el uno del otro... mirándonos.

4

Tengo la impresión de que el intenso recuerdo de Nettie se desvaneció por completo de mi mente al contacto de los labios de Anna. Amaba a Anna.

Nos dirigimos al Concejo de nuestro grupo, que entonces no se llamaba Concejo, sino Comité comunal, y allí me la entregaron en matrimonio. Al cabo de un año, ya me había dado un hijo. Ella fue y ha sido siempre mi más leal amiga, y durante algún tiempo fuimos unos amantes apasionados. Puedo decir que ella me ha amado

siempre, manteniendo mi alma, henchida de amor y de tierna gratitud. Siempre que nos encontrábamos, nuestras manos y nuestros ojos se entrelazaban en amigable saludo, y durante nuestras vidas, desde aquel momento, hemos sido el uno para el otro una recíproca ayuda y un mutuo refugio... Pero al cabo de algún tiempo, mi amor y mi deseo por Nettie se reprodujo con la misma intensidad de antes, como si nunca hubiera dejado de estar presente.

Nadie tendrá ninguna dificultad ahora para comprender cómo pudo ser aquello, pero en los días de la malaria universal, aquello habría sido algo de todo punto imposible. Yo habría tenido que aplastar aquel segundo amor y echarlo de mis pensamientos, manteniéndolo secreto para que Anna no se enterase o mintiendo a todo el mundo. La teoría del mundo antiguo consistía en que sólo podía haber un único amor; para nosotros, que flotamos sobre un verdadero océano de amor, la cosa resulta difícil de comprender. La naturaleza del hombre debía pertenecer exclusivamente a la mujer que lo poseía, así como la naturaleza de ella debía pertenecer exclusivamente a él. No había lugar para nada más. Si se sentía un exceso de amor, aquello era considerado como un descrédito. Las personas formaban entonces un sistema secreto y recluso de dos unidades, dos unidades más los hijos que ella tuviera de él. Él estaba obligado a no encontrar belleza alguna en ninguna de las demás mujeres, ni agrado ni interés, y ella lo mismo respecto a los demás hombres... Los hombres y las mujeres de antaño se apartaban de los demás en parejas, guareciéndose en casitas defensivas, como animales en sus madrigueras, y en aquellos «hogares» permanecían con los mejores propósitos amorosos, propósitos que, muy a menudo, se transformaban en celosa vigilancia de aquella extravagante propiedad mutua. Todo el frescor desaparecía con gran rapidez de su amor, de su conversación, todo el amor propio desaparecía igualmente a consecuencia de su vida en común. Permitirse una libertad cualquiera equivalía al deshonor. El hecho de que Anna y yo nos quisiéramos y que después de nuestra excursión amorosa juntos nos fuésemos cada uno por nuestro lado y volviéramos a comer en los comedores públicos hasta el advenimiento de su maternidad, habría parecido entonces de una violencia terrible para nuestra inalterable lealtad. Y el hecho de que yo estuviera dispuesto a seguir amando a Nettie, que amaba de un modo distinto a Verrall y a mí, habría sido un ultraje a la misma quintaesencia de la antigua convención.

En la pasada época, el amor era una propiedad cruel. Pero ahora Anna podía dejar que Nettie viviera en mi mente, tan libremente como una rosa tolera la presencia de una azucena. Si yo podía oír notas que no se hallaban en su pentagrama, Anna se alegraba, puesto que me amaba, de que yo escuchase otra música distinta de la suya. Además, ella podía percatarse muy bien de la belleza de Nettie. La vida es ahora tan rica y tan generosa, derramando amistad y millares de sentimientos tiernos y ayudas y consuelos, que nadie escatima a los demás la completa realización de todas las posibilidades de belleza. Para mí, desde el principio, Nettie fue la personificación de la belleza, la forma y el color de los divinos principios que iluminan al mundo. Para

cada uno de nosotros existen ciertos tipos, ciertos rostros y formas, gestos, voces y entonaciones que poseen esa calidad inexplicable e imposible de analizar, y que salen de la multitud de personas amables y conocidas que se hallan en nuestro ambiente. Estas personas nos conmueven misteriosamente, removiendo profundas sensaciones que, de otro modo, dormirían, a la vez que penetran e interpretan para nosotros el mundo entero. Rechazar esta interpretación sería como rechazar el sol, llenando la vida de tinieblas y de muerte... Yo amaba a Nettie y amaba a todas aquellas personas que eran como ella, en la medida en que eran iguales a ella, en la voz, en los ojos, en las formas o en la sonrisa. Y entre mi esposa y yo no existía ninguna amargura porque la gran diosa, fuente de vida, Afrodita, reina del mar viviente, llegara a mi imaginación revestida de aquella forma. Aquello no menoscababa en absoluto nuestro mutuo amor, ya que actualmente en nuestro mundo el amor es libérrimo... Es como una red dorada alrededor de nuestro globo que comprende toda la humanidad.

Pensaba mucho en Nettie, y me hacían pensar en ella todas las cosas conmovedoramente bellas: la buena música, el color puro e intenso, todas las cosas tiernas y solemnes. Las estrellas eran suyas, así como el misterio de los rayos de luna, y el sol lo llevaba prendido en el cabello, finamente pulverizado, batido en destellos y en hilillos de luz entre las ondas de su cabellera... Luego, de pronto, un día llegó una carta de ella, con su escritura clara e inalterable, pero con un nuevo lenguaje de expresión, contándome muchas cosas. Se había enterado de la muerte de mi madre, y su continuo pensar en mí se había vuelto tan intenso que había llegado a romper el silencio que yo le había impuesto. Nos escribimos, como amigos corrientes, un poco cohibidos al principio y con un grandísimo anhelo por mi parte de volver a verla. Durante algún tiempo me abstuve de expresar mi deseo, pero luego me sentí impelido a confesárselo. Y así fue como el día de Año Nuevo del Año Cuatro, Nettie vino a Lowchester. ¡Qué bien me acuerdo de su llegada, a través de un abismo de cincuenta años! Yo salí y crucé el parque para ir a su encuentro, a fin de que estuviéramos solos al encontrarnos. Era una mañana sin un soplo de brisa de un día quieto, claro y frío. La tierra estaba alfombrada de nieve y en todos los árboles había un inmóvil y brillante encaje de hielo. El sol naciente daba unos toques de oro a aquella blancura, y mi corazón latía y cantaba conmigo. Recuerdo muy bien las nevadas ondulaciones de la llanura, herida por el sol, destacándose nítida y recortada contra el brillante azul del cielo. Y en seguida vi a la mujer amada que venía a mi encuentro a través de los blancos árboles inmóviles...

Yo, que de Nettie había hecho una diosa, he aquí que la encontraba hecha una semejante, una mujer de carne y hueso. Se acercó, muy abrigadita, trémula, con una tierna promesa de lágrimas en sus ojos, con las manos extendidas y aquella inolvidable sonrisa en sus labios. Fue como si se apareara del ensueño que de ella yo me había fabricado, hecha un ovillo de deseos, pesadumbres y humana simpatía. Al cogerle las manos, noté que estaban un poco frías. La diosa brillaba a través de ella, sin duda alguna, centelleaba por todo su cuerpo. Nettie era el templo de adoración del

amor hacia mí... Sí... Pero yo la sentía como una cosa recién descubierta: la hechura y las fibras de su vitalidad, sus amadísimas manos, personales y mortales...

EPÍLOGO

LA VENTANA DE LA TORRE

Esto es todo lo que aquel hombre de pelo entrecano y aspecto simpático había escrito. Yo me había sumido en aquel relato desde los primeros párrafos, olvidando la presencia del escritor, de su graciosa habitación y de la elevada torre donde estaba aposentado. Pero, gradualmente, a medida que iba acercándose el final, cierto sentimiento de extrañeza volvió a infiltrarse en mí. Se hacía más evidente cada vez para mí que aquélla era una humanidad distinta de la que yo había conocido, irreal, de costumbres diferentes, diferentes creencias, diferentes interpretaciones y diferentes emociones. No era un mero cambio en el ambiente y en las instituciones el producido por el cometa, sino también un cambio de sentimientos y de ideas. En cierto modo, el Cambio había deshumanizado al mundo, robándole sus despechos, sus mezquinas pero intensísimas envidias, sus incongruencias, su mal humor. Al llegar al final, y especialmente después de la muerte de la madre del autor, tuve la sensación de que mis simpatías se apartaban de su historia. Aquellas hogueras de Beltane habían quemado algo en él que en mí aún funcionaba vivamente y sin trabas, algo que se rebelaba en particular ante el retorno de Nettie. Dejé de fijar la atención en lo que leía distrayéndome un poco. No sentí lo mismo que él, no alcancé el sentimiento que había tenido de completa comprensión de sus frases. ¡Vaya con su Lord Eros! Él y toda aquella gente transfigurada eran ciertamente unas figuras nobles y hermosas, como los personajes que se ven en los grandes cuadros, como los dioses de la noble escultura, pero tenían la misma relación de compañerismo con los hombres que podían tener esos personajes de las obras de arte. A medida que se iba realizando el Cambio, en cada fase de su realización, el abismo entre ellos y los hombres se fue ensanchando y cada vez se hacía más difícil siguiendo sus palabras.

Dejé sobre la mesa el último fascículo y mis ojos se encontraron con su amistosa mirada. Era difícil no sentir simpatía hacia él.

Tuve una sensación muy sutil de embarazo al formular la pregunta que más perplejo me había dejado. Y, no obstante, me parecía tan lógica que tuve que formularla a la fuerza.

—¿Y fueron ustedes... fueron ustedes... amantes?

Sus cejas se enarcaron.

—¡Claro!

—Pero, ¿y su esposa?

Era evidente que él no me comprendía. Yo vacilé.

Aún más. Me dejaba perplejo mi propia convicción de aquella bajeza.

—Pero... ¿siguieron ustedes amándose?

—Sí.

Yo no estaba tampoco seguro de haberle comprendido.

Hice todavía otro intento, más valeroso.

—¿Y Nettie no tuvo otros amantes?

—¿Cómo? ¿Una mujer tan hermosa como ella? No sé cuántos amaron la belleza en ella, ni lo que ella encontró en los demás. Pero nosotros cuatro, desde entonces, estuvimos siempre muy juntos, ¿comprende usted? Éramos amigos, nos ayudábamos, amantes en un mundo de amantes.

—¿Cuatro?

—Estaba Verrall.

Entonces comprendí, de repente, que los pensamientos que se removían en mi mente eran viles y siniestros, que las raras suspicacias, las groserías y las torpes envidias de mi viejo mundo habían terminado para aquellas almas, mucho más refinadas que las nuestras.

—Ustedes hicieron entonces —dije tratando de mostrarme liberal— un hogar conjunto.

—¡Un hogar! —exclamó mirándome fijamente.

Yo, no sé por qué, miré mis pies.

¡Qué objeto tan torpe y chapucero es una bota! ¡Y qué basto y descolorido me pareció mi traje! ¡Qué ásperamente tosco me encontraba yo en medio de aquellos entes refinadísimos y perfeccionados! Por un momento sentí asco de mí mismo. Quise sobreponerme a todo aquello. Después de todo, aquélla no era mi educación. Quise con todas mis ansias decir algo que le hiciera bajar los humos, quise, como si dijéramos, confirmar mis sospechas, formulando para ello una acusación ofensiva. Levanté la mirada y vi que él se había puesto de pie.

—Veo —me dijo— que está usted hablando como si todavía siguiera igual el viejo mundo. ¡Un hogar!

Tendió la mano y la ventana se ensanchó silenciosamente para que pudiéramos ver al exterior, y la espléndida perspectiva de aquella ciudad de ensueño se abrió ante mí. Durante un momento vi sus galerías y sus espacios al aire libre, sus árboles de frutos dorados y sus aguas cristalinas, su música y sus regocijos, su amor y su belleza incesantes, fluyendo por sus intrincadas calles. Y a las personas que se hallaban más cerca pude distinguir las directa y claramente, y me convencí de que no eran contrahechas como me había parecido al verlas en el espejo deformador que pendía del techo. Realmente, no justificaban mis sospechas, y, sin embargo... Había personas como las que se ven en la Tierra..., sólo que parecían cambiadas. ¿Cómo podría expresar el cambio? Del mismo modo que una mujer cambia a los ojos de su amante, del mismo modo que una mujer cambia por un amor. Estaban como exaltados...

Yo permanecí de pie a su lado, mirando hacia fuera. Me sentía avergonzado, con las orejas enrojecidas por mi impertinente curiosidad y por la incomodidad que me

producía la sensación que tenía de la existencia de profundas diferencias morales. Él era más alto que yo...

—Éste es nuestro hogar —dijo sonriendo, con sus ojos pensativos fijos en mí.